



JOHN CASE

EL PRIMER JINETE
DEL APOCALIPSIS



En el valle del Hudson, en Nueva York, un hombre y una mujer son brutalmente asesinados por unos desconocidos. En Corea del Norte, una aldea diezmada por la enfermedad sufre bombardeos hasta quedar reducida a escombros. Y en el mar de Noruega, un rompehielos que transporta a un equipo de científicos que debe desenterrar los cuerpos de unos mineros muertos hace mucho tiempo se abre camino a través de las aguas heladas hasta una remota isla del Ártico. Tres acontecimientos que en principio nada tienen que ver, todos ellos encadenados en una telaraña de conspiraciones y contraconspiraciones ocultas.

Frank Daly, periodista del *Washington Post*, ha sido elegido para cubrir el reportaje del rompehielos. Sin embargo, una feroz tormenta retrasa su viaje y debe esperar a que el barco regrese al puerto de Noruega. Cuando finalmente se une a los científicos, resulta evidente que algo ha salido mal. El miedo aparece reflejado en los rostros de la tripulación. Nadie quiere hablar y alguien tiene mucho interés en que Daly deje de hacer preguntas. Persistente y lleno de recursos, Daly sabe cómo obtener respuestas cuando nadie se las quiere dar. Pero cuanto más descubre, más peligrosas se vuelven las apuestas, hasta que al final se encuentra cara a cara con un secreto espantoso que lo lanza a una angustiada carrera para impedir nada menos que el Apocalipsis.

John Case combina una vez más la ciencia de vanguardia con la intriga política en una novela de suspense cuya lectura resultará difícil de interrumpir y más aún de olvidar.

OceanofPDF.com



John Case

El primer jinete del Apocalipsis

ePub r1.0

Titivillus 17.07.2021

OceanofPDF.com

Título original: *The first horseman*
John Case, 1998
Traducción: Sofía Coca & Roger Vázquez de Parga

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Cita

ACTO DE ACATAMIENTO DE LOS ARTILLEROS ALEMANES

[...] y sobre todo, no construirán esferas envenenadas, ni otra clase de inventos pirobólicos en los que se introduzca algún tipo de veneno, además de lo cual nunca los emplearán para conseguir la ruina y destrucción de hombres, porque los primeros inventores de nuestro arte consideraban tales acciones injustas entre ellos mismos como indignas de un hombre de corazón y un verdadero soldado.

C. Siemienowicz, *Grand Art d'Artillerie* (1650),
tal como lo cita J. Appfel,
«*Les projectiles toxiques en 1650*»
(marzo de 1929), p. 234

Prólogo

Valle del Hudson

11 de noviembre de 1997

Tommy estaba nervioso. Susannah lo notaba, porque sabía que a él le gustaba hablar, y sin embargo no había pronunciado una palabra durante ochenta kilómetros. No es que estuviere en condiciones de culparle. También ella estaba nerviosa. Y excitada. Y asustada.

Era la hora del crepúsculo cuando salieron de la carretera Taconic y encendieron los faros delanteros del vehículo mientras viajaban por onduladas tierras de cultivo, un paisaje de Ralph Lauren donde las casas eran tan perfectas que sin el menor esfuerzo se adivinaba que los propietarios eran médicos y abogados. Eran «minifincas» o enclaves con nombres como Foxfield Meadows, y en realidad allí no se cultivaba nada excepto quizá algunos tomates secados al sol.

Al pasar por el Instituto Omega, Susannah se preguntó en voz alta qué era aquello, y Tommy, el conductor, contestó haciendo el sonido de un pato: ¡*cuac, cuac, cuac!* Así que los dos se echaron a reír (un poco demasiado fuerte) y Susannah pensó: «Alguna clase de cosilla *new age*.»

La cosa era... lo que la ponía nerviosa era todo aquel asunto de los dientes, de sacar los dientes. Se mirase como se mirase, aquello de sacar los dientes era un asunto realmente escalofriante. Como Núremberg o algo así. De manera que, si los cogían, no sólo sería asesinato, sería... ¿qué sería? Como Charles Manson o algo parecido.

No es que pensara hacerlo ella, pues era incapaz de hacerle daño a una mosca. Ese trabajo, los dientes y los dedos, era cosa de Vaughn. Y poner las

inyecciones. Además, tenía que hacer aquello porque él era el médico. Y además era bueno, decía Tommy. «Vaughn es un viejo verde, ¿verdad, Vaughn?» Fuera lo que fuese aquello.

Sin embargo, había que preguntarse por qué era necesario hacer lo de los dientes. Y lo de los dedos. ¿Por qué no sencillamente... deshacerse de ellos? O mejor aún, dejarlos en el mismo sitio donde se encontraban.

Susannah estuvo pensando en ello durante un rato y luego se encogió de hombros. «Solange se mueve de manera extraña», pensó mientras sonreía interiormente por el chiste. A veces él hacía cosas sólo para ser teatral. Salpicar. Agitarlos.

No es que ello supusiera diferencia alguna. No iban a cogerlos. Lo habían ensayado todo, desde la llamada a la puerta hasta las esposas para las manos, y no había nada en lo que no hubieran pensado.

Como la autocaravana. Había sido idea de Solange, y era brillante porque, una vez que le hubieran hecho los arreglos pertinentes, le proporcionaría a Vaughn una especie de quirófano en la parte de atrás. Así él podría hacer lo que tenía que hacer incluso mientras estuviesen en marcha al huir.

Y tampoco resultaba llamativa. Porque vehículos de aquellos se veían por todas partes. No había ningún lugar en América donde no fueran cosa habitual. Y allí también lo eran. Todo el mundo los utilizaba.

El trabajo de ella era entrar en la casa y, una vez allí, asegurarse de que los Bergman no pudieran llegar a coger la pistola. Así que, en realidad, eran dos trabajos, y lo que hacía que todos pensasen que podía llevarlos a cabo era el hecho de que fuese «mona» (y no estaba jactándose, sencillamente aquello era una realidad). Era tan mona como una animadora. Y estaba embarazada, lo que, en cierto modo, le proporcionaba un aspecto vulnerable.

Y eso hacía que la gente se fiara de ella. Lo cual era muy importante. Porque en realidad los Bergman eran unos paranoicos, parecía que pensasen que alguien iba a asesinarlos. Susannah sonrió ante aquel pensamiento. Hablando de ironías... ¿hola?

Y, sobre todo, aquello era espantoso y horrible, y le hubiese gustado no formar parte de ello, pero... había que hacerlo... Sabía que había que

hacerlo porque lo decía Solange, y Solange nunca mentía. Nunca.

Y no iba a ser doloroso. Vaughn decía que nadie iba a sentir nada. Sólo algo como «un aguijonazo de abeja» a causa de la aguja. Y eso sería todo.

A menos que, desde luego, algo saliera mal. Como, por ejemplo, que tuvieran un doberman o algo así. Pero no, no tenían perro, porque si lo tuviesen, Lenny lo habría dicho. Lenny era el hijo de los Bergman, y si hubiera un doberman paseándose por allí, ya les habría hablado de él.

Como les había hablado Marty de la pistola. No es que Marty tuviera parentesco con ellos, pero era un allegado. Había dicho: «No creo que ese viejo cabrón sepa usarla, pero tiene una treinta y ocho Special que guarda en una mesita del vestíbulo, justo debajo del teléfono. Yo solía bromear con él y le decía que estaba "atada con una correa", y él preguntaba: "¿De qué hablas, qué correa? Yo no veo ninguna correa." Y la cosa es que no bromeaba. Quiero decir que parece que ese tipo viva en otro siglo.»

Aun así... ¿y si se rompía la aguja o la mujer empezaba a gritar? Todo saldría verdaderamente mal, y muy rápido. Como con Riff, cuando era niña y la atropello el coche. Y el padre trató de cargarse al conductor con la 22, pero estaba tan nervioso que no fue capaz de acertarle en el corazón. Así que... continuó disparando.

Si eso, o algo parecido, ocurriera, toda la casa se mancharía de sangre... y ellos también se pondrían perdidos. Y la cosa es que lo que iban a hacer era un asesinato. Lo cual, para una persona que había recibido una educación católica, aunque ahora no fuese practicante, era algo muy malo.

Porque matar estaba mal. De eso se sentía segura. Ni síes, ni íes, ni ningún pero que valga. Matar a alguien estaba definitivamente mal...

A no ser que...

A no ser que uno fuera soldado. Y eso era exactamente lo que ellos eran: Tommy, Vaughn, ella y el francés que iba en la parte de atrás del camión. Eran soldados. Caballeros, incluso. Exactamente igual que en las Cruzadas.

Susannah estaba pensando en la guerra secreta, en la guerra de Solange, en su propia guerra, cuando el intermitente empezó a sonar y el camión

torció por una carretera rural de dos carriles, haciendo que una manada de ciervos que pastaban en el borde de la carretera se diseminase espantada.

Como era una autocaravana desvencijada con matrícula de Arizona, el camión tembló, se agitó y traqueteó por el carril con bordillo, aminorando la velocidad ante cada uno de los buzones, luego acelerando y aminorando de nuevo mientras el conductor buscaba la dirección exacta. Finalmente el vehículo se detuvo ante un buzón herrumbroso que decía:

Bergman

Durante un buen rato, Tommy contempló con fijeza las letras plateadas mientras mascullaba para sus adentros. Luego apagó los faros, dio marcha atrás, cambió la velocidad y, conteniendo la respiración, entró en el largo sendero para coches.

Susannah se retorció en el asiento y respiró profundamente. Exhaló, hizo una especie de sonido tartamudeante y luego se humedeció los labios con la lengua.

El camión avanzó por la crujiente grava hacia el porche delantero de una casa de campo blanca. Una vez allí, cuando se hallaron debajo de un cenador de viejos castaños, Tommy apagó el motor. Después se abrió la puerta del lado del pasajero y Susannah saltó del vehículo.

Era, como cualquiera podía ver, bonita, joven y estaba embarazada; tenía unos enormes ojos castaños y el pelo de color rubio ceniza. Llevaba un vestido de verano amarillo debajo de un jersey abierto y viejo de color gris que le iba demasiado grande y que bien pudiera haber pertenecido a su padre. Tras dirigirle al conductor una mirada que parecía decir «Allá vamos», respiró hondo y subió los escalones del porche al tiempo que les echaba una breve ojeada a las macetas de crisantemos situadas a ambos lados.

Al llegar a lo alto de los escalones titubeó; de pronto se sentía débil y con náuseas. Se quedó un rato largo tambaleándose delante de la puerta principal. Por último llamó con la mano. Lo hizo bastante quedo, confiando en secreto en que no hubiera nadie en casa.

Al principio no hubo respuesta, pero como oía el televisor en el interior, volvió a llamar. En esta ocasión más fuerte. Y luego otra vez, ya casi aporreando la mosquitera de la puerta.

Por fin la puerta interior se abrió y una mujer dé cincuenta y tantos años se asomó por detrás de la mosquitera qué tenía echado el pestillo.

—¿Hola?

Pronunció la palabra como si fuera una pregunta.

—¡Hola! —respondió Susannah con la timidez reflejada en tu preciosa cara.

Los ojos de Martha Bergman se fijaron en el vientre de la embarazada y luego se posaron en la autocaravana, donde un hombre joven y delgado pero fuerte (el marido de aquella chica, supuso) la saludó con un pequeño gesto con la mano. El lateral del vehículo estaba pintado con la imagen de una señorita, una señora española que se asomaba con coquetería por encima de un abanico. A los propietarios de autocaravanas les gustaba hacer eso, pintar los camiones con escenas que sugerían de dónde eran: *cowboys*, langostas y rascacielos. Martha se figuró que aquel camión debía de ser de Nuevo México o de algún lugar del suroeste.

—¿Puedo ayudarla en algo? —le preguntó Martha.

—Eso espero —respondió Susannah cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro—. Estamos completamente perdidos.

El rostro de Martha se suavizó.

—¿Qué están buscando?

La chica movió la cabeza a ambos lados y se encogió de hombros.

—Ese es el problema. Hemos perdido el número. Pero sé que es una de estas casas, una casa que está en Boice Road.

Martha hizo una mueca.

—Es una calle larga, querida.

—Yo esperaba que... bueno, si usted me permitiese utilizar el teléfono... podría llamar a mi hermano. Seguro que ahora se encuentra en casa.

Martha frunció el entrecejo. Luego sus ojos se posaron de nuevo en el vientre de Susannah y, tranquilizada de pronto, sonrió, quitó el pestillo de la puerta de tela metálica y la abrió.

—Desde luego. Pase. El teléfono está ahí, en esa mesita.

—Es usted muy amable —le dijo Susannah mientras entraba en el vestíbulo—. ¡Vaya, qué casa tan bonita!

En realidad se parecía mucho a la casa de sus padres, con Bokharas de imitación en los suelos de madera dura y rellena de muebles de Pottery Barn.

Desde la habitación contigua un hombre habló con voz atronadora por encima del ruido del televisor.

—¡Martha! ¿Qué haces? ¡Te lo estás perdiendo!

—Ahora voy.

—¿Con quién hablas? —quiso saber el hombre.

—Hay una joven que quiere llamar por teléfono —contestó

Martha, que se volvió hacia Susannah y dejó escapar un enorme suspiro. Luego le explicó: —Es que están jugando los Jets.

Susannah le dirigió una sonrisa de complicidad y movió la cabeza como diciendo que todos los hombres eran iguales. A continuación cruzó la habitación hasta la mesita donde se encontraba el teléfono.

—Sólo será un segundo —aseguró.

Y cogió el auricular.

Se volvió de espaldas a la mujer mayor, marcó el número del teléfono móvil situado en la parte de atrás del camión y se quedó esperando. Durante unos segundos se oyó un tictac, un sonido como un gorjeo, y... ¡cliick!

—¿Sí?

Era Vaughn.

—¡Hoolaaa! —dijo con efusión Susannah.

Actuaba como si estuviera emocionada, con la intención de que la señora Bergman lo advirtiese.

—¿Estás dentro?

—¡Sí!

Y luego, tal como lo habían ensayado, se lanzó a soltar un rollo acerca de que estaba justo a la vuelta de la esquina, o al menos eso creía, pero que habían perdido el número de la casa nueva... y ¿cuál era?

—¿Y la pistola?

Susannah esbozó una sonrisa por encima del hombro mientras hablaba y, como quien no quiere la cosa, abrió una rendija del cajón de la mesita. Al ver la 38 dijo:

—¡Ya la tengo! No hay problema.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

—Ahora mismo entro.

Susannah siguió hablando unos segundos después de que Vaughn colgase; luego colgó a su vez, se dio la vuelta y se apoyó en la mesita.

—Bueno, ha sido bastante fácil —comentó Martha Bergman, aunque se sentía un poco incómoda al ver que la chica se quedaba donde estaba, de pie delante de la mesa del teléfono. A continuación le preguntó—: ¿Qué casa es?

Susannah se encogió de hombros, se dio la vuelta, abrió el cajón y sacó la 38. Al ver la reacción de la otra mujer se puso la pistola detrás de la espalda y sonrió.

—No va a pasar nada —le aseguró—. De verdad.

Pensaba en Solange y en lo que él les había dicho la noche anterior: «Intentad no asustarlos mucho. De nada sirve que les entre pánico. Por lo menos todavía no.»

Y entonces fue cuando apareció Harry Bergman con el entrecejo fruncido, un vaso de vino en una mano y el periódico en la otra. Las gafas de ver de cerca le colgaban del cuello sujetas por un cordón negro.

—Hay un camión en el jardín —anunció como si fuera la cosa más asombrosa del mundo. Y luego, al darse cuenta de la presencia de Susannah, añadió—: ¿Hola?

—Sólo somos nosotros —murmuró Susannah.

Harry miró primero a la chica, después a su mujer y otra vez a Susannah.

—¿Qué pasa? —preguntó poniéndose tenso al ver la expresión que tenía su esposa en la cara.

Nadie dijo nada durante unos instantes, y luego se oyó un fuerte chirrido en el jardín, semejante al que producen las uñas al arañar una pizarra, seguido de un golpe metálico. Martha tuvo un sobresalto.

—¿Qué coño...? —exclamó Harry.

—Es el camión —le indicó Susannah tratando de parecer tranquila—. Es la puerta de atrás al subir. Necesita grasa.

—Muy bien —convino Harry.

Y dándose la vuelta, avanzó un paso hacia la mesita junto a la que se encontraba Susannah.

—Ah, ah —murmuró ésta. Y le enseñó la Browning mientras la movía en el aire ante él—. Mejor que no.

Harry no se quedó paralizado por completo; pareció meterse dentro de sí mismo y, al hacerlo, su mujer se colocó delante de él.

—Déjelo en paz. No está...

—Martha... —protestó Harry.

—Llévese lo que quiera.

—Bueno, gracias —le dijo Susannah—. Pero... verá, no se trata de eso.

Los Bergman le dirigieron una mirada desconcertada, y Susannah se hubiera dado una patada a sí misma. Pero entonces se abrió la mosquitera y entró Vaughn. Llevaba una escopeta de cañones recortados como si fuera un portafolios, sin apuntar con ella, pues no necesitaba hacerlo. El petimetre francés estaba justo detrás de él con un juego de manillas de plástico de las que usaba la policía cuando hacían muchas detenciones al mismo tiempo. Tommy se había quedado fuera, en el porche, vigilando.

—Muy bien, escuchen todos —dijo Vaughn—. Ustedes hagan lo que les digamos y dentro de diez minutos nos habremos ido. Se lo prometo, ¿vale?

Harry Bergman rodeó con el brazo a su esposa y asintió con la cabeza, no tanto porque estuviera de acuerdo como porque se sentía demasiado asustado para decir nada.

Luego el tipo de las esposas se puso detrás de ellos y, tras decir algo así como «*S'il vous plait*», le apartó con suavidad a Harry el brazo que tenía puesto en el hombro de su esposa. El francés le puso al hombre las manos detrás de la espalda, le ató la cuerda de plástico alrededor de las muñecas y apretó. Hecho esto se volvió hacia la mujer y repitió la operación.

—Estupendo —comentó Vaughn; luego se volvió hacia Susannah—. Ya sabes lo que hay que hacer, ¿verdad?

Ésta asintió con rápidos movimientos de cabeza y se quedó mirando cómo conducían a los Bergman al exterior. Mientras pasaban por la puerta, oyó que Vaughn decía:

—Por cierto, hablé con su hijo el otro día. Les manda recuerdos.

Tanto el marido como la mujer emitieron un grito ahogado.

A continuación la puerta de tela metálica dio un portazo y se oyó la voz del señor Bergman, una voz asustada semejante a un gruñido, como un perrito que protege su territorio ante un rottweiler:

—¿Qué es esto? ¿Adónde nos llevan?

Y luego la voz de Vaughn, relajada y natural:

—Sólo vamos al camión...

«Bueno, sí», pensó Susannah. Y con un estremecimiento, sacó un pañuelo del bolsillo y limpió la 38. Después volvió a meter la pistola en el cajón y borró las huellas dactilares de la madera y del teléfono. ¿Qué más? Se suponía que también tenía que apagar el televisor y las luces, y cerrar la puerta principal al salir. Se suponía que tenía que parecer como si ellos...

De pronto el aire se rompió con un rugido asustado y casi animal, un grito ahogado y prehistórico de terror sin adulterar. Al oírlo, la noche quedó silenciosa, y Susannah, estremecida, se encontró saliendo a todo correr de la casa atraída por la pura fuerza centrípeta del miedo de otra persona.

Cuando salía del porche vio a Tommy. Estaba dando la vuelta desde la parte de atrás del camión; caminaba de prisa con la cabeza baja y la boca abierta, parpadeando como un loco.

—¿Qué ha pasado?

Tommy se limitó a mover la cabeza y se puso detrás del volante.

—No vayas ahí atrás —le dijo.

Pero ¿cómo no iba a ir?

Dobló la esquina y vio al hombre, al señor Bergman, en el suelo; el cuerpo le temblaba como si estuviera sujeto a un cable eléctrico invisible y potente. Unos metros más allá, la mujer se encontraba tendida sobre el vientre en el camino; el francés, que le tenía puesta una mano en la nuca y la rodilla en la cintura, la sujetaba. Durante un segundo los ojos de Susannah se encontraron con los de la mujer, y pareció como si la noche se estremeciera en el espacio que había entre ellas. Luego Vaughn pasó por

encima del cuerpo aún espasmódico del marido y, tras agacharse al lado de la mujer, le administró una inyección en la parte de atrás del hombro, perforando el delgado vestido de algodón que llevaba puesto.

Inmediatamente los ojos de la mujer se volvieron hacia arriba y se quedaron en blanco. La conexión que había entre Susannah y ella, un doble sentimiento de odio y lástima, quedó hecha pedazos cuando diez centímetros cúbicos de morfina farmacéutica le llegaron de golpe al corazón. Se puso rígida durante un largo instante y, con la misma rapidez, se desmadejó. Al final la tensión abandonó aquel cuerpo. Estaba muerta.

Susannah tardó unos instantes en darse cuenta de que llevaba una eternidad conteniendo la respiración. Tras dejar escapar el aire y aspirar de nuevo, sintió la necesidad de explicar por qué se hallaba allí parada.

—Es que oí un ruido —dijo.

Vaughn se puso en pie y asintió.

—Fue el hombre. El pobre tipo se espantó mucho cuando vio la aguja.

El francés se subió a la parte trasera del camión, donde al lado de una mesa de metal blanca esperaban dos bidones de doscientos litros. El suelo estaba cubierto con hojas de polietileno negro. Una hilera de luces que el francés encendió colgaba del techo. Volvió a saltar al suelo e hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No —aseguró—. No fue la aguja. Fue el camión. Vio el plástico y le entró miedo.

Vaughn se encogió de hombros.

—Bueno, da igual. Ayúdame a meter a la mujer en la parte de atrás.

El francés cogió el cuerpo de la mujer por los brazos y Vaughn la agarró por los pies. Mientras la levantaban, Vaughn le echó una ojeada a Susannah.

—Tú has visto cómo se apagaba la luz, ¿verdad?

Susannah no acababa de comprender.

—¿Qué luz?

—La luz de sus ojos —le aclaró Vaughn—. Os estabais mirando la una a la otra cuando le puse la inyección.

Susannah asintió despacio con la cabeza. Sí, lo había visto. Los ojos se le pusieron... vacíos. Los dos hombres levantaron el cuerpo de la mujer y lo metieron en la parte de atrás de la autocaravana.

Vaughn se volvió hacia Susannah y le dirigió una mirada llena de comprensión.

—Me di cuenta —dijo—. Lo vi en tu cara.

—¿Qué viste? —le preguntó Susannah.

—La manera como reaccionaste. Fue como...

Dejó la frase a medias.

—¿Qué? —quiso saber Susannah, casi como si Vaughn estuviera flirteando con ella.

Vaughn se quedó pensando durante un momento, movió la cabeza y se echó a reír.

—Fue... complicado. Fue muy complicado.

Después se inclinó, cogió al hombre muerto por los brazos y lo llevó hasta el camión tirando de él.

Susannah no podía creerlo. No podía creer como los pies hacían pequeños surcos en la tierra, tan perfectamente paralelos que casi parecían renglones de una página.

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Montañas Diamond

26 de enero de 1998

Al principio no lo oyó. El ruido nacía a mucha distancia, a cientos de metros más abajo, un rugido lejano que llevaba el viento. Kang, que subía pesada y lentamente por la ladera de la colina, llevaba la cabeza baja, ignorando tanto el gemido del viento como el sonido que éste llevaba en sus fauces.

El frío le entorpecía la marcha. Dos veces se había resbalado en el hielo, y las dos había conseguido parar la caída con las manos hundiendo los dedos en la capa de nieve, lo que, teniendo en cuenta los agujeros que había en los guantes, era como agarrarse a hielo roto.

Aun así se sorprendió a sí mismo por haber llegado tan lejos como había llegado, y además en pleno rigor del invierno. Era, al fin y al cabo, un lisiado. Pero duro. Duro como lo eran los coreanos. Y aunque otros habían recorrido antes aquel camino (había trepado a través de un bosque fantasma en el cual mil pinos habían quedado reducidos a tocones), ellos tenían dos buenas piernas que los llevaban.

Mientras que él sólo tenía una.

La mayor parte de los árboles los habían talado hacía años para hacer leña. Pero al subir más alto, Kang vio que a algunos pinos los habían despellejado vivos, les habían arrancado la corteza para conseguir comida. O lo que servía de comida en los años de hambruna.

La madera suave, la que estaba justo debajo de la corteza, servía para llenar el estómago. Y aunque apenas era digestible, resultaba agradable de

masticar. Quitaba los dolores del hambre, al menos durante un rato, y la misma corteza servía para hacer un té flojo.

Sin embargo, quitarles la corteza mataba a los árboles y hería la tierra.

Eran principalmente las mujeres quienes escalaban las colinas para buscar hierbas silvestres, corteza y leña. Hasta que la enfermedad se la había llevado, como se había llevado a tantas otras, la mujer de Kang había subido por aquella misma colina armada con la misma sierra plegable que ahora llevaba él y una cuerda de igual longitud.

Ella le había sugerido que fuera en aquella dirección. Y aunque el camino era tremendamente inclinado, Kang había mantenido su promesa y había hecho lo que ella le había sugerido. Desde la muerte de su esposa, él había realizado aquella caminata una docena de veces, y había cambiado la madera que había recogido por hierbas, arroz y un par de botas viejas. Ahora ya conocía las colinas por encima de Tasi-ko tan bien como las grietas que había en el techo encima de su cama.

Se detuvo unos instantes para recuperar el aliento y examinó el terreno de la parte más alta de la colina para calcular la manera más práctica de pasar por encima de las rocas y para decidir por adelantado dónde iba a colocar cada pie. Aquello era más complicado de lo que hubiera podido ser de otro modo, pues tenía una pierna de madera de la rodilla hacia abajo y era insensible a las diferencias de posición del pie.

Ante él se extendía una zona abierta; eligió el camino cuidadosamente para atravesar el campo de nieve, mostrándose cauteloso debido a las hendiduras. Finalmente llegó a la cima de un risco y se encontró en el lugar que buscaba, un bosquecillo de pinos robustos erizado de agujas verdes por encima de la nieve.

Como ocurría siempre que iba allí, el rostro de su esposa destellaba ante él, y los ojos le rebosaban de lágrimas. Luego se lanzó hacia el bosque y, al encontrar un arbolito nuevo, le arrancó una rama del tronco y sorbió la resina. Mientras lo hacía buscó a su alrededor un árbol apropiado, uno que pudiera cortar con la sierra y arrastrar hasta la aldea.

Y entonces fue cuando lo oyó; lo oyó por primera vez en el silencio que reinaba entre los pinos. Cabalgando a lomos del viento se percibía un ruido claro y distinto, un gemido mecánico que reconoció al instante.

Era el sonido de la liberación, el clamor del rescate.

Kang volvió cojeando hasta el risco y se puso a mirar con los ojos semicerrados colina abajo, hacia la carretera, donde un convoy de camiones que la distancia convertía en miniaturas rodaba hacia Tasi-ko.

En total había seis camiones que transportaban tropas, un *jeep* y un par de remolques con excavadoras de color naranja sujetas a la parte de atrás. Al mirarlos tal como hacía Kang era posible seguir el sendero que el convoy había tomado, un sendero que serpenteaba a través del valle. Los neumáticos con cadenas, que mordían la nieve y el hielo, revolvían la tierra de tal manera que casi parecía que los camiones hubiesen trazado una línea a través de los irregulares contornos del terreno.

Por primera vez desde hacía semanas, a Kang se le levantaron las comisuras de la boca en una sonrisa. Con un gruñido de alivio se dejó caer, se sentó en la nieve y, utilizando una pequeña herramienta que llevaba para tal propósito, se ajustó los tornillos de la pierna artificial. Ahora las cosas irían mejor.

No es que hubieran podido ponerse peor de lo que ya estaban. Aquél era el invierno más monstruoso que nadie recordaba, una estación de frío paralizante en la que el hambre se había vuelto hambruna y ésta se había, convertido en plaga. En aquel momento, treinta y una personas, una cuarta parte de la aldea, yacía en el suelo de la fábrica; los cadáveres se encontraban amontonados como haces de leña. (Aquel edificio, que era de cemento y tenía forma de ataúd, era un lugar donde se habían fabricado escobas, buenas escobas, durante más de veinte años. Kang pensó que ahora el edificio estaba tan muerto como sus moradores. Sin combustible, los tornos se habían quedado silenciosos, al mismo tiempo que el aire se iba haciendo más quieto y frío.)

Si visto por fuera el edificio resultaba desalentador, el interior era aterrador: un improvisado depósito de cadáveres pavimentado con cuerpos de hombres, mujeres y niños cuyos miembros llenos de ampollas habían adquirido un asombroso color azul en los días anteriores a su muerte. Como era el único trabajador médico de Tasi-ko, había sido de Kang la responsabilidad de acarrear los cadáveres al lugar donde ahora yacían, en espera de ser enterrados en primavera.

Hasta que había visto los camiones que serpenteaban hacia la aldea, Kang había empezado a dudar de que, en primavera, quedase alguien para enterrar a los muertos. Y si por casualidad quedaba alguien, no parecía probable que fuera él, o que tuviera la fuerza para manejar un pico y una pala.

Ahora se sentía avergonzado, avergonzado de la amargura de aquellos pensamientos. En algún momento, quizá cuando murió su mujer, se había rendido al pesimismo. Había empezado a pensar que el sufrimiento de Tasi-ko había pasado inadvertido, o que hacían caso omiso del mismo porque se trataba de una aldea remota e insignificante. Aquéllos eran pensamientos subversivos, como bien sabía Kang. Si los compartía con los demás, pudiera ser que debilitasen la resistencia de todos los ciudadanos. Y eran pensamientos erróneos además de subversivos. Resultaba evidente que la vida de un campesino de Tasi-ko era tan valiosa como la de un ingeniero de Pyongyang. La prueba estaba allí, en la carretera que tenía debajo. Simplemente había sido cuestión de tiempo y de asignación de los escasos recursos.

La presencia del ejército fue una reprimenda a sus pensamientos negativos. Los camiones contendrían en su interior comida y medicinas, y médicos, médicos auténticos, no trabajadores médicos como él. Aquéllas eran personas que habían ido a la universidad en Pyongyang. Ellos sabrían qué hacer.

Mientras que él no podía hacer nada. En menos de un mes había visto cómo la aldea quedaba diezmada a causa de una enfermedad cuyos síntomas eran tan violentos y raros qué, al oír hablar de ellos, habían enviado a Tasi-ko a un médico del Instituto de Enfermedades Infecciosas de la capital.

El médico que habían enviado era bajo y muy viejo, un hombre compacto como una nuez y con incisivos grandes y amarillos. Fumaba un cigarrillo importado tras otro y hablaba a borbotones salpicados de largos silencios. Kang sabía que, si aquel hombre fumaba tanto, es que debía de ser alguien importante. Pero aun así, a Kang no le cayó bien.

Al final el médico examinó a una docena de pacientes, cuatro de los cuales habían muerto desde entonces. Apuntaba los síntomas que

presentaban y le hacía preguntas a Kang sobre el desarrollo de la enfermedad. Tomó muestras de sangre de cuatro aldeanos y dispuso que a dos de los fallecidos los envolviesen en sábanas y los trasladasen a la capital para hacerles allí la autopsia.

Cuando el médico se disponía a marcharse, Kang le preguntó qué tenía que hacer en su ausencia, pero el viejo no le respondió. Encendió otro cigarrillo y, asomándose a la ventanilla del coche, apuntó hacia el edificio donde se guardaban los muertos.

—Todo esto es cosa de la señora española —le dijo—. ¡La señora española ha hecho esto!

Aunque no le correspondía a Kang contradecir a un médico importante de Pyongyang, no pudo contenerse. Cuando el coche se puso en marcha echó a correr tras él.

—Pero, doctor... ¡eso no es así! No hemos tenido ninguna visita. Ningún extranjero... —De pronto, el coche empezó a alejarse y Kang preguntó a voz en grito—: ¿Qué puedo hacer?

El viejo se volvió en el asiento para echar una última mirada y meneó la cabeza. Kang se quedó en la carretera pensando que aquel hombre estaba loco.

Pero todo aquello no importaba ya. El viejo había vuelto. Había regresado con medicinas... y excavadoras para enterrar a los muertos.

Kang era consciente de que tenía que darse prisa en bajar de la colina para ayudar a los soldados. Pero el frío le hizo titubear. Cualesquiera que fueran las medicinas que pudieran traer los soldados, cualquiera que fuera la comida que trajesen, resultaba casi imposible encontrar leña, de manera que habría sido una pérdida de tiempo subir tan arriba con semejante frío para volver con las manos vacías.

Abandonó el risco y se dirigió a la ladera boscosa que se encontraba a cien metros de distancia; se precipitó sobre un árbol pequeño y, arrodillándose en la nieve, comenzó a serrar con furia el tronco con la pequeña sierra plegable. La resina era pegajosa y se pegaba a los dientes de la sierra, pero al final el árbol se desplomó. Kang se puso en pie con dificultad. Ató la cuerda alrededor de las ramas más cercanas a la base del

pino, dio media vuelta y echó a correr de nuevo hacia el risco, arrastrando el árbol detrás de él por medio de la cuerda.

Se detuvo en lo alto del risco para recuperar el aliento, y lo que vio desde allí lo dejó desconcertado. Aproximadamente a un kilómetro al sur de la aldea, tres camiones y un remolque, lo que suponía la mitad del convoy, se detuvieron en medio de la carretera y se quedaron allí esperando. Mientras tanto, los otros camiones siguieron su camino; entraron con estruendo en la aldea y... pasaron de largo.

Excepto el *jeep*. El *jeep* se detuvo en la placita que, en tiempos mejores, había servido de mercado para los granjeros de por allí. Los aldeanos que andaban haraganeando en medio del frío se sintieron atraídos por el *jeep* como virutas de hierro por un imán, aunque Kang sabía en qué consistía la verdadera atracción: la promesa de medicinas, comida y noticias.

Echó a andar de nuevo, pero acto seguido vaciló. La parte del convoy que se había detenido al sur de la ciudad no se había movido del sitio. Los camiones seguían plantados en medio de la carretera con los motores apagados mientras los soldados se paseaban por los alrededores fumando cigarrillos y con las Kalashnikov colgadas del hombro.

Y allí, al norte, se repetía la misma escena. La otra mitad del convoy se paró más o menos un kilómetro después de pasar Tasi-ko. Los soldados saltaron de la parte de atrás de los camiones y se pusieron a esperar.

Era un panorama inquietante, incluso visto desde tan alto. Estaban poniendo la aldea en cuarentena. Y aunque a Kang le molestaba ver a Tasi-ko aislada de aquel modo, empezó a comprender la prudencia de aquella medida. Fuera cual fuese la pestilencia, había que contenerla. Traicionado por China, apaleado por las inundaciones y acosado por la hambruna, su país difícilmente podría soportar otro desastre más.

Una vez más pensaba de forma, peligrosa, sediciosa. Pero lo que pensaba era la verdad. Y una segunda verdad era que estaba muy cansado y, al estar cansado, le faltaba la energía para «quitar las malas hierbas del jardín de sus pensamientos».

Aquélla era la metáfora que a Kang le habían enseñado en el ejército; había servido durante seis años como oficial médico en una unidad de reconocimiento en la zona desmilitarizada. Algunos pensamientos eran

flores, pero otros eran malas hierbas. E incluso otros eran víboras. Se necesitaba una vigilancia constante para identificar correctamente cada uno de ellos.

Pero «la vigilancia constante» requería más energías de las que Kang podía gastar. Con los años había perdido demasiadas cosas: la pierna a causa de una mina de tierra, su mujer debido a la enfermedad. Durante la última semana había comido poco más que algunas hierbas silvestres, y ahora... ahora su cabeza, sus pensamientos, eran cualquier cosa menos un jardín. Eran una auténtica ruina, y a él, sencillamente, le daba igual. ¿Qué más podía hacerle el mundo?

De pronto, un megáfono eléctrico comenzó a crepitar y a silbar en la plaza. Kang se esforzó por oír lo que se decía, pero a medida que las palabras subían flotando por la ladera de la colina se iban apagando, de modo que resultaba imposible entenderlas. Pero vio el efecto que causaban: rechazada ahora, la gente se apartaba del *jeep* y desaparecía en el interior de sus hogares. Y al cabo de poco rato la aldea, un agrupamiento de casas de madera y una fábrica abandonada, todas decrepitas y rodeadas de barbechos, se encontraba tan vacía como una aldea fantasma. Sólo entonces el *jeep* se marchó de la plaza del mercado dejando tras de sí un penacho de humo blanco procedente del tubo de escape mientras rodaba hacia el norte para dirigirse al segundo bloqueo de la carretera.

Primero una cuarentena y ahora un toque de queda, pensó Kang. Pero... ¿en pleno día? ¿Por qué? ¿Y los médicos? ¿Dónde estaban los médicos? La cara de Kang, que había permanecido impasible durante tanto tiempo, se arrugó al fruncir el entrecejo. Lo que veía no tenía sentido, y su instinto le decía que actuase con cautela. Y aunque parecía bastante improbable que alguien se diera cuenta de su presencia desde allí abajo, tan lejos, se quitó la bufanda roja que le había hecho su mujer con la lana de un jersey viejo. Se metió la bufanda dentro de la chaqueta y se sentó en el árbol que había llevado a rastras hasta allí. Luego rompió una ramita de una de las ramas mayores y se puso a masticarla sin dejar de vigilar la carretera.

En el transcurso de la hora siguiente no ocurrió gran cosa más. Salvo por los soldados y las barricadas, la carretera que conducía a Pyongyang permanecía vacía. Demasiado vacía. Nunca estaba muy transitada, pero

ahora se hallaba completamente desierta. Ni un solo coche, camión o peatón llegó a ninguna de las dos barricadas. Aquello sólo podía significar que había otras barricadas más lejos de la aldea, y que las que él veía servían para un propósito muy diferente del que había imaginado en un principio. No estaban allí para impedir la entrada del tráfico. Estaban allí para que la gente no saliera.

A Kang, el corazón le dio un vuelco en el pecho.

Después, bruscamente, comenzó a haber movimiento. Como si les hubieran dado una señal, los soldados que se encontraban a ambos lados de la aldea se precipitaron en desbandada hacia los bordes de la carretera, donde se agazaparon dentro de unas zanjas. Kang no sabía cómo interpretar aquello... ni siquiera cuando vio el avión que se acercaba por encima de las montañas.

Como todos los aviones que había visto, aquél era un avión militar. Su piel de aluminio de color marrón apagado parecía absorber la luz del sol. Kang estuvo observando el avión mientras se acercaba más a Tasi-ko con los motores rugiendo en el aire helado. De pronto una parte del fuselaje se desprendió y cayó, dando volteretas, hacia la aldea. Kang no podía creer lo que veía. El avión se inclinó hacia el este, se niveló y aceleró en dirección al horizonte mientras Kang, sin pensarlo, se puso en pie de un salto.

Abrió la boca para gritar o para chillar... al avión, a la aldea, a los soldados... pero era demasiado tarde. El mundo se puso a latir. Se produjo un destello de luz y hubo un ruido sordo que sorbió el aire del cielo. Durante unos instantes vio una oleada de luz abrasadora que se ondulaba en todas direcciones desde Tasi-ko. Luego, una marea de calor se aplastó contra el risco, lo que hizo que él cayese. Jadeó para tratar de respirar, volvió a jadear y cayó presa del pánico al comprender que no había aire en el aire: sólo calor y olor a pelo quemado.

«Los están matando a todos», pensó. Frenético, resbaló sobre el hielo y cayó con fuerza cuan largo era. Una ducha de luz se disparó detrás de sus ojos y algo se le agrietó en lo más profundo de la cabeza. La visión de Kang se hizo borrosa y lo último que vio antes de perder el sentido fue Tasi-ko estremeciéndose en un mar de llamas.

Cuando despertó era de noche y el aire estaba cargado de olor a humo y resultaba cortante. Sentía la cara como si se le hubiera arrancado la piel de las mejillas, y la parte de atrás de la cabeza le latía rítmicamente, como un tambor. Con los dedos de la mano derecha se tocó el lugar donde tenía el dolor, justo detrás de la oreja, y al instante la retiró, impresionado por el chichón sangrante que tenía allí. Durante un momento el estómago se le revolvió y le dio la impresión de que el pecho le iba a estallar. Pero no ocurrió nada.

Se oía a las máquinas rugir a lo lejos, hacia la izquierda, muy abajo.

Abajo. ¿Dónde estaba él?

Kang se sentó despacio y miró a su alrededor. Se encontraba sobre un risco exactamente igual al que había por encima de Tasi-ko. El suelo, cubierto de hielo, estaba liso y aquí y allá había tocones de árboles que sobresalían en la nieve. Se dio la vuelta para mirar el lugar de donde procedía el ruido y vio excavadoras que se movían de un lado a otro en un campo de escombros; los faros de una docena de camiones iluminaban la escena.

Se hallaba en un lugar elevado, por encima de unas obras de construcción. Pero... ¿cómo había llegado hasta allí? Estaba recogiendo leña y... El dolor de cabeza que tenía le hacía imposible pensar. Un torrente de imágenes rotas le serpenteaba por el interior del cráneo: un avión marrón, un *jeep*, el rostro de su esposa... fuego.

Necesitaba un médico, e instintivamente llamó a los hombres que se veían allá abajo. Pero no podían oírle, desde luego. Con gran esfuerzo se puso en pie y comenzó a bajar por la ladera de la colina dando voces que se apagaban a causa del ruido atronador de las excavadoras. Una rociada de piedras pequeñas le precedió en una pequeña avalancha y, al acercarse más, vio por primera vez que el equipo de trabajadores estaba formado por soldados, y que éstos llevaban puestas máscaras de gas.

Raro.

Se encontraba a mitad de camino en la ladera del risco cuando uno de los soldados se dio cuenta de su presencia y se puso a gritar. Aliviado, Kang se detuvo para recuperar el aliento y, de pie en medio de un montón de cantos rodados, comenzó a agitar las manos haciendo señas y a gritar a su

vez. Pero luego ocurrió una cosa extraña. El soldado se llevó la Kalashnikov al pecho y empezó a disparar de aquella manera tan disciplinada como lo hacían los soldados, salpicando el aire que flotaba entre ambos con breves descargas de disparos que sonaron en el silencio reinante casi como el código telegráfico que utilizaban los barcos en alta mar.

Y mientras eso sucedía, el tiempo se dilató. De pronto Kang comprendió dónde estaba, que era precisamente donde le parecía estar: en el risco que se alzaba por encima de Tasi-ko. Y entonces se acordó:

LOS ESTABAN MATANDO A TODOS.

El canto rodado que había a su lado escupía piedras mientras las balas de 9 mm lo golpeaban. Aun así, Kang no se movió. Tenía los ojos fijos en la lejanía, sin hacer caso de los soldados que corrían hacia él, y miraba el terreno baldío lleno de cráteres que se extendía allí, humeante e iluminado por los faros de los camiones. Tasi-ko había desaparecido.

Darse cuenta de aquello le produjo más miedo aún que las armas, lo asustó de un modo que nunca había sentido antes. Porque aquél era un miedo que no tenía punto de origen ni enfoque. Venía de dentro y de fuera al mismo tiempo. Era terror, puro y oceánico, e irradiaba de él como el calor irradia de una hoguera.

Asustado, Kang dio media vuelta y echó a correr; gateó por la ladera de la colina de roca en roca, avanzó de una roca a otra. Detrás de él, sus perseguidores iban perdiendo terreno a medida que se adentraban en las colinas frías, oscuras y desconocidas para ellos, y agitaban las linternas describiendo arcos enormes e inútiles. Pronto se hizo evidente que no tenían ni idea de qué camino había seguido Kang y que, además, empezaban a pensar que se habían perdido.

Sin embargo, Kang seguía avanzando. Lejos de sentir la habitual torpeza de la pierna de madera, cubría el terreno con inmaculada economía, invisible como una sombra en la noche. Y aunque le ardían los pulmones y tenía agotados los cuádriceps, continuó subiendo y adentrándose cada vez

más en las montañas, hasta que las voces de los soldados se fueron apagando hasta reducirse a nada y dejaron de oírse las excavadoras.

Al cabo de cuatro o cinco horas en medio de aquel frío helador, Kang llevaba la camisa empapada de sudor y el muñón se le había convertido en un amasijo ensangrentado. Tenía los dedos congelados, el cráneo fracturado y la cara era toda ella una ampolla. Las partes del cuerpo que no le dolían era porque estaban muertas. Así de simple.

Pero siguió avanzando, y por fin encontró una especie de sendero que conducía colina abajo. Siguiéndolo, emergió de las montañas justo cuando la noche se iba haciendo gris para convertirse en alba. Al encontrarse junto a Victory Road siguió la carretera sin pensar y sin importarle adónde iba. La verdad era que no tenía ningún sitio a donde ir y, eso resultaba evidente, se estaba muriendo. Lo más probable era que la energía que le quedaba desapareciese pronto. Se sentaría a descansar y ahí acabaría todo. Si tenía suerte, habría un árbol y podría recostarse en él... cerrar los ojos... y sencillamente dejarse ir.

Tenía ganas de morir de ese modo, como un viejo monje, soñando con el mundo. Verdaderamente aquella imagen le levantó el ánimo y, mientras caminaba al lado de la carretera, mantuvo los ojos abiertos por si veía el árbol perfecto. El árbol de la muerte. Su árbol.

Pero no lo encontró por ninguna parte. La mañana dio paso a la tarde, el aire se calentó y, poco a poco, el día se disolvió en el atardecer. Cayó la noche, bajó la temperatura y Kang seguía caminando.

Así transcurrió el segundo día, y luego el tercero. Instintivamente y sin pensar, Kang se dirigía de manera trabajosa hacia el único lugar que conocía tan bien como los alrededores de Tasi-ko: la zona desmilitarizada de Corea. Una tierra de nadie vigilada muy de cerca que recorría más de mil seiscientos kilómetros y que se extendía desde el mar Amarillo hasta el mar de Japón. La zona desmilitarizada era a la vez una reserva natural y un suelo asesino. Surcada por debajo con una maraña de túneles y erizada de minas de tierra, era una cinta de color verde en un mar de lodo y hielo: tranquila, poblada de bosques y peligrosa. La puerta de entrada al Sur Vampiro, Corea del Sur.

Quizá allí encontrase su árbol.

Capítulo 2

FLASH

TEXTO DE TELEGRAMA 98 SEÚL 008070

SECRETO

INFO CIAE-04 DODE-01 INR-02

PÁGINA 01

de la embajada americana en seúl
a cía langleyva inmediata 8030
día washdc prioridad
etiquetas: pins, clavijas, jefe, n. asia/rok
TEMA: (k) DESERCIÓN - KANG YONG-PU
ref: seúl

1. texto entero secreto.
2. rok apsn informa fuerzas us/rok detuvieron rpdc-cit ciudadano kang yong-pu el 29-01— 98 a las 4:00. kang afirma entrar en zona desmil. misma noche vía «tubo infiltración» aprox. a 44 kilómetros oeste de sehyon-ni.
3. kang veterano inválido y «trabajador médico» dice deserción siguió incidente militar tasi-ko.
4. apsn asigna credibilidad cero a afirmación kang. fuente, «velocípedo» (pyongyang) informa ninguna actividad militar en cuerpo II.
5. kang considerado «inestable». deserción oportunista.
6. acción. ninguna acción recomendada. (sujeto debe ser devuelto tras prestar declaración re tránsito de zona desmilitarizada.)

Taylor Fitch se aflojó la corbata y se desabrochó el cuello de la camisa; se recostó en el sillón y, dejando escapar un suspiro, leyó el telegrama por

tercera vez aquella tarde. Cómo antes había sido reportero de prensa (bien, de acuerdo, aunque fuera una tapadera, había escrito algunos artículos), hizo una mueca que quería ser una sonrisa al ver el uso de aquellos acrónimos sin explicación. ¿Cuánta gente sabía que la APSN era «la CIA de Corea del Sur», la llamada Agencia para el Plan de Seguridad Nacional? ¿Cuántas personas podían decirle a uno que la RPDC representaba a la República Popular Democrática de Corea (también conocidos como los comunistas)?

La respuesta era casi nadie, eso era. Y Fitch no se refería al público. Se refería a la Agencia.

El agente de la CIA se frotó la mandíbula y se preguntó si debería teñirse la barba. La llevaba desde los tiempos de la universidad y se le iba volviendo gris, como el pelo de las sienes. Y no le gustaba. En realidad lo odiaba (aunque no tanto, tenía que admitirlo, como odiaba el reciente aumento de volumen de su cintura). Quizá fuese conveniente apuntarse a un club. Pudiera ser que...

Quizá debiera prestar atención a lo que estaba haciendo. Podía perder veinte kilos de peso y el telegrama aún seguiría allí. Tenía que hacer algo con él.

Algo como... archivarlo. Sencillamente, quitarlo del escritorio y fichar para salir. No era como si aquel como se llamase formase parte del círculo de allegados de alguien. No era miembro de la Asamblea Popular... ni siquiera cercano a nadie. En realidad, a menos que el puesto de Seúl hubiera metido la pata por completo, aquel tipo llamado Kang ni siquiera era miembro del Partido de los Trabajadores Coreanos. Lo único que era... era una especie de enfermero, y además rural.

Tasi-ko. ¿Dónde puñeta...?

Fitch se dio la vuelta en el sillón giratorio y consultó el gran mapa que había colgado en la pared detrás de él. Era un mapa topográfico de Corea del Norte que tenía en la parte de abajo una lista por orden alfabético de ciudades, pueblos y aldeas. Al lado de cada uno de los nombres había una serie de coordenadas que proporcionaban la longitud y la latitud en grados, minutos y segundos.

El mapa estaba centrado en la zona desmilitarizada, una gruesa línea verde que iba de este a oeste siguiendo el paralelo 38. Al norte de la línea unos alfileres rojos marcaban el paradero de las unidades de infantería y artillería de la República Popular Democrática de Corea, mientras que las posiciones navales y los campos de aviación se encontraban señalados con chinchetas azules y blancas.

Tasi-ko se hallaba en el sector K-7. Eso era el Cuerpo II, en las estribaciones de las montañas Diamond, a unos ciento treinta kilómetros al norte de la zona desmilitarizada. En mitad de ninguna parte. Excepto...

Algo había ocurrido allí. O quizá no. La fuente con base en Pyongyang no se había enterado de ningún «incidente», y Fitch tampoco. Pero eso no significaba gran cosa. Corea del Norte era un lugar misterioso. Pasaban muchísimas cosas de las que no se informaba ni dentro ni fuera del país. Así que lo único que se podía decir en realidad era que aquel tipo, Kang, había decidido vivir su vida y desertar. Y si era la hambruna lo que le había empujado a hacerlo, ¿por qué iba a mentir? ¿Por qué iba a inventarse alguna clase de «incidente» cuando lo único que tenía que decir era que tenía hambre?

Así que quizá sí que hubiera ocurrido algo. Pero... ¿qué podría ser? El telegrama no ofrecía pistas de ningún tipo, y Fitch creía saber por qué: Seúl no lo había preguntado porque Seúl era perezosa.

Se suponía que aquél era un destino de élite, pero la realidad era que casi siempre aquel puesto se conformaba con lo que los coreanos les daban; mecanografiaban lo que fuese y lo enviaban a Langley. No lo procesaban. No lo cuestionaban. Sencillamente lo pasaban y después se iban a la casa de putas más cercana.

Fitch masculló para sí mismo y se volvió de nuevo hacia el escritorio. Acercó más el teclado y redactó un telegrama que, despojado de los encabezamientos, decía:

¿QUÉ «INCIDENTE»?

Luego le dio a la tecla de codificación del programa de procesador de textos, imprimió los resultados y lo envió a Seúl por el gran fax rojo que

descansaba, como un busto de Nathan Hale, sobre un pedestal junto a la ventana.

La respuesta descodificada estaba encima de su escritorio al día siguiente por la mañana. Según MOTOWN (que era la manera como a Seúl le gustaba referirse a sí misma), Kang afirmaba que Tasi-ko había sido destruida por completo hacía unos diez días. Eso, decía, se había llevado a cabo mediante lo que parecía una explosión de aire combustible que se dejó caer sobre la aldea unas horas después de que los soldados la acordonasen. No había más supervivientes que Kang, y la aldea había sido enterrada por excavadoras. No quedaba nada.

«Fuente afirma Tasi-ko era sede de epidemia desencadenada POR MUJER ESPAÑOLA (NO IDENTIFICADA). AFIRMA QUE LA ACCIÓN de rpdc siguió a la inspección realizada por médico, instituto para Enfermedades Infecciosas de Pyongyang.»

«¿Qué mujer española? —pensó Fitch—. No hay mujeres españolas en Corea del Norte. O si las hay, habrá tantas como banjos hay en Timor. Y sea como sea, ¿cómo iban ellos a saber quién la había desencadenado?»

El mensaje acababa con una breve advertencia en la cual MOTOWN ponía mucho énfasis en dejar claro que ellos no tenían modo de verificar aquella historia, la cual, recordaban, les había sido ofrecida por una fuente que en modo alguno podía considerarse fiable.

Tenían razón, desde luego, y Fitch pensó que había que admitir que aquel tipo, Kang, cada vez parecía más loco. Sin embargo... no estaría de más hacer un par de llamadas, porque nunca se sabía. Nunca se sabía.

Lo que necesitaba eran fotografías, fotos de Tasi-ko (o de lo que quedase de ella). Y precisamente había un par de lugares en donde quizá las tuvieran.

El primero de esos lugares era la Oficina de Reconocimiento Nacional u ORN. Era una oficina subsidiaria de la CIA, con un gasto de seis mil millones de dólares al año, que estaba especializada en fotografías de alta resolución tomadas por satélites espía. Por desgracia, la ORN exigía que cualquier petición de imágenes debía tener el permiso de la oficina de enlace de la Agencia, lo cual significaba que el peticionario necesitaba

proporcionar una contraseña única a uno de los Programas Especiales de Acceso de la Agencia.

En este caso, sin embargo, no había ningún programa, y por lo tanto tampoco había contraseña alguna. Fitch simplemente estaba siguiendo una corazonada, por lo que la oficina de enlace puso mala cara.

Afortunadamente el Pentágono mostró más ganas de cooperar que la ORN, y Fitch se aseguró de que podía conseguir lo que necesitaba de la Agencia Nacional de Imágenes y Mapas. Aquél era el único proveedor militar de imágenes desde el espacio, y en muchos aspectos sus archivos eran más extensos que los de la propia ORN. Mientras que esta última se concentraba en objetivos ultrasensibles, tales como despliegues de tropas y situación de reactores nucleares, la misión de la Agencia Nacional de Imágenes y Mapas (ANIM), era mucho más amplia.

Aparte de una imponente serie de misiones militares convencionales, la Agencia Nacional de Imágenes y Mapas tenía la tarea y la inmensa responsabilidad de trazar en tres dimensiones los mapas del mundo, del mundo entero, mientras al mismo tiempo vigilaba cualquier cambio que sufriesen las líneas costeras y detallaba los cambios climáticos y las explotaciones agrícolas de cada uno de los continentes.

Era esta última responsabilidad la que Fitch tenía en mente cuando se puso en contacto con la oficial de enlace en la Agencia Nacional de Imágenes y Mapas y le explicó lo que estaba buscando: «pix».

—Bueno, ha venido usted al lugar adecuado. ¿Y qué clase de «pix»?

—Corea del Norte.

La mujer hizo un sonido que no la comprometía, una especie de gruñido ahogado por algún tipo de mueca.

—¿Eso es un sí?

—Bueno, depende. Es un lugar grande.

Fitch se dio la vuelta en el sillón y buscó Tasi-ko en el índice del mapa.

—Tengo las coordenadas aquí mismo.

—Démelas.

Así lo hizo.

—¿Tiene usted un marco temporal?

—Sí. En realidad tengo dos. Necesito algo que se fotografiara la semana pasada, y también una foto del mismo lugar aproximadamente un mes antes.

—Antes y después —dijo la mujer.

—Exacto.

—Bien... Veré qué puedo encontrar, pero si lo encuentro, ¿qué tipo de resolución necesita?

—Ésa es la buena noticia —le comentó Fitch—. No necesito gran cosa. Las fotografías del terreno, nada más. Bueno, siempre y cuando se pueda distinguir la diferencia entre un aparcamiento y un arrozal.

—Oh, bien —aceptó la mujer, que iba cobrando ánimos—. No creo que eso sea ningún problema. Aunque si quiere saber la verdad, me parece que usted podría obtener todo lo que quiere a través de Internet.

—No estoy conectado a Internet —le explicó Fitch.

—¡Pues debería estarlo!

—En realidad no. Si lo estuviera tendrían que matarme.

—¿Qué quiere decir?

—Es un asunto de seguridad. Ninguno de los ordenadores que hay aquí están conectados al teléfono.

—Bueno, sólo por si acaso. Estamos en uve doble, uve doble, uve doble, punto, nima, punto, com. —Hubo una pausa y luego le preguntó—: ¿Lo ha apuntado?

—Sí —respondió Fitch—. Ya lo tengo. Pero hasta que no esté conectado... ya sabe, es dudoso.

Las fotografías llegaron aquella misma tarde; se las entregó en mano un mensajero del Pentágono justo cuando Fitch se estaba poniendo el abrigo para irse a casa. De pie en la puerta, abrió el sobre y sacó un par de imágenes de 11 x 14. La primera era una fotografía en color falso del Landsat que cubría un arco de noventa y dos segundos, unos tres kilómetros de ancho. Mostraba un agrupamiento de lo que parecían cabañas de hormigón rodeadas de campos en barbecho en las estribaciones de las montañas Diamond. Una anotación al dorso proporcionaba la hora, la fecha y las coordenadas:

13.07.23Z

13-1-1997

38° 41'16" N, 126° 54'08" E

La segunda imagen era en blanco y negro y llevaba un sello al dorso que indicaba que era producto de un programa de reconocimiento de las Fuerzas Aéreas cuyo criptónimo se había borrado. La fotografía estaba fechada el 28 de enero de 1998 y daba las mismas coordenadas que la primera. Y aunque el arco era algo diferente, sólo treinta grados, la imagen que se veía no era en modo alguno ambigua.

Mostraba un campo, con nieve alrededor.

El corazón de Fitch comenzó a latirle más de prisa al mover los ojos de una fotografía a la otra y viceversa. Comprobó las coordenadas por segunda vez, pero en realidad no había necesidad alguna de hacerlo. La misma carretera de dos carriles atravesaba también el «aparcamiento». «Jesús — pensó—, es como un truco de magia. Ahora lo ves, ahora no.»

Y aunque sabía perfectamente lo que representaban aquellas fotografías, una masacre, también se daba cuenta de que, como había sido el primero en notarlo, obtendría muchos méritos por ello. Quizá hasta una medalla, o por lo menos una felicitación. Y por eso, allí de pie en la puerta de la oficina con la certeza de tanta muerte en las manos, una sonrisita le apareció en las comisuras de los labios.

Tardó cuarenta y ocho horas en obtener una copia del interrogatorio de Kang, y cuando llegó el texto resultó que todavía estaba en coreano; veintiséis páginas de hangul acompañadas de una disculpa automática de MOTOWN (cuyos traductores, se decía en la nota de disculpa, iban «todos atrasados»). Fitch había tenido la esperanza de darle una traducción a cada uno de los que formaban el Grupo de Trabajo de Tasi-ko (nombre que tenía que confesar resultaba en cierto modo pretencioso). Pero puesto que no era posible, decidió que era mejor invitar a Harry Inoue. Al ser norteamericano de origen japonés, Harry dominaba con fluidez el coreano y otros cuatro idiomas.

El grupo lo formaban cinco personas. Además de Fitch e Inoue estaban Janine Wasserman, veterana oficial que era abogada y acababa de regresar al cuartel general después de una visita de trabajo a Seúl; Alien Voorhis, analista reputado que se había pasado la mayor parte de su vida profesional en el Centro de Interpretación Nacional de Fotografías, y George Karalekis, físico que ostentaba el cargo de director de Ciencia y Tecnología.

Fitch les dio a cada uno de ellos la bienvenida a la pequeña sala de reuniones que había reservado aquel viernes por la mañana y comenzó a repartir copias de las fotografías que había recibido de la Agencia Nacional de Imágenes y Mapas. Después le preguntó a Harry Inoue cuánto tiempo pensaba que tardaría en traducir aquel informe.

—Bueno, eso depende —le contestó Inoue—. ¿Puedo llevármelo a casa? —Fitch negó con la cabeza, y el lingüista se encogió de hombros—. Entonces el martes.

—De acuerdo —respondió Fitch—. Entretanto, ¿por qué no le echa un vistazo? Mire lo que dice.

Inoue hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y empezó a leer.

Cuando todos hubieron tomado asiento, Fitch explicó por qué se encontraban allí. Les contó cómo un sanitario llamado Kang había cruzado la zona desmilitarizada de noche y luego había contado una historia que podría haber sido, increíble... si las fotografías que tenían delante no la hubieran confirmado. Por alguna razón, el ejército de Corea del Norte había utilizado lo que parecían, de acuerdo con el testigo, explosivos de aire combustible para destruir una aldea entera. Y además una aldea amistosa. Si podía confiarse en un censo de hacía treinta años, se había asesinado a más de cien personas.

—Yo no veo ningún cadáver —dijo Voorhis mientras miraba las fotografías por la parte inferior de las gafas bifocales—. Lo único que veo es un montón de escombros.

Fitch asintió.

—Tiene razón. Kang podría estar equivocado. Quizá escapase alguien más.

—Puede que escapasen todos —sugirió Wasserman.

Fitch la miró. Wasserman era una mujer alta y fornida de cerca de cuarenta años, con una voz áspera y unos ojos azules y penetrantes. Iba vestida, elegante como siempre, con ropa que Fitch supuso era de diseño. (Alguien había dicho que aquella mujer tenía mucho dinero y que estaba emparentada con los Guggenheim, o pudiera ser que con los Rothschild. Dinero antiguo, en cualquier caso, y además a montones.)

—¿Qué quiere decir? —le preguntó.

Wasserman se encogió de hombros.

—No sería la primera vez que los norcoreanos recolocasen a la población. Y tampoco sería la primera vez que decidiesen escenificar algo.

Fitch se quedó pensando en ello durante unos instantes y luego comentó:

—Buena observación. Es posible que los hayan trasladado. Y también es posible que quieran ese lugar para otra cosa. —Hizo una pausa—. Pero no es eso lo que dice Kang. Y ese hombre es nuestra única fuente.

Karalekis intervino con la pregunta obvia:

—Bueno, y ya que usted lo menciona, ¿qué es lo que dice exactamente el señor Kang? ¿Cuál fue el motivo de toda esta destrucción?

Fitch se volvió hacia Inoue y levantó las cejas.

Inoue se aclaró la garganta y se inclinó hacia adelante, sin apartar la mirada del informe.

—Dice, y estoy traduciendo al pie de la letra, que la aldea se encontraba en mitad de una epidemia. Que estaba muriendo mucha gente.

—¿Y explica ese hombre de qué estaban muriendo? —le preguntó Karalekis.

Inoue negó con la cabeza y volvió la página.

—No. Dice que nunca había visto nada así. Fiebre de cuarenta y un grados. Genitales gangrenados. —Miró inquisitivamente a Karalekis, cuya cara se mantuvo inexpresiva. Después Inoue pasó otra página—. Vómitos como proyectiles, hemorragias explosivas por la boca, por la nariz, por los ojos... ¡Dios mío, escuchen esto! Dice que algunos de ellos se volvían azules. «Azul brillante.» —Karalekis asintió, más para sí que para nadie más—. ¿No le sorprende eso? —le preguntó Inoue—. ¿No le sorprende que las personas se volvieran azules?

Karalekis se encogió de hombros.

—Eso ocurre a veces. Se llama cianosis.

Fitch se volvió hacia él médico.

—¿Sabe usted de qué está hablando ese tipo? ¿Hay algo en todo esto que le diga a usted algo?

Karalekis puso los ojos en blanco.

—Podría ser cualquier cosa.

Fitch e Inoue se quedaron mirándolo fijamente. Al final Fitch dijo:

—No. No podría ser «cualquier cosa». No podría ser un resfriado común, por ejemplo. Tampoco podrían ser hemorroides.

Karalekis soltó una risita.

—No me refiero a eso. Quería decir que no sé hasta qué punto el señor Kang es un observador fiable. No sé qué estudios tiene ni...

Wasserman se inclinó hacia adelante.

—¿Podríamos... por favor? No veo qué tiene esto que ver con que el ejército norcoreano destruya una aldea. Así que algunas personas estaban enfermas...

—Al parecer, muy enfermas.

—¿Y qué?

Inoue levantó un dedo y lo movió en el aire.

—Esperen un minuto —les pidió; y pasó un par de páginas—. Aquí dice: «Querían...» Bueno, no sé, la palabra más cercana que encuentro traducida sería «cauterizar». Dice que querían cauterizar el lugar.

—¿Y cómo iba a saber el señor Kang cuáles eran los motivos que tenía el ejército? ¿Es que acaso se lo dijeron? —preguntó Wasserman.

Inoue pareció desconcertado.

—No —contestó—. Tiene usted razón. Es sólo algo que supone él. Pero dice que estaba perdiendo uno de cada tres, uno de cada cuatro, pacientes, cuando llegó un médico de Pyongyang. Y que fue justo después de eso, una semana o así después, cuando el pueblo fue... destruido.

—Así que se figura que lo «cauterizaron».

Inoue asintió.

—Como una herida.

—¿Y si no trataban de controlar la enfermedad? —se le ocurrió preguntar a Wasserman— ¿Y si lo que estaban haciendo era ocultarla?

—¿Y por qué habrían de querer ocultarla? —inquirió Fitch a su vez.

—Porque la economía es un desastre, las fábricas están cerradas, la población se muere de hambre y nada funciona como es debido —respondió Wasserman—. Lo último que les conviene es más publicidad negativa.

—¿Y cree usted que serían capaces de matar a cien personas por eso?

Wasserman se quedó pensando en ello. Finalmente dijo:

—Seguro.

Karalekis se volvió hacia Fitch, que soltó un suspiro exasperado.

—¿Y el médico, el de Pyongyang? —preguntó Karalekis—. ¿Qué dijo de la epidemia?

—Dijo... —Fitch echó una ojeada rápida a Wasserman y, al ver la expresión escéptica que ésta tenía en la cara, se corrigió a sí mismo—. Perdón. No sabemos qué dijo el médico. Pero según el señor Kang, el médico le echó la culpa de todo aquello a... eh... una mujer española.

Wasserman se echó a reír a carcajadas, y Fitch apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

—¡Oiga! ¡Les estoy diciendo lo que dijo aquel tipo!

La sala quedó en silencio. Voorhis se sonó la nariz y Karalekis tosió, pero nadie sabía qué decir. Finalmente Inoue rompió el silencio.

—En realidad no es eso —dijo.

Fitch pareció perplejo y fastidiado, todo a la vez.

—¿Qué no es eso?

—No es eso lo que dijo. —Inoue dio unos golpecitos a la transcripción que tenía delante—. No dijo «una mujer española». Dijo «la señora española». Dijo que el médico le echó la culpa a «la señora española».

—Oh, bueno, en ese caso, perdón —se excusó Fitch.

Inoue hizo un gesto desventurado, como para explicar que él sólo trataba de ayudar, cuando de pronto se dio cuenta de que Karalekis lo estaba mirando con fijeza.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—¿Qué ha dicho usted... exactamente?

Inoue pareció apurado.

—¿Se refiere usted a lo de la transcripción? —Karalekis asintió—. Bueno, era sólo un detalle, pero... según el señor Kang, el médico dijo... —Miró la página del informe—. El médico le echó la culpa de todo a la señora española.

—La señora española —repitió Karalekis.

—Sí. Eso es lo que pone aquí que dijo.

—No... «una mujer española».

Inoue negó con la cabeza.

—No.

Karalekis le sostuvo la mirada al traductor durante un buen rato. Luego tragó saliva con fuerza y se dio la vuelta para quedar frente a Fitch.

—Me parece que será mejor que llame usted a Atlanta —le sugirió.

—¿«Atlanta»? ¿Qué es «Atlanta»? —le preguntó Fitch.

—Al CCE, el Centro para el Control de Enfermedades. Si su hombre tiene razón, esa cosa podría matar a más gente que la segunda guerra mundial.

OceanofPDF.com

Capítulo 3

En las semanas que siguieron, el Grupo de Trabajo de Tasi-ko fue ungido con su propio criptónimo (BLINDSIDE) y aumentó en dos miembros.

El primero era el doctor Irving Epstein, especialista en gripe del Instituto Nacional de Salud (INS). El segundo era Neal Gleason, un larguirucho agente del FBI con responsabilidades de enlace con la CIA.

Para Fitch el nombramiento de Gleason molestaba tanto como se agradecía el de Epstein, pero no podía hacer nada para evitar la presencia de aquel hombre. La tarea de Gleason consistía en trabajar con la Agencia en asuntos relacionados con armas químicas y biológicas. Ésta era (por lo menos en teoría) una extensión de la misión del Bureau de proteger al país contra actos de terrorismo doméstico. En realidad (o por lo menos en opinión de Fitch), la inclusión de Gleason era otro ejemplo de los implacables esfuerzos del Bureau por expandir su autoridad en el período siguiente a la guerra fría.

No es que Gleason tuviera un interés particular en el pequeño grupo de Fitch. Había peces más grandes para freír, y viajaba dos veces al mes de Washington a Ammán, donde se reunía regularmente con monitores norteamericanos asignados a los equipos de inspección de las Naciones Unidas en el cercano Iraq. Como era lógico, aquello dejaba a Gleason en un estado casi permanente de *jet lag*, condición que él ocultaba detrás de un muro de indiferencia y unas gafas de sol Maui Jim.

Para el agente del FBI, el Grupo de Trabajo de Tasi-ko sólo era algo circunstancial, un grupo entre una docena cuyas deliberaciones él revisaba (cuando no estaba de camino a alguna sala de embarque).

—Considérenme como una mosca en la pared —le dijo a Fitch—. No diré ni pío.

Y en gran medida así fue.

Epstein era harina de otro costal. Se trataba de un hombre bajo, gordo y hablador de sesenta y tantos años que portaba una vestimenta de nuevo comerciante, con pajarita, tirantes y un traje de sirsaca. Emocionado por formar parte del «mundo secreto» (aunque sólo fuera de prestado), se deleitaba explicando los matices de la gripe en general y de la gripe española en particular. «Señora española» era el mote de la enfermedad, derivado del peaje particularmente caro que se había cobrado en España. Los carteles de la época a menudo mostraban a una mujer seductora en una postura provocativa que parecía decir «Ven acá», y cuya mantilla de encaje ocultaba una calavera sonriente.

Armado con mapas de Asia y un puntero de láser, el epidemiólogo se mostró encantado de explicar que la gripe era un virus frágil que existía en un estado de mutación constante, y dependiendo de su composición antigénica...

—¿Que es qué?

La pregunta la había hecho Fitch, pero en realidad era de todos... o de casi todos.

—Habla de la capa de proteínas —le explicó Karalekis—. Las características superficiales del virus.

Fitch soltó un gruñido.

—Dependiendo de la capa de proteínas —continuó diciendo Epstein—, el virus se clasifica en tres tipos generales: hache-uno, hache-dos y hache-tres. Hay otros, pero éstos son los más graves.

Fitch arrugó la frente, pues no le gustaba que le dieran lecciones, pero Janine Wasserman lo contuvo tocándolo suavemente en un brazo.

—Dentro de cada uno de esos tipos de virus —les explicó Epstein—, tenemos lo que asciende a un número infinito de deformaciones...

—Así que, cuando hablamos de gripe, en realidad estamos hablando de una clase de enfermedad —le interrumpió Voorhis.

Epstein se encogió de hombros.

—Yo no lo expresaría así, pero usted puede hacerlo, si quiere. Lo importante es que tenemos que producir una vacuna nueva cada año porque, al mutar el virus, la cepa pandémica del año anterior da paso a su sucesora.

Epstein bañó al auditorio con una sonrisa benigna, pero Fitch no tragó.

—Doctor, no hace usted más que usar palabras...

—Se refiere a la mutación dominante en todo el mundo —dijo Karalekis.

—Como una epidemia —sugirió Voorhis.

Epstein negó con la cabeza.

—No, una pandemia no es algo «como una epidemia». Una «pandemia» es global. Una «epidemia», como la de Tasi-ko, es un brote localizado.

—Cosa que haría del problema un asunto estrictamente norcoreano —señaló Gleason.

Karalekis arrugó el entrecejo.

—Bueno —convino—. Lo sería... a menos que...

—A menos que se extienda —concluyó Epstein.

Durante un momento los dos médicos disfrutaron el uno de la sonrisa del otro.

Voorhis se removió incómodo en el asiento.

—Pero algunas epidemias son peores que otras, ¿verdad? Depende de la... cepa.

—Exactamente —respondió Epstein—. Algunas mutaciones son mucho más virulentas que otras, y a veces atacan a poblaciones diferentes. La gripe española atacó a los jóvenes: niños, muchachos; personas por debajo de los treinta años.

—¿Y por qué fue así? —quiso saber Wasserman.

Epstein movió la cabeza de un lado a otro.

—No lo sé.

Fitch frunció el entrecejo, y Karalekis se volvió hacia él.

—Nadie lo sabe —puntualizó.

—¿Por qué no? —preguntó Fitch.

Karalekis se encogió de hombros.

—Porque nunca lo ha estudiado nadie.

—¿La gripe? —insistió Fitch.

—No. Estamos hablando de este virus en particular —respondió Epstein—. Nadie lo ha visto nunca bajo el microscopio.

—¿Por qué no?

—Porque los virus son submicroscópicos. Se necesita un microscopio electrónico para verlos, y no lo inventaron hasta el año treinta y siete, que fue... ¿cuántos...? Casi veinte años después de que la enfermedad llegase y se marchase.

—¿De modo que nadie lo ha visto nunca? —inquirió Fitch. Karalekis asintió.

—¿Incluidos los coreanos? —quiso saber Fitch.

Karalekis y Epstein se miraron. Al cabo de un momento, Epstein respondió:

—Sí... incluidos los norcoreanos.

—Lo que significa que el tipo ese de Pyongyang... —continuó Fitch.

—El médico —aclaró Wasserman.

—Lo que sea. Eso significa que, cuando el tipo habló de «la señora española», se lo estaba imaginando, no era más que una suposición.

—Pues...

Karalekis se quedó pensando en ello.

—Por fuerza tuvo que ser así —insistió Fitch—. Usted acaba de decir...

Epstein negó con la cabeza.

—No es tan simple.

Fitch parecía desconcertado.

—¿Por qué?

—Porque vio a algunos pacientes. Trató síntomas. Observó el curso de la enfermedad.

—Y sobre esa base la comparó con la gripe española —coincidió Karalekis.

Nadie habló durante un buen rato. Luego intervino Janine Wasserman.

—En realidad no. No la comparó con nada. Afirmó que era la gripe española. Punto.

Voorhis puso los ojos en blanco.

—Según el traductor... según el médico... según ese desertor. —Hizo una pausa y miró en torno suyo por la sala—. ¿Soy sólo yo, o...?

Neal Gleason dejó escapar un bufido irónico. Después echó una ojeada al reloj y apartó la silla hacia atrás arrastrándola por el suelo. Se puso en pie con una mueca de falso remordimiento y anunció:

—Todo esto es muy interesante, pero tengo que estar a las dos en la sede de la Armada, así que... eh... manténgame informado, ¿de acuerdo?

Y dicho esto cogió el abrigo y salió de la habitación.

Wasserman pareció no darse cuenta. Se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en la mesa de reuniones y juntó las puntas de los dedos golpeándolos unos con otros. Una vez, dos veces. Tres veces. Después se dio la vuelta hacia Karalekis con el entrecejo fruncido y le dijo:

—Lo que me extraña, George, es... bueno, supongo que es lo mismo que a todos nos resulta extraño: el modo cómo reaccionaron los coreanos.

—Desde luego.

—Porque a no ser que yo esté equivocada, no se puede detener una epidemia de gripe matando a las personas que tienen la enfermedad...

—¿Por qué no? —preguntó Voorhis.

—Porque no —replicó Epstein.

—Porque hay más de un único vector —le explicó Karalekis.

—Exactamente.

Voorhis miró primero a un médico y después al otro, como si estuviera siguiendo un partido de tenis. Al cabo de unos instantes preguntó:

—¿Qué es un vector?

—Un medio de transmisión —le aclaró Epstein.

—¿Como qué? —quiso saber Fitch.

—Personas. Roedores. Patos —le contestó Karalekis—. Con la gripe, los patos silvestres son algo enorme —apuntó, empezando a acalorarse con el tema.

—La migración de las aves acuáticas... —comenzó a decir Epstein.

—Es el nombre del juego —le interrumpió Karalekis.

—La oleada anunciadora, que es la primera oleada de gente afectada por una nueva cepa, casi siempre empieza en China —añadió Epstein.

—¿Y eso por qué? —preguntó Voorhis.

—Porque los chinos tienen las aves acuáticas y las densidades de población que son necesarias para que empiece a desarrollarse la oleada...

—Hay muchas razones —comentó Karalekis—, pero para nosotros es una suerte, porque cada nueva cepa tarda casi un año en llegar a Estados Unidos, lo cual nos da tiempo para hacer una vacuna y distribuirla.

Janine Wasserman se aclaró la garganta.

—Si pudiéramos limitarnos... atenernos al tema... Estábamos hablando de la reacción de los coreanos. Y de lo ilógica que era. —Durante un momento el desencanto se reflejó en la cara de los médicos. Disfrutaban con aquella lección magistral, intercambio de réplicas agudas o lo que fuera. Wasserman consumió hablando—: Y estaba pensando en la certeza que tenían, o en la aparente certeza, de que era la gripe española y no algo parecido. —Epstein y Karalekis abrieron la boca, pero Fitch se les adelantó con un levísimo gesto de la mano derecha—. Y se me ha ocurrido —añadió Wasserman— que los norcoreanos sabían que había muy pocas probabilidades de que el hecho de matar a las personas de Tasi-ko fuera a afectar a un brote de esta clase, porque la enfermedad continuaría extendiéndose por otros medios. —Los médicos se miraron el uno al otro. Finalmente, Epstein reconoció la lógica de aquel razonamiento con una inclinación de cabeza—. Así que lo que hicieron fue completamente irracional, a menos que... de algún modo supieran... que no había otros vectores para aquel brote en particular. Que de algún modo no era más que... un problema aislado. Una chiripa.

Karalekis frunció los labios e hizo un ruido absorbente.

—*Mmmm*, sí —reconoció—. Ya comprendo lo que quiere decir, su argumento.

Epstein frunció el entrecejo, pues se sentía auténticamente desconcertado. Durante unos instantes pareció un niño al que su madre hubiera vestido con ropa de su padre. Apartando la mirada de Wasserman y poniéndola en Karalekis, preguntó:

—¿Qué argumento?

Karalekis no levantó la mirada de la mesa.

—La señora Wasserman está sugiriendo que hubiera podido ocurrir un incidente, y que lo que pasó en Tasi-ko pudiera ser... un intento para contener ese incidente.

—¿Se refiere usted a un incidente de laboratorio? —le preguntó Epstein.

Karalekis levantó la vista.

—Exactamente. De otro modo...

—De otro modo habrían sabido que no había nada que hacer con el brote —añadió Fitch terminando la frase—. Lo habrían asumido. No les habría quedado más remedio que hacerlo.

Una expresión de preocupación se cernió sobre Epstein.

—Pero... ¿eso es realista? Bueno, lo que quiero decir es... ¿sabemos si los norcoreanos están experimentando con esa clase de cosas?

Karalekis resopló.

—Sí —respondió—. Claro que lo sabemos. Tienen uno de los programas de armamento biológico más intensos del mundo. Ahora bien, dicho esto, no tenemos equipos de inspección en ese país, así que no puedo decirles dónde tienen los laboratorios. Pero sí que sabemos que tienen un programa... y para un país como Corea del Norte, eso tiene sentido.

—¿Por qué lo dice? —le preguntó Epstein.

—Porque las armas biológicas son las más rentables del mundo. Mírelo de este modo: un programa de armas nucleares cuesta un par de cientos de millones... sólo para empezar. Sin embargo, puede usted fabricar ántrax, cólera y tifus en un garaje utilizando utensilios de cocina caseros. Y no necesita misiles para lanzarlos; cualquier aerosol cogido de un estante sirve perfectamente.

—Ya le regalaré al señor Epstein un libro sobre eso —intervino Fitch con impaciencia—. Lo que yo quiero saber es... si hay un laboratorio de armas cerca de Tasi-ko, ¿cómo se les escaparía algo así?

Karalekis se encogió de hombros.

—Un accidente. El escape de una tubería. No pasa a menudo, pero pasa.

—Es el Tercer Mundo —comentó Voorhis—. Apuesto a que ahí sucede a cada momento.

—Desde luego —reconoció Karalekis—. Si es que fue un accidente... y si fue la gripe española...

—¿Y eso? —quiso saber Fitch.

—Bueno, pues que eso nos plantea una gran pregunta, ¿no les parece?

Epstein bufó.

—¡Ya lo creo!

Fitch miró consecutivamente a ambos médicos.

—¿Y qué pregunta es ésta?

Karalekis arqueó las cejas.

—Bueno... a lo que me refiero es a que... ¿de dónde la han sacado?

La pregunta se quedó flotando en el aire largo rato. Finalmente Voorhis soltó una risita.

—Nos están tomando el pelo, ¿verdad?

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Karalekis.

—Que se están guaseando de nosotros.

Ahora le tocó a Karalekis el turno de poner cara de desconcierto.

—No. Yo no. ¿Por qué piensa usted eso?

—Pues porque... —Voorhis esbozó una amplia sonrisa—. ¡Es la gripe, por amor de Dios! Todo el mundo la tiene. No es el Ébola. ¡No es fiebre Q! ¿Por qué iban los coreanos a andar jugando con algo como la gripe cuando tienen... qué? ¡Ántrax! ¡Sarín! Debe de haber un millón de cosas más peligrosas.

Epstein y Karalekis se miraron. Al cabo de un momento, Epstein se volvió hacia Voorhis.

—Creo que no lo ha acabado de comprender usted del todo —le dijo—. La tasa de mortalidad de la gripe española...

Voorhis parecía escéptico.

—Ya sé lo que está usted diciendo. La gripe es un monstruo. Pero no es algo venenoso. No la usarían jamás para atacar a un ejército.

—Sí, eso es cierto —comentó Karalekis—. Probablemente no lo harían. Pero si la intención fuera debilitar al enemigo, atacar a la población civil de modo sistemático... la señora española sería un instrumento muy eficaz.

Epstein continuó con el tema.

—La semana pasada estuve repasando los números —les explicó—. Fíjense en Nueva York. Tienen ocho mil camas de infecciosos en cincuenta y seis hospitales. ¡Eso es todo! O casi: también tienen un par de furgonetas de descontaminación, dos, cada una de las cuales puede atender... ¿qué?

Puede que tres personas en una hora. —Hizo una pausa—. Un ataque biológico sobre Nueva York o cualquier otra ciudad sería... irrecuperable.

—La otra cosa que tiene la gripe, desde luego, es que se sostiene por sí sola —dijo Karalekis—. Una vez que se pone en marcha, tiene lugar una especie de reacción en cadena: el virus, o bacteria, se reproduce cada vez más. Así, es como un reactor de fusión. Sin embargo, por otra parte, es como una bomba de neutrones, porque no causa daño alguno a la infraestructura del enemigo. Mata a las personas y deja los edificios intactos.

Voorhis gruñó.

—Pero ¿hasta qué punto es mortal esa cosa?

—Bueno —respondió Karalekis—. Si se tiene el microbio apropiado... teóricamente, podría empezarse una especie de *corona de fuego* biológica que mataría a todos los seres vivos del planeta, a menos que hubieran sido inmunizados previamente.

—Comprendo —dijo Voorhis—. Pero no hablamos en teoría. Estamos hablando de ese virus de Corea del Norte. Y lo que yo me pregunto es: ¿hasta qué punto es mortal?

—Vale. Déjeme que lo exprese de este modo —le pidió Karalekis—. En el otoño de mil novecientos dieciocho la gripe española mató a más de medio millón de norteamericanos. Eso supone más muertos que los que murieron en las dos guerras mundiales, en la de Corea y en la de Vietnam juntas. *Y ocurrió en cuatro meses.*

—¿Y la peste? —preguntó Fitch—. Eso tuvo que ser peor.

Karalekis se mecía de un lado a otro sobre la punta de los pies, sopesando la proposición.

—Puede ser. Pero la peste tardó veinte años en hacer lo que hizo. La gripe española mató a veinte o treinta millones de personas en doce meses.

—Jesús —exclamó Fitch en voz baja.

Epstein se volvió hacia Voorhis.

—Ha mencionado usted el Ébola —le dijo—. Bien, es un microbio terrible, desde luego, pero... es estable. Y, la verdad, es bastante difícil de contraer.

—Es tan difícil contagiarse de Ébola como de sida —le aclaró Karalekis.

—Tiene que haber un intercambio de fluidos... y no me refiero a un estornudo —continuó diciendo Epstein—. Pero la gripe... ¡Bien! Es justo como usted ha dicho: «Todo el mundo la coge.»

—Y es cualquier cosa menos estable —recordó Karalekis—. No tenemos vacuna para la gripe del año que viene. Y la verdad simple es que la señora española fue el suceso médico más letal de la historia.

—Y eso fue cuando se encontraba en su estado natural —añadió Karalekis.

—¿Qué quiere usted decir con eso de en su estado natural? —le preguntó Fitch.

—Bueno, yo sólo estoy haciendo suposiciones, pero... si los coreanos empezasen a jugar con el bichito ese pellizcándole los genes... podrían llegar a crear un virus quimera que fuese aún más letal.

—¡Un «virus quimera»! —exclamó Voorhis.

—Está hablando de unir los genes, de crear un monstruo fundiendo un virus con otro —aclaró Epstein.

—Sí, pero... haría falta un laboratorio muy sofisticado para hacer algo así, ¿no? —inquirió Voorhis.

Epstein hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Genentech envía kits a las escuelas. Y se puede comprar uno por unos cuarenta pavos.

Nadie dijo nada durante un momento. Por fin, Fitch rompió el silencio.

—De modo que lo que quiere usted decir es que nos estamos deslizado por una pendiente de mierda.

—Hablando en términos profanos, sí, es muy posible —reconoció Epstein.

Mientras pensaba en ello, Janine Wasserman se puso en pie y, tan lánguida como siempre, dio la vuelta alrededor de la mesa. Finalmente se detuvo junto al mapa de Corea del Norte que colgaba de la pared y se quedó estudiándolo un momento.

—Aquí hay dos problemas —dijo pensativa—. El primero es localizar dónde ocurrió el accidente.

—El Ministerio de Defensa puede ayudarnos en eso —intervino Fitch.

—Estoy seguro de que podemos conseguir que sobrevuelen la zona unas cuantas veces —sugirió Voorhis—. Por lo menos enviarán algunos U-dos.

Fitch asintió.

—Y ECHELON.

Todo el mundo emitió murmullos que indicaban que estaban de acuerdo, excepto Epstein.

—¿Qué es «echelon»? —preguntó mirando primero a un empleado de la CIA y luego a otro.

Fitch se retorció en el asiento, apesadumbrado por el error que había cometido al olvidar que había un extraño en la habitación. Finalmente, dijo:

—Es un... eh, programa secreto —le explicó—. No tendría que haberlo mencionado.

En realidad el programa ECHELON era una de las operaciones más sensibles y secretas de los servicios de inteligencia, una red de escucha electrónica a nivel mundial que alcanzaba asombrosas proporciones. Encadenando satélites y «puestos de escucha» a una serie de enormes ordenadores paralelos, los servicios secretos de Estados Unidos y sus aliados podían interceptar y descodificar prácticamente todas las comunicaciones electrónicas del mundo... en tiempo real, mientras tenían lugar. Luego, mientras buscaba las palabras clave, el mismo programa identificaba y segregaba mensajes de particular interés.

—Entonces, ¿qué palabras utilizamos? —le preguntó Voorhis con el bolígrafo preparado.

Fitch se encogió de hombros.

—No hay mucho que podamos utilizar. «Gripe» no nos llevará a ninguna parte...

—Sí, pero... «gripe» y «Corea del Norte», o «gripe» y «Tasi-ko»... de hecho lo más probable es que cualquier cosa donde aparezca Tasi-ko se considere de interés.

Fitch asintió.

—Eso es probable que funcione.

—Y aunque consigamos encontrar ese laboratorio —comentó Voorhis—, ¿qué vamos a hacer al respecto? Quiero decir que se trata de Corea del Norte.

—Si llegamos a ese punto, ya es un asunto diplomático. El Estado puede encargarse de ello —le respondió Fitch.

—¿Y qué me dicen de una vacuna? —preguntó Wasserman—. ¿Cuánto tiempo se tardaría en desarrollarla?

Epstein respondió sin titubear.

—Seis meses. De principio a fin.

—¿Podrían hacerla más de prisa si fuera necesario?

Epstein miró a Karalekis, el cual levantó las cejas. Finalmente Epstein dijo:

—Si podemos llegar a hacerla, quizá tardásemos un mes menos. Aunque, en cualquier caso, es una consideración hipotética. No puede hacerse una vacuna sin el virus, y...

Karalekis acabó la frase por él:

—No tenemos el virus.

Wasserman se inclinó hacia adelante y le apretó a Karalekis los hombros con tanta fuerza que éste casi llegó a hacer una mueca de dolor.

—Bien —le comentó ella en un susurro—, ése es el segundo problema. Creo que será mejor que lo encontremos.

Si el virus se podía encontrar en alguna parte, pensó Karalekis, el lugar más probable era un edificio sin ventanas en los terrenos del Centro Médico del Ejército Walter Reed, en Bethesda, en el estado de Maryland. Aquél era el Depósito Nacional de Tejidos... o como a veces lo llamaban los periódicos sensacionalistas, «la biblioteca de la muerte». Era una estructura semejante a un almacén atestado de estanterías de metal en las que se amontonaban altas pilas de cajas de cartón. Dentro de cada una de las cajas había pedacitos de tejido humano que habían sido conservados en formol y encastrados en pequeños bloques de parafina. En total, el edificio contenía más de dos millones y medio de pedazos de carne enferma pero

adormecida, la mayoría de los cuales se habían obtenido de soldados que habían caído en las guerras de su país.

Karalekis sospechaba que en uno u otro de los bloques de parafina podrían encontrarse rastros del virus. Y el lugar más probable era entre los tejidos de los pulmones. Eran rebanadas de carne finas como el papel obtenidas de soldados que habían muerto de enfermedades respiratorias en el otoño de 1918. Sin embargo, incluso allí las probabilidades de encontrar una muestra útil eran insignificantes, porque el virus de la gripe empezaba a descomponerse al cabo de veinticuatro horas de la muerte del portador, y lo más probable era que, aunque lo encontrasen, fuese inútil para fabricar una vacuna.

No obstante, había que hacer el esfuerzo, y se hizo. Respaldado por una orden de prioridad de investigación de Seguridad Nacional, Karalekis inició una búsqueda larga y tediosa que amenazaba con durar años. Era lo único que podía hacer. Tenía poca confianza en que los aviones U-2 encontrasen algo: los laboratorios biológicos se disfrazaban con facilidad. Y el programa ECHELON, por ingente que fuera, sólo era eficaz en tanto en cuanto el enemigo fuera en cierto modo indiscreto. Si las comunicaciones norcoreanas no mencionaban Tasi-ko, tanto ECHELON como la CIA saldrían de todo aquello con las manos vacías.

O quizá no.

Una tarde de febrero, mientras estaba sentado a su escritorio en el Departamento de Dirección de Ciencia y Tecnología, a Karalekis lo sobresaltó la súbita aparición de Fitch en la puerta.

—Me parece que Epstein quizá haya resuelto nuestro problemita —dijo Fitch.

Karalekis pareció escéptico.

—¿De veeeras?

Arrastró las palabras como si las estuviera pronunciando en un tobogán de agua.

—Sí, de veras.

Fitch se dejó caer en una silla y arrojó una carpeta encima del escritorio de Karalekis.

El médico la miró con desconfianza.

—Y esto sería... ¿qué sería?

—Es una propuesta de subvención —respondió Fitch—. Es ya antigua. Epstein me habló de ella y he conseguido una copia de la Fundación Nacional de Ciencias.

Karalekis miró la tapa.

En busca de «A/Kopervik/10/18»

Presentado por Benton Kicklighter, doctor en Medicina y Filosofía (ISN)

Annie Adair, doctora en Filosofía
(Universidad de Georgetown)

—A-Kopervik-diez-dieciocho —leyó—. ¿Qué demonios es eso?

Fitch hizo una mueca como una sonrisa.

—Bueno, amigo mío —le dijo—. Eso es el Gran Kahuna.

—¿Ah, sí?

—Puede apostar a que sí. Se la llame como se la llame, la gripe española es la gripe española.

Karalekis frunció el entrecejo.

—No lo entiendo.

—Mire, esto es una propuesta de subvención, una propuesta de subvención que se rechazó, de un médico del INS, el Instituto Nacional de Salud. De un tipo llamado Kicklighter y de otra persona llamada Adair. Verá... resulta que están unos mineros noruegos muertos...

—Estupendo.

—... y quieren desenterrarlos. Están en una tumba en el quinto infierno, en el Círculo Polar Ártico.

—Y eso... ¿cómo va a ayudarnos? —le preguntó Karalekis.

—Esos mineros murieron en el año mil novecientos dieciocho. Y según esto, resulta evidente lo que los mató; los síntomas son clásicos: fiebre alta, cianosis, vómitos, hemorragias... y por lo que dice aquí —Fitch dio unos golpecitos en la propuesta con el dedo índice, una vez, dos veces, tres veces—, han estado enterrados en el permafrost desde entonces.

Karalekis se inclinó hacia adelante en el sillón.

—¿De veeras? —exclamó—. En el permafrost... —Repitió la palabra como si la estuviera pronunciando por primera vez—. Y... ¿ellos creen...?

Fitch se encogió de hombros.

—No lo saben, no hay manera de saberlo. Pero por lo que parece, toda esa zona alrededor de Kopervik, que yo supongo es una especie de ciudad fantasma, está llena de osos polares. De osos polares, ¿sabe?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues que los enterraron a mucha profundidad. Los enterraron en el hielo.

OceanofPDF.com

Capítulo 4

Murmansk

23 de marzo de 1998

—Cuarto punto —estaba diciendo el tipo alto y desgarrado en la parte delantera de la habitación—, gafas para el Ártico. —Con la mano en alto tenía colgadas un par de un dedo—. Bajo ninguna circunstancia salgan en horas de luz del día sin ellas, ni siquiera durante un minuto.

Annie Adair se quedó mirando con síntomas de alarma la larga lista del equipo. Si, como parecía, cada artículo de aquel equipo iba a requerir una conferencia de quince minutos, iban a estar sentados en aquella cabina pequeña y de atmósfera cargada durante varias horas.

El hombre alto se inclinó hacia adelante doblándose por la cintura para mostrar la mejor manera de ponerse las gafas, moviendo la cabeza de un modo exagerado para sujetar las piezas que protegían los ojos firmemente contra el rostro. Cuando se incorporó con aquellas gafas negras y bulbosas puestas, la cabeza se parecía a la de un insecto grande.

—Tienen que estar bien ajustadas... como las gafas de natación —les explicó detalladamente—. Las juntas que hay en las sienes no tienen que dejar pasar nada de luz.

Annie reprimió un bostezo y echó una breve ojeada al doctor Kicklighter. Éste tenía fama de ser impaciente, y por las muestras que presentaba (daba golpecitos con el pie en señal de irritación y se mordía un nudillo), Annie adivinó que estaba, a punto de estallar. Y no podía consentir que eso sucediera. El doctor K carecía de cualquier tipo de don de gentes y no conocía el concepto de cortesía profesional. Sencillamente, no parecía

entenderlo, no comprendía que era mejor soportar un par de horas de tedio que indisponerse con personas de las que uno dependía.

Y que, al fin y al cabo, lo que pretendían era hacerle a uno un favor.

Los barcos rompehielos había que reservarlos habitualmente varios años por adelantado. Así que para encontrar uno había que enarbolar la bandera apropiada en el lugar apropiado y en el momento apropiado; que además estuviera dispuesto a alojar a la expedición para Kopervik era... bueno, era mucho pedir. Y sin embargo, de algún modo todo había encajado en su sitio. A la petición de una subvención que ella había dado por perdida hacía más de un año habían contestado de repente en sentido afirmativo, concediéndosela, y fuera como fuese se había encontrado sitio a bordo del *Rex Mundi*, un rompehielos de gran solera alquilado a la Administración Nacional de la Atmósfera y los Océanos.

Cómo había arreglado aquello el doctor K era algo desconcertante, aunque ella no tenía intención de averiguarlo. La única vez que le había preguntado al respecto, el doctor K había sonreído y le había dicho:

—Bueno, Annie, resulta que tenemos amigos en algunos puestos altos.

Y eso debía de ser, porque, entre otras cosas, el paseo de Annie a bordo del *Rex Mundi* significaba que los «muñecos de nieve», los miembros del equipo de la Administración Nacional de la Atmósfera y los Océanos que estaba compuesto por físicos especialistas en nieve y hielo, tendrían que renunciar a un permiso de cinco días en la costa de Oslo.

Lo que no les convenía entonces era tener roces con los físicos ni con la tripulación. Esta última, desde luego, era un problema de por sí. A pesar de prometerles que recibirían una prima generosa, varios miembros de la tripulación habían abandonado el barco al enterarse de que la etapa de Kopervik del viaje implicaría la exhumación de cadáveres. Se habían encontrado sustitutos, pero no sin dificultades. Y también, según le habían contado a Annie, existían algunas supersticiones de los marineros relativas al transporte de los cargamentos de cadáveres.

El hombre de las gafas seguía hablando con voz monótona sobre los ángulos de refracción y las intensidades solares del Ártico. Por su parte, Annie se habría pasado todo el día allí sentada pacientemente, pero uno de sus trabajos como protegida era intervenir por su mentor. El doctor K podía

resultar verdaderamente ofensivo, y cuando Annie se dio cuenta de que el movimiento del pie del médico aceleraba el ritmo, decidió intervenir.

—Me parece que ya hemos cogido la idea —comentó en lo que esperaba fuera un tono alegre y conciliador.

Katie Couric hizo una pausa para la publicidad.

—¿Disculpe?

El muñeco de nieve no podía creer que Annie lo hubiera interrumpido.

—Yo... nosotros... Bueno, lo que quiero decir es que ya comprendemos que tenemos que llevar las gafas puestas siempre que salgamos al exterior.

Annie fingió torpemente un bostezo confiando en que aquel hombre lo entendiera: «Esta gente está cansada. Acaban de venir de un vuelo transatlántico.»

Pero no, reaccionó como si le hubieran dado una bofetada en la cara. Annie era consciente de que había violado una regla no escrita que decía que, cuando los expertos informan a los «civiles», aunque dichos civiles sean a su vez científicos, la conducta que se espera de ellos es de educada atención, sino de obediencia. Era una cuestión de tradición. Si el doctor K fuera el anfitrión de unos extraños que visitasen su laboratorio y los instruyera para que conocieran la manera más apropiada de manejar un frotis viral, esperaría una atención casi en éxtasis. A Annie se le escapó una risa un poco nerviosa, pero siguió adelante.

—Mire, yo soy la última persona a quien tiene usted que aleccionar sobre las precauciones que hay que tomar para evitar quedarse ciego a causa de la nieve —dijo sin respirar—. En realidad me pasó una vez.

—¿Ah, sí?

—Aja. En Vail. Se me cayeron las gafas mientras subía en el teleférico.

—Dios, ahora estaba hablando como una cabeza de chorlito—. Hubo un momento, cuando estaba allí arriba, por encima de los árboles, en que no podía ver nada.

Se hizo un silencio y luego la voz del físico adoptó un tono ácido.

—Bueno, la auténtica ceguera a causa de la nieve es de una magnitud completamente diferente. No estamos hablando de desorientación. Estamos hablando de dolor, de un dolor intenso, como si a uno se le llenasen los ojos

de vidrio molido. Puede dejarte inútil durante días, incluso semanas, si la exposición es lo bastante severa.

Durante un momento hubo otro silencio, y luego el tamborileo del pie empezó de nuevo por parte del doctor K... aunque con una cadencia más lenta.

—A-no-ta-do —dijo el doctor K con voz fría.

—Excelente. —El físico de la Administración Nacional de la Atmósfera y los Océanos se arrancó las gafas, que le dejaron unas marcas rojas alrededor de los ojos, y cogió una máscara facial de neopreno—. Artículo cinco. Cuando la temperatura descienda por debajo...,

—Disculpe —le interrumpió el doctor Kicklighter—. Supongo que es su trabajo, pero... sencillamente... por cierto, ¿no tendrá usted que repetir todo esto para nuestro escribiente cuando llegue? ¿No tendría más sentido esperar? Lo que quiero decir es que el escribiente tendrá que proteger la vista y todo lo demás exactamente igual que nosotros.

—¿Qué «escribiente»?

El físico lo miró furioso.

Annie pensó: «Ya está. Estamos acabados. Nos odia.»

—Un hombre llamado Daly...

Se oyeron unos golpes secos en la puerta y un hombre rubio y delgado entró en la habitación sin aguardar la respuesta. Annie lo reconoció como el físico jefe.

—Tendrás que acabar la información a bordo, Mark. Hay una tormenta que se dirige hacia aquí y el capitán dice que o nos vamos dentro de un par de horas o nos quedaremos en puerto tres o cuatro días.

—¿Que nos vamos? —preguntó el doctor K-. Pero...

El hombre rubio se encogió de hombros.

—Hacemos lo que dice el capitán —le indicó—. Y de todos modos nos hace un favor. Si quisiera podría hacernos esperar. Y entonces, ¿dónde estaríamos? Usted perdería la oportunidad. —Hizo una pausa durante unos instantes para dejar que asimilaran aquellas palabras, y luego, con una sonrisa, añadió—: ¡En veinte minutos! Los esperaremos con la furgoneta delante del hotel.

Y tras decir esto, el hombre rubio se marchó tal como había venido.

Mark, el físico, ya estaba metiendo el material en una bolsa de viaje grande de color azul.

—Pero... ¿y Frank Daly? —quiso saber Annie.

—¿Quién es Frank Daly? —preguntó Mark.

—Nuestro escribiente —respondió Kicklighter.

—Teníamos un acuerdo —dijo Annie—. Quiero decir... ¡Dios mío, ha recorrido un millón de kilómetros!

Mark levantó la mirada, esbozó una sonrisa, se encogió de hombros e, incorporándose, se echó la bolsa al hombro.

—Francamente, yo diría que el señor Daly va a perder el barco.

—La bendición disfrazada —masculló Kicklighter al ponerse en pie—. Nos hace tanta falta como un flemón en una muela.

Mark soltó una risita y salió sin hacer ruido por la puerta; Annie se quedó meditando sobre la ironía de dejar atrás a Frank Daly. Después de todos los quebraderos de cabeza para decidir si era conveniente (o quizá inevitable) que fuera un reportero en la expedición, ahora el hombre llegaría a Murmansk... para encontrarse con que el *Rex Mundi* ya había zarpado.

Media hora después, Annie se hallaba de pie ante la puerta del hotel esperando la furgoneta que los llevaría al barco. El aire estaba cargado, caliente y quieto, lleno de una malevolencia callada que teñía de miedo la frustración que ella sentía.

Había tratado de ponerse en contacto con Daly, de hacerle llegar un mensaje para decirle que no fuera, pero las comunicaciones eran horribles, y ahora...

La temperatura estaba subiendo, de seis grados bajo cero había pasado a cinco bajo cero, y cuando llegaron a los muelles, los copos de nieve se movían de un lado a otro en el viento húmedo que azotaba a ráfagas.

Tenía un poco de miedo de subir por la pasarela, que se mecía y conducía a la cubierta del barco. Las gruesas cuerdas que servían de barandilla se habían puesto resbaladizas a causa del hielo, y cuando miró hacia abajo (gran error) no vio otra cosa que agua negra. Durante un

instante se tambaleó, pero el doctor Kicklighter la sujetó con fuerza por el codo y la empujó hacia adelante.

Acto seguido, Annie se encontró a salvo en cubierta, y los dos permanecieron allí de pie durante un momento, con las manos apoyadas en la barandilla, mirando cómo un montón de vasos de plástico subían y bajaban al lado del muro del mar.

—Estamos en el borde del mundo —le dijo Kicklighter señalando la ciudad con un movimiento de cabeza—. Así es como lo llaman los saamis.

Annie asintió educadamente, aunque en realidad no sabía de qué le hablaba.

—¿Qué es lo que llaman así? —le preguntó.

—«Murmansk.» Significa «el borde del mundo». —Arrugó la frente e hizo una pausa—. O puede que sea «el fin del mundo». No estoy del todo seguro.

Annie lo miró.

—Bueno, hay una gran diferencia —le indicó ella.

Y se sonrojó al ver sonreír al médico.

Despacio, el doctor Kicklighter levantó el brazo y lo movió en el aire; el viento le pellizcó la tela de la parka.

—Así es —dijo sin dirigirse a nadie en particular, y añadió—: *Bon voyage*.

OceanofPDF.com

Capítulo 5

Arjanquelsk

23 de marzo de 1998

Frank Daly estaba a medio camino. Iba en un vuelo de tres horas desde Moscú hasta Murmansk cuando el avión, un Ilyushin 86, empezó a vibrar. Distráido, levantó la mirada del ordenador portátil, miró por la ventanilla y vio que el avión había entrado en una nube. El aire era casi opaco, aunque pudo distinguir el oscuro contorno del ala mientras el reactor pasaba como un fantasma por aquella masa confusa.

Y entonces el temblor se intensificó hasta convertirse en una fuerte vibración que fue aumentando de potencia y llegó a ser un verdadero estremecimiento. Daly cerró el ordenador, lo metió en el estuche almohadillado, corrió la cremallera, introdujo el estuche en la mochila y encajó ésta en el asiento de delante. Luego se recostó en el respaldo mientras pensaba que aquello era culpa suya. Si se caían, era porque se había entretenido jugando a «Perdición» en lugar de trabajar en el asunto de la señora española. Al dios de los aires no le gustaban los gandules, y ahora era él el que estaba perdido. Sólo que...

No creía en Dios. Excepto... bueno, en aquellas circunstancias. Como se encontraba en mitad de un huracán a treinta mil pies de altura, ¿qué demonios era aquello?

El reactor se inclinó hacia el oeste, vibró violentamente y se puso a dar botes y a gemir. «Nunca juegues a "Perdición" en un avión —se dijo Daly a sí mismo al tiempo que se sujetaba en los laterales del asiento—. ¿En qué estaría yo pensando? ¿Cómo iba eso a traer buena suerte?» Sin darse cuenta

golpeó tres veces el respaldo del asiento con los nudillos, y luego dio otro golpe. Era un ritual que utilizaba cuyos orígenes había olvidado hacía mucho tiempo. Pero al parecer servía para mantener a raya los gatos negros. Y también los espejos rotos.

Y los accidentes de avión. Por lo menos nunca había tenido ninguno.

Aun así, reconocía aquella práctica como lo que era, una especie de oración abreviada, el último remanente de una educación católica.

Desde el asiento situado al lado del pasillo, un hombre fornido y de poblado bigote emitió un «¡Ooooh!» que resultó asombrosamente femenino, le dirigió a Daly una mirada de puro terror y después escondió la cara entre las manos. Poco después el cielo se había puesto oscuro, los compartimientos del equipaje de mano traqueteaban sin parar, la mayor parte de ellos abiertos, y las luces del techo se encendían y se apagaban: «¡No fumen!» «¡Abróchense los cinturones!» «¡Prepárense para morir!» Una bandeja llena de bebidas cayó con estruendo, un hombre gritó y el avión descendió, se inclinó y comenzó a caer luchando contra el aire turbulento que tenía alrededor.

Y así continuó durante diez minutos, mientras la cabina de pasajeros se llenaba de olor a vómito. Botellas de vodka y algunas latas de cerveza rodaban por el pasillo y por debajo de los asientos, mientras uno de los compartimientos del techo se abría y de su interior comenzaban a caer maletas, lo que provocó gritos de dolor y sorpresa.

Finalmente el vuelo 16 se inclinó hacia el este, volvió cola y se dirigió al sur. La gente situada a ambos lados del pasillo sollozaba mientras un hombre que viajaba en la parte trasera recitaba una oración a todo pulmón en un idioma que Daly no consiguió identificar. El olor a alcohol combinado con la peste a vómito creaba una atmósfera confusa y mareante como un miasma. Al cabo de un rato los auxiliares de vuelo y las azafatas volvieron al trabajo. Comenzaron a afanarse con valentía por restaurar el orden por todas partes; atendían a los heridos, volvían a colocar el equipaje que se había caído y tranquilizaban a los viajeros histéricos.

No llegó a hacerse ningún anuncio. Sólo hubo un aplauso irregular cuando, media hora después, el avión rozó la pista de aterrizaje, rebotó, volvió a dar violentamente contra el suelo y comenzó a rodar con estruendo

por la pista. A través de la ventanilla podía verse la nieve que caía inclinada mientras pasaban por delante de una terminal gris con letreros escritos en caracteres cirílicos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Daly sin dirigirse a nadie en particular.

La respuesta le llegó desde varios asientos más adelante, donde un australiano rubicundo le gritó por encima del llanto de un bebé furioso:

—Estamos en Arjanguelsk, compadre. Estamos en la jodida y puñetera Arjanguelsk.

Daly, frustrado, estuvo paseando por el aeropuerto durante una hora mientras trataba de averiguar a qué hora salía el próximo vuelo para Murmansk, cosa que resultó no saber nadie. La agente de Aeroflot le tuvo diez minutos esperando mientras lo averiguaba para acabar informándole de que las pistas de aterrizaje de Murmansk se encontraban cerradas.

—Es la tormenta —le explicó, como si Daly no hubiera podido llegar a esa conclusión por sí mismo.

—¿Y cómo llego a Murmansk? Es realmente importante que llegue a Murmansk.

La agente de Aeroflot se encogió de hombros y le apuntó en un papel los números de teléfono y la dirección de dos agencias de viajes que había en la ciudad. Se llamaban Intourist y Sputnik. Le explicó que seguro que allí podrían aconsejarle acerca de «trenes y autocares».

En el teléfono público que se hallaba en el vestíbulo había una cola de viajeros impresionante, así que Daly decidió salir a buscar un taxi. Sorprendentemente encontró uno casi de inmediato. Era un ZIL negro con los parachoques abollados y una calefacción que le echaba aire fresco en las rodillas. Diminutos perdigones de nieve rebotaban en el parabrisas como si salieran de carabinas de aire comprimido.

—Habla usted inglés, ¿verdad?

El taxista le echó a Daly una rápida ojeada por el espejo retrovisor.

—Claro. Hablo de todo.

—¿Qué distancia hay a Murmansk?

El taxista se encogió de hombros.

—Puede que quinientos.

—¿Millas o kilómetros?

—Dólares. Rublos. Kilómetros. Es lo mismo. Porque usted no puede llegar allí.

—¡Pues tengo que llegar!

El taxista soltó una risita.

—Algún día, seguro que sí. Pero hoy no.

—Pero...

La sonrisa del taxista era tan amplia como la carretera, y a través del espejo retrovisor podía verse cómo le chispeaban los ojos.

—Bien venido a Arjanguelsk —le dijo a Daly—. Es la puerta del Polo Norte.

Cuando llegaron al centro de la ciudad y a las oficinas de la agencia de viajes Sputnik, eran ya las cuatro y media de la tarde y estaba tan oscuro como boca de lobo, cosa que no era de sorprender dada la latitud en que se encontraban. Según la guía de Daly, Arjanguelsk estaba a sólo cincuenta kilómetros al sur del Círculo Polar Ártico.

Durante un buen rato, mientras aguardaba de pie delante del mostrador de la agencia de viajes Sputnik a que le atendiera la mujer encargada de este menester, albergó ciertas esperanzas. La empleada de Sputnik le dirigía una sonrisa esperanzadora tras otra mientras hablaba por teléfono mientras trataba de hallar un modo, cualquiera que fuese, de llevarlo desde Arjanguelsk hasta Murmansk. Hubo un momento en que la mujer pareció animarse. La sonrisa profesional que esbozaba se hizo más amplia y más suave; era evidente que estaba haciendo cuanto le era posible con tal de resolverle el problema. Luego levantó los dedos de la mano izquierda en alto en una especie de saludo torcido de *boy scout*.

Pero a continuación aquella animación se desvaneció, deshizo el cruce de dedos y la sonrisa le desapareció de los labios. Posteriormente hizo un sonido de contrariedad con la boca y luego colgó el teléfono.

—La vía está cortada. Está cortada de aquí a Murmansk, y también de aquí a Moscú. Están cortadas también todas las vías que van al este. Es...

—Ya sé, la gran tormenta.

—Sí. Hay demasiada nieve. —La mujer se encogió de hombros—. Así que creo que... es posible que tenga que quedarse aquí un par de días.

Daly se puso a gemir, pero vio que no había nada que hacer al respecto.

—Bueno, ¿y qué me dice de una reserva de hotel? ¿Puede usted...?

La mujer negó con la cabeza.

—Sólo transporte.

Daly debió de parecer muy alicaído, pues la mujer acabó compadeciéndose de él. Lo miró de arriba abajo tratando de relacionar las botas y la parka que llevaba, ambas muy caras, con aquella mochila ratonera que acarreaba. Esta última era un objeto de lona de color caqui. Tenía correas de plástico que se suponía que habían de parecer de piel, pero que no lo parecían, y en la solapa habían hecho un concienzudo dibujo a bolígrafo de un tosco símbolo de la paz.

La mujer le indicó el símbolo de la paz.

—¿Es por Chechenia? —le preguntó.

Daly pensó la respuesta.

—Sí. Probablemente.

La mujer sonrió.

—Pruebe en el Excelsior —le recomendó—. Es agradable... Está a la vuelta de la esquina. Le gustará.

El Excelsior era un hotel agradable, pero también estaba lleno, así que Daly se sentó en el cómodo vestíbulo y se puso a consultar la guía *Rusia, Ucrania y Bielorrusia*. En lo referente a habitaciones de hotel, los editores eran totalmente francos. El alojamiento en Arjanguelsk era o bien «barato y desagradable» o bien «aceptable y caro». Para Daly, cuyos gastos los cubría una fundación, aquello no era ningún quebradero de cabeza, o no tendría que haberlo sido.

Pero tal como descubrió pronto, los hoteles aceptables y caros (que era como él los consideraba) se encontraban llenos de petroleros y comerciantes de diamantes, agentes de comercio y timadores vestidos de ejecutivo procedentes de todas las partes del globo. Al parecer, Arjanguelsk

era el punto de partida desde donde moverse para una vanguardia de capitalistas aventureros decididos a «desarrollar» Siberia. Visitó tres de aquellos hoteles arrastrando la maleta por la nieve. Todos estaban llenos. Por fin decidió «untar» al recepcionista del Pushkin con unos cuantos pavos y le pidió que le encontrase una habitación... donde fuera.

Tardó casi una hora, pero al final consiguió salir del vestíbulo con un pedazo de papel en la mano: «*Chernomorskaya; ulitsa Ya temme, 3*».

El portero pareció dudar un poco cuando Daly le pidió un taxi; le indicó el tiempo con un gesto vago y movió la cabeza a ambos lados hoscamente.

—Autobús es mejor —le dijo.

Y le señaló hacia la parada, a media manzana de distancia, donde un par de sujetos con aspecto de tener frío esperaban de pie debajo de una farola parpadeante pateando el suelo con los pies helados. Daly hizo ademán de insistir un poco, pero el portero parecía tan desconcertado, incluso casi dolido, que se dio por vencido.

Anduvo con dificultad hasta la parada del autobús mientras pensaba si su padre no se sentiría orgulloso si lo viese. El viejo nunca se cansaba de advertirle de que nunca llegaría a ninguna parte ni sería nada si no aprendía a «afrontar los hechos» y a guardarse el genio. «Tienes que reprimir el irlandés que hay en ti, Frankie. Mírame a mí. —Y se golpeaba el pecho—. Llevo toda la vida trabajando por un sueldo de miseria, y... ¿por qué? Porque siempre quiero tener razón. Porque no puedo mantener cerrada mi boca de listillo. Porque nunca me he hecho a la idea de que a veces no vale la pena convertir algo en un caso federal. Es como esa canción que habla del juego, esa en la que el cantante dice que hay que saber cuándo recoger las cartas.» Daly movió la cabeza ante el recuerdo de la reverencia que su padre sentía por el ingenio y la sabiduría de Kenny Rogers.

Entretanto, todas sus extremidades se estaban congelando poco a poco: los dedos, los pies y la cara. Patear el suelo no servía de nada. Lo único que podía remediar aquello era el propio autobús, así que, cuando llegó, se lanzó al interior en cuanto se abrieron las puertas mecánicas. El conductor le echó una ojeada breve al papel que tenía en la mano y, señalando el reloj de muñeca, hizo un semicírculo con el dedo índice. Media hora para llegar al Chernomorskaya.

Daly buscó asiento lo más cerca que pudo de una de las salidas de la calefacción y se instaló allí. Traqueteando por Arjanguelsk en aquel autobús desvencijado, con las ventanas tan empañadas y tan llenas de escarcha que bien hubiera podido estar entre las nubes, Daly hizo una mueca al verse incapaz de sacarse de la cabeza aquella canción.

Como las cucarachas en un azucarero, le daba vueltas y vueltas sin parar.

Cada uno tenía que jugar la baza que le repartían, lo cual significaba que podía conservarla, podía deshacerse de algunas cartas, retirarse o...

¿O qué? Se quedó pensando durante un momento y luego se acordó: oh, sí, se puede echar a correr. Ésa era la parte que siempre se le olvidaba. Se puede echar a correr.

Cuando por fin llegó al hotel, maleta en mano, la nieve caía de lado y la electricidad se había ido. O al menos en su mayor parte. Un generador que resonaba en el sótano proporcionaba la luz justa para poder ver por dónde iba uno, pero no mucho más. Las pocas luces que quedaban encendidas estaban reforzadas por algunas velas, lo que atenuaba el descuido del vestíbulo y lo reducía a una siniestra penumbra de color amarillo siniestro que olía a cera.

Daly entró con expresión recelosa y echó una ojeada a su alrededor. En un rincón del vestíbulo había una prostituta avinagrada envuelta en poliéster y encogida; se había encaramado a un sofá de plástico rojo y se estaba pintando las uñas. Cerca de ella un hombre de negocios japonés sentado en una butaca desvencijada leía un tebeo mientras tres jóvenes ataviados con cazadoras negras de cuero discutían alrededor de una botella de vodka.

Daly rellenó una ficha de inscripción en el mostrador y le pagó al empleado en dólares. Mientras el ruso contaba el dinero, Daly leyó el letrero escrito a mano que colgaba de la pared de detrás:

¿Necesita dinero?
Puede vender sus pertenencias en nuestra tienda de la
segunda planta.
¡Se pagan precios justos!

Daly estaba asombrado por aquella cleptocracia rusa en la cual todo lo que no estaba guardado bajo cerrojo se encontraba en venta o a disposición de cualquiera. En Moscú, dos personas habían intentado comprarle las gafas de sol, y un muchacho que iba en un ciclomotor había tratado de robarle el reloj. Los automovilistas se llevaban los limpiaparabrisas consigo cuando dejaban el coche aparcado, y luego entraban en los restaurantes y los dejaban sobre la mesa como si de cubiertos extra se tratase. Después de permanecer dos días en la capital de Rusia, Daly se había percatado de que era sólo cuestión de tiempo que alguien tratase de matarle para quitarle el ordenador, así que decidió cambiar el estuche en el que lo llevaba, un caro maletín de piel, por una mochila de lona de aspecto ratonero. El ordenador portátil, un ThinkPad de cuatro mil dólares, encajaba con facilidad en aquella bolsa de lona, la cual sin duda habría servido de depósito de lápices de colores y bocado de manteca de cacahuete (o lo que quisiera que fuese lo que los niños rusos comían a mediodía. Remolacha, quizá).

Al cabo de un rato renunció a seguir esperando el ascensor y, con la llave en la mano, empezó a subir por las escaleras, que estaban lo bastante oscuras como para ponerlo nervioso. En algún lugar entre la segunda planta y la tercera oyó gritos. El sonido era apagado y lleno de pánico, se oía distante y cercano al mismo tiempo. Al cabo de unos instantes se dio cuenta de que venía del interior de las paredes, y al percatarse de ello se le erizó el pelo de la nuca. Luego se le ocurrió que en aquello no había nada sobrenatural; alguien se había quedado atrapado en el ascensor. Dejó escapar un suspiro, volvió por donde había venido y se lo dijo al empleado, quien, encogiéndose de hombros, volvió la palma de las manos hacia el techo.

—Cada noche, éste es el problema —le explicó con voz baja y áspera—. Les hablo a los clientes de la política de conservación. Pero... —Volvió a encogerse de hombros—. Dentro de una hora... puede que dos.

No le gustaría estar en el lugar de aquellas personas, pensó Daly al tiempo que tomaba la resolución de mantenerse alejado de los ascensores.

Su habitación estaba en el cuarto piso, y tardó un buen rato en averiguar cómo se abría la puerta en aquel pasillo sumido en la penumbra.

Una vez dentro arrojó la maleta sobre la cama y, con el ánimo por los suelos, se puso a examinar el papel manchado de la pared, los candelabros de pared agrietados y las escabrosas baldosas del techo. Un radiador hacía ruido cerca de la pared, pero si se tocaba se comprobaba que estaba frío. Cerca del mismo, la única ventana de la habitación daba a una trampilla de ventilación, lo que significaba que la habitación era más oscura, y probablemente más caliente, que muchas otras del hotel. A pesar de todo, el viento había conseguido abrirse camino entre la rendija donde el alféizar se juntaba con el marco de la ventana, y una pequeña pirámide de nieve granulosa reposaba sobre la alfombra deshilachada. Daly la estuvo observando durante un momento con la esperanza de descubrir alguna señal de humedad, de agua, pero al final se convenció de que la nieve no se derretía.

Cruzó los brazos, se metió las manos en las axilas y se sentó en la cama. Al exhalar con fuerza vio que el aire salía dando volteretas, y se estremeció.

Sin embargo, pensó, aunque estuviera incómodo y tuviera mucho frío, había un hecho que en cierto modo lo consolaba: por lo menos, con una tormenta como aquélla, el *Rex Mundi* no se iría a ninguna parte.

Capítulo 6

77° 30' N, 20° 12' E

Annie estaba de pie en la pasarela y miraba con nerviosismo hacia adelante, al hielo compacto. Hielo sólido, se recordó a sí misma. Como terreno sólido. Lo cual significaba que estaba conectado con tierra firme.

«Mantente serena», se dijo a sí misma.

No le gustaba cometer errores. Ello les daba a los muñecos de nieve ocasión de reírse de ella. O, si no de reírse, sí de adoptar un aire paternalista con miradas divertidas y algunas correcciones útiles. Annie no sabía manejar bien aquellas situaciones. La hacían sentirse estúpida, se sonrojaba y se ponía a la defensiva. No podía evitarlo. Siempre le habían dicho que «era cosa de familia». Piel sensible.

Y hasta que fue lo suficientemente mayor como para comprender que aquello no era más que una metáfora, lo consideró como una especie de enfermedad, una enfermedad que había heredado de la misma forma que los pómulos de su madre. Piel sensible. Parecía como si fuera algo que estaba esperando romperse. Como el hielo en un estanque.

Hielo rápido. Por todas partes.

Habían corrido más que la tormenta y era un día luminoso, con cielos azules y temperaturas justo por encima de los diecisiete grados bajo cero. El *Rex Mundi* avanzaba por el hielo a paso de tortuga, y la cubierta y las instalaciones estaban blancas debido a la escarcha. El barco se dirigía a los Storfjorden, un paso de agua y hielo que fluía entre la costa este, llena de glaciares, de Spitzberg y la costa oeste de Edge.

Annie miraba fijamente la arrugada alfombra de hielo que se extendía delante de la proa hasta donde alcanzaba la vista.

Buscaba un punto oscuro, el primer indicio de lo que los muñecos de nieve llamaban «un pasillo»: un resquicio en el hielo que los llevaría a la negrura de tinta del mar abierto.

Y entonces podrían ir más de prisa.

A pesar de los días extra que les había concedido la apresurada partida, Annie se sentía preocupada por el tiempo y la logística. La primera parte de la travesía, que iba hacia el norte por el noroeste a través del mar de Barents, había transcurrido con rapidez. La propia ciudad de Murmansk permanecía libre de hielo todo el invierno, lamida por la misma corriente atlántica que mantenía la ruta hacia la costa oeste de Spitzberg, accesible por mar la mayor parte del año.

Pero en cuanto viraron hacia el este y se dirigieron al paso de los Storfjorden, se encontraron rodeados de hielo compacto. Y una vez dentro del fiordo el hielo se hizo aún más espeso, lo cual significaba que durante horas todo había sido hielo firme, por lo que habían avanzado lentamente. El helicóptero había salido en repetidas ocasiones en busca de pasillos que los guiasen hacia los canales de agua que corrían entre el hielo como torrentes entre campos nevados.

Pero ahora los muñecos de nieve habían puesto fin a aquello. El físico que hacía también las veces de piloto del helicóptero de la expedición decidió que sería mejor conservar combustible para transportar provisiones desde y hacia el emplazamiento de Kopervik. Ahora no había nada que hacer más que continuar a través del hielo y albergar esperanzas.

Aparte de los «pasillos», también había algunas extensiones de mar abierto, algo así como lagos en mitad del «hielo permanente». Le habían explicado que los lagos aparecían con más o menos regularidad en los mismos lugares cada año. Distintos gráficos con siluetas de multicapas recordaban el tamaño y la posición de los mismos. Annie había estado mirando uno de ellos aquella mañana. Uno de los hombres de la tripulación le había mostrado exactamente dónde esperaban encontrar mar abierto. La zona aparecía en el gráfico como una mancha alargada en forma de pluma

que se curvaba tierra adentro hacia uno de los únicos puntos negros de Edge, el campo minero de Kopervik.

El problema era que los gráficos no se habían conservado durante muchos años, y no había manera de saber cuándo desaparecería uno de aquellos «lagos» y se convertiría en hielo. Pasar crujiendo a través del hielo firme reducía la velocidad del *Rex Mundi* a tan sólo una fracción de lo que podía avanzar a toda máquina. De manera que, si tenían que ir a través del hielo durante todo el camino... bueno, tardarían mucho tiempo.

Pero si llegaban a una zona abierta dentro de las siguientes dos horas, con un poco de suerte podrían alcanzar el fondeadero a últimas horas de la tarde, y de ese modo estarían en la costa por la mañana.

Annie no podía evitar sentirse impaciente. La propuesta de aquella subvención había sido idea de ella, y se había quedado destrozada cuando la Fundación Nacional de Ciencias la rechazó, a pesar del apoyo del doctor K. Ahora que el proyecto se había aprobado de hecho, ella quería llevar a cabo la parte científica y quería hacerlo ya.

La idea era extraer y aislar virus de los tejidos pulmonares de los mineros. El doctor K y ella utilizarían una técnica de vanguardia llamada reestructuración en cadena de polimerización, o RCP, para volver a crear el virus en el laboratorio. Si tenían suerte y eran capaces de generar un producto suficiente para cultivar la cepa que había matado a los mineros, podrían, naturalmente, producir una vacuna (por si alguna vez era necesaria). No obstante, lo que era aún más importante (en opinión de Annie), era que así podrían comprobar la teoría del doctor K acerca de la relación existente entre ciertas clases de capas de proteínas y las diferentes cepas de gripe. Esta tarea era como caminar sobre un filo cortante...

A Annie la había sorprendido enterarse de que a un paso de terminar el siglo XX todavía hubiera pedacitos y partes de esta tierra tan inhóspitos que no formaban parte de ninguna nación soberana. El archipiélago Svalbard, que incluía la isla de Spitzberg, fue, hasta 1939, uno de esos lugares. Hasta entonces, momento en que el archipiélago se había convertido en parte de Noruega, las islas se encontraban a disposición de todo el mundo. Sus

recursos permanecían al alcance de cualquiera siempre que estuviera dispuesto a soportar meses de oscuridad y aislamiento, un tiempo espantoso y la amenaza constante de los ataques de los osos polares. (Incluso en los tiempos actuales, los visitantes de Svalbard tenían tendencia a ir armados, y no precisamente con armas del 22. Lo que privaba allí eran los rifles de alto poder y las pistolas del calibre 45, armas con las que podía contarse para que un oso de doscientos cincuenta kilos cayera muerto en seco.)

No es que Svalbard estuviera erizado de recursos naturales.

Lo que más abundaba eran las minas de carbón. Un comerciante norteamericano llamado John Longyear fue el primero en explotar los recursos del archipiélago, y fundó la Compañía de Carbón del Ártico en el año 1906. Bajo los auspicios de esta compañía que se abrió una mina en la isla de Spitzberg, acontecimiento que trajo consigo una «fiebre del carbón», por lo que el archipiélago se llenó de aventureros británicos, daneses y rusos que invirtieron en minas por todas partes.

Productivo al principio, el carbón se fue haciendo cada vez más caro de extraer. Pero eso apenas tuvo importancia. El precio real era el propio archipiélago, que estaba situado estratégicamente en el «tejado» del Atlántico, guardando la entrada al mar de Barents. Los rusos, británicos, noruegos y daneses reclamaban mucho más que el carbón del suelo.

Al final fueron los noruegos quienes consiguieron prevalecer y quedarse en el lugar, y continuaron explotando algunas minas como la de Kopervik, un puesto avanzado casi inaccesible que con el tiempo llegó a producir el carbón más caro del mundo. O al menos fue así hasta que la cuestión de la soberanía se dirimió finalmente en favor de Noruega, momento a partir del cual la mina se cerró inmediatamente.

En aquellos momentos, casi sesenta años después, Annie y el doctor K iban tras un tesoro que también se hallaba enterrado, pero que era de una clase diferente: un virus tan virulento y contagioso que podía servir de estándar para medir todos los demás. Yacía, o al menos eso esperaban, a un metro bajo tierra debajo del permafrost, en lo profundo de los pulmones de cinco mineros noruegos que se habían ahogado en sus propios esputos

ochenta años antes. Según los informes que había realizado meticulosamente un ministro luterano que había vivido en Kopervik en aquella época, los cuerpos de los mineros estaban en el ángulo más occidental del cementerio, justo detrás de la capilla.

Desde luego, el equipo de la Administración Nacional de la Atmósfera y los Océanos tendría que tomar muestras del corazón de hielo del permafrost antes de proceder a la exhumación de los cadáveres. Si los análisis del hielo revelaban que se habían producido ciclos de fusión y deshielo seguidos de otro de nueva congelación, habría que decidir si era conveniente o no seguir adelante con aquello. Puesto que el virus de la gripe se deteriora rápidamente después de la muerte del portador, sería inútil desenterrar a los muertos si los cadáveres se habían descongelado en algún momento desde 1918.

Lo cual, si uno se detenía a pensarlo, parecía bastante probable.

«Maldito hielo», pensó Annie sin perder la esperanza de vislumbrar agua negra mientras contemplaba el sinuoso océano blanco que se extendía sin fin delante de ella. Pero no se veía agua negra por ninguna parte, tan sólo el cielo azul cristalino y algunas olas que formaban montículos, olas blancas como sábanas e igual de deslumbrantes.

La cosa era... que todo aquello lo había ideado ella. No era de extrañar que estuviera impaciente.

Había sido ella quien, con el apoyo del doctor K, había empleado casi todo su tiempo libre investigando asentamientos de población en altitudes elevadas en lugares tan remotos como Chile, Siberia y el Tíbet... en busca de lo que el doctor llamaba «víctimas viables».

Finalmente había leído algo acerca de Spitzberg en un número atrasado del *New York Times*. El artículo trataba de las reclamaciones de derechos que los rusos y los noruegos habían hecho sobre el archipiélago de Svalbard. De pasada, sin hacer demasiado hincapié en ello, mencionaba las minas de carbón de la zona y explicaba cómo, en 1918, la gripe española había golpeado brutalmente a los mineros que trabajaban en ellas. A Annie no la sorprendió enterarse de que los mineros habían muerto. Lo que sí la sorprendió fue que los hubiesen enterrado allí mismo, *in situ*, en vez de transportar los cadáveres al continente. Intrigada por aquello, se había

puesto a investigar a fondo aquel artículo, y pronto aprendió más de lo que esperaba saber acerca de las prácticas funerarias en el Norte helado.

A menudo los nativos ponían a sus muertos a descansar encima del suelo y los cubrían con un montón de rocas y piedras. Cavar allí era imposible. El suelo estaba congelado y convertido en una masa solidísima de varios metros de profundidad. Lo mejor era dejar que la naturaleza siguiera su curso, y eso era lo que hacían. Al final, los osos polares solían salirse con la suya con los cadáveres, y los devoraban.

Pero las compañías mineras tenían una alternativa, que era la dinamita. Perforaban la tierra helada, rellenaban los agujeros con explosivos y la volaban, con lo que conseguían hacer tumbas en el suelo a una profundidad de un metro aproximadamente. Lo que era más que suficiente, pues ni el calor ni los osos podrían llegar nunca tan hondo.

O al menos eso esperaba Annie. Y, con el permiso del doctor K, había escrito a la compañía minera mostrando su interés por los trabajadores que había allí enterrados. La compañía había dejado de funcionar después de la segunda guerra mundial, pero el bufete legal que representaba sus intereses la puso en contacto con la iglesia cuyo ministro había prestado sus servicios en los campamentos de Kopervik y de Longyearbyen. Los archivos de la iglesia lograron identificar a los mineros y a sus parientes cercanos, con cuyos descendientes se habían puesto luego en contacto a fin de pedirles permiso para exhumar a sus antepasados (y volver a enterrarlos después).

En todo aquello, el doctor K había representado un papel pasivo pero alentador. Y al final, cuando el trabajo preliminar ya estaba hecho, había solicitado una subvención en nombre de ambos, petición que fue rechazada.

Todo el mundo se mostró de acuerdo en que la proposición era prometedora. E interesante. Y meritoria. Y oportuna, pues en general se sabía que en breve se produciría una mutación importante del virus de la gripe. Era algo que ocurría cada treinta años más o menos, y el mundo ahora iba con retraso al respecto. También había acuerdo en que, «si el pasado era el prólogo», el cambio que se avecinaba iría encaminado hacia una cepa H-I, como la gripe española. También había consenso general en que la teoría del doctor K resultaba prometedora y que quizá pudieran recoger datos valiosos sobre la relación entre la virulencia y la estructura

antigénica a partir de una muestra de la cepa de 1918, si es que podía hallarse una.

Si el doctor K tenía razón, las cepas más virulentas de la gripe podrían identificarse por la prominencia relativa de una protuberancia parecida a un gancho en la capa de proteínas del antígeno. Entre los virólogos aquello se conocía medio en broma como el «cuerno de Kicklighter».

Incluso ahora podían encontrarse cepas H-I en una u otra parte del mundo... y resultaba que los que estaban infectados con ellas no morían en masa. Los estudios que el doctor K había hecho de aquellas cepas tendían a apoyar su teoría, según la cual carecían del gancho más prominente y, tal como él había vaticinado, de la virulencia que éste llevaba consigo. Era justo decir, por tanto, que, aparte de todo, las demás cosas que pudieran aprenderse, echar una mirada a la cepa de 1918 supondría un gran avance que permitiría probar o rebatir su teoría.

Y aunque esto sonase egoísta, Annie no podía evitar pensar que, si la expedición resultaba un éxito, ella estaría en el buen camino para conseguir una plaza de profesora numeraria en Georgetown.

En realidad habría avanzado más si la subvención no hubiera sido víctima de las circunstancias, pues se atravesaba un mal momento. Sólo un mes antes de que la solicitud se sometiera a la Fundación Nacional de Ciencias se había producido un accidente al que se le había dado mucha publicidad en el Laboratorio Nacional de Investigación de Arbovirus, en Cambridge, en el estado de Massachusetts. Cuando un tubo de ensayo saltó hecho añicos en una de las centrifugadoras del laboratorio, dos médicos y un técnico de laboratorio se habían infectado de Sabia, una fiebre hemorrágica a menudo letal que sólo se había tenido oportunidad de ver antes en Brasil. Aunque el incidente se acalló inmediatamente, los periódicos sensacionalistas se habían hecho eco del mismo, y el resultado había sido una tarde de debates en el Congreso que había tenido un efecto claramente paralizante en la Fundación Nacional de Ciencias. Temiendo más críticas, la fundación se negó a costear una expedición que en esencia prometía rescatar del olvido uno de los virus más peligrosos de la historia.

Y luego, después de transcurrido un año, cuando Annie casi se había olvidado de aquella propuesta, llegaron los fondos. No provenían de la

Fundación Nacional de Ciencias, sino de una pequeña fundación que operaba desde una casa urbana situada detrás del Tribunal Supremo.

Annie nunca había oído hablar de ella, y lo que es más, ni siquiera se había enterado de que el doctor K hubiese decidido someter aquella propuesta a otras fuentes de subvención distintas a la Fundación Nacional de Ciencias. Pero el doctor K siempre actuaba así. Se guardaba las cosas para sus adentros, probablemente con la intención de evitarle a ella otras decepciones. Cosa que a Annie ya le iba bien.

Annie bajó los prismáticos mientras miraba hacia adelante tratando de convencer a uno de aquellos pasadizos de que comenzase a existir sólo por la pura fuerza de su voluntad. Pero no había nada. Sólo el hielo y la nieve y...

Un golpeteo como un torbellino en fracciones se formaba y volvía a formarse en su campo de visión. Annie había leído sobre aquello. Era una alucinación corriente, y sabía, por lo que había leído la semana anterior, que la primera persona que había informado de ello había sido un explorador del siglo XIX que se había visto obligado a caminar por la isla de Baffin con su tripulación después de que su barco encallase en el hielo y éste lo aplastase «como una castaña».

Por lo menos eso no iba a ocurrir, no había probabilidad de quedarse parados. El *Rex* estaba construido para el Ártico, tenía el casco reforzado con acero y unos motores tan potentes que era capaz de pasar a través del hielo aunque éste tuviese un grosor de tres o cuatro metros.

Lo único que ella deseaba era que fuese más rápido.

Annie cerró los ojos con fuerza durante un momento, como le habían dicho que hiciera cuando empezase a alucinar. El pensamiento del explorador polar y su tripulación le hizo sentir frío. Primero se habían comido a los perros que llevaban, luego pedazos de lona, más tarde partes de la ropa. Lo último que se comieron fueron las botas, y para entonces ya se les habían caído la mayor parte de los dientes. Con el tiempo, otra expedición recuperó el diario del explorador. Se había conservado en papel engrasado metido en una lata de tabaco. En el diario, el líder de la

expedición escribía sobre lo succulento que le resultaba el cuero de las botas, y cómo había conseguido conservarlo en la boca sin moverlo hasta que se disolvía como pan de ángel.

Y al parecer luego murió.

Un cambio en el aire atrajo la mirada de Annie, que entornó los ojos para mirar a lo lejos. Se veían nubes de lluvia en el horizonte, o eso parecía. Lo observó de forma más detenida con las gafas y se le hundió el ánimo. Algunas nubes de tormenta se abrían paso por el cielo azul. Aquello era lo único que les hacía falta. Otra tormenta.

A pesar de las capas de ropa que llevaba puestas, empezando por la ropa interior térmica y siguiendo, una capa sobre otra, hasta llegar a la parka roja y abultada, semejante a la del hombre de Michelin, que les habían suministrado en el *Rex*, Annie sintió que la recorría un escalofrío. Tenía frío, pero no quería volver al camarote, ni siquiera le apetecía retirarse al calor del puente. Tenía la sensación supersticiosa de que si no seguía mirando constantemente hacia adelante el mar abierto no aparecería nunca. Y tenía que aparecer. Pronto.

Paseó los ojos hasta la pasarela de debajo, donde el doctor K se encontraba de pie con los brazos cruzados y la mandíbula apretada contemplando el horizonte. Probablemente estaría nervioso. Tenía que estar nervioso. Había mucho por hacer en los próximos días. Pero, desde luego, aquel hombre no lo demostraría nunca. Al contrario que ella, se guardaba dentro los sentimientos.

Excepto la intolerancia agria que sentía hacia los errores de los demás. En Georgetown y en el Instituto Nacional de Salud se daba por sentado que Kicklighter era un hombre brillante. Como virólogo era uno de los expertos más importantes del mundo en virus ARN. Se hablaba de un Nobel, siempre «se hablaba de un Nobel», pero él mismo descartaba esa idea.

—No me interesan los trofeos —mentía.

Como profesor emérito de Georgetown era muy impopular. Cuando la gente se enteraba de que ella era uno de sus ayudantes de posdoctorado, deliraban:

—¿Trabajas con *Dickbiter*? ¿Cómo puedes soportarlo?

«Es tímido —decía ella—. Vive dentro de su cabeza. Y... sencillamente, no tiene don de gentes.»

Aquella era una manera de expresarlo. Pero en realidad el doctor K nunca se mostraba mezquino. No se enfadaba. Y nunca guardaba rencor. Era sólo que si uno trabajaba con él y no podía seguir los grandes saltos que daba (y de hecho muchos estudiantes no podían), entonces tenía que pararse para explicarse. Y algunas veces eso significaba que perdía algo, y en ocasiones lo que se perdía era valioso.

Y si alguna pregunta era particularmente inoportuna, el doctor K adquiría aquella expresión que a sus alumnos graduados les encantaba imitar. Dejaba caer los hombros, ladeaba la cabeza y lentamente, cargado de mucha paciencia, empezaba a explicarlo hablando con una voz tan remota que a veces casi parecía una grabación, una grabación que diseccionaba la pregunta como si fuera una rana y dejaba al desnudo los falsos supuestos que eran el esqueleto.

Era una experiencia aplastante, sí, pero Annie veía que, detrás de todo aquello, aquel hombre estaba desarmado, que le dolía haber perdido la oleada de intuición por culpa de una pregunta tonta.

Annie no diría nunca una cosa así, porque sabía que si lo hacía parecería que estuviera fanfarroneando; con eso daba a entender que ella, por lo menos, sí que era lo bastante inteligente como para seguir la mente escurridiza del doctor K. Aunque pensándolo bien... ésa era la verdad. A veces seguía toda la explicación sin perderse y avanzaba en espiral justo hasta donde el doctor K llegaba, y luego, cuando éste perdía ímpetu, era ella la que le empujaba a continuar. Y aquello resultaba muy estimulante. De todos modos...

—Será mejor que entre, encanto.

Annie sintió un sobresalto. La voz le sonó justo al lado del oído e hizo que el corazón le diera un vuelco.

La rara intimidad a la que los obligaba el ruido del Rex era algo a lo que nunca se acostumbraría. El estruendo del barco al crujir entre el hielo era asombroso, «como un gigante masticando cantos rodados», había leído en alguna parte. Y eso era sólo el ruido procedente de la proa. El motor se encontraba en la popa, y producía un estrépito constante, una explosión que

latía por las cubiertas al tiempo que el hielo se iba rompiendo a lo largo de los costados del barco.

Era evidente que los tripulantes estaban acostumbrados a aquel nivel de decibelios, y también los muñecos de nieve, que habían pasado el tiempo suficiente a bordo del rompehielos como para adaptarse también al ruido. En el *Rex* había ocho de ellos, y todos parecían utilizar un lenguaje de signos, de manera que cuando querían comunicarse hablando en voz alta no se molestaban en otro tipo de preliminares: se limitaban a bajar la cabeza y se hablaban al oído.

Era una intimidad extraña sentir el aliento de aquel hombre contra la piel. Era evidente que no estaba acostumbrada. Incluso al verlos venir, cuando uno de ellos empezaba a agachar la cabeza, Annie daba un tirón hacia atrás como si esquivase un beso. Y luego se sentía estúpida. Y se sonrojaba, igual que le sucedía en aquel momento.

Era Mark, el jefe de los físicos. Éste volvió a agachar la cabeza, y en aquella ocasión ella apenas si se encogió.

—Está empezando a salirle en la mejilla una mancha de congelación.

Mark se incorporó y se tocó la mejilla con el dedo enguantado. Annie le hizo una seña para que agachase la cabeza a fin de poder decirle algo, pero él, impaciente, hizo un movimiento negativo con la cabeza y le indicó con un gesto que entrase. Annie señaló hacia el doctor K, pero Mark la agarró por el brazo y la empujó hacia la puerta.

Al cabo de un minuto, Mark entró detrás de ella. En el aire templado, les emanaban espirales de vapor de la ropa, como si fuera humo.

—¿Usted qué es, su niñera? —le preguntó a Annie señalando hacia el exterior con la cabeza.

—Ese hombre nunca se daría cuenta de que estuviese congelándose. Yo sólo...

—Usted tampoco ha notado que se estaba congelando.

Mark se quitó las gafas y se inclinó para mirarle la mejilla.

—Superficial. Y puede usted relajarse, el profesor se encuentra bien, he ido a verlo. Pero... ¿qué hacía usted ahí? Alguien me ha dicho que ha estado ahí afuera más de una hora.

—Estaba buscando agua.

—Bueno, no se preocupe por eso. Llegaremos al agua dentro de media hora, puede que menos.

Ella le dirigió una mirada escéptica.

—Hay un destello —le informó Mark.

Annie lo miró, pues no estaba segura de si aquel hombre bromeaba.

—Ya, un destello.

—¡Qué desconfiada es usted! Venga aquí —le pidió el físico. Y cogiéndola del brazo la condujo hasta una portilla. Una vez allí le dijo—: Mire el cielo, allí, justo por encima del horizonte. ¿Ve esas formas oscuras?

Annie asintió.

—Va a haber una tormenta.

Mark negó con la cabeza.

—No va a haber una tormenta. Y eso no son nubes. Como le vengo repitiendo, aquí no nieva mucho. En realidad nieva más en Atlanta. El Ártico es un desierto.

Annie miró con los ojos entornados a través del vidrio, que tenía una capa de película para suavizar el resplandor.

—¿Y por qué dice usted que no son nubes? ¡Mírelas! Eso son nubes.

—Es un reflejo. Con el hielo y la nieve se forman capas de diferente temperatura en el aire, y eso explica algunas refracciones de locura. Muchas veces puede verse por encima del horizonte.

—Muy bien. Y en un día claro puede verse el futuro... ¿o es «la eternidad»?

—Hablo en serio. Cuando estamos rodeados por el hielo y las condiciones son adecuadas, se ve el agua más adelante, justo detrás del horizonte, reflejada en el cielo. Si estamos en el agua, se puede ver el hielo, lo cual antes era el uso más importante del fenómeno. Antiguamente los barcos apostaban a alguien en la proa de vigilancia para observar el cielo y poder así avisar de la presencia de icebergs. —Hizo un gesto señalando hacia adelante—. Lo llaman «destello». Destello de agua. Destello de hielo. Destello de nieve. Eso de allí arriba es un destello de agua. Llegaremos a mar abierto antes de una hora. Ya lo verá.

Annie no se lo creyó realmente hasta que ocurrió. Estaba en su camarote poniéndose ropa seca, cuando el corazón le golpeó por el silencio repentino.

Sin previo aviso el hielo cedió, el aplastamiento de cantos rodados cesó y el mundo, el mundo entero, se agitó suavemente delante como un taladro que acabase de perforar un tablón grueso.

Esbozó una sonrisa, se echó de espaldas en la litera y cerró los ojos. Era casi como si pudiera verlo todo: la limpia línea cortante de la proa mientras acuchillaba el agua, el mar abierto y el barco hendiendo el mar oscuro y formando pliegues de espuma fosforescente.

Y justo delante, casi al alcance de la mano, Kopervik. El virus. Y el futuro de ella.

OceanofPDF.com

Capítulo 7

Arjanquelsk

24 de marzo de 1998

—Se ha ido.

—No, tiene que ser un error —le dijo Daly. La ventisca ni siquiera había amainado todavía, así que el empleado de la agencia marítima Polarsk tenía que estar equivocado—. Se había programado que zarpara ayer, pero mire... yo ni siquiera he podido llegar a Murmansk.

El joven le escuchaba con paciencia mientras se retorció un largo mechón de cabello grasiento alrededor del dedo índice. Luego repitió lo que había dicho:

—Se ha ido.

—Pero... hay tormenta. ¡Hay un jodido huracán! ¡Nadie sale con un tiempo así!

El empleado soltó un suspiro, aplanó una hoja de fax sobre el escritorio que tenía delante y puso el dedo junto a una línea en mitad de la página.

—Sí, hombre, sí, ya le oigo, pero es que ese barco es un rompehielos... uno de esos barcos que salen por delante de la tormenta.

—¿Qué?

Daly estaba sorprendido tanto por la utilización del lenguaje coloquial que hacía el empleado como por lo que le había dicho. Por primera vez se fijó en que el muchacho llevaba un pendiente de AC/DC.

—Sí —insistió—. Salió ayer a las once.

Daly se pasó una mano por el cabello y se recostó en el asiento. Tenía la impresión de que el muchacho sabía de qué hablaba. Y entonces lo

comprendió: no sólo había perdido el barco, sino que había zarpado antes de la hora en la que estaba previsto que llegase él.

Cosa ésta que le cabreó al enterarse. De hecho, se había sentido culpable durante todo aquel tiempo por hacer esperar a Kicklighter y a Adair... se imaginaba que se habrían preguntado dónde se habría metido él y todo eso. Y ahora resultaba que lo habían dejado en tierra, así, sin más. ¡Como si él los esperase a la puerta de un cine de Washington en lugar de estar plantado en el Chernomorskaya, el jodido Chernomorskaya, en Arjanguelsk!

—¿Sabe desde dónde puedo enviar un fax?

—Al *Rex Mundi* no. —El muchacho negó con la cabeza—. No es posible.

—¿Por qué no?

—Porque... es un barco. —Se encogió de hombros—. Así que tiene usted que enviar un télex.

—¿Télex? —Daly ni siquiera sabía bien qué era un télex. Una especie de telegrama o algo así. Pero le dijo al chico—: Vale, pues enviaré un télex. ¿Dónde puedo hacerlo?

La oficina principal de correos se hallaba justo a la vuelta de la esquina, en la *ulitsa* Voskresinia. Y eso estaba bien. Cuando Daly salió de la oficina de la agencia marítima, el frío se abalanzó contra él como un perro encadenado. Durante unos instantes fue como si se quedase literalmente helado en el sitio. Aquel frío no era de la misma clase que el frío de Estados Unidos, pensó. En realidad aquel frío no era igual al frío de ninguna parte. Salía directamente del infierno, y mientras él seguía allí, paralizado, le sorbió el corazón.

Soplaba un fuerte viento del norte que venía directamente de Murmansk y le aguijoneaba la cara con una nieve guijarrosa que parecía mezcla de hielo y arena. Daly sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo; encorvó los hombros, se cerró la parka más sobre la garganta y comenzó a avanzar tambaleante. Dando un paso tras otro con mucho tiento, se orientó por el témpano de hielo que figuraba era la acera y se encaminó colina abajo hacia el río helado.

Era la hora del crepúsculo y no se veía mucho. La calle quedaba a su izquierda, pero era más una noción que la realidad. Con la barbilla pegada al pecho se encontró en un mundo monocromo; iba siguiendo las farolas de la calle hacia el Dvina. Debajo de las farolas los postes de metal estaban cubiertos de copos de nieve y resultaban casi invisibles; las luces colgaban en el aire como por arte de magia, pálidas y borrosas, meciéndose movidas por un viento gris.

Cerca de allí un quitanieves avanzaba adelante y atrás en la plaza, la *ploshchad* Lenina, amontonando la nieve en las esquinas. «Podría quedarme aquí algún tiempo», pensó Daly mientras los dientes le rechinaban a causa del frío.

Al llegar a correos subió los escalones helados que conducían hasta la puerta, la abrió de un tirón y entró en una especie de capullo caldeado que olía a madera húmeda, a sudor y a tabaco barato. Varios hombres y mujeres con las caras enrojecidas iban y venían llevando ropas abultadas o hacían cola delante de las distintas ventanillas numeradas. Daly fue de una persona a otra preguntando:

—¿Télex? ¿Télex?

Pero nadie parecía entenderle. Finalmente un hombre que iba ataviado con un sombrero de pieles lo cogió por la manga y le explicó, en un inglés perfecto y sin acento, cómo se enviaba un télex.

Daly se dirigió a un mostrador de la parte de atrás y redactó un mensaje en el reverso de un sobre del hotel New World Áster de Shanghai.

Dr. Benton F. Kicklighter. Expedición Kopervik.

M/V «REX MUNDI».

Frec. 333-80

Hace un día tormentoso y oscuro.

Plantado en Arjanguelsk.

Me reuniré ustedes Hammerfest

el 28

Frank Daly

Repasó el mensaje; deseaba ardientemente añadir algo más, un vituperio, algo desagradable que pusiese en evidencia su disgusto por haberlo dejado plantado. Pero aunque era capaz de guardar rencor hasta en

el otro mundo, en lo referente a su vida profesional se había disciplinado a sí mismo para no quejarse... por lo menos cuando no iba a servirle de nada.

Leyó de nuevo el mensaje, frunció el entrecejo y arrugó el sobre. En primer lugar, se pagaba por palabras, y la tarifa era lo bastante elevada como para descartar cualquier cosa que no fueran nombres y verbos. Y además Kicklighter no parecía la clase de tipo que se divertiera con facilidad. No apreciaría aquello de «Hace un día tormentoso y oscuro». Al contrario, a juzgar por las pocas conversaciones que habían mantenido, el profesor le había causado la impresión de ser un hijo de puta condescendiente que sufría un caso terminal de SGH: síndrome del gran hombre. ¿Qué era lo que le había dicho exactamente?

«A decir verdad, señor Daly, no me impresionan mucho los periodistas. Tienen ustedes tendencia a no prestar atención durante demasiado rato.»

Y luego había emitido aquel sonido, había rechazado a Daly y al mundo del periodismo con sólo un chasquido de la lengua. Daly había tenido que hacer un verdadero esfuerzo de voluntad para mantener la boca cerrada. En otra época, no hacía de ello tanto tiempo, le habría replicado a aquel hombre que a él tampoco le impresionaban demasiado los virólogos... de quienes por cierto se comentaba que tenían el pene bastante corto. Pero en lugar de eso se había encogido de hombros y, poniendo cara de sentirse avergonzado, expresó la esperanza de que el doctor le diera una oportunidad de probarse a sí mismo.

Daly se puso a buscar otro pedazo de papel y, al no encontrar ninguno, alisó el sobre del hotel chino y redactó el mensaje por detrás:

*Plantado Arjanquelsk.
Reunir Hammerfest. Daly*

Pensó que aquello estaba mejor. Cuatro palabras y sólo el apellido. Daly. Como Carlomagno, sólo que irlandés.

Se le ocurrió que quizá debería añadir el nombre de Annie Adair en el encabezamiento del télex... pero no. Aunque la expedición había sido idea de ella, de Annie (según el archivo del Instituto Nacional de Salud), seguía siendo solamente la ayudante de Kicklighter. Los grandes hombres tendían a ser estrictos en cuestiones de protocolo, incluso en lo concerniente a un

protegido, o especialmente en esos casos. Mejor, pues, omitir el nombre de ella.

Sobre en mano, Daly se puso al final de una larga cola que llevaba a la ventanilla de los télex. Salía vapor de la espalda de la mujer que tenía delante de él, y en el aire flotaba un olor acre a causa de los cigarrillos turcos. La gente arrastraba las botas por el suelo de madera húmedo, lo que producía una especie de chasquido. De vez en cuando oía voces de personas norteamericanas y británicas en medio de aquel estruendo, pero no lograba localizarlas. La cola se movía a tirones y avanzaba medio metro cada vez, a lo que seguían largos períodos de espera inquieta. No es que le importase demasiado. No tenía que ir a ningún sitio ni tendría que hacerlo en varios días.

Finalmente envió el télex. Después entró para ver a la empleada de Sputnik y hacer una reserva en un vuelo para Hammerfest, en Noruega. Para darle a la tormenta la oportunidad de despejarse y al aeropuerto de Arjanguelsk tiempo de sobra para limpiar las pistas, quitar el hielo de los Ilyushin y abrirlo al tráfico, eligió un vuelo que salía tres días más tarde, con lo cual se situaría en Hammerfest antes del día que el *Rex* tenía planeado regresar.

Una vez hecho aquello, no le quedaba mucho más que hacer aparte de regresar al Chernomorskaya... y trabajar.

Cuando volvió a su habitación, sacó el ordenador portátil de la mochila y vaciló durante unos instantes. Tenía el transformador que necesitaba y el convertidor apropiado para el enchufe, pero no quería utilizarlos. No, tal como estaba la energía eléctrica; a cada momento la luz del techo parpadeaba como una estrella que se estuviera preparando para convertirse en nova. Si trabajaba con el abastecimiento de energía eléctrica que tenía el hotel, era probable que acabase con el disquete hecho un revoltillo. Mejor sería utilizar pilas. Con el abrigo puesto podría trabajar hasta que se le congelasen los dedos o el fluido se terminase. Lo que ocurriera antes.

Arrimó una silla, se sentó ante el escritorio y encendió el ordenador. Cuando por fin apareció la línea de comando, entró en el directorio /GRIPE y sacó las anotaciones de la entrevista que había escrito en Shanghai la semana anterior.

Liu Shin-Li, doctor en Medicina, Univ. Pekín. Johns Hopkins, De. en Filosof. Jefe, Cepa Gripe, Inst. de Enfermedades Inf. Y Alérg. Autor «la señora española en China: visión de conjunto histórica» ("Revista de Epidemiología Este-Oeste). 1918:10 millones de muertos (¡Sólo en la India!)— Gripe en todo el mundo. Rev. rusa. «Evolución» frente a «Cambio». Epidemia, pandemia. Cambio de H-1 «que ya tenía que haberse producido» ¿Próximo año? S-L: «No quiero especular. Bicho interesante.»

Daly había ido a Shanghai para entrevistar a Shin-Li porque era el epidemiólogo número uno de China, y China era el epicentro de todas las gripes pandémicas de la historia.

La entrevista ocupaba unas cinco páginas, y había otras diez páginas de misceláneas: un breve relato de la visita que Daly había hecho a una granja china, extractos de varios artículos técnicos que había metido con el escáner en el ordenador portátil, citas del artículo de Shin-Li sobre la pandemia de 1918 y, por último, el artículo por el que había tenido noticia por primera vez de la expedición a Kopervik.

Este último era una nota de dos párrafos del *Record*, la revista quincenal editada por los empleados del Instituto Nacional de Salud:

El jefe de la sección de gripe visitará el Ártico.

Daly golpeó repetidamente la tecla para ir pasando páginas con el dedo mientras estaba recostado en la silla repasando las anotaciones de pantalla en pantalla. Lo vio como una serie en tres partes. Había empezado con dos mil palabras, datos básicos sobre los virus de la gripe y, en particular, sobre la «señora española»; luego fue a la segunda parte, la expedición a Edge. La había llamado «funeral marcha atrás». Y luego acababa con un relato del trabajo de Kicklighter en el Instituto Nacional de Salud y su teoría sobre las capas de proteínas.

Si todo salía a las mil maravillas, quizá pudiera colocar el reportaje en *Harper's* o en el *Smithsonian* y luego utilizar el artículo publicado a fin de conseguir un contrato para escribir un libro. Y precisamente ésa era la idea: convertirse en reportero en excedencia del *Post* y pasar a trabajar como escritor independiente. A trabajar por sí mismo, en otras palabras, en lugar de hacerlo por cuenta ajena.

El único problema ahora era que había perdido el barco en Murmansk y que además también iba a llegar tarde al «funeral marcha atrás». Lo que significaba que había perdido la mayor parte de la variada información de la que disponía... a menos que lograse encontrar algún modo de contar la historia a través de los ojos de otra persona.

Annie Adair era una posibilidad. O quizá algún miembro de la tripulación, o alguno de los científicos de la Administración Nacional de la Atmósfera y los Océanos. Ellos podrían hablar del frío, de las máquinas y del permafrost, y también de la terrible soledad de una isla situada en los confines septentrionales del mar de Noruega.

Pero habría sido mejor (¿a quién quería engañar?: habría sido mucho mejor) si hubiera estado allí él mismo cuando abrieran las tumbas. Con un apagado gruñido, Daly se inclinó hacia adelante y tecleó «Parte 1». Luego pulsó la tecla de retorno y empezó a trabajar en el primer párrafo. Por fin media hora después tenía algo que le gustaba:

(Shanghai) La llamaban la «señora española», aunque era cualquier cosa menos eso. Tenía sus raíces en China, no en España, y lejos de ser una señora era una asesina. En realidad pocos meses después de llegar a Estados Unidos había matado a más ciudadanos americanos que todos los que habían muerto en la primera guerra mundial.

Y la zorra estaba poniéndose en marcha otra vez.

Daly cruzó los brazos y se recostó en la silla. Con una sonrisa en los labios leyó lo que había escrito y pensó: «No está mal. Es un buen anzuelo.» Sólo que no le permitirían utilizarlo. Nunca lograría colar una línea así. Era demasiado interesante. Hizo una mueca, sustituyó las palabras «la zorra» por «ella» y continuó tecleando.

El doctor Liu Shin-Li, jefe de la especialidad de la Gripe en el Instituto de Alergias y Enfermedades Infecciosas de Shanghai, dice que «la gripe española fue una de las pandemias más mortales de la historia del mundo, pues llegó a matar a treinta millones de personas en todo el mundo».

Daly frunció el entrecejo y pensó: «Bueno, más o menos.» El inglés de Shin-Li no era ni mucho menos tan bueno como él hacía que pareciera. Pero... eso era lo que había dicho.

La rapidez con que la enfermedad mataba era tan asombrosa como mortal el virus. En Westport, en Connecticut, una mujer que jugaba al bridge afirmó que tenía tres cartas de corazones... y cayó hacia adelante, muerta. En Chicago un hombre paró un taxi... y murió antes de poder abrir la puerta. En Londres, un guardameta de fútbol saltó para parar un balón... y cuando llegó al suelo estaba muerto.

A decir de la gente que las conocía, todas aquellas personas parecían gozar de buena salud... hasta el momento en que murieron. Pero otros millones de personas tuvieron menos suerte y sufrieron una gran cantidad de síntomas, síntomas tan variados y distintos entre sí que daba la impresión de que padeciesen una docena de enfermedades.

Un médico de la ciudad de Nueva York informó de que sus pacientes estaban «azules como moras, y escupían sangre». Alcanzar los cuarenta y un grados de fiebre era cosa corriente, como lo eran las hemorragias violentas por la nariz y los interminables ataques de vómitos y diarrea. La gangrena de los genitales fue algo muy extendido, y también hubo casos de leucopenia, ceguera súbita y pérdida completa del oído.

Los pacientes lloraban al menor contacto, y los médicos estaban totalmente perplejos por una enfermedad cuyos síntomas eran similares a los de otras muchas enfermedades terribles. En una base militar se trató a cientos de soldados por lo que los médicos pensaron que era un ataque de gas de cloro. En otros lugares, a las víctimas se las operaba de apendicitis o se las trataba de neumonía, cólera, disentería, tifus o fiebre de la mosca de la arena.

Al final se encontraron con que la mayoría de los fallecidos habían muerto de ataques de tos, ahogándose en una mezcla desangre y mocos al tiempo que los pulmones se les disolvían, adquiriendo la textura de «gelatina de grosella».

La luz de la batería parpadeó en el ordenador y Daly miró el reloj. Eran las siete pasadas y empezaba a tener hambre. Pero el artículo iba bien, y además en la calle hacía un frío congelador. Continuó escribiendo.

Según el doctor Shin-Li, «los patos silvestres son la principal reserva del virus, y nosotros tenemos más que ningún otro país del mundo. No sólo eso, sino que como nosotros criamos pollos, patos y cerdos juntos, el virus puede moverse entre ellos, de unas especies a otras, cambiando a medida que avanza».

Debido a que la gripe tiene forma cambiante y a que los animales se intercambian virus constantemente, las mutaciones son frecuentes. Mientras que los microbios como la viruela y la polio son extremadamente estables, la gripe es un virus del ARN con una estructura química segmentada que sólo se mantiene unida por lazos muy débiles. Al carecer de la función del ADN que protege contra la mutación, el virus se mezcla constantemente de nuevo en los animales que son portadores del mismo. Esto significa que hay segmentos que se separan sólo para volver a combinarse con otros segmentos, generando así nuevas cepas de la gripe.

Es esta característica la que obliga a los científicos a desarrollar nuevas vacunas cada año.

La luz de la batería lucía firmemente ahora, una irregularidad momentánea de color amarillo suave en la superficie mate del ordenador portátil. Daly calculó que le quedaban unos diez minutos antes de que la batería se agotara.

Por qué la gripe española fue la más mortal de todas las gripes es el tema del estudio que lleva a cabo el doctor Benton Kicklighter.

La luz de la batería lanzó un destello y el ordenador soltó un pitido que hizo que Daly se sobresaltase. Le quedaba un minuto aproximadamente antes de que el ordenador se apagase, pero no quería dejar de escribir ahora. Estaba llegando a una parte del artículo que le molestaba hacía tiempo, la parte que para él no tenía sentido. Era aquella que trataba de la expedición y el motivo sobre el que se había montado la misma. Si permanecía ante el ordenador y seguía escribiendo sobre ello, o si lo intentaba, quizá fuera capaz de adivinarlo. Como mínimo tendría que ser capaz de articular su propia confusión, cosa que era el primer paso para enderezar el reportaje.

Pero no en aquel momento. El ordenador volvió a pitar y, tras dejar escapar un suspiro, Daly guardó el archivo en un disquete y apagó el ordenador. Luego lo metió en la mochila y empujó ésta debajo de la cama. Tenía los dedos rígidos y el estómago le rugía, aunque después de echarle un vistazo al montón de nieve que había apilado cerca de su ventana y de fijarse en que la ventisca seguía en el patio de luces, el apetito le desapareció de repente. Parecía que iba a tener que tomarse las comidas en el sótano del Chernomorskaya.

¿Por qué no se sentiría contento?

OceanofPDF.com

Capítulo 8

78° 20' N, 22° 14' E

Annie se despertó de la siesta de repente, salió disparada a la consciencia desde un sueño tan profundo que, cuando abrió los ojos, ahogó un grito al encontrarse en el mundo. Se puso en pie de un salto y se dirigió por el pasillo hacia la cubierta principal con las gafas en la mano. Ansiosa por ver dónde se encontraban, se asomó por la puerta de metal que daba a la cubierta, luego la empujó para abrirla y salió al exterior, donde el aire frío le dio en la cara como el *flash* de un *paparazzi*. De pronto se sintió más despierta ahora que en toda su vida, y además completamente pasmada: tan alucinada como un diente de león llevado por una ráfaga de viento, y con los pensamientos esparcidos por una explosión.

¡Icebergs! Pero qué palabra tan blanda para denominar aquellos palacios flotantes de hielo. El *Rex* navegaba entre una flotilla de montañas azules a la deriva. Y no se parecían en nada a lo que ella esperaba, no eran grandes cubos de hielo bamboleándose en el agua oscura sino maravillas arquitectónicas esculpidas por el viento y el agua hasta adquirir formas complejas y complicadas. Había curvas parabólicas, agujas góticas, columnas torneadas, crestas reverberantes, cuevas onduladas y montañas de hielo con vigas voladizas. Y todo ello labrado en un material traslúcido que no tenía nada en común con el hielo que ella conocía, sino que parecía latir con una azul luz celestial, como iluminado desde dentro.

Aquél era el azul de Montego Bay y de las túnicas que la Virgen María llevaba puestas en los jardincitos de los suburbios de Boston. Era el azul puro e incitante elegido para las paredes de las piscinas. Y era el azul

radiante y fantástico que convergía en la escena del crimen arremolinándose en los techos de los coches de la policía.

Casi a la hora del crepúsculo llegaron al punto de anclaje, y Annie vio la costa de Edge: una isla irregular que se agazapaba en el mar, una isla de orillas desiertas definidas por una línea escarpada de rocas negras. Una hora después de que dejaran caer el ancla, Annie y el doctor K, los muñecos de nieve y el capitán cenaron juntos en el comedor de este último.

El capitán era un letón corpulento de cara colorada y cabello rubio y escaso peinado en mechones que le cruzaban por lo alto de la cabeza. A Annie le caía bien, aunque ahora que se había sentado a la mesa se sentía decaída. El deleite y asombro que le había producido el Ártico había dado paso a una sensación de que «nosotros no deberíamos estar aquí, no es el lugar que nos corresponde, es demasiado hermoso». La vacía perfección del paisaje, con su limitada paleta de colores, la claridad del aire, el silencio penetrante... todo aquello quedaba violado por los colores primarios de las parkas que ellos llevaban puestas, por la nube de humo de los motores diesel que flotaba por encima del barco, por el trivial estruendo de su presencia.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó el capitán con la cara carnosa sonrojada por el vino.

Annie se encogió de hombros.

—No sé. Nada. Es sólo que... Bueno, me siento como si fuéramos unos intrusos.

El doctor K soltó una risita.

—¿Y qué me dice de los mineros? Supongo que ellos también eran intrusos.

—Sí, también —convino Annie; luego dijo que no con la cabeza cuando un fornido camarero se puso a su lado con una fuente de hígado y cebollas —. No tengo hambre. Gracias.

—Tiene que sentir cierta piedad por los mineros —comentó uno de los físicos—. Quiero decir que no es que esos tipos fueran exploradores precisamente. No había gloria alguna en lo que hacían. Eran mineros, nada

más. Lo que significaba que se pasaban todo el día metidos en un agujero, y que cuando subían a la superficie... estaban aquí.

El capitán asintió. Había llevado unas botellas de cava español para brindar por la llegada a Edge. Descorchó una, se inclinó por encima de la mesa y empezó a llenar las copas.

—Este lugar es el infierno —sentenció de manera bastante natural.

El físico, un levantador de pesos llamado Brian que hacía las veces de piloto del helicóptero del barco, se echó a reír y probó el cava.

—Bueno, no sé mucho de eso —comentó—. Pero quizá resulte un poco helado para ser el infierno.

El capitán hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Discrepo. La temperatura es perfecta.

—Y usted, ¿cómo se lo imagina usted?

—Como Dante —respondió Annie.

Todos los comensales la miraron. El capitán sonrió y le dirigió una inclinación de cabeza respetuosa mientras dejaba la botella sobre la mesa.

Brian frunció el entrecejo.

—No lo entiendo.

—La señorita tiene razón —comentó el capitán—. Dante: él es el experto en el infierno.

—Ah, se refiere usted al poeta —dijo Brian.

Mark, que era el que había advertido a Annie acerca del peligro de congelación aquel mismo día más temprano, intervino en la conversación.

—Yo creía que ése era Milton.

El capitán negó con la cabeza.

—No. Milton es un experto en el diablo. Dante es experto en el infierno.

—Bueno... ¿y cuál es la cuestión? —preguntó Brian.

—La cuestión es simple. Pero... puede que la señorita lo exprese mejor.

Annie sintió que le habían hecho caer en una trampa, pero ahora ya no podía hacer nada: había abierto la boca y tenía que entrar en escena.

—Bueno... en el *Inferno*, que es el noveno círculo del infierno, la parte peor... es un palacio de hielo. No fuego, sino... lo contrario, un lugar donde siempre hace frío. Como aquí. Mi profesor de literatura clásica —continuó diciendo mientras sentía qué la sangre le subía a la cara— consideraba la

idea de que... de que el infierno era frío... que era algo muy antiguo... un resto de la Edad del Hielo, cuando el fuego significaba vida y la muerte venía del frío.

El capitán asintió.

—Yo vengo a Spitzberg tres o cuatro veces al año, aunque nunca a Edge —dijo al tiempo que se servía una segunda copa de cava barato—. Y cada vez pienso lo mismo: que no tenemos nada que hacer aquí. Los seres humanos no están hechos para venir aquí. Nadie.

Mark se echó a reír.

—Bueno, esperemos que la Administración Nacional de la Atmósfera y los Océanos no lo averigüe, o todos nos quedaremos sin trabajo.

—Y yo les digo que cuando tengo esa impresión me mantengo alerta —afirmó el capitán.

—¿Y por qué, capitán?

El doctor K parecía sentir auténtica curiosidad.

—Porque... es como una alarma que llevo en la sangre. Quizá como si el hielo o el agua fueran a hacer volcar el barco, o algo así. Y lo siento, y con mucha fuerza, cuando vengo a estos asentamientos.

—Caramba, capitán, a lo mejor no es usted el tipo apropiado para esta clase de trabajo —bromeó Brian mirando astutamente en dirección a Annie—. A lo mejor tendría que estar usted en el barco de *Vacaciones en el mar*, por ejemplo.

El capitán pareció desconcertado durante un momento; luego el rostro se le puso solemne de nuevo.

—Éste es un lugar duro. Los mineros que ustedes buscan lo descubrieron.

—Desde luego que sí —dijo Kicklighter—. Pero no fue el Ártico lo que los mató. Fue un patógeno. Y los hubiera matado igual dondequiera que hubieran estado. Habrían muerto aunque hubiesen estado en París, en Oslo o en cualquier otra parte. Murió muchísima gente.

Mark se volvió hacia el doctor K.

—Se está usted refiriendo a la gripe española, ¿no es así?

El doctor Kicklighter asintió.

—Mi bisabuelo murió de eso —continuó Mark—. Y uno de sus hermanos. Mi abuela decía que no pudieron hacer nada.

—Ni siquiera sabían qué era —apuntó Annie—. No podían verlo por el microscopio. Y aunque hubieran podido...

—Habrían tenido más probabilidades de salvarse si un león les hubiese mordido la garganta que con eso en los pulmones —dijo Kicklighter.

Brian se recostó en la silla.

—¡Ooooh! —exclamó— Leones, tigres y osos... ¡qué horror!

Mark soltó una risita y Annie se ruborizó. El profesor K parpadeó varias veces rápidamente, como si hubiera perdido el hilo de la conversación. Finalmente, esbozó una débil sonrisa de desconcierto.

—Desde luego —añadió.

Se reían de él, pensó Annie, y por extensión también se reían de ella. No es que aquello afectase al doctor K. El profesor era inmune al ridículo, tan seguro estaba de su propia identidad que no le importaba lo que otros pensasen.

Una vez terminada la cena, el doctor K dobló la servilleta, corrió la silla hacia atrás y se puso en pie. Tras dirigirle una inclinación de cabeza al capitán, dijo:

—Bueno... mañana tenemos un día muy largo.

Estaba ya a medio camino para salir por la puerta cuando se detuvo, se dio la vuelta y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Casi se me olvidaba. Esto llegó ayer. —Sacó una hoja de papel del bolsillo y se la dio a Annie. Luego añadió—: Supongo que fue por la tormenta.

Y luego, con un ligero saludo con la mano, salió de la estancia.

Annie desdobló el papel y después le echó un vistazo al mensaje:

*Plantado Arjanguelsk.
Reuniré Hammerfest. Daly*

—Supongo que el domador de leones necesita descansar —comentó Brian.

La cara de Annie se acaloró de pronto.

—Puede usted reírse. Pero es el mejor del mundo en lo suyo. Y si no cree usted que hace falta valor, no sabe usted nada de los patógenos que maneja.

Se guardó el télex en el bolsillo.

—¿Ah, sí?

A Annie ahora le ardía la cara, y sabía que el vino se le había subido a la cabeza.

—Yo no me mostraría tan indiferente, dejaría esa actitud de estar de vuelta de todo. Especialmente si no sabe usted en lo que se mete.

Brian frunció el entrecejo y Mark le dirigió a ella una mirada inquisitiva y extrañada.

—¿En lo que se mete?

Annie jugueteó con la servilleta.

—No quería decir eso. He querido decir si no sabe usted de lo que habla. —Dios mío, aquello todavía sonaba peor. Nerviosa, se volvió hacia el camarero, que se hallaba detrás de ella con una cafetera, atento para servir. Con voz mucho más alta y animada le pidió—: Por favor.

Brian mantuvo la mirada en Annie.

—Pues yo no sabía que estuviéramos metiéndonos en nada —insistió.

—Y no lo estamos.

—Quiero decir... que creía que simplemente íbamos a trasladar unos cadáveres en bolsas.

—Eso es —confirmó Annie con demasiada rapidez. Tomó un par de sorbos de café y se fijó en que Mark y Brian intercambiaban una mirada. Luego dobló la servilleta y empujó la silla hacia atrás—. Creo que voy a echar una mirada a las luces del Norte —dijo al tiempo que cogía la parka.

—Buena idea —comentó el capitán.

Y tras ponerse en pie y hacer una pequeña inclinación de cabeza, abrió la puerta y la mantuvo abierta para que Annie saliera de allí.

A Annie, el corazón le latía como un tambor mientras se dirigía por el pasillo hacia el exterior. Mentir no le resultaba fácil. En realidad le resultaba casi imposible hacerlo. Y cuando lo hacía se tenía que marchar en seguida, exactamente como hacía en aquel momento.

La verdad era que la expedición no estaba desprovista de riesgos. Aunque habían tomado todas las precauciones imaginables, siempre existía una posibilidad, aunque remota, de que el virus permaneciera viable y de que se liberase de alguna manera. Y si ocurría eso, todos los que se encontraban a bordo del rompehielos estarían en peligro. Así que, en ese sentido, sí que se estaban metiendo en algo, aunque era improbable que en realidad ocurriera.

Annie se detuvo junto a barandilla del barco con los ojos fijos en las luces del Norte, que latían más allá del horizonte; formaban una ondulante cortina de color verde que se elevaba hacia las estrellas.

Lo estaba pensando mejor. Aunque el nombre del doctor K fuera primero en la propuesta de subvención, la expedición había sido idea suya. Se podía admitir que sin la aprobación del doctor K no hubiera podido hacerse nada. Pero sin ella la expedición no se habría proyectado nunca.

Así que si algo salía mal y la mitad de la población de la Tierra moría... sería culpa suya.

Annie hizo un sonido de exasperación. Prácticamente no había ninguna probabilidad de que el virus se escapase. Aunque el *Rex* perdiera energía y fallasen los generadores de la sala fría, los embalajes para trasladar los cadáveres se sellarían herméticamente, y los propios cadáveres irían envueltos en sábanas empapadas de formalina. Aunque chocasen con un iceberg y se hundieran, los cadáveres no irían a ninguna parte. Aunque los peces no los cogieran, el *Rex* se hallaba en mitad del Círculo Polar Ártico, una corriente en el sentido de las agujas del reloj que rodeaba el Polo Norte: cualquier cosa que cayera por la borda se quedaría dando vueltas alrededor de la parte superior de la Tierra para siempre, y lo haría a una temperatura del agua por debajo de la de congelación.

Así que en realidad no había nada de qué preocuparse. Annie estaba segura de eso, y también lo estaba la fundación. De lo contrario no habrían cambiado de idea sobre la propuesta de subvención.

La verdadera preocupación, pues, era que la expedición resultase ser una pérdida de tiempo. ¿Y si los cuerpos estaban demasiado cerca de la superficie? ¿Y si volvían a Washington y no había virus suficientes para

trabajar? Annie habría malgastado el tiempo de todos, y también una gran cantidad de dinero de la subvención.

La cabeza le daba vueltas a gran velocidad. Más tarde, aquella misma noche, tumbada en la litera con los ojos cerrados e intentando dormir, Annie se encontró a sí misma pensando en Frank Daly. En cierto modo, lo de Daly había sido culpa suya. Movida por el entusiasmo de primera hora, le había animado a unirse a la expedición, pero luego se había enterado de que al doctor K le horrorizaba la idea. Ella se habría echado atrás en el ofrecimiento, pero el doctor K no quiso oír hablar de ello: «Con eso sólo conseguiremos que ese hombre recele», había dicho. Como si tuvieran algo que ocultar.

Y ahora, al haber zarpado sin él tras hacerle ir tan lejos... bueno, aquello era un desastre.

Habría que compensarle de algún modo. Y ella personalmente se encargaría de que fuese así. Pero mientras tanto, había mucho que hacer.

Se dio la vuelta para ponerse de lado y se acercó la almohada a la mejilla; se imaginó el día que tenían por delante. Saltaría de la cama al alba, se pondría la ropa interior térmica y el traje para la nieve, cogería una taza de café del comedor y ayudaría al doctor K a preparar el material. Cuando eso estuviera hecho, viajaría junto con los demás por tierra en Sno-Cats hasta el campamento de Kopervik. Los muñecos de nieve eran de la opinión de que el viaje duraría más o menos una hora. Mientras tanto, Brian y el doctor K empezarían a trasladar el material en helicóptero y lo llevarían al campamento.

Y había un montón de material: la cabaña Jamesway que les haría de cuartel general, un par de tiendas de campaña, dos generadores portátiles, tres bidones de combustible diesel. Había cajas de comida y utensilios para cocinar, rifles y munición para mantener a los osos a raya, herramientas de albañilería para cavar. También había taladradoras y palas, una enorme variedad de embalajes para trasladar cadáveres, cuerdas y un baúl lleno de sábanas empapadas en formalina.

Si el doctor K estaba en lo cierto, se tardaría unos tres días en llegar a los cuerpos, suponiendo que no se hallaran enterrados a una profundidad mayor de un metro.

No recordaba cuándo se había dormido, pero por fuerza tuvo que hacerlo porque, de repente, ya era por la mañana. Estaba sentada en la silla que había junto a la litera, con un libro en el regazo; recordaba haberse levantado en mitad de la noche. Tenía una manta sobre las rodillas y había una luz encendida por encima del hombro, pero la iluminación era innecesaria, ya que el camarote estaba bañado de luz del día. Con aire pensativo, se volvió hacia el ojo de buey y, al ver el cielo, parpadeó dos veces y luego se puso en pie de manera apresurada, como una niña de seis años que se hubiera quedado dormida la mañana de Navidad. Se dio la ducha más rápida de su vida, poniendo buen cuidado de no mojarse el pelo; después se vistió la ropa térmica y se sumergió en el traje para la nieve. Instantes después se encontraba de pie en cubierta colocándose las gafas.

—Tenemos problemas, dormilona.

—¿Qué pasa?

Brian pasó junto a ella rozándola mientras caminaba apresurado hacia el helicóptero.

—Problemas —repitió por encima del hombro.

—¿Con qué?

El físico continuó andando y, sin volverse, señaló hacia el puente sin decir palabra. Al principio, Annie no comprendió, pero luego lo vio: la bandera del barco estaba enarbolada y aleteaba movida por el viento.

Brian extendió los brazos como si fuesen alas y se balanceó de lado a lado mientras avanzaba a grandes zancadas hacia el helicóptero.

—¡Viento! —gritó.

A Annie se le hundió el corazón. No entendía nada de helicópteros. ¿En qué punto el viento comenzaba a hacerse excesivo para volar?

—Usted no se preocupe por eso —la aconsejó Mark, que se acercaba a ella con una taza de café en la mano—. Tenga, le he traído esto.

—Gracias.

—La cosa va a mejorar, no a empeorar.

—¿Está seguro? —le preguntó ella sosteniendo la taza con ambas manos.

Luego dio un sorbo.

—He visto el pronóstico del tiempo.

—Pero...

—Brian se pone muy dramático. Le gusta que todos piensen que él les saca las castañas del fuego, aunque el fuego esté apagado.

—Entonces el viento...

—No se preocupe por el viento.

Una hora después había sobre el hielo una caravana de vehículos para la nieve de color rojo, vehículos que zumbaban y gemían sobre el suelo helado mientras se dirigían hacia el sol matutino. Iban dos en cada Sno-Cat, pero el ruido era abrumador y la conversación se hacía imposible. A Annie no le importaba. Era el mejor día de su vida. Un oso polar los acompañó durante un par de kilómetros; se mantuvo a unos cien metros al oeste, galopando a la misma velocidad que ellos, blanco sobre blanco. Y luego, de repente, se dieron cuenta de que ya no estaba allí, había desaparecido como el humo de una cerilla quemada.

No había nada que ver. Y había mucho que ver.

Cuando se hallaban a medio camino de Kopervik, el helicóptero del barco pasó volando despacio por encima de sus cabezas mientras los rotores resonaban en el aire. Annie lo saludó con la mano, y durante un instante le pareció que el helicóptero le respondía al saludo o que hacía un guiño al pasar de camino hacia el campamento abandonado.

Poco después aquellos vehículos especiales para moverse sobre la nieve se encontraron en un campo lleno de grietas de glaciar, de agujeros y de pozos que podrían habérselos tragado enteros. Siguiendo las indicaciones de Mark, hicieron marcha atrás hacia el oeste y dieron un largo rodeo hacia el norte para evitar aquel campo.

Finalmente, cuando habían transcurrido casi dos horas desde el momento en que dejaron el barco, los Sno-Cats entraron gruñendo en Kopervik.

Era, como Annie ya suponía, un campamento fantasma. Y no había mucho que ver. Había una iglesia de madera sin ventanas, de color gris oscuro, con un pequeño campanario; una ordenada fila de cabañas y una zona de bidones de petróleo agrupados. Conectándolo todo entre sí, y

también con el foso de una mina que había al lado de una colina blanca sin rasgos, se veía un camino helado de tundra removida.

Al verlo por primera vez, Annie se emocionó por el blando vacío del campamento, pues era consciente de los secretos que escondía. Se puso en pie, echó una mirada a su alrededor y se sorprendió al ver el helicóptero de Brian posado en el hielo esperando a que lo descargasen.

Annie se echó a reír.

—Vamos a ponernos en marcha —les dijo a los muñecos de nieve al tiempo que indicaba con un gesto el helicóptero—. ¡Tenemos mucho que hacer!

El cementerio se encontraba detrás de la iglesia, y Annie, ansiosa por verlo, casi chocó con el doctor K, que salía por un lado del edificio.

—¡Uooop! —exclamó ella riéndose por la sorpresa—. ¡Perdone! Yo sólo estaba...

La expresión de la cara del profesor la dejó parada en seco, y durante un buen rato ni siquiera estuvo segura de que la hubiera reconocido. Luego el doctor K dijo:

—Annie.

La cogió del brazo.

La preocupación de aquel hombre era tan evidente que la asustó y se echó hacia atrás.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, aunque en realidad no deseaba saberlo.

El doctor Kicklighter empezó a decir algo, pero dio media vuelta lleno de frustración.

—Ha pasado algo terrible —le confió.

El estómago de Annie revoloteaba.

—¿Qué?

El doctor K se giró hacia el cementerio; luego le señaló un lado de la iglesia.

Annie se volvió hacia allí. Por primera vez vio que la pared de tablones gris oscuro estaba llena de garabatos hechos con pintura blanca. Pensó si serían *grafitti*. Pero... ¿en aquella latitud? Parpadeó, perpleja, y se apartó de la iglesia para ver mejor la pared.

Al levantar la vista vio que las toscas pinceladas de blanco se juntaban para formar una sola imagen, un dibujo primitivo que le recordó al *Guernica* de Picasso.

—Es un caballo —sentenció pronunciando lo evidente mientras fruncía el entrecejo para ver los enloquecidos ojos del animal, los dientes que quedaban al descubierto y los orificios nasales muy abiertos.

Kicklighter asintió.

Durante unos instantes ninguno de los dos pronunció ni una palabra.

—Eso significa que alguien ha estado aquí —afirmó Annie—. ¿No es cierto?

El doctor K dejó caer los hombros.

—Sí —dijo—. Alguien ha estado aquí.

OceanofPDF.com

Capítulo 9

Hammerfest, Noruega 27 de marzo de 1998

Aunque la duración del vuelo era sólo de tres horas y media, Frank Daly tardó un día y medio en hacer el viaje desde Arjanguelsk hasta Hammerfest. Excepto la primera etapa hasta Murmansk, ninguno de los dos vuelos con los que tenía que enlazar eran diarios. De Murmansk a Tromso los vuelos salían los martes y los viernes, pero de Tromso a Hammerfest sólo era posible viajar el fin de semana.

Pero no importaba. Tenía tiempo libre de sobra: el *Rex Mundi* no llegaría a puerto por lo menos hasta al cabo de dos días, y para entonces él ya estaría allí esperando. Aunque ocurriera cualquier otra cosa (y en aquel momento una nueva tormenta se abría paso por el Atlántico norte), él no perdería el barco por segunda vez.

Y tampoco echaría de menos el Chernomorskaya. En comparación, hasta la sala de espera de Murmansk había representado una mejora. Aunque se había pasado casi un día entero tirado allí, en una silla de plástico duro, abofeteado por anuncios incomprensibles que salían de los altavoces, al menos había estado caliente. Y eso era más de lo que podía decir con respecto a los días que había pasado en Arjanguelsk.

Por lo tanto, fue con cierta sensación de regocijo como vio por fin aparecer Hammerfest, su lugar de destino, mientras el reactor de Norsk Transport descendía por entre las nubes. Desde el aire la ciudad parecía aseada y pulcra, una agrupación de edificios pequeños agazapados al borde de un mar plano y gris. Cuando el avión se inclinó para dar la vuelta, Daly vio que el estuario, bordeado de edificios pequeños, se extendía al abrigo de

un precipicio altísimo, y que había varios barcos amarrados a los muelles. Tres muelles largos sobresalían hacia el mar, donde barcos rastreadores y de placer se mecían en los amarres.

Desde el aire, por lo menos, la ciudad le recordaba a Frank la aldea que su madre solía hacer por Navidad, el belén, una colección cada vez mayor de edificios, árboles y figuritas de cerámica que cada año colocaba primorosamente encima de una extensión de inmaculada nieve de algodón. A nadie, ni a las sobrinas preferidas ni a los primos que iban de visita, se les permitía jamás tocar la aldea ni ninguno de sus habitantes. Las diminutas ventanas de cada casa y de cada tienda parpadeaban con una luz que brotaba del interior de las mismas; la superficie del lago hecho con un espejo aparecía siempre brillante e inmaculada. Le había asignado un sitio a cada figura y nunca variaba, de manera que cada año los mismos personajes cantaban villancicos delante de la misma casa mientras un hombre alto con los brazos cargados de regalos se apresuraba a subir por el paseo que conducía a la pluscuamperfecta casa urbana de estilo georgiano.

Su madre les quitaba el polvo a todas estas casas a diario, y ya de niño, Frank llegó a comprender que, para ella, la aldea era un universo paralelo. En lugar de la vida que llevaba en aquella casa de reducidas dimensiones, situada apenas a un par de kilómetros de distancia de una refinería, su madre se imaginaba viviendo en una de aquellas limpias casitas y haciendo galletas en el horno.

Aquella aldea, pues, era un mundo ordenado e ideal donde la nieve permanecía siempre blanca y nadie llamaba a la puerta los sábados con la intención de cobrar el dinero del plazo de la hipoteca. Era esa clase de pueblo, un pueblo de Navidad, donde los padres llegan a casa con un ramo de flores y nadie bebe nunca demasiado ni engaña a su mujer.

Daly se removió incómodo en el asiento cuando la aldea comenzó a elevarse hacia el avión. No le gustaba nada que le recordase su niñez. Y, de todos modos, su madre ya había muerto y la aldea de Navidad estaba almacenada en el desván de la tía Della. A él le asombraba cómo las hermanas de su madre habían tomado la casa al asalto después de que ésta muriese. Se habían encargado de hacer todos los preparativos cuando se dieron cuenta de que no podrían encontrar a Frank padre. (Y no era de

extrañar: éste vivía con una bailarina muy lejos de allí, nada menos que en Breezewood. ¿Cómo iba a haberse enterado de que su mujer había muerto?) Y luego, cuando apareció para el funeral anonadado tanto por la culpa como por el dolor, le había invadido una generosidad súbita y muy impropia de él.

—Tomad —les había dicho mientras dispersaba las pertenencias de su esposa—, a Dottie le hubiera gustado que vosotras tuvierais esto. ¿Qué vamos a hacer Frank y yo con un belén de Navidad?

Más tarde su padre se había echado atrás y, lleno de rencor, había acusado a «las hermanas raras» de saquear «los bienes terrenales de Dottie». Como era de prever, el valor de lo que todos habían siempre llamado «esa basura del sótano» subió por los cielos, pero para entonces ya había desaparecido. «Dividido», como a Frank hijo le gustaba decir.

Al inclinarse más el avión, la impresión de escena idílica navideña disminuyó, y una vez que llegó al suelo, Frank vio que Hammerfest distaba mucho de ser perfecto. La nieve estaba moteada de hollín y polvo, y en el aire flotaba humo de motores diesel. Lo que había parecido una aldea de Navidad a cinco mil pies, resultó ser un lugar bastante corriente, más notable por su modernidad que por otra cosa. Más tarde se enteró de que los nazis habían ocupado la ciudad durante la segunda guerra mundial, y de que su puerto había sido una escala para submarinos de incursión en el Atlántico norte. Cuando por fin se expulsó a los alemanes, éstos habían incendiado el lugar, de manera que no quedaba casi nada anterior a la guerra.

Excepto, quizá, el empleado de la recepción del hotel Aurora, un septuagenario de piel pálida que insistió en llevarle las maletas a la habitación. Una vez allí, Frank deshizo el equipaje y, después de disfrutar de una larga ducha de agua caliente, regresó al vestíbulo.

Según el programa que le había proporcionado Annie Adair, el *Rex* tenía que regresar de Kopervik el sábado como muy pronto. Y eso le concedía a él un margen de dos días libres, aunque después de todo lo que había pasado le pareció que sería una buena idea cerciorarse de cómo iba el barco de adelantado. Frank le preguntó al recepcionista dónde se encontraba

la oficina del capitán del puerto, y el viejo le dio un folleto turístico nuevo que tenía un mapa en el reverso.

—Está ahí mismo —le explicó al tiempo que trazaba una línea desde «Usted está aquí» hasta la esquina de una calle cerca del puerto.

En la calle, la temperatura era de cuatro grados y medio; el cielo se veía encapotado y el sol se reducía a un resplandor apagado en el horizonte. El aire era húmedo y un viento crudo soplaba desde el oeste trayendo el olor del mar. Aunque el hotel Aurora se hallaba a sólo diez minutos del puerto, Frank estaba helado hasta los huesos cuando llegó allí.

Y se quedó sorprendido. El puerto era más grande y tenía más actividad de lo que esperaba. Se puso a estudiar la escena y observó una grúa gigantesca que giraba y producía un sonido metálico mientras descargaba contenedores que sacaba de la bodega de un carguero croata. La calle que corría a lo largo del muelle estaba bordeada de almacenes, mientras diferentes barcos de pesca se balanceaban en el agua, que de pronto había empezado a agitarse. En el cielo graznaba una bandada de gaviotas que daban vueltas en el aire denso. No muy lejos de allí una mujer equipada para el mal tiempo regaba el muelle con una manguera de gran potencia para limpiarlo, y echaba al mar numerosas y relucientes escamas de pescado.

A la puerta del edificio del capitán del puerto, una placa de metal no muy distinta de las que anunciaban el menú en los restaurantes traqueteaba movida por el viento. En ella estaba expuesta, en una cuartilla impresa, la lista de llegadas y salidas del día, los nombres de los buques, la bandera bajo la que navegaban y los puertos de origen. Daly leyó la lista sin prisa (el *Annelise*, el *Goran Kovasic*, el *Stella Norske*), pues ni por asomo esperaba que el *Rex Mundi* constara en el listado, ya que aquello parecía ser el programa diario. Pero se encontró con que allí estaba:

Amkomft 1250 Contenedor *Klara* Hammerfest

Amkomft 0240 Contenedor *Rex Mundi* Murmansk

Le echó un vistazo al reloj. Era casi la una y media. A menos de que se tratase de un error, el *Rex* iba dos días por delante de lo programado y

llegaría al cabo de una hora y media aproximadamente. Entró en la oficina del capitán del puerto para preguntar si aquella programación era correcta y, caso de ser así, dónde atracaría el barco.

Se había imaginado que encontraría un viejo marinero con gafas para ver de cerca y cutis rubicundo, pero el capitán del puerto resultó ser un joven de pelo largo y oscuro que llevaba atado en una coleta tan apretada que los ojos se alargaban en un matiz oriental. Estaba sentado delante de un monitor bastante ajado y tenía los pies puestos encima del escritorio mientras leía un ejemplar de *Rolling Stone*. La luz tenue le iluminaba las raíces rubias que tenía cerca del cuero cabelludo.

—He estado mirando el programa —le dijo Frank.

El muchacho levantó la vista.

—¿Ah, sí?

—Y dice... dice que hay un barco, el *Rex Mundi*...

El muchacho le echó una ojeada al monitor e hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, es un rompehielos. El práctico ya se encuentra a bordo.

—Así que no es un error...

La coleta se movió de izquierda a derecha.

—Llegará al muelle C dentro de una hora. Mire, al salir por esa puerta tuerza a la derecha, y luego siga todo recto hasta el final.

Frank no podía creerlo. Habría podido volver a perderlo. ¿Qué se pensaban? ¿Quiénes se creían que eran? ¿Cómo era posible que no le hubiesen dicho que habían cambiado de nuevo los planes? ¿Y si él no hubiera ido a Hammerfest? ¿Y si se hubiera quedado en Arjanguelsk o en Murmansk? ¿Quién se creían que era él? ¿Un imbécil que iba de gira?

Daly había sido muy escrupuloso para mantener a los demás informados. Le había dado a la fundación sus números de fax y de teléfono, las horas de salida y de llegada... todo, cualquier cosa que necesitasen. Y luego se había encargado de que pasaran aquella información al barco, y había mandado copias de todo al despacho del doctor Kicklighter en el Instituto Nacional de Salud. Así que no había manera de que no supieran dónde se encontraba, o cómo ponerse en contacto con él.

Pero ahora lo estaban menospreciando, lo trataban como a un periodista novato que trabajase para *News of the World* o algo así. Lo que tenía que hacer, pensó Frank mientras salía bruscamente de la oficina del capitán del puerto, era hacer las maletas e irse a casa. Olvidarse de aquello, sencillamente, pues en realidad no lo necesitaba para nada.

Pero el error era suyo. Debería haber mantenido la boca cerrada, y en lugar de eso había ido contando la historia. Le había dicho a todo el mundo (y en particular a Fletcher Harrison Coe, el director de la fundación) lo interesante que era aquel trabajo. Y lo importante que era. Y lo emocionante que era. Y ahora, gracias a él, la fundación esperaba como agua de mayo una serie de tres artículos para publicarlos en el *Post*, en el *Times* y Dios sabe dónde más. Seguramente en aquellos mismos momentos Coe estuviese invitando a comer a los editores jefe en el Century o en el Cosmos Club para explicarles lo fantástico que iba a ser el reportaje (y por extensión, qué maravilloso periodista era Frank Daly). De modo que, si ahora él regresaba a Washington con las manos vacías y sin nada más en la cartera que una etiqueta pegada de Aeroflot y una postal del Chernomorskaya, la gente iba a quedar decepcionada. Con él.

Y en realidad no les iba a importar nada quién tuviera la culpa.

Y por eso de repente le pareció tan importante estar presente cuando el *Rex* amarrase. Necesitaba fotografías. Si no iba a conseguir fotos de la inhumación en Edge, por lo menos podría hacer algunas instantáneas de Kicklighter y de Adair bajando por la pasarela, y de las cajas en las que se trasladaban los cadáveres mientras las descargaban.

Regresó al hotel a toda prisa y subió los escalones de dos en dos hasta llegar al primer piso, donde se encontraba su habitación. Sacó de un tirón la maleta del armario, la arrojó encima de la cama, sacó la Nikon que había comprado el mes anterior y rebobinó la película que había dentro. Quería tener un rollo de película nuevo cuando el barco atracase, porque las fotografías que había hecho durante las últimas semanas eran, en su mayor parte, inservibles, pues se trataba de instantáneas de Shanghai y otras cosas por el estilo. Las únicas fotos que estaba seguro de utilizar eran las de Shin-Li disertando pomposamente en su despacho mientras algunas columnas de humo de cigarrillo se le enroscaban alrededor de la cabeza.

Cuando pensó en las fotografías que no había podido hacer se sintió enfermo: el *Rex Mundi* abriéndose paso a golpes por los Storfjorden con la cubierta vidriada por el hielo; Adair de pie junto a las tumbas abiertas, hermosa...

No, eso no estaba bien.

Adair de pie junto a las tumbas abiertas con expresión inteligente mientras desenterraban los ataúdes de los mineros. Y también Kicklighter. Kopervik. Fotos del helicóptero. ¿Y quién sabe qué más? Ataques de osos polares.

Tendría que conformarse con las que consiguiera allí. Pero fuera lo que fuese lo que lograra, la única fotografía imprescindible era la de las cajas en las que trasladaban los cuerpos al bajarlas del barco. Lo más probable era que utilizarasen una grúa para levantar las cajas, las sacasen de la bodega y las pusieran sobre una plataforma. Luego cargarían la plataforma en la parte de atrás de un camión del ejército noruego y la llevarían a la Base Aérea Militar de Tromsø, donde estaría esperando un C-131 para llevarla a Estados Unidos por vía aérea. Dada la ausencia de fotografías de Kopervik, aquélla era la instantánea que él necesitaba.

Pero primero tendría que guardarse el genio. No le serviría de nada hacer patente que se sentía enojado con Kicklighter; y además había tenido demasiados gastos en el último mes como para permitirse el lujo de fastidiarse a sí mismo con tal de mortificar un poco al doctor K.

Así que respiró hondo, forzó una sonrisa demente, bajó botando las escaleras hasta el vestíbulo y salió a la calle. Un minuto después pasó junto al muelle B, y luego, tras doblar una esquina y darle el viento de cara, lo vio: el *Rex Mundi* seguía a un remolcador y entraba lentamente en el puerto.

Una vez más Frank se sorprendió. El nombre del barco significaba «Rey del Mundo» o algo parecido, pero aquél era el barco más feo que había visto en toda su vida. Tenía una proa negra y bulbosa llena de herrumbre; era el equivalente náutico a una cachiporra. Hacia la parte media del barco la superestructura parecía un motel barato que alguien hubiera atornillado a la cubierta.

El barco llegó al muelle con los motores rugiendo mientras los marineros de cubierta corrían de un lado para otro. Frank empezó a hacer

fotografías, pero luego se detuvo para observar cómo los hombres que estaban en cubierta arrojaban cuerdas tan gruesas como su brazo a los obreros que se encontraban de pie en el muelle. En realidad era hermosa la precisión muscular de los marineros, los cables enrollados formando espirales bamboleantes al desenroscarse...

—*¿Ivor tror du du skal?*

Aquella voz lo cogió por sorpresa, así como la mano que sintió sobre el brazo; se quitó aquella mano de encima con una sacudida y saltó hacia atrás.

—¡Dios mío, debía usted llevar un cascabel o algo así! —le dijo Frank.

Eran dos jóvenes con uniforme de color caqui y bandas rojas en las mangas. Y tenían el entrecejo fruncido.

—*¿Er du Engelsk?*

Frank asintió.

Bastante parecido. Norteamericano.

El primer guardia sometió el asunto al segundo, que se adelantó y pidió disculpas de un modo que dejaba bien a las claras que en realidad no lo sentía.

—Lamento... usted no posible seguir adelante.

Frank ladeó la cabeza.

—¿De veras?

Aquellos dos jóvenes parecían policías militares: estúpidos, rubios, fornidos y un poco zumbados. Ambos llevaban una Glock metida en una pistolera de charol que hacía que a Frank le resultase difícil tomárselos en serio. Luego les preguntó:

—¿Por qué no?

El policía que había hablado frunció de nuevo el entrecejo y respiró hondo; luego movió el dedo índice como un maestro de párvulos regañándole a la clase.

—Lamento... estamos teniendo que cerrar...

El frunce del entrecejo se hizo más profundo y la voz se le apagó, lleno de frustración.

—¿El muelle? —le sugirió Frank.

—¡Sí! Lamento mucho... que estamos teniendo que cerrar el muelle para público. ¡El público no es permitido pasar!

Frank se encogió de hombros.

—Es que voy a reunirme con alguien que llega en ese barco —le indicó. Y añadió—: Y de todos modos yo no soy el público, soy periodista.

Los guardias hablaron en noruego, se dijeron algo en voz baja. El policía que hablaba *Engelsk* se volvió hacia él.

—Tiene usted que esperar.

Y tras dar la vuelta sobre los talones, se dirigió hacia un *jeep* que esperaba.

—¡Daly! —le gritó Frank—. Frank Daly. Dígale que trabajo con Kicklighter. ¡Con el doctor Kicklighter!

Justo mientras decía eso un BMW dobló la esquina seguido de un Mercedes de gran tamaño. El primero llevaba una bandera de Estados Unidos pequeña, como las que agitaban los niños en los desfiles, que revoloteaba prendida del parachoques. Ambos coches tenían las ventanillas tintadas. Rodaron despacio hacia el muelle y una vez allí se detuvieron. Parecían fuera de lugar, rodeados de carretillas elevadoras, de grúas y de los vehículos de servicio.

—¿Quiénes son? —preguntó Daly al ver que nadie salía de los coches.

El policía hizo una especie de puchero y osciló sobre los talones. Su colega hablaba de forma animada por un teléfono móvil que había cogido del *jeep*. Finalmente tiró el teléfono dentro del coche y regresó.

—Lo siento, pero al muelle C se le han acabado los límites —le informó.

—Está fuera de los límites —le corrigió Frank.

—¿Perdón?

—Quiere usted decir que queda fuera de los límites. Ha dicho usted...

El policía meneó la cabeza y se inclinó hacia él con una sonrisa mezquina.

—Gracias —le dijo situándose tan cerca que Frank pensó en darle un caramelo de menta para el aliento.

—De nada.

¿Para qué meterse en un lío? No había motivo. El tipo aquel sólo hacía su trabajo: ser soldado.

Lo cual, ahora que Frank lo pensaba, le hizo preguntarse varias cosas: ¿qué estaba haciendo un soldado en los muelles, que son públicos, y qué tenía eso que ver con el *Rex*? ¿Y por qué había allí un coche de la embajada?

—Oiga, mire —comenzó en tono conciliador—. ¿Les ha dicho que soy Daly? ¿Les ha dado mi nombre?

Hablaba más para mantenerse en el terreno que por otra cosa. Si llegaba a ver a Kicklighter o a Adair, quizá ellos interviniesen en su favor.

—Sí —le respondió el policía—. Y nadie ha oído hablar nunca de usted.

—Ah.

Ahora podían aparecer en cualquier momento, pensó Frank. Habían sujetado con fuerza el barco a los gigantescos amarraderos del muelle; también habían acercado una pasarela al barco y ahora maniobraban para ponerla en su lugar. Alguien tenía que bajar por allí.

O quizá no. De pronto las puertas del coche se abrieron y media docena de hombres bajaron de él a la intempestiva tarde. A ojos de Daly aquella acción tenía cierto aspecto coreográfico, como si la hubieran ensayado, impresión que se veía reforzada por la apariencia de aquellos hombres.

Todos llevaban traje oscuro y abrigo. Frank no necesitó mirarles los pies para saber que llevaban calzado de lujo: se daba por sentado. Y resultaba tan siniestro como cómico: Apareciendo allí de repente a plena luz del día. Nunca se veían tipos con ropa como aquélla al aire libre. Y mucho menos en un lugar tan remoto como aquél, allí en Noruega. En Wall Street, sí. En K Street, a la hora de comer, quizá. ¿Pero allí? ¿En Hammerfest? ¿Y sin que hubiera un funeral? No creo, pensó Daly mirando a los hombres mientras subían por la pasarela en masa sin dejar de hablar unos con otros. En un abrir y cerrar de ojos desaparecieron todos en las entrañas del barco.

—Por favor —le pidió a Daly el policía—. ¿Se va a marchar usted ahora?

Frank asintió, pero no se movió.

—Sí, pero... ¿Qué ocurre? —le pregunté—. ¿Quiénes son esos tipos?

El policía hizo un movimiento negativo con la cabeza y su compañero le dijo algo en noruego. Parecía impaciente; Frank estaba seguro de poder traducir lo que había dicho: «Vamos a echar de aquí a este imbécil.»

—Tiene usted que marcharse.

—¿Ha habido un accidente?

La idea no se le había ocurrido antes, y cuando ahora le vino a la cabeza, algo le comenzó a hervir en el pecho. Alarmado, se dio cuenta de que aquella clase de preocupación de bajo voltaje estaba muy relacionada con el afecto. ¿Le habría ocurrido algo a Adair?

«Esto no me conviene —pensó Frank—. Ya tengo bastantes problemas.»

Y entonces la vio... o mejor dicho, vio una figura pequeña de cabello rubio que bajaba por la pasarela, encajonada entre dos de aquellos hombres ataviados con traje. Kicklighter iba justo detrás de ella; el pelo plateado y la parka roja que llevaba llamaban la atención entre tantos trajes de Hickey-Freeman. Annie iba hablando por encima del hombro con un norteamericano larguirucho que tenía puesto un abrigo de color gris carbón y lo que parecía ser un par de Maui Jim. Unos pasos detrás de ella, Kicklighter se tropezó en los escalones y los dos hombres que lo flanqueaban lo sujetaron con prontitud.

El tipo de los Maui Jim le resultaba familiar a Frank. Tenía esa expresión confiada de los hombres acostumbrados a cruzar controles policiales. Alto y aseado, tenía el cabello rojizo. Frank habría jurado que lo había visto antes... Pero... ¿dónde?

Ahora ya habían acabado de bajar la pasarela y se dirigían a los coches.

—¡Annie! ¡Eh!

Al ver que ella parecía no haberle oído, echó a andar en su dirección, pero el policía que hablaba inglés le interceptó el paso inmediatamente.

—¡Atrás!

—¡Annie, por el amor de Cristo!

Esta vez la muchacha levantó la vista y agrandó los ojos al reconocerlo. Frank. Éste vio cómo ella formaba su nombre con los labios mientras el de los Maui Jim abría la puerta de atrás del Mercedes y, poniéndole a Annie

una mano en el hombro y otra en lo alto de la cabeza, la empujó dentro del coche. Como si fuera un delincuente.

A continuación se dirigió al otro lado del Mercedes, abrió la puerta y, cuando ya estaba medio metido en el coche, titubeó y miró directamente a Frank. Y justo en aquel momento éste lo reconoció.

—¡Gleason! Eres tú. Oye, so cabrón, ¿qué haces aquí?

De pronto los coches dieron marcha atrás y Frank vio el rostro de Annie en la ventanilla trasera justo cuando el coche pasó junto a él. Había una expresión en el rostro de la muchacha que Frank no supo interpretar del todo. De alarma. De perplejidad. Cierta clase de súplica muda.

Y luego Frank se quedó allí plantado mientras miraba fijamente cómo el BMW se alejaba del lugar, se metía en la vía de acceso y aceleraba.

No acababa de creérselo. Había volado hasta aquel infierno, ida y vuelta, y ahora resultaba que nadie quería ni siquiera hablar con él. Se había gastado casi cuatro mil dólares en hoteles y pasajes de avión, y...

¡Jesucristo! ¡Ahí van! ¡Con Gleason!

Mientras regresaba al hotel con la cámara colgada a un costado, Frank se sentía demasiado enfadado como para fijarse en nada. El frío, las gaviotas, la luz cortante, todo desapareció de su vista. Y de repente se encontró allí, de pie delante del mostrador de la recepción.

—¿Tiene usted una lista de los hoteles de esta ciudad?

El empleado lo miró.

—¿No le gusta la habitación?

Frank se mordió el labio. El viejo parecía auténticamente dolido.

—No es eso, la habitación está muy bien. Es que tengo que buscar a un amigo.

El alivio que sintió el empleado de la recepción al oír aquello y la sonrisa con que lo acompañó le recordaron a Frank a una ilustración de un libro de cuentos. «Gepetto —pensó—. Estoy hablando con Gepetto.»

—Creo que la oficina de turismo tendrá lo que usted desea —le contestó el viejo.

Y le dio indicaciones para ir allí.

Una vez que hubo conseguido una lista de hoteles, empleó la siguiente hora y media en hablar por teléfono. Ni Kicklighter ni Adair se habían registrado en ningún hotel ni casa de huéspedes de Hammerfest.

Llamó por teléfono a Washington y probó también en la Fundación Nacional de Ciencias y en el Instituto Nacional de Salud, pero en aquellos lugares nadie fue capaz de decirle dónde se alojaba Kicklighter.

—No creo que se aloje en un hotel —le comentó un colega—. Tengo oído que está en una tienda en Spitzberg o en algún lugar parecido.

Desesperado ya, recordó algo que Adair había mencionado sobre que iban a enviar el rompehielos a la Administración Nacional de la Atmósfera y los Océanos. Llamó a Washington por quinta vez aquella tarde (¿a quién le preocupaba el dinero?, ya se estaba ahogando) y logró abrirse camino entre la burocracia hasta que encontró a alguien que había hablado con un físico del hielo llamado Mark aquella misma tarde.

—Se encuentran en un lugar llamado Skandia. O puede que sea Sandia. Algo así.

En realidad era Skandia, y mientras Frank se dirigía al hotel en un taxi, comprendió un par de cosas. Primero, que Annie tenía miedo. Por lo menos aquello resultaba evidente con sólo una mirada. Segundo, que algo iba mal, de otro modo no habrían vuelto tan pronto. Y tampoco habrían cerrado el muelle. Y Neal Gleason no estaría en Hammerfest empujando a la gente a la parte trasera de un coche.

Frank había visto a Gleason tres o cuatro veces durante un trabajo de dos años que había hecho sobre la seguridad nacional. Gleason no era una fuente de información, nunca había sido una fuente de información y nunca sería una fuente de información. Al contrario, la única vez que Gleason le había dicho algo se había equivocado; en realidad le había dicho una mentira que había estado a punto de hacerle perder el empleo a Frank. Cosa que convertía a Gleason en un gilipollas. Y no en un gilipollas cualquiera, sino en una clase de gilipollas que era muy probable que no supiera nada de epidemiología.

De lo que Gleason entendía era de terrorismo. Por lo que Frank recordaba, era una especie de enlace. Tenía un despacho en Buzzard's Point, en uno de aquellos curiosos edificios pequeños llenos de cámaras en los

aleros. FBI, CIA o algo así. Ya se encargaría de consultarlo cuando regresase. Pero sólo el hecho de saber que Gleason estaba allí hacía que Frank se sintiese mejor. Porque Gleason no iba a ninguna parte donde no hubiera problemas, y los problemas siempre eran noticia.

Una vez que llegó al Skandia, tardó aproximadamente un minuto en localizar a dos de aquellos tipos de la Administración Nacional de la Atmósfera y los Océanos. Se hallaban en el bar del hotel comiendo *gravlax* y arenques y bebiendo cerveza. Jugó más o menos directamente con ellos, les dijo quién era y qué hacía allí. Mostrándose siempre afable, les pagó una ronda y sacó a colación su historia, entrando bastante en los detalles; luego les explicó por todo lo que había tenido que pasar, y cómo lo habían dejado plantado no una, sino dos veces. Así que, ¿qué era lo que pasaba allí?

Los físicos intercambiaron una mirada. Finalmente el que se llamaba Mark le dijo:

—Me gustaría ayudarlo, pero...

—Podríamos tener problemas.

—Es muy delicado —le explicó Mark.

Frank le dio vueltas en la boca a aquella palabra como si la estuviera saboreando.

—«Delicado» —repitió.

—Sí.

Los físicos se miraron y asintieron; aquélla era definitivamente la palabra. Brian le dio una explicación:

—Se supone que no podemos hablar de ello.

—En cierto modo, es que hemos jurado guardar el secreto —añadió Mark.

Frank asintió de manera comprensiva.

—Supongo que es por eso por lo que estaba allí el FBI. Suelen ocuparse de muchos asuntos delicados. En realidad, Neal y yo nos conocemos desde hace mucho.

—¿Quién es Neal? —le preguntó Brian.

—Gleason —respondió Frank—. El tipo de las gafas de sol.

Brian asintió al recordarlo.

—Es del FBI, ¿verdad?

—Sí —le dijo Frank—. ¿No se lo ha dicho a ustedes?

Mark negó con la cabeza.

—De hecho, ni siquiera se ha presentado. A mí me dio la impresión de que eran de la embajada.

Frank negó con la cabeza.

—Uh-uh. Neal es del FBI por completo.

La idea era enredarlos, seguir pagando rondas hasta que el tema volviera al asunto de Kopervik, y tendría que ser así aunque le llevase toda la noche. Por consiguiente, dejó caer nombres descaradamente y siguió cotilleando para entretenerlos.

—En Saint Albans lo llamaban Al God.

—¿A quién? —preguntó Brian.

—Al vicepresidente —apuntó Mark—. Estaba hablando del vicepresidente.

—¿De Estados Unidos?

—Sí. Pero... ¿qué es Saint Albans? —quiso saber Brian mientras apuraba la tercera caña de cerveza de aquella noche.

—Un colegio privado —le informó Frank—. ¿Le apetece otra cerveza?

—No. Yo...

—¡Camarero!

Frank le preguntó a Mark cómo había acabado en la Administración Nacional de la Atmósfera y los Océanos, y escuchó atentamente una respuesta larga y difusa que incluía una novia que estudiaba oceanografía y un internado en Glacier Bay. Estuvieron hablando del calentamiento del planeta y de la plataforma flotante de Ross, que al parecer se estaba apartando a una velocidad alarmante. A las nueve, Frank estaba al corriente de que Brian tenía un hermano retrasado mental, y a las diez, de que Mark había contraído la gonorrea dos veces: una en la universidad y otra en un viaje a la India.

—Por lo menos no fue con chancros —dijo Brian pronunciando la palabra de manera borrosa.

Escuchar era un arte, y en eso Frank era un verdadero genio. La gente le contaba cosas porque era muy simpático y comprensivo: cualquier cosa que le contasen, la entendía. Captaba el texto y lo que de él se desprendía.

—Y entonces... Kopervik... ¿cómo fue aquello?

Mark soltó una risita. Aguantaba bien el alcohol, al contrario que Brian,

—No me refiero a ese asunto secreto, sea lo que sea —le comentó Frank—. Me refiero a Kopervik. ¿Cómo es Kopervik?

Brian sentía muy poca pena.

—Estaba todo nevado —le informó—. Todo el suelo se veía lleno de nieve.

—¡No me diga! —dijo Frank.

—¡Eeso es!

—Piense en eso —comentó Frank, luego hizo una pausa y volvió al ataque—. Así que llegaron allí, estaba nevado y... —No sabía bien cómo seguir—. Y bueno, ¿qué encontraron?

Brian lo miró por encima del vaso.

—Es usted una persona persistente, ¿verdad?

Frank asintió:

—En efecto.

—Bien —dijo el otro pronunciando las palabras con exagerado cuidado—, la persistencia es una característica importante y merece ser recompensada.

—Me alegro de que piense así —le indicó Frank.

—Así que le diré lo que encontramos —le explicó Brian apoyándose en la mesa y rechazando con un gesto de la mano el intento de protesta de Mark—. Encontramos...

—¡Brian! —le llamó Mark.

—Un gran... caballo... blanco.

—¡Jesús! —se quejó Mark al tiempo que se ponía en pie.

—¿Un qué? —le preguntó Frank mientras le sostenía la mirada a Brian.

—Un caballo —repitió éste.

—Tenemos que irnos —intervino Mark cogiendo a su amigo por el brazo—. Hemos de levantarnos a las seis.

—Yo no tengo que levantarme a las seis —protestó Brian con voz y ademanes de borracho.

Mark tiró de él para que se pusiera en pie.

—Sí, tienes que levantarte a las seis. Todos tenemos que levantarnos a esa hora.

—¿Qué clase de caballo? —preguntó Frank.

Mark movió la cabeza con fuerza haciendo un gesto negativo y echó un puñado de billetes de un dólar sobre la mesa. Luego empezó a arrastrar a Brian hacia la salida.

—Un caballo grande —le gritó éste mientras la puerta se cerraba tras él —. ¡Tan grande como Una iglesia!

Luego se echó a reír.

Y desaparecieron.

OceanofPDF.com

Capítulo 10

Washington, D. C. 31 de marzo de 1998

Frank pensó que lo que tenía Washington era que parecía una especie de parque temático político. Había monumentos por todas partes, mansiones, placas, estatuas y parques. Estaba uno rodeado de historia, así que era imposible ir a ninguna parte sin tropezarse con el pasado.

«Ahí es donde le dispararon a Reagan —pensó por la que debía de ser por lo menos centésima vez—, justo ahí, justo a la puerta del Hilton (fíjate).» O «Ahí es donde el petardo argentino fue a tomar un baño con como se llame... ah, sí, Wilbur Mills (fíjate)». Frank torció a la izquierda, sé metió por la avenida de Massachusetts y poco después entró en la rotonda del Sheridan Circle. Y «Allí mismo —pensó—, justo un poco más adelante, allí es donde Orlando Letelier voló por los aires al hacer explosión una bomba en el coche. Justo allí. Justo... debajo... de mis... ruedas».

Entretanto, mientras aquellas cosas pasaban por delante de sus ojos, maniobró con el coche y lo metió en medio del tráfico de la ciudad; buscó un sitio para aparcar que quedase a la distancia apropiada para poder acercarse andando hasta el Cosmos Club.

El coche era un Saab blanco con portón trasero, un error de *marketing* de 1990 que había comprado nuevo poco después de que lo hubiese contratado el *Post*. Monica Kingston, su novia de entonces, decía que los coches nuevos hacían que se pudiese cariñosa. Tenía que ver, decía ella, con las «feromonas del dinero», aseveración que pasó a ilustrar, o a demostrar, y estuvo a punto de provocar que chocasen al cabo de unos minutos de salir con el Saab del concesionario.

Ahora, Monica había seguido adelante con su vida y él también. El coche era viejo y necesitaba reparaciones frecuentes. Frank ya se habría deshecho de él, pero le costaba porque tenía historia. Y además iba estupendamente bien.

No había sitio para aparcar. Camiones y coches FedEx con matrícula diplomática ocupaban todo el sitio y más. Además, se hallaba a unas cuatro manzanas del Cosmos Club, y por algún motivo, aunque tenía la costumbre de correr ocho kilómetros a toda velocidad cinco días a la semana, Frank nunca iba andando a ningún sitio... siempre que pudiese remediarlo. (Y normalmente podía hacerlo, aunque con ello solía, como en aquel momento, llegar tarde a casi todas las reuniones.)

Y entonces lo vio.

Un Lincoln del ayuntamiento, sólo un poco más pequeño que un portaaviones, salió a toda velocidad del aparcamiento que había junto a un contador roto a unas dos manzanas del club. Con los mismos reflejos que los porteros de fútbol cuando se estiran en el aire, Frank se puso a ejecutar giros en forma de U uno tras otro, lo que hizo que a su alrededor se disparase una cacofonía de maldiciones y bocinazos. Se metió en el espacio libre, sacó las llaves del encendido de un tirón, saltó fuera del coche, cerró la puerta de golpe y echó a correr grácilmente hacia la vieja mansión donde se albergaba el club. Tardó menos de un minuto en encontrarse ante la amplia y grácil escalera que conducía a la planta principal del club.

En una antesala grande y agradable se hacía esperar a los invitados hasta que llegaban los anfitriones, que eran, naturalmente, miembros del club. Había media docena de sofás esparcidos por la sala, y otros tantos sillones. La mayor parte de ellos los ocupaban hombres de cierta edad que llevaban una determinada clase de traje. Casi todos leían el *Times*, aunque uno o dos hablaban en voz baja por el teléfono móvil. Frank se fijó en que las paredes estaban cubiertas de fotografías del Washington antiguo y de antiguos ciudadanos de Washington: hombres y mujeres distinguidos cuyo lazo en común consistía en ser miembros del club.

Por regla general, a Frank no le parecían bien los clubes, pero el Cosmos era diferente. (O un poco diferente.) Estaba dedicado a las artes y a

las ciencias e incluía casi a tantos biólogos y escritores entre sus filas como a abogados y funcionarios de Asuntos Exteriores.

Aquello debería de haber hecho que Frank se sintiera a gusto, pero la verdad era que se había puesto nervioso. Su anfitrión, Fletcher Harrison Coe, arabista y antiguo embajador en Yemen, tenía grandes esperanzas en la serie en la que Frank trabajaba, circunstancia que parecía bastante probable que acabase en decepción.

Porque, desde luego, había fracasado en Hammerfest.

Después de pasar tres días en Noruega, no había sido capaz de abordar a ningún miembro de la tripulación del *Rex*. Y tampoco había logrado subir a bordo del barco. Ni siquiera había podido reanudar la única conversación que había conseguido tener: la mantenida en el bar con los dos físicos de la Administración Nacional de la Atmósfera y los Océanos, los cuales se habían marchado del hotel. Sin haber podido tampoco encontrar a Kicklighter y a Adair en ninguna parte, Frank se había hecho a la idea de pagar de su bolsillo los gastos mientras esperaba el avión que lo llevaría a Tromsø, a Oslo y a Estados Unidos.

Y los gastos eran bastante elevados. Diecinueve días de viaje. Casi tres mil dólares en billetes de avión, un par de billetes de los grandes en hoteles, seiscientos y pico dólares en comer y en diversiones. Después la lavandería y el transporte local, las llamadas telefónicas y... todo ello ascendía a un poco más de seis mil dólares.

Había mandado las cuentas a la fundación por correo electrónico con la esperanza de que se perdieran en el éter. Pero no había sido así, y ahora allí estaba él, pudiera ser que con diez minutos de retraso, atendiendo la invitación de Coe.

—¡Ya estás aquí! —Jennifer Hartwig se le acercó; avanzaba por la sala sin hacer ruido, como una valquiria que pasase por una residencia de ancianos. Un ejemplar del *Times*, y luego otro, y otro, fueron bajando a medida que ella avanzaba para que los hombres que los leían pudieran verla mejor—. ¡Llegas tarde! ¡Dame un beso!

Unos besitos en la mejilla y aquella sonrisa deslumbrante, radiante de dinero heredado.

—Dime una cosa —le preguntó Frank en voz baja mientras ella lo cogía del brazo—, ¿eras tú la única rubia de Stamford o había otras? —Jennifer se echó a reír y le dio un apretón en el brazo—. Lo digo en serio. Eres perfecta.

Ella se rió de nuevo y dijo:

—Gracias. ¿Y sabes qué? Estás metido en un lío. Ha visto tus gastos.

—Vaya.

Era Jennifer quien llevaba los asuntos de cada día en la fundación. Ella se encargaba de que los colegas recibieran sus estipendios y los cheques para pagar los gastos estuvieran donde estuvieran, y de que la hoja informativa saliera puntualmente seis veces al año. Jennifer respondía también a las solicitudes, coordinaba a los jueces de la competición anual y hacía de anfitriona siempre que a los «graduados» de la fundación se los reunía a expensas de ésta.

De repente se encontraron en el comedor, en medio de aquel ruido refinado, sorteando una mesa tras otra de camino hacia aquella en la que Fletcher Harrison Coe se levantaba ya para estrecharle la mano.

—¡Bien venido a casa, Frank!

—Siento llegar tarde —se excusó éste—. No encontraba sitio para aparcar...

—Es que hay demasiados coches —comentó Coe dejándose caer en la silla—. Están por todas partes. —Hizo una pausa y, tras sacar una pluma del bolsillo de la camisa, se puso a rellenar la nota de la comida—. ¡Bueno! ¿Qué vas a tomar?

Frank abrió el menú y le echó una ojeada rápida. Lo más probable era que el bistec estuviera muy bueno. Y el redondo de carne *chasseur*.

—Tomaré la menestra de verduras —le dijo a Coe con una sonrisa, ya que sabía que éste era vegetariano.

—¡Excelente! —exclamó Coe garabateando rápidamente—. No sabía que fueras vegetariano, Frank.

—Yo tampoco —apuntó Jennifer, un poco escéptica.

Frank se encogió de hombros.

—Bueno, es que estoy intentando reducir el consumo de carne roja.

—Así se empieza —comentó Coe—. No hay necesidad de hacerlo de golpe.

Hizo una pausa buscando el efecto y luego se echó a reír a causa de su propia broma; a continuación le hizo señas a un camarero mayor y le entregó la nota.

Siguió un interludio de chanzas civilizadas durante el cual Frank contó algunas anécdotas divertidas sobre el vuelo desde Murmansk que le había puesto los pelos de punta, sobre el hotel Chernomorskaya y sobre los fantasmas que resultaron ser huéspedes del hotel que se habían quedado atascados en el ascensor. Coe a su vez correspondió con anécdotas propias y recordó sus tiempos de embajador y, más tarde, de columnista del *Times* («el de Londres»).

Llegaron los platos de verdura seguidos de un bistec para Jennifer, que ésta atacó con la ferocidad de un dingo. Ya habían pasado para entonces veinte minutos desde el momento en que Frank había llegado al club, y se sorprendió al darse cuenta de que estaba disfrutando de la compañía. Contó una anécdota graciosa sobre una serpiente que se había escapado en la cocina de un restaurante de Shanghai, y Coe correspondió con lo que parecía un cuento chino relativo a un huevo podrido que le habían servido en Qatar.

Su ayudante soltó una risita y Coe se recostó en el respaldo con una sonrisa satisfecha.

—Bueeeeno... —dijo mirando a Frank—. ¿Cuándo podremos ver ese maravilloso reportaje tuyo?

Jennifer esbozó una sonrisa fugaz y bajó los ojos.

—Sí —preguntó a su vez—. ¿Cuándo?

El silencio reinante estaba tan cargado que parecía que fuera a dar a luz en una hora. Frank dobló la servilleta con un esmero desacostumbrado en él, se aclaró la garganta y se inclinó hacia adelante. Luego respiró hondo, se echó hacia atrás en la silla y comenzó a hablar:

—Pues...

Coe frunció el entrecejo y Jennifer hizo un gesto con los ojos, abriéndolos mucho de un modo que era pura malicia.

—¿Ya lo has acabado? —quiso saber Coe—. ¿Has acabado la primera parte?

Frank se quedó mirándolo durante un buen rato. Finalmente le dijo:

—No.

Coe se frotó la barbilla.

—Oh... oh, vaya.

—Ha habido algunos problemas —se excusó Frank dando un rodeo para exponer lo que era obvio.

—*Mmmm*. —El jefe de la fundación desvió la mirada, distraído de pronto. Al cabo de un momento le echó una mirada fugaz a Jennifer y luego se volvió otra vez hacia Frank—. Bueno, supongo que podríamos retrasarlo un poco, pero...

—Yo creo que debíamos ponerlo en la lista de espera —dijo Frank. Coe frunció todavía más el entrecejo—. Me refiero al reportaje —añadió.

—*Hmmm* —murmuró Coe; y le hizo una seña al camarero—. Creo que agradeceríamos un poco de café, Franklin. Para mí, descafeinado. Capuchino para la señora Hartwig. ¿Frank?

—Normal para mí.

Cuando se hubo ido el camarero, Coe se volvió de nuevo hacia él.

—Bueno, tengo que decir que esto resulta un poco... en fin, que es un trastorno.

Frank hizo una mueca de contrariedad.

—Ya lo sé.

—Teníamos ya prácticamente decidido utilizar la primera parte de tu historia como artículo principal de nuestro número de, mayo. Pero ahora... bueno, supongo que tendremos que ir a buscar en otra parte.

Frank hizo una mueca que tenía la intención de expresar que lo sentía.

—¿Qué más tenemos, Jennifer?

Ésta se quedó pensando.

—Pues no hay demasiadas cosas. Hay un reportaje de Marquard sobre los talibanes. Pero no creo que tenga ninguna fotografía, y de todos modos no es muy reciente. Luego tenemos el artículo de Corona sobre los motoristas del este de Los Ángeles. Ése es muy bueno, pero...

—Lo que me molesta es que hayas empleado tanto tiempo en el reportaje —la interrumpió Coe refiriéndose a Frank—. ¿Cuánto ha sido? ¿Un mes? ¿Seis semanas?

—Cerca de dos meses —tuvo que reconocer Frank—. Han sido casi dos meses.

—Bueno... desde luego, ya sé que estas cosas suceden a veces, pero... es que te has gastado una verdadera fortuna en este asunto, Frank.

—Ya lo sé.

—¿Qué ha pasado?

Mientras tomaban café, Frank les explicó cómo había perdido el barco de Murmansk a Kopervik, y luego les contó también lo de la súbita indisponibilidad de Kicklighter y de Adair en Hammerfest.

—De manera que todo lo que tengo es una buena introducción acerca de la gripe, pero nada de nada relativo a lo que hayan encontrado.

Coe mordió con delicadeza la última judía verde, dio un sorbo de café e inclinó la cabeza.

—Bueno, me parece que te deben una explicación... por lo menos. ¿Qué dicen ellos?

—Dicen que se encuentran «ausentes del despacho».

—Comprendo...

—Pero no van a conseguir salirse con la suya. Estoy dispuesto a esperar en la puerta de Kicklighter hasta el cuatro de julio si hace falta.

Coe asintió con aire distraído.

—Todo eso está muy bien, desde luego, pero... no sé si ésa es la mejor manera de emplear tu tiempo. —Luego se inclinó hacia adelante, como si fuera a hacerles partícipes de una confidencia—. El problema es que me temo que me he comportado como si fuera un admirador...

Frank hizo una mueca de dolor. Sabía perfectamente lo que se avecinaba.

—¿Qué clase de admirador? —le preguntó.

—Pues... bueno, en realidad, Frank, en un admirador tuyo. Y tengo que confesarlo, he estado contando mis gallinas, nuestras gallinas, antes de que... bueno, antes de que hubieran incubado en realidad.

Frank le dirigió una mirada de extrañeza.

—La cuestión es que me temo que ya he hablado de este trabajo con uno o dos directores editoriales... que han mostrado bastante interés.

—Oh, Jesús —gimió Frank—. ¿Quiénes?

—El *Atlantic*, el *Times*. El *Post*, desde luego. Pero claro, el *Post* es fácil —le explicó Coe. Frank suspiró—. Incluso estuve comiendo con ese idiota de *Vanity Fair*, pero... bueno, me temo que ahora va a haber muchos desengaños.

Pronunció aquella palabra como si fuera sinónimo de algo maligno.

Cuando Coe quería poner a alguien como un trapo, siempre empleaba aquel latiguillo. Todo era una ilusión, con las partes importantes enterradas en el contexto o escondidas entre líneas. De vez en cuando el significado era sutil y resultaba difícil de poner en claro. En este caso, sin embargo, la exégesis era bien simple: Frank había cometido el pecado imperdonable de hacer quedar a Coe como un tonto. Él, Frank, era una de aquellas gallinas que no habían incubado. O, para expresarlo de otro modo, era un inútil. Y no un inútil cualquiera, sino un «Inútil Muy Importante: un IMI». La Fundación Johnson examinaba miles de solicitudes cada año y seleccionaba a media docena de tipos para un rastreo rápido de periodismo. A decir de todo el mundo, Frank había ido avanzando muy bien, aunque luego, cuando se dirigió a Murmansk, se había retrasado.

—Mire, todavía podemos hacerlo —dijo sorprendiéndose a sí mismo.

Coe pareció escéptico.

—La primera parte es muy buena, de verdad. Puedo terminarla en un par de días.

—¿Y cómo lo harás?

—La mayor parte la tengo ya acabada. Estuve trabajando en ella en China y luego la continué en Europa. Se trata de un sólido artículo a modo de introducción que lo sumerge a uno directamente en el tema.

—¿Con qué comienzas? —le preguntó Coe.

—Con el cambio antigénico. Ya hace mucho que se espera, y cuando llegue va a golpear con fuerza. Una vez que eso queda establecido, me meto en los antecedentes de los patos silvestres, los virus en general y el de mil novecientos dieciocho en particular. Entro en el modo como se hacen las vacunas y eso nos lleva de nuevo a las mutaciones... y a la búsqueda de la

gripe española. Y ahí es donde entran Kicklighter y Adair y... bueno, los dejamos colgando. A la espera de la segunda parte.

Jennifer se sorprendió a sí misma al entrometerse inesperadamente:

—Lo que no entiendo es que, si la gripe española volviera realmente, ¿no sería en cierto modo un chasco? Quiero decir que esta vez no mataría a tanta gente. La medicina ha avanzado mucho. ¿Estoy en lo cierto? Es decir, antes también la gente se moría de escarlatina...

Frank hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—En realidad, si ahora llegase una cepa de gripe como la de la gripe española, no creo que escapáramos mejor que en mil novecientos dieciocho —le explicó.

—¿Bromeas? ¿Por qué no?

—Porque no hay vacuna contra ella. Estamos hablando de algo que resulta tan peligroso que tuvieron que enterrar a la gente en fosas comunes.

—¿Qué? ¿Como en la India? —le preguntó Jennifer.

—No— replicó Frank—. Estoy hablando de Filadelfia.

—Sí, pero lo que tú sugieres es una serie que sólo consta de una parte —intervino Coe desechando la idea con un gesto florido de la mano—. A eso es a lo que se reduce.

Frank sonrió tristemente.

—No, me las arreglaré para hacerle a usted dos partes. Pepo todavía no sé cuál es la segunda. Ya lo averiguaré.

Coe gruñó.

—Esperemos que sea así.

Frank negó con la cabeza.

—No, definitivamente pasa algo. Annie me resultó de gran ayuda, increíble...

—¿Quién es Annie? —quiso saber Jennifer.

—La doctora Adair. Se tomó muchísimas molestias. Quiero decir que me puso en contacto con Shin-Li, me ayudó a que me dieran hora para las citas en el Centro para el Control de Enfermedades. Y hubo un momento, cuando comenzaron a surgir algunas dudas sobre si hacerme o no un sitio en el rompehielos, en que ella incluso sacó la cara por mí.

—Pero luego cambió de idea —se le adelantó Coe—. Eso pasa mucho.

El director de la fundación miró fugazmente el reloj; luego levantó una mano con la manicura hecha y la movió en el aire para indicar que quería la cuenta.

—No creo que cambiase de opinión —dijo Frank—. Es que ha sucedido algo. En Kopervik. Estoy seguro.

—¿Ah, sí? —Coe sacó un palillo pequeño de marfil que llevaba en un estuche de piel—. ¿Y cómo puedes estar seguro? Tú no estuviste allí.

Empezó a mordisquear el palillo.

—Sí, eso es cierto, pero estuve en Hammerfest. Y había alguien más allí... y eso es interesante.

—¿De quién estás hablando? —le preguntó Coe con un matiz de escepticismo en la voz.

El camarero se acercó a la mesa con la cuenta y Coe firmó la minuta.

—De Neal Gleason —respondió Frank.

Coe parpadeó un par de veces mientras pensaba en ello; luego se dio por vencido. Movi6 las muñecas de modo que las palmas de las manos le quedaron vueltas hacia el techo.

—¿Y quién es ése? —preguntó.

—Es un enlace del FBI con la CIA. Trabaja en la División de Seguridad Nacional del Bureau, que es un departamento que da mucho miedo. La descripción del trabajo es secreta, pero al parecer él es el hombre clave para ADM.

—¿Y eso qué es? —inquirió Jennifer.

—Armas de Destrucción en Masa.

Coe palideció.

—¿Quieres decir... algo como armas atómicas?

Frank asintió.

—Sí, pero... no es sólo eso. También hay armas químicas y biológicas.

—¿Y estás seguro de que ese hombre estaba en Hammerfest? —quiso saber Coe.

—Lo vi en el muelle. Y también subir al barco. Metió a Kicklighter y a Adair dentro de un coche. Y a partir de entonces, ellos ya no quieren hablar conmigo. Justo después de que apareciera Gleason.

—Interesante —dijo Coe—. Pero... es que odio apostar dinero por los malos.

Frank hizo un gesto de asentimiento para mostrarse de acuerdo. ¿Qué más podía hacer?

—Pero tú crees que podríamos tener la primera parte... —añadió Coe.

—Dentro de dos días. Tres como máximo.

—*Mmmm*. —Coe sacó un reloj del bolsillo del chaleco, le echó una ojeada a la esfera y se levantó. Luego se excusó—: Tengo una reunión.

Cuando salían, el jefe de la fundación le hizo un ligero saludo con dos dedos a un hombre que se parecía mucho a William Rehnquist, y después le hizo otro saludo a un gigante. Bill Bradley, pensó Frank.

A la entrada del vestíbulo, Coe se embutió en un abrigo de pelo de camello un tanto ajado y se envolvió cuidadosamente una bufanda alrededor de la garganta. Cerca de él, Jennifer se paseaba de un lado para otro hablando por un teléfono móvil diminuto que parecía hecho de nogal.

Coe inclinó la cabeza y miró a Frank.

—¿Sabes? Cuanto más lo pienso...

Una larga pausa.

—¿Sí?

Una sonrisa amable.

—Me parece que con una parte bastará. No hace falta que abordes todo ese barullo del Ártico.

—Pero...

—Bueno, mira, es cuestión de reducir las pérdidas, ¿no te parece?

—Creo que la implicación de Gleason...

—Bueno, eso es harina de otro costal, ¿no?

Coe se puso un par de guantes suaves de piel.

—¿Qué quiere decir?

Coe pareció dolido.

—Quiero decir que si sigues con esto vas a tener que entregar informes de investigación.

—¿Y eso es malo?

Coe miró a otra parte y luego respiró hondo.

—Los tiempos han cambiado. Y nosotros tenemos que cambiar con ellos. —Coe frunció el entrecejo durante una fracción de segundo y luego juntó las manos—. *Ciao* —se despidió.

Y dando media vuelta se dirigió, con Jennifer pegada a los talones, hacia la limusina que los esperaba.

Mientras Frank miraba cómo se marchaban, tenía a su lado a un portero negro que se balanceaba adelante y atrás sobre los talones con las manos a la espalda y los ojos fijos en la calle. Finalmente se volvió hacia Frank y le dijo:

—¿Cómo estamos hoy, señor?

Durante un buen rato, Frank no supo qué contestar. Así que tomó el sendero más fácil y dijo la verdad.

—Bastante jodidos —respondió.

Al portero se le iluminó la cara y esbozó una brillante sonrisa.

—¡Sí, señor! ¡Bueno, así estamos ahora y así hemos estado siempre!

Después de lo de Rusia y de lo de Noruega, el apartamento de Frank en Washington parecía un palacio. Se encontraba en la plaza de Mintwood, en Adams-Morgan, un vecindario de ricos y pobres, de negros, marrones y ejecutivos, que las guías calificaban de «moderno y animado», lo cual significaba que tenía un montón de buenos restaurantes étnicos, algunos bares interesantes y ni un solo espacio para aparcar en ningún sitio. Incluso de día las calles se veían atestadas de profesionales jóvenes en busca de *yebeg wat*, *pupusas* y *nasi goreng*. Algunos adolescentes haraganeaban en las aceras con el cabello negro y la piel pálida, mientras que grupos de salvadoreños se reunían de tres en tres y de cuatro en cuatro para compartir una botella o para hacer algún trato. Los aparatos de música portátiles rivalizaban entre sí.

El apartamento era un espacio casi espectacular; lo había alquilado mucho antes de que el barrio se convirtiera en un lugar elegante. Tenía ventanas venecianas, un equipo de sonido de dos mil dólares que ya le habían robado dos veces (aunque nunca en los dos últimos años), y estaba construido de obra vista. Las habitaciones eran espaciosas y en otro tiempo

habían estado decoradas con estilo. Ahora parecían casi desocupadas, lo que era consecuencia de que la muy atractiva Alice Holcombe se había llevado la mayor parte de los muebles cuando se había largado de allí. (Eso había sucedido hacía seis meses, y lo único que Frank había podido decir fue: «Oh, bueno...»)

Encendió la llama debajo de la olla a fin de hervir el agua para hacer café; luego cogió el teléfono y escuchó los mensajes del contestador. En realidad no había nada importante; nada de Kicklighter ni de Adair, por supuesto. Una invitación a cenar. Otra para jugar al póquer. Llamadas de amigos que sólo querían saber qué tal estaba y otras procedentes de fuentes de información y de presuntas fuentes de información, incluida una que afirmaba que había resuelto el asesinato de Kennedy «¡y más!». La llamada más reciente era para recordarle que tenía un partido de fútbol sala el lunes por la noche a las nueve.

Frank puso el café molido en el cucurucho de papel que hacía de filtro y luego se entretuvo repasando el montón de correspondencia mientras la olla empezaba a hervir.

No había mucho: el *Journal of Scientific Exploration*, el *Economist*, la factura de la tarjeta Visa, una declaración bancaria de Crester y un montón de basura que no valía el papel que habían gastado.

Cuando la olla por fin se puso a hervir, vertió el agua en el café molido y esperó a que empezase a gotear a través del filtro y cayese en la taza. Luego echó un poco más de agua y aguardó algo más. La cosa era que iba tras un gran artículo. De eso se sentía absolutamente seguro. Aunque no podía saber con exactitud de qué se trataba, el caso era que estaba allí fuera y que no cabía error alguno. Alcanzaba a verlo, aunque fuese indirectamente, por la visión periférica de su mente; era como los agujeros negros, que se revelan a sí mismos de forma indirecta por la conducta de los objetos que se sienten atraídos hacia ellos y que desaparecen en su interior.

Objetos como Kicklighter y Adair.

Aquella tarde se sentó ante la larga mesa de madera que utilizaba de escritorio y se puso a escribir una solicitud en papel con membrete del *Washington Post* a una serie de agencias que constituían una verdadera sopa de letras: FBI, CIA, INS, CCE, ANAO, MD y Estado. Cada una de las

cartas iba dirigida al director de Información y Secretos de las agencias, y todas ellas empezaban con las mismas palabras:

Estimado señor:

Ésta es una solicitud que realizo de acuerdo con la Ley de Libertad de Información (Constitución de Estados Unidos, 552), 5.ª enmienda.

Escribo para requerir cualquier información o documentos que ustedes tengan concernientes a la expedición de los doctores Benton Kicklighter y Annie Adair, que recientemente han navegado desde la ciudad rusa de Murmansk hasta el archipiélago Svalbard a bordo del Rex Mundi, barco rompehielos noruego. Tengo entendido que la expedición estaba auspiciada por la Fundación Nacional de Ciencias (FNC) y que tenía como objetivo recuperar los cadáveres de cinco mineros enterrados en la aldea de Kopervik. El barco salió de Murmansk más o menos el día 23 de marzo de 1998, y regresó a Hammerfest (Noruega) cinco días después.

En otro lugar de la carta rogaba que su solicitud se despachase con la mayor prontitud, puesto que la hacía en nombre del interés público. Cuando acabó la carta, y casi como si se le hubiera ocurrido después, añadió al final de la misma la siguiente anotación:

c: Williams & Connolly

Éste era el bufete de abogados que representaba al *Post*. La referencia al mismo no tendría que haber sido necesaria, puesto que la ley requería que las agencias gubernamentales respondieran a solicitudes hechas según la Ley de Libertad de Información en un plazo de diez días. No obstante, en la práctica muchas agencias eludían el espíritu de la ley respondiendo de modo rutinario y acusando recibo de la carta, aunque en realidad sin responder a la misma. Eso se hacía casi siempre que los remitentes de las cartas eran ciudadanos de a pie que actuaban por cuenta propia y que no eran conocidos como personas litigiosas. Frank quería que las agencias supieran que él (y el *Post*) estaban dispuestos a acudir a los tribunales.

Cuando tuvo todas las cartas impresas las llevó a la oficina de correos que había en Columbia Road. Era un paseo corto, pero lleno de colorido, que lo hizo pasar por delante de un hombre que vendía animales hinchables, de varias tiendas especializadas en tostadores retro, lámparas de lava y

gárgolas, por un nuevo restaurante egipcio y por un bar *funky* llamado Millie & Ais.

El empleado de correos era un jamaicano alegre que llevaba la cabeza cubierta con una pañoleta azul que se había atado en forma de cuadrado con nudos pequeños y precisos.

—¿Qué tiene usted ahí, jefe?

Frank le entregó las cartas.

—¡Asunto oficial! —dijo en voz alta el empleado mientras torcía los ojos al mirar una dirección tras otra—. ¡Verifícalo! ¡Ce. i. a! ¡Efe.be.i! ¡Pentágono! —Levantó la vista—. ¡Vaya vida tan interesante, jefe! —Soltó una risita, le cogió el dinero a Frank, le dio el cambio y echó las solicitudes hechas en nombre de la Ley de Libertad de Información en el saco de correos de lona que había detrás de él—. Le damos las gracias por su asunto. El siguiente, por favor.

En los días que siguieron, Frank hizo numerosas llamadas telefónicas y trabajó en el artículo sobre la gripe, que seguía considerando como la «Primera parte».

Las llamadas las hacía siempre a las mismas tres personas, y el resultado siempre era el mismo. Neal Gleason se encontraba ausente de la oficina y Kicklighter no estaba en el despacho. A Adair simplemente no se la encontraba por ninguna parte, aunque el contestador automático grababa los mensajes que él le dejaba. El teléfono del domicilio de Gleason no figuraba en la guía, y al final tampoco el de Kicklighter. En dos ocasiones, Frank logró comunicar con el científico por la noche, ya tarde, pero el anciano nunca decía más que «¿Diga?». Después colgaba. Luego cambió de número y no aparecía en la guía.

Cuando tuvo acabado el artículo sobre la gripe, lo envió por mensajero a las oficinas de la fundación en la calle K. Al día siguiente por la tarde Coe lo llamó para decirle que le gustaba mucho el reportaje y que «era suficiente por sí mismo»; por consiguiente, no creía que hiciese falta una segunda parte.

—Eso es fantástico —convino Frank—. A mí también me lo parece así.

Se hizo un silencio, pero en seguida Coe lo llenó con una pregunta.

—¿Qué harás a continuación? Nada caro, espero.

—Estaba pensando en ir a Nuevo México. Hay un reportaje sobre el virus Sin Nombre. Había pensado visitar Taos y hablar con el Departamento de Salud Pública de allí. Es un buen artículo.

Coe pareció aliviado.

—Excelente. Lo estaré esperando.

—Sí, señor.

Pero Frank no se marchó de inmediato. El lunes por la noche se fue a Springfield, donde de vez en cuando jugaba al fútbol con unos tipos con los que se relacionaba esporádicamente desde que había llegado a Washington. Era un partido reñido con un equipo peruano que era casi tan violento como hábil. Frank marcó dos goles en lo que resultó ser una causa perdida y se fue a casa magullado, pero contento.

Aquella noche llamó a Annie otra vez, quizá fuese la décima en una semana, y se quedó asombrado al comprobar que ella contestaba al teléfono.

—He estado intentando comunicarme con usted repetidamente —le indicó Frank.

—Ya lo sé. Acabo de regresar. Había ido a ver a mis padres, y... había ocho llamadas en el contestador.

No se notaba irritación en la voz de Annie, ni impaciencia, sólo una especie de pesar reprimido.

—¿Pensaba usted contestar a mis llamadas?

Hubo un largo silencio en el otro extremo de la línea, y luego se la oyó decir:

—Bueno... No creo... en realidad no creo que haya nada que decir. Sólo que lamento que se tomase usted tantas molestias. Pero, de verdad, de nada sirve hablar de ello.

—Bueno, sí que sirve. Es una noticia importante.

Annie se quedó callada tanto tiempo que Frank tuvo que llamarla:

—¿Doctora Adair?

—¿Sí...?

—Le decía que es una noticia importante.

—Ya lo sé. Lo he oído. Sólo que... bueno, yo no puedo ayudarlo con eso.

—Bueno, verás, en realidad sí que puede. Pero no lo está haciendo. Y lo que necesito saber es por qué.

—Pues... —Annie guardó silencio durante tanto tiempo que Frank llegó a pensar por un momento que había colgado. Luego ella añadió—: Tengo que colgar.

—¡Pero eso es una grosería!

Aquella acusación cogió por sorpresa a Annie; Frank tuvo que reconocer que aquello era algo que nunca se habría atrevido a decirle a Gleason.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¡Que es una grosería! Cuando uno lo piensa... lo que quiero decir es que hice todo ese recorrido hasta el infierno, de ida y vuelta, a cuenta de este asunto. Que me gasté una fortuna. Y ahora resulta que usted ni siquiera quiere hablar conmigo.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Sencillamente, no puedo.

—Es a causa de Gleason, ¿verdad?

Era la primera vez que le mencionaba el nombre de Gleason, y a Annie la sorprendió.

—¿Qué?

—Le he dicho que es por causa de Gleason, ¿verdad? De Neal Gleason.

—Tengo que colgar.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que tiene que decir? ¿«Tengo que colgar»?

—No, en realidad...

—¿Se halla usted bajo alguna clase de...? ¿Algo como...? —No se le ocurría la palabra apropiada—. ¿Como un juramento secreto o algo así?

Una vez más Annie se quedó callada.

—Mire, doctora Adair...

—Annie.

—¿Eh?

—Todos me llaman Annie.

—Muy bien, Annie. La cosa es... en realidad yo pensaba que nos llevábamos bien... quiero decir antes de todas estas... —Hizo una pausa; la palabra que iba a utilizar era «chorradas», pero no quería pronunciar palabras vulgares delante de ella—. ¡Usted se mostró tan servicial! ¡Tan agradable!

—Gracias —le dijo Annie. Y luego añadió—: Supongo.

Frank se echó a reír.

—¿Qué le parece si vamos a cenar?

—¿A cenar?

—Olvidémonos de Spitzberg. Salgamos a comer algo. Usted me dice qué noche le va bien. Y usted elige el lugar. Pero... no comida canadiense.

La línea telefónica quedó silenciosa durante unos instantes; al momento se oyó:

—Eso tiene gracia, aunque... no, creo que no. Lo que quiero decir es que, dadas las circunstancias, no creo que sea muy buena idea.

—¿Qué circunstancias? Yo no sé de ningunas circunstancias.

Ahora le tocó a Annie reírse.

—Bueno, usted quiere que yo le diga algo y... no puedo hacerlo.

—No puede. ¡Eso significa que ha firmado algo!

Un suspiro de exasperación voló a través del teléfono procedente de Annie.

—Tengo que dejarlo ahora —le dijo Annie—. De todos modos esto no conduce a ninguna parte. No puede ser.

—¡No cuelgue! —le pidió Frank—. Deme la oportunidad de intentarlo.

—Debería usted hablar con el doctor Kicklighter.

—¡Vaya, eso es una buena idea! ¡El doctor Kicklighter! ¿Cómo no se me habrá ocurrido a mí? Pero el caso es que ya lo he hecho. Y el problema es que por lo visto ha dinamitado el teléfono.

—Lo siento. Está muy ocupado.

—Todos estamos ocupados. ¡Usted está ocupada! ¡Yo estoy ocupado! ¡Hasta Gleason está ocupado!

—Ya lo sé, pero... de veras tengo que irme. ¡De verdad!

—¿Por qué? Frank oyó que ella respiraba hondo.

—Porque tengo un pollo en el horno y se está quemando, y mientras hablamos, mi apartamento se va llenando de humo, y si no voy en seguida se disparará la alarma de incendios y vendrán los bomberos y luego la policía, y entonces perderé el contrato de alquiler y me convertiré en una vagabunda y me moriré de frío... ¿es eso lo que quiere?

Frank lo pensó durante un rato.

—No. No obstante, volveré dentro de una semana, y creo que definitivamente deberíamos ir a cenar.

OceanofPDF.com

Capítulo 11

Los Ángeles

11 de abril de 1998

Susannah se acomodó la bolsa de los pañales, se apoyó el bebé en la cadera y plegó el cochecito nuevo. Ya le había cogido el tranquillo. Había una palanca que se empujaba con el pie y el cochecito se plegaba en seguida; aquello era coser y cantar. Detrás de ella, una anciana asiática le sostuvo el cochecito mientras ella subía al autobús 20.

—Lo pongo aquí —le dijo la señora mientras Susannah pagaba el billete—. ¿Vale?

Colocó el cochecito en un espacio que quedaba justo detrás del conductor.

—Muchísimas gracias —le contestó Susannah, al tiempo que le dirigía a la mujer una sonrisa de agradecimiento.

—Tiene usted un bebé monísimo.

La mujer le entregó un pase al conductor.

—¿Verdad que sí? —Susannah bajó el rostro hasta ponerlo a la altura del bebé y frotó la nariz con la del niño—. Es como un muñequito —añadió con voz cantarina—. ¡Es una dulzura de muñequito, eso es lo que es!

Le pidió al conductor que la avisara cuando llegasen al bulevar de Wilshire y a continuación se sentó en un asiento situado junto al pasillo, en la parte delantera del vehículo; puso la bolsa de los pañales en el asiento de al lado para que no se sentase nadie. Después tocó con el dedo la punta de la nariz del niño, que era igual que un botón, y la apretó con mucha

suavidad. Eso siempre hacía reír a la criatura, que se ponía a hacer ruiditos, sonreía y enseñaba los hoyuelos.

—¿Cómo puedes ser tan guapo? —le preguntó Susannah al tiempo que movía la cabeza atrás y adelante—. Dímelo tú. ¿Cómo es eso? ¿Hmmm?

Miró por la ventanilla y vio pasar ante ella la ciudad de Los Ángeles; movió a Stephen de un lado a otro, aunque sólo un poco, para que no se alborotase demasiado. ¡No salía de su asombro al ver lo bien pavimentada que estaba la ciudad! O al ver lo pequeñas que eran la mayoría de las casas. Y las palmeras... Pero... ¿para qué servirían? Eran árboles delgados y rectos que no daban nada de sombra. Sólo se alzaban allí, junto a la calle, como una hilera de desengaños.

Y aquello era una lástima porque, cuando pensaba en palmeras, siempre se las imaginaba de una manera romántica, formando parte de una escena romántica: inclinadas por el viento en una playa de color marfil, a poca distancia del agua. De una agua azul. Y bajo un cielo sin nubes. Pero allí en Los Ángeles, en la vida real, plantadas en medio del desierto, rodeadas de hormigón... ¿qué pintaban aquellas palmeras?

Feas. Eso era lo que eran, y ésa era la única palabra que servía para describirlas. Eran feas. En realidad, si alguien se lo preguntase a ella, todo aquel paisaje resultaba bastante deprimente; incluso allí, a poca distancia de Beverly Hills, donde se suponía que todo era perfecto, aunque en realidad no lo fuera... también resultaba deprimente. Aunque el autobús no estuviera en la calle más bonita...

Llevaba ya algún tiempo montando en autobuses. Aquél era el cuarto al que habían subido Stephen y ella.

Ahora el niño se había puesto a hacer pucheros y aquel sonido uh-uh-uh. Susannah sabía que iba siendo hora de darle el pecho, porque tenía aquella sensación de pechos llenos. Sería mejor que se lo diera ya, porque si no se le saldría la leche, y eso sería malo porque la ropa que vestía sólo la podría llevar aquel día (las etiquetas y todo lo demás iba bien escondido donde no pudiera verse).

Adeline los había llevado de compras al centro comercial Pentagon City, que no distaba mucho del piso franco que tenían en las Torres Potomac. Así era como Adeline solía llamarlo, el piso franco, aunque en

realidad no fuese más que un apartamento de dos dormitorios. Lo llamaran como lo llamasen, el caso era que se trataba de un apartamento estupendo. Venía acompañado de un coche nuevo, de una cuenta bancaria y, lo mejor de todo, de una identidad nueva. Siempre que Susannah se alojaba allí (y después de Rhinebeck, lo había hecho con bastante frecuencia), ella era «la señora de Elliot Ambrose». Y le gustaba el nombre porque sonaba a alguien con clase. Por lo menos con algo más de clase que Susannah Demjanuk.

De todos modos, el apartamento era cómodo, pues estaba cerca del centro comercial y del aeropuerto. Allí se habían cambiado de ropa; y cuando volvieron habían vuelto a cambiarse. Y habían devuelto la ropa, sólo que un poco usada.

El asunto de la ropa es que uno es lo que viste. Eso era lo que decía Solange. Éste afirmaba que, si uno vestía lo suficientemente bien, conseguía ser invisible, por lo menos en lo concerniente a la policía, a los guardias de seguridad y a ese tipo de gente. Si uno vestía bien no lo acosaban. Era prácticamente una regla.

Aun así, aquella ropa era muy cara; sólo el traje costaba más que el billete de avión, y era una tontería comprarla. Sobre todo si se podía tomar prestada.

En su mayor parte, Susannah tenía la costumbre de conseguir la ropa en tiendas baratas de ropa usada. Todos lo hacían. De ese modo reciclaban y no contribuían a agotar recursos que podían utilizarse en cosas más importantes (como una buena centrifugadora). Incluso el algodón, que se suponía que era un material amigo de la naturaleza y natural. Pero hacer algodón era como... como perforar el suelo para buscar petróleo o algo así. ¡Era una cosa realmente contaminante! Pero al hacerlo así, de aquel modo... Belinda o cualquiera de los otros empleados de la oficina de Asuntos Especiales podía recuperarlo todo una vez que ella y Tommy regresaban de la costa.

Susannah inspeccionó el autobús.

Mirándolo bien, un autobús no era un lugar tan malo para amamantar a un niño. Los asientos eran lo suficientemente altos como para ocultarla, al menos en parte, de las miradas, y además no estaba muy lleno.

Stephen hacía ruiditos, como chasquidos húmedos, mientras mamaba. Al cabo de unos minutos se lo cambió al otro pecho y se puso a mirar cómo Los Ángeles pasaba junto a la ventanilla del autobús. Y desde luego pasaba despacio. Había mucho tráfico, y a veces no se movían durante el tiempo que el semáforo permanecía en verde, esperando a que alguien arrancara: rojo, verde, amarillo, rojo. Nadie se molestaba ni tocaba la bocina, debían de estar acostumbrados. No era de extrañar que el cielo tuviera aquel desagradable color gris.

Cuando el conductor dijo «el bulevar de Wilshire es la próxima», Susannah ya se había abrochado la blusa y Stephen había eructado. Dobló el paño que usaba para protegerse por si el niño vomitaba y volvió a meterlo en la bolsa de los pañales. Y a continuación, de la pequeña sección acolchada que había en el fondo de la bolsa, y que en realidad era un compartimiento para contener panecillos, sacó una bombilla y la sujetó con la punta del zapato para que no se moviera del sitio.

Prácticamente en el mismo momento en que se levantó y soltó la bombilla, el conductor aceleró, adelantó a un coche que estaba aparcado en doble fila y se metió en la parada. Susannah oyó rodar la bombilla por el suelo mientras se dirigía a la puerta delantera del autobús.

No había manera de saber cuándo se rompería, desde luego, ni tampoco dónde. Podía estar rodando todo el día o romperse antes de que ella bajase del autobús. Era algo que no podía decirse. En realidad no se sabía.

Cosa ésta que era una de las que a Solange le gustaban del método aquel de la bombilla. Disfrutaba al decir que era algo al azar, como la naturaleza.

Cuando bajó del autobús se sintió completamente desorientada: norte, sur, este, oeste. Podía estar en cualquier parte. Así que se acercó a una mujer pelirroja que se encontraba sentada a una mesa en la terraza de un café, a sólo unos metros de la parada del autobús.

—Perdone.

La mujer levantó la vista de un pequeño cuaderno con las tapas de piel en el que escribía. Tenía una mirada llena de extrañeza.

—¿Sabe dónde está Rodio Drive?

Susannah se cambió a Stephen de una cadera a la otra para aliviar el peso.

La mujer la miró de arriba abajo, como si estuviera calculando cuánto podría haberse gastado Susannah en el atuendo que llevaba puesto o, lo que es peor, como si dudase de que aquella ropa fuera suya. Luego dejó escapar un suspiro y dirigió la mirada hacia la esquina.

—Justo ahí, a la derecha —le indicó. Susannah sonrió para darle las gracias—. Y por cierto —añadió la mujer arrugando la cara en una sonrisa venenosa que hizo que a Susannah le dieran ganas de sacar una bombilla y arrojársela a aquella zorra—, se dice Rodeo, no Rodio.

—Muchas gracias.

Y se marchó en la dirección que la mujer le había indicado.

¿Cómo iba ella a saber que aquello no se pronunciaba como parecía? Rodeo. Claro, era como un rodeo. Aquello era el Oeste, ¿no era cierto?

Las mujeres acostumbran a fijarse en su mismo género mucho más que los hombres, aunque los hombres las miren de una manera diferente. Excepto los homosexuales, que las miran igual que las mujeres. En realidad el hecho de tener un bebé no cambiaba nada: los hombres seguían mirándola. La verdad era que a ella le gustaba que la mirasen con admiración. Había perdido todo el peso del embarazo, y encima, con aquel traje y lo demás, tenía bastante buena pinta. Y lo cierto era que ahora incluso tenía mejor tipo, pues los pechos se le habían puesto muy grandes a causa de la lactancia. Era mucho mejor que las prótesis de silicona. Y Stephen era un niño tan adorable, que la gente no podía quitarles los ojos de encima a ninguno de los dos.

Aquello le sentaba tan bien que deseaba que aquélla fuera su verdadera vida. Mientras caminaba por Rodeo Drive empujando al bebé en el cochecito recién estrenado, no tenía nada mejor que hacer que mirar escaparates y pensar quizá en pararse a tomar un Smoothie o cualquier otra cosa. Los escaparates se veían tan limpios que el vidrio estaba no sólo transparente, sino que en realidad era invisible. Y las tiendas eran tan caras que en la mitad de ellas había que pedir hora sólo para entrar. Y todo se exponía como si fuera algo sagrado. Había gafas en estuches que daban vueltas de manera que podían verse desde todos los ángulos, igual que si

fueran piedras preciosas. Y había un escaparate sólo con un bolso. ¡Un bolso, y nada más!

Todo resplandecía y brillaba, incluso la gente.

Susannah se miró, examinó el reflejo de su imagen en el escaparate. ¿Y adivinan qué? Encajaba a la perfección, realmente era así; parecía que fuese la esposa de alguien importante, de un productor o de alguien por el estilo. O pudiera ser que ella misma fuera productora, que hubiese ido de paseo con su bebé, de compras para adquirir joyas y alfombras.

Aquélla era una buena sensación.

De hecho, con sólo caminar por allí se tenía una sensación tan buena que empezó a sentirse culpable. Pero Solange en persona le había trazado el itinerario, utilizando aquellos mapas pequeños que salían del ordenador. Mapas que le indicaban qué autobuses debía coger y por qué vecindarios tenía que ir a pasear. Pero el resto dependía de ella. Podía poner las bombillas allí donde le diera la gana: en un autobús, en un cubo de basura, en un aparcamiento, junto al bordillo... con tal de que fuese en el vecindario apropiado.

Tenía que ser así si querían seguir el rastro de los resultados. Y además, todos los vecindarios eran de lujo porque, bueno... ¿Quién consumía la mayor parte de los recursos? ¿Quiénes eran los que hacían más daño?

Y aquél era el vientre de la bestia, allí mismo: el centro de los culpables, como lo llamaba Solange. O quizá no fuera eso. Pero era algo así. El centro de los culpables del consumo llamativo. Allí mismo, estaba allí mismo absorbiéndola a ella en Rodeo Drive.

Rodeo Drive.

Sólo le quedaba una bombilla de la docena más o menos que habían hecho. Susannah se detuvo en la acera, justo delante de Bijan's, y colocó la sombrillita que protegía del sol los ojos de Stephen. Luego metió la mano en la bolsa de los pañales y, sacando la bombilla, la llevó hasta la calzada y la colocó con cuidado junto al bordillo, donde era casi seguro que algún coche la aplastaría.

Había un gentío que venía en dirección contraria, riéndose. Tenían los dientes grandes y blancos y una mirada depredadora que provocaron que quisiera pisar ella misma la bombilla allí y entonces. Pero no lo hizo; no

porque aquello la pusiera enferma, sino porque llevaba puestos unos zapatos de tacón que costaban 192 dólares en Joan & David, y no podría devolverlos.

Lo cual significaba que tenía que conservarlos.

OceanofPDF.com

Capítulo 12

Washington, D. C. 17 de abril de 1998

Era a mediados de abril y la ciudad aparecía luminosa con la primavera.

Cuando volvió de Santa Fe, Frank se encontró con que el invierno se había acabado, por lo que el paisaje se había transformado. Las calles, los parques y los setos resplandecían con los tulipanes y las azaleas, y parecía que los arbustos estuviesen en flor.

Cuando llegó a su apartamento arrojó la maleta sobre la cama, se desnudó, se puso una camiseta y unos pantalones cortos y se fue a correr para desentumecerse un poco después de aquel vuelo tan largo. Corrió por el parque de Rock Creek sin apartarse del carril bici. Cerca del zoo, y a lo largo de casi medio kilómetro, el sendero de asfalto negro estaba lleno de flores que se habían desprendido de una hilera de cerezos. De vez en cuando una ráfaga de viento soltaba una lluvia de pétalos que caían por el aire como si fuesen confeti. Pensó que tenía que olvidarse de París. Durante unas cuantas semanas, en primavera, Washington era la ciudad más hermosa del mundo.

O quizá sólo se lo pareciera, porque se había pasado las dos últimas semanas en camionetas traqueteando por el desierto, donde no había nada más que polvo, rocas y maleza. Allí, un solo arbusto de lilas habría parecido un milagro.

Él iba detrás mientras un grupo de trabajadores de sanidad trataba de atajar un brote de virus Hanta en la zona de Four Corners. De momento sólo había habido dos casos, y estaban separados geográficamente casi

doscientos kilómetros, pero con un virus que mataba al setenta por ciento de los sujetos a los que infectaba, nadie quería correr riesgos.

A veces las casas que se estudiaban se encontraban en el interior de una reserva india, aunque otras veces no. En cualquiera de los dos casos, obtener permiso para poner trampas, tomar muestras de sangre o inspeccionar las casas se convertía en un asunto arriesgado.

—¿Quieren registrar mi casa para buscar cagadas de ratón? ¿Quiénes son ustedes?

—Estamos intentando prevenir otro brote como el que tuvieron en el noventa y tres.

—Y los ratones... ¿son los causantes?

—Sí. En cierto modo sí. Se trata de un virus. Y los ratones lo extienden.

—Ah, ya. ¿Y cómo se llama ese virus?

—Sin Nombre.

—¿Y ése es el nombre? ¿El virus «Sin Nombre»?

—Eso es.

—Me está tomando el pelo...

Algunos se acordaban del 93. De las fiebres. Del pánico. De los muchos que morían. Sabían más de lo que querían saber acerca de Sin Nombre, y además aquel nombre no les hacía gracia. Pero para los que no habían estado allí o no habían prestado atención, el nombre los sacaba de quicio y les hacía adoptar una expresión que decía: «Fuera de aquí. Será mejor que se busquen algo mejor que eso... ¿una enfermedad a la que ni siquiera le ponen nombre?»

Otros reaccionaban con recelo.

—¿Quieren hacerme una prueba para ver si tengo anticuerpos? Si están hablando del VIH, díganlo abiertamente, no me vengán con esa mierda de «Sin Nombre».

Al final los trabajadores de la salud pública consiguieron lo que querían, y no hubo un auténtico brote, pues sólo se dieron dos casos. Aun así, aquél era un asunto interesante, y el reportaje resultaba fácil de escribir. Y lo más importante de todo, pensaba Frank, era que ello haría feliz a Coe y le proporcionaría a él el tiempo suficiente para darse un respiro e ir detrás del reportaje que realmente le interesaba.

Se duchó, luego se sentó ante el ordenador y puso al día los gastos. Imprimió una página y la metió en una carpeta de papel manila, junto con los recibos. Se lo enviaría a Jennifer a la mañana siguiente.

Sacó el disquete del ordenador portátil, lo metió en la unidad de disco B del ordenador que tenía encima del escritorio y copió los archivos del viaje. Lo llamó «Nombre 1»; leyó las anotaciones y luego creó un archivo nuevo, «Nombre 2». Siguió trabajando en el reportaje durante más o menos una hora, pero eso fue lo máximo que pudo aguantar: estaban en primavera y verdaderamente tenía ganas de salir.

Así que copió los archivos en un disquete, apagó el ordenador y se dirigió a la cocina. Abrió la nevera y buscó en la parte de atrás de la misma el estuche para llevar disquetes que guardaba detrás de la leche. Sabía que eso de guardar las copias de seguridad de aquel modo era una práctica extraña, pero muy efectiva. La nevera estaba fría pero no helada y, lo que era más importante, quedaba aislada. Así, si hubiese un incendio, las copias de seguridad se salvarían.

Era por la tarde, a última hora, y unos haces de luz entraban oblicuamente por las ventanas cuando cogió el teléfono y llamó a Annie Adair.

—¿Diga?

—Soy Frank Daly.

—¡Oh! —Hubo una pausa—. ¡Hola!

Entre las dos palabras, entre el «oh» y el «hola», la voz le cambió y pasó del entusiasmo a la cautela.

Estuvieron hablando durante un minuto. Cómo le había ido a él. Cómo le había ido a ella. ¿Había recibido el artículo que él le había enviado? ¿Aquel sobre la gripe?

—¡Oh, sí! Era muy bueno —le dijo Annie—. Me impresionó.

Le costó un poco, pero Frank logró abordar el tema:

—Estaba pensando... Ya sabe, quizá pudiéramos salir... ir a comer algo.

—No sé. No me parece una idea demasiado buena.

—¿Por qué no?

—Porque... bueno, es que en realidad sigo sin poder hablar con usted.

—¡Pero si lo está haciendo ahora! Ahora mismo habla usted conmigo.

—Ya sabe a qué me refiero. Me refiero a... Kopervik. Hammerfest. A todo eso.

—¿Cree que la he llamado por eso?

—Hombre...

—¡Dios mío, qué mente más suspicaz! ¡Kopervik! ¿Cree que quiero hablar de Kopervik?

—Hombre...

—¡Ja! Kopervik... Le diré una cosa... ¿y si prometo no hablar de eso?

—Me parece que no le creería. Me parece usted bastante... tenaz.

—¿Tenaz? ¿Yo? No. No soy nada tenaz. Lo que sucede es que estoy hambriento. ¿Y si se lo juró solemnemente? ¿Y si le doy mi palabra?

La risa nerviosa que oyó le indicó que Annie se lo estaba pensando.

—Vale. Le diré una cosa. Se lo juraré sobre un montón de Biblias.

Una risita.

—¿Qué me dice de eso? ¡Biblias!

—No me parece usted un tipo religioso.

—Vale... tiene razón. No lo soy. Así que... ¿qué le parece *El arco iris de la gravedad*? ¡*La Anatomía de Gray*! Diga usted los libros que quiera, los pondré todos juntos en un montón y lo juraré sobre ellos.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Luego se oyó decir a Annie:

—Pero... —Dejó escapar un suspiro—. Yo sé que usted quiere saber cosas de la expedición. Si yo fuera usted... querría saber algo.

—Confíe en mí. Ya hice el artículo —le aseguró Frank—. Usted lo ha leído. Ahora he cambiado a infecciones mayores y mejores.

—¿Como qué?

—Sin Nombre. Acabo de volver de Nuevo México.

—¿De verdad?

Poniendo su voz de locutor de noticias más untuosa, empezó a leer lo que decía la pantalla que tenía delante.

—«Ya antes de que el invierno se instalase, a los expertos en sanidad de Four Corners los preocupaba que el *Peromyscus maniculatus* se reprodujera de manera peligrosa. Conocido con más frecuencia como el ratón ciervo común...» —Hizo una pausa—. ¿Quiere usted que siga?

—No.

—Vale. Entonces, ¿qué hay de la cena?

—Pues...

Frank siempre tomaba las palabras «pues» o «quizá» como un asentimiento. «No digas que no —solía rogarle a su madre—, di que quizá.»

—¡Estupendo! —exclamó—. Hoy es viernes, ¿verdad? Ya sé que encontraremos todo muy lleno, pero bueno... ¡la recogeré a las siete y media!

Luego, sin darle tiempo a replicar, colgó mientras pensaba que si Annie no quería ir, ya lo llamaría. «Y si no encuentra mi número, no estará esperándome.»

Annie vivía aproximadamente a un kilómetro de distancia del apartamento de él; residía en Mount Pleasant, en una casa que compartía con una mujer llamada Indu, que procedía de Kansas, y un gurú informático natural de Caracas que trabajaba por cuenta propia.

—Los dos trabajan esta noche —le dijo Annie; y se echó a reír—. Somos un puñado de aburridos trabajadores.

Frank había tardado más en encontrar aparcamiento que en llegar hasta allí, y así se lo explicó a ella mientras le abría la puerta del Saab.

—Bueno, ¿por qué no vamos a pie? —sugirió Annie.

Y eso hicieron.

Había sido un día templado y lluvioso. Las aceras habían quedado mojadas y limpias, y los arroyos de la calle no tenían la basura habitual. Recorrieron juntos las seis o siete manzanas que había entre Mount Pleasant y Adams-Morgan, y pasaron junto a grupos de borrachos y coches de policía aparcados en doble fila; pasaron por la Barbacoa de Kenny y la Iglesia de la Unificación. El aire estaba cargado de olor a madreselva y a alcohol, a salsa y a rap.

—Cuénteme su viaje —le pidió Annie—. ¿Cómo es que se le despertó el interés por el Sin Nombre?

—Por el nombre. Me parecía espantoso... como si fuera lo opuesto a lo que dicen de Nueva York.

—¿Y qué dicen?

—Ya sabe, que como es tan bonito tuvieron que ponerle nombre dos veces. Pero esto es tan malo que ni siquiera han querido ponerle nombre una vez.

—Sí, siempre me he preguntado por qué lo llaman así.

—¡Pues yo puedo decírselo!

—¡Estupendo!

—Aunque es un poco decepcionante.

—¿Por qué?

—Porque se trata de una cuestión de corrección política. Antes lo llamaban virus del Cañón del Muerto, por el lugar donde se dio por primera vez. Pero eso no funcionó porque el cañón se encuentra en una reserva de indios navajos, y los navajos se enfadaron muchísimo ante la idea de ponerle a un virus el nombre de aquel lugar.

—¿Por qué?

—Porque fue el lugar donde años atrás se produjo una masacre. Los blancos mataron allí a muchos indios hace unos cien años. Ahora los estaba matando el virus, por lo que no parecía muy adecuado ponerle ese nombre después del desastre que había tenido lugar con anterioridad. Quiero decir que sería como llamar a Tay-Sachs «enfermedad de Auschwitz».

—¿Y qué pasó?

—Lo llamaron «virus Four Corners».

—Eso tiene bastante sentido —comentó Annie—. Con frecuencia, las enfermedades reciben el nombre del lugar donde se ven por primera vez.

—La gripe de Hong Kong, Marburg, Ébola...

—Eso es.

—Todos son nombres de lugares —le explicó Frank—. Pero Ébola es un río, por lo menos eso creo. De todos modos, lo que pasó fue que, cuando decidieron llamarlo virus Four Corners, los habitantes del lugar se disgustaron. Las cámaras de comercio, las instituciones turísticas... quiero decir que cualquiera puede comprenderlo. Sería como vivir en un lugar que se llamase «Villapolio» —Annie se echó a reír—. Así que no tenían nombre

alguno que ponerle, y por eso al final acabaron por llamarlo así: virus Sin Nombre.

—Pero lo tradujeron al español.

—Sí. Creo que también se pusieron sensibles con el tema lingüístico.

Acabaron en un restaurante etíope llamado Meskerem. No había cuchillos, tenedores ni sillas. Se sentaron en cojines de cuero rellenos y comieron un estofado picante con las manos, usando un pan esponjoso y agrio llamado *infera* para levantar la carne y la verdura del plato y llevárselos a la boca. Era la clase de cena que promovía una intimidad informal, aunque sin embargo Annie, sentada frente a él, se mantenía reservada. Daba la impresión de que estuviera dispuesta a saltar en el momento en que él mencionase Kopervik.

Así que Frank no lo hizo. Procuró no tocar el tema. Estuvieron hablando de la política de las enfermedades, y al cabo de un rato ella se metió de lleno en la conversación.

—No lo creería usted —le comentó Annie—. Por todas partes hay brotes de cólera, de tifus, de difteria... de lo que sea.

Incluso de peste. Y se informa a la Organización Mundial de la Salud, al Centro para el Control de Enfermedades y a todos los demás. Pero ¿acaso el Departamento de Estado se lo dice a alguien? Casi nunca. Porque si hacen público que Tailandia está llena de enfermedades venéreas o que hay cólera en Bolivia, se considera un acto político, un ataque al país del que se habla.

—Cualquiera diría que tendría que preocuparlos más la salud de la gente.

—Y la otra cosa es: cada enfermedad tiene su propio grupo de presión. Así que los fondos para la investigación tienen menos que ver con el bien común para el mayor número de persona que con... no sé... con la habilidad para trabajar desde el ángulo de las relaciones públicas.

—¿Cree que eso está mal?

Annie se encogió de hombros.

—Es así, sencillamente. No se le puede echar la culpa a la gente. Ellos se apasionan cuando las personas a las que aman sufren. Y al mismo tiempo hay demasiado dinero de por medio, por consiguiente...

Annie tenía rasgos de pura sangre, piernas largas y postura de bailarina. Era lo suficientemente bonita como para que, al pasar entre las mesas ocupadas de camino al servicio de señoras, los ojos de Frank no fueran los únicos que la siguieran. Y sin embargo, al cabo de quince minutos de conocerla en el Instituto Nacional de Salud, ya sabía que ella no tenía alma de mujer bonita. Le daban apuro los piropos y era incapaz de flirtear, o al menos eso parecía. Era asustadiza y tímida, y evitaba el menor roce físico.

Tenía una ingenuidad que resultaba tanto más sorprendente porque coexistía con lo que Frank sabía que era una inteligencia brillante. Por una parte probablemente era un genio, y por la otra no estaba tan resabiada como las niñas de sexto grado con las que él había hablado en la escuela elemental Hiñe (aquello formaba parte del programa de «rodaje» del *Post*).

Pero aunque parecía incómoda charlando de cosas triviales, Annie tenía sentido del humor y le encantaba hablar de su trabajo. Y tenía una risa prometedora, una risita atolondrada que a veces se le escapaba.

Así que Frank se limitó a las cosas con las que ella se sentía cómoda; escuchó atentamente lo que Annie le contaba y condujo la conversación por el camino adecuado para apartarla de cualquier otra cosa. Y funcionó. Comprobó que se relajaba con él, que se ablandaba a medida que la tensión desaparecía. Era algo que Frank tenía en común con su padre, aquella flexibilidad de carácter que le permitía convertirse en el interlocutor perfecto para cualquier persona con quien estuviera, ya fuera su propósito seducir o sacar información. A veces aquel «don» que tenía incluso llegaba a preocuparlo.

Pero ni siquiera el recuerdo de su padre, de quien había estado intentando distanciarse toda su vida, podía apartarlo de trabajar a Annie Adair. Cuando ella regresó a la mesa, Frank se inclinó hacia adelante y le cogió la mano. Se produjo un momento embarazoso en el que ella intentó, por acto reflejo, soltarse, pero él se las arregló para retenerla.

—Espere un segundo. No es que me ponga sentimental. Sólo quiero mirarle la palma de la mano.

—¿Por qué?

Se notaba que ella tenía sospechas de que quizá él estuviera riéndose de ella.

—Para poder leerle el futuro.

—: No sea tonto.

Pero relajó la mano.

Frank se puso a acariciarle la palma y luego cada uno de los dedos.

—¿Así que no cree que pueda leerle el futuro?

—No.

—Pues puedo.

Annie soltó una risita.

—¿Y cómo ha adquirido esa habilidad? ¿En una escuela para aprender a leer la palma de la mano?

—Por favor —le indicó Frank en tono oficioso—, nosotros no lo llamamos «escuela para aprender a leer la palma de la mano». Se trata de la Escuela Americana de Quiromancia. «Una escuela para aprender a leer la palma de la mano» es donde se aprende a distinguir un coco de un dátil. —Una risita—. Y no, no me gradué. Pero sí que escribí un artículo en una revista sobre un quiromántico.

—¿De verdad?

—Sí. Usted ha visto los carteles, ¿verdad? Hay en ellos una mano roja grande con unos números encima, y suele estar en la ventana de una casita blanca, justo al lado de la carretera, entre un sitio que vende banderas y otro que se dedica al cuidado de los peces. Y yo pensaba: ¿quién irá a ver a esta gente?

—Pues gente a la que le gustan los peces, yo diría. Y que tiene banderas.

—Y palma en las manos —convino Frank—. Así que me dirigí a cierta «Madame Rurak», el «Oráculo de Hyattstown». Y con el permiso de ella, hablé con algunos de sus clientes. Y resulta que la clientela es verdaderamente diversa. Están los mismos que van a los quiroprácticos, sólo que lo que ella les arregla es la psique, no la espalda.

—¿Y eso es todo? Ya sabe, todo ese montón de chorradas.

Frank se encogió de hombros y siguió acariciándole la palma y mirándosela fijamente.

—No sé. No era como si estuviera manejando números de la lotería. Era una mujer intensa, ¿sabe? Muy concentrada. Pero todo lo que decía era

bastante general.

—Como las galletas de la fortuna.

Frank hizo una mueca.

—Más o menos.

Annie se echó a reír.

—Bueno, ¿qué le parece que obtenían de ello? Me refiero a las personas que iban a ver a aquella mujer.

—Siempre parecían marcharse de buen humor. Tuve la impresión de que les proporcionaba cierta clase de solaz teniendo en cuenta cómo les había ido en la vida. Ella solía decir... ya sabe, está aquí mismo, en la palma de la mano, todo está ya escrito. No importa lo que hubieras hecho, todo habría salido igual porque ya está escrito. Podrías haber comprado Intel a los diez años, podrías haber aprendido a tocar la guitarra, podrías haberle pedido a Sherry Dudley que fuera al baile de la escuela... y todo aquello no hubiera supuesto diferencia alguna. Porque todo está dispuesto de antemano: la línea de la vida, la línea del amor. Y a la gente le gusta eso. Al parecer sirve para quitarles de encima la presión.

Annie se echó a reír.

—¿Y quién era Sherry Dudley?

—No puedo hablar de eso —murmuró Frank.

De nuevo ella soltó una risita.

—Pero usted no cree en ello, ¿verdad?

—¿En qué? —Frank le dobló los dedos de uno en uno y luego se los acarició mientras se los volvía a estirar—. ¿Se refiere al destino? —Se inclinó sobre la mano de Annie y se quedó mirándola con mucha atención—. Pues claro que creo. Veo... a alguien... ¡nuevo! Alguien nuevo en su vida.

—¿De verdad? —comentó Annie con una voz cargada de escepticismo.

—Sí. Y va a ser maravilloso. Usted debería hacer todo lo que esa persona le diga.

—¿Y esa persona es alto, moreno y guapo?

Frank miró más atentamente la mano.

—Pues sí, desde luego, es alto y... *hmmm...* ¡no está mal! Nada mal. Pero... —Movi6 la cabeza de un lado a otro y frunci6 el entrecejo—. No es

muy moreno. Más... oh, no sé. Irlandés o algo así. Tiene los ojos azules. Y un corazón de oro. Nunca habla de Kopervik. Esas cosas.

—Comprendo.

—Hay más. Es una línea increíblemente detallada. Y resulta que ese tipo se siente sentimentalmente muy apegado a su coche, que ya debería haber cambiado.

Levantó la mirada hacia ella.

—¿Y ese coche es un Saab? —Annie dejó escapar una risita—. ¿Por casualidad?

Frank le echó una rápida ojeada a la palma de la mano de la muchacha.

—¡Me parece que sí, que es un Saab! Es asombroso. ¡Debería probar usted esto! Lo que quiero decir es que ni siquiera tiene una mano sobre la que trabajar y... Dios mío, tiene usted un don natural.

Fueron a tomar un helado a Bob's. La conversación giró hacia la familia. La de Annie no habría podido ser más diferente de la de él, un clan que se remontaba al *Mayflower New England* cargado de académicos y de hombres de Wall Street.

—Se pasan gran parte del tiempo organizando bailes de caridad. Eso le da a mi madre excusa para gastarse un montón de dinero en ropa y no sentirse culpable.

—¿Ése sería ese legendario «dinero antiguo» de usted?

—Bastante antiguo. Pero no tan legendario. Mi abuelo hizo su agosto en la Depresión. Hubo quien se arruinó y quien hizo dinero. Mi abuelo hizo dinero. ¿Y usted?

—En realidad... Yo no tengo familia... quiero decir... en realidad no.

Annie frunció el entrecejo.

—Todo el mundo tiene familia.

Frank se encogió de hombros.

—Tengo algunas tías y primos, pero no los veo nunca. Y no tengo hermanos. Mi madre murió. Y mi padre y yo nos peleamos.

—Eso es muy triste.

—En realidad no —la corrigió él—. No, si conociera usted al viejo.

Regresaron caminando hasta la casa de ella. Hacía más fresco y una tormenta retumbaba en el horizonte. Annie se sentía más cómoda con él

ahora, se la veía más relajada; se apoyaba en él de vez en cuando, le tocaba el brazo para hacer algún comentario.

Hasta a él lo asombraba su propia contención. Ni una palabra acerca de Kopervik, excepto en una ocasión, y fue en broma. Y luego, cuando llegaron a la puerta de Annie y ésta lo invitó tartamudeando a entrar —«Podría hacer un poco de café», sugirió—, él rehusó. Si entraba no sería capaz de mantener las manos alejadas de aquella mujer. Y eso podía ser maravilloso, pero también podía convertirse en un problema.

Así que se quedaron de pie en la puerta, con cierta incomodidad, hasta que Frank dijo:

—Bueno, ha sido estupendo. Ya la llamaré.

Y tras saludarla con un ligero gesto de la mano, dio media vuelta, bajó los escalones de la fachada y caminó hasta el lugar donde se encontraba el Saab.

Mientras conducía de regreso a Adams-Morgan, y mientras escuchaba un poco de *jazz*, pensó en la velada que había pasado en compañía de Annie Adair. Sabía que el hecho de haberse contenido daría buen resultado, pero lo que no sabía era cuál sería ese resultado. ¿Era Annie lo que quería... o era Kopervik? No estaba seguro. Ella lo atraía, pero claro, lo atraían muchas mujeres. Y además... además no sólo lo atraía ella. Le gustaba. Era dulce y lista y divertida...

Era evidente que quería las dos cosas: Annie y Kopervik. Kopervik y Annie.

Y en ningún orden en particular.

En la semana que siguió, Frank recibió varias cartas formales de media docena de agencias que acusaban recibo de las peticiones basadas en la Ley de Libertad de Información que había hecho. Poco después recibió otra contestación más, y ésta tenía cierto peso.

El paquete, que venía de la Fundación Nacional de Ciencias, tenía algo más de un centímetro de grosor, y Frank comprendió, incluso antes de abrirlo, que el material que contenía sería una excepción. De lo contrario no habría sido procesado y enviado con tanta rapidez.

Pero tenía que leerlo, y como decía el *bluesman*, «Nunca se sabe, ¿verdad?».

Se sentó a la mesa de la cocina, abrió el paquete y se encontró con sesenta páginas de documentos. El primero era una carta que decía que había que considerar los documentos adjuntos como una respuesta completa a la petición que había hecho, y que no habría más. Pegado a la misma había un folio escrito por las dos caras que explicaba las diversas exenciones a la Ley de Libertad de Información.

Las cincuenta y siete páginas restantes hacían referencia, en su mayor parte, a la propuesta original de subvención que Kicklighter y Adair le habían hecho a la Fundación Nacional de Ciencias unos dos años antes. Frank examinó detenidamente la propuesta desde el título hasta las notas finales, pero no había nada en aquello que no hubiese visto antes.

Eso dejaba sólo tres hojas más.

La primera de ellas era una carta que llevaba el membrete de la Fundación Nacional de Ciencias. Tenía fecha del 11 de junio de 1977, estaba dirigida al doctor Kicklighter, rechazaba la petición que éste había hecho y empezaba así:

Lamentamos que la Fundación sea incapaz de proporcionarle la ayuda para su reciente solicitud de subvención (Ref. 96-14739). En el supuesto de que las prioridades de investigación cambiasen o tuviésemos disponibles fondos adicionales...

Nada nuevo. La página siguiente del paquete era también una carta, si bien más reciente. Llevaba fecha del 17 de febrero de 1998, iba dirigida al director de la Fundación Nacional de Ciencias y estaba firmada «cordialmente». Pero eso era todo. No se podía leer nada más porque todos los renglones del texto se habían tachado con un rotulador de punta de fieltro. En el margen, el redactor había escrito B(1).

Bingo.

Incluso sin mirar la hoja explicativa, Frank sabía que la exención B(1) estaba reservada a asuntos de seguridad nacional. Lo cual confirmaba lo que le había sugerido la presencia de Neal Gleason en Hammerfest: que había algo más que «pura ciencia» en la expedición a Kopervik.

Y eso, a su vez, sugería un motivo para la súbita indisponibilidad de Kicklighter y la falta de disposición de Annie a hablar de Kopervik o de lo que había ocurrido allí. Si aquello era un asunto de seguridad nacional, probablemente les habrían hecho jurar que guardarían el secreto.

Pero... ¿por qué? La propuesta de subvención se encontraba allí mismo, delante de él, publicada en su totalidad, sin que hubiesen cambiado ni una palabra. La propuesta describía todos y cada uno de los aspectos de la expedición y el propósito de la misma. Era todo de lo que trataba la expedición. Así que, ¿qué interés había en hacerles jurar que guardarían el secreto? A menos que hubiera algo más implicado en todo aquello, algo que no constaba en la propuesta.

Frank se quedó mirando fijamente la carta tachada. Podía proceder de cualquier parte: FBI, CIA, el Pentágono... no había manera de saberlo.

Frustrado, le dio la vuelta a la última página del paquete, que también era una carta. Con fecha de 23 de febrero de 1998, ésta también iba dirigida al director de la Fundación Nacional de Ciencias.

En tres frases breves, el autor agradecía al director la ayuda prestada y anunciaba que la fundación se sentía «contenta de informar que había decidido financiar la expedición Kicklighter-Adair a Kopervik». La carta estaba firmada así:

*Muy afectuosamente,
A. Lloyd Kolp
Dir. Ejec.*

Frank echó una ojeada al membrete.

Compass Trust

Las oficinas estaban en McLean, a unos tres semáforos de la CIA. Lo cual no significaba nada, desde luego. O por lo menos no significaba nada... necesariamente.

Pero... ¿A. Lloyd Kolp? ¿Quién era él cuando no dirigía el Compass Trust?

Frank se recostó en el sillón; tenía las cartas sobre la mesa delante de él dispuestas cronológicamente de izquierda a derecha. «Primero, la Fundación Nacional de Ciencias rechaza la propuesta de Kicklighter. Transcurre un año y medio y entonces, súbitamente, alguien de los servicios de espionaje, de la Inteligencia, se implica en ello. Cómo, no lo sabemos. Con qué fin, tampoco lo sabemos. Pero se implica. Y una semana después llega una carta a la Fundación Nacional de Ciencias agradeciendo al director su ayuda (¿qué ayuda?), mientras anuncia la decisión de la fundación de financiar la expedición.»

¿Tenía la segunda carta relación con la tercera? Todo era posible...

«Así es como uno se vuelve loco», pensó Frank. Era como tratar de hacer un *puzzle* cuando faltan la mitad de las piezas.

Se recostó en el respaldo y se puso a mirar al techo. El ventilador daba vueltas lentamente. Los ojos de Frank se posaron en el calendario que había al lado del teléfono. Los días que había ido a correr los había marcado con un círculo. Quizá tendría que ir a correr, pero...

No tenía ganas de hacerlo. El cielo parecía encapotado y él estaba seguro de que iba a llover a cántaros. La única pregunta era cuándo. Cruzó la habitación, se acercó al escritorio y conectó el ordenador.

Todavía tenía acceso a Nexis, gracias al *Post* (o, más exactamente, gracias a su habilidad para hacerse con la contraseña en el archivo «Setup» del ordenador de su despacho). Y se alegraba de que así fuera porque aquel servicio era asombrosamente caro, e Internet no era más que un sustituto útil. Si utilizaba Internet para averiguar algo acerca del Compass Trust, lo más probable era que tuviese que sortear gran cantidad de información sobre «Orientación».

Con Nexis, uno iba directo al corazón de las cosas... y sólo al corazón.

La base de datos era ingente: básicamente todos los periódicos y publicaciones del mundo, desde el *Times* hasta la *Revista de Robótica*, de veinte o treinta años atrás. Lo único que tenía que hacer era seleccionar la parte de la base de datos que quería («Noticias») y teclear las palabras que buscaba: «Compass Trust» y «fundación». Treinta segundos después tenía una lista de todos los artículos en los que aparecían aquellas palabras.

Había once citas, que se remontaban hasta 1981. Varias de ellas eran duplicados de las otras o reimpressiones de artículos de servicio por cable. Pero la información relevante se reducía al hecho de que el Compass Trust había sido fundado por J. Kendrick Mellowes, «un filántropo conservador».

Frank sonrió ante aquella identificación. Resultaba incuestionable que Mellowes era eso, pero también era (y en particular) un «fan del espionaje» que había pagado un ojo de la cara por un nombramiento a la Junta Asesora del Presidente sobre Inteligencia Extranjera.

Frank volvió a la pantalla principal e inició otra búsqueda: esta vez buscó «A. Lloyd Kolp». Momentos después la pantalla tembló ligeramente y apareció una lista de cinco artículos.

El más reciente de éstos era de tres años atrás. En él se informaba de que el general A. Lloyd Kolp dejaba, su puesto en el Instituto de Investigación Médica del Ejército sobre Enfermedades Infecciosas. Después de unas vacaciones con su familia, se esperaba que el general asumiera el cargo de director ejecutivo del Compass Trust.

Frank se recostó en el asiento y dejó escapar un suspiro. Sabía quién era Kolp. E incluso sin mirar los otros artículos, supo lo que decían. Echó una rápida ojeada a los titulares para ver si estaba en lo cierto y vio que era así:

El jefe del Instituto de Investigación Médica del Ejército

afirma que el virus del mono no es amenaza

Las instalaciones Reston, desinfectadas: Kolp visita el lugar

El general se había hecho famoso durante un par de semanas cuando se le pidió al Instituto de Investigación Médica del Ejército sobre Enfermedades Infecciosas que cerrase y desinfectase un centro privado de investigación sobre primates que tenía sus instalaciones en Reston, en Virginia. Los monos habían muerto a docenas y se temía que alguna enfermedad terrible pudiera escaparse de aquel lugar.

Kolp y sus tropas habían entrado en el centro. Y finalmente se había escrito un libro acerca del incidente.

Pero Frank sabía que el Instituto de Investigación Médica del Ejército sobre Enfermedades Infecciosas tenía una historia más oscura. Detrás del

polisilábico instituto (cuyas siglas, IIMEEI, resultaban realmente difíciles de pronunciar) había un nombre más simple y más antiguo: «Fort Detrick.» A sólo unos kilómetros de Camp David, y verdaderamente muy cerca de numerosas hileras de casas que se habían construido recientemente, Detrick había sido el centro de acción para las investigaciones del Pentágono sobre armas biológicas.

Aquello era, desde luego, un esfuerzo puramente defensivo; o al menos eso se le dijo al público. Pero la realidad era que ninguna nación podía desarrollar defensas contra aquellas armas si no entendía qué armas eran, cómo funcionaban y cuáles podían ser sus limitaciones.

Lo cual significaba que tenían que construir y probar todas las armas.

Y así era como los investigadores del Pentágono trabajaban con algunos de los virus y toxinas más peligrosos del mundo: botulin, ricin, ántrax pulmonar, peste neumónica.

Se habían dedicado grandes recursos a lo que se conocía como el «armamento» de agentes biológicos. Equipos de científicos exploraban diferentes métodos de «aerosolización» tratando de identificar un único método que garantizase la máxima dispersión. Otros trabajaban en técnicas de microencapsulación, buscando el modo de impedir el deterioro de los agentes biológicos expuestos al agua, al calor y al aire.

Otros investigadores aplicaban su talento en incrementar el poder letal de agentes bacteriológicos y virales, en búsqueda de factores de aumento de la mortalidad. Otros usaban la tecnología que combinaba de nuevo el ADN para crear gérmenes nuevos y más peligrosos.

Todo eso en nombre de la defensa propia. Puesto que otros países podían desarrollar armas biológicas, Estados Unidos se había visto obligado a hacer lo mismo para poder inventar antídotos y estar preparado en caso de ataque. Algunos pensaban que la investigación seguía en marcha a pesar de los tratados que la prohibían, pero ¿quién podía asegurarlo?

Frank comenzó a tamborilear con los dedos sobre el escritorio. Detrick. Kolp. Y Mellowes. Compass Trust. No hacía falta ser un genio para adivinar que la expedición a Kopervik se había asustado por algo. Y Annie... ¿ella qué? ¿Lo sabía? ¿Cómo no iba a saberlo? La expedición había sido cosa suya. Había sido idea suya en un principio.

Apretó la tecla de imprimir y esperó a que fueran saliendo los artículos.

No era más que una corazonada; en realidad no podía demostrar nada, pero sabía lo suficiente sobre aquella clase de cosas como para sospechar que el Compass Trust era un conducto, un mecanismo de financiación para proyectos que el Pentágono y la CIA querían dirigir «bajo mano».

La pregunta era: ¿por qué aquella expedición? ¿Y por qué ahora? ¿Por qué iba el Pentágono a financiar en secreto un proyecto para recuperar un virus que se había perdido hacía mucho tiempo, y que además era muy peligroso, de debajo del permafrost? La respuesta parecía obvia: porque el proyecto era ilegal, o violaba algún tratado, como el que prohibía la investigación de armamento de gérmenes.

Mientras cerraba el ordenador se fijó por primera vez en que había empezado a llover y que él estaba sentado allí casi a oscuras. Se recostó en el sillón, soltó un suspiro y se puso a reflexionar; pensó que la oscuridad encajaba con el estado de ánimo que se cernía sobre él.

«Jesús —pensó—. ¡Annie! ¿Cómo has podido, nena?»

OceanofPDF.com

Capítulo 13

Frank estaba sentado en los escalones de la casa de Annie cuando ésta subió por el camino.

Se había puesto un traje de chaqueta azul con la falda por la rodilla, zapatos rojos y bolso rojo a juego. Llevaba un ejemplar del *Post* doblado y daba pasos pequeños arrastrando los pies para no tener que mirar por dónde pisaba.

Frank ya la había visto antes vestida con aquella clase de atuendo, precisamente el día que se conocieron en el despacho que ella tenía en el Instituto Nacional de Salud. Se había quitado la bata del laboratorio para dejar al descubierto un atuendo muy parecido a aquél, un atavío de matrona suburbana, anónimo y aburrido. Profesional y a gusto con aquella ropa de laboratorio, le fallaban los intentos que hacía de vestirse con energía. La verdad era que daba la conmovedora pero inequívoca impresión de una niña jugando a disfrazarse.

—¡Frank! —dijo cuando por fin se fijó en él, con una sonrisa grande y amplia—. Holaaa.

Frank se levantó.

—Hola...

La voz de él le dijo a Annie que algo iba mal.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

Frank se quedó pensando en ello.

—Bueno, es un poco complicado.

Se sentaron juntos en los escalones rodeados por la primavera. Annie dobló el periódico, se lo puso en el regazo y luego miró a Frank.

—He cursado unas peticiones según la Ley de Libertad de Información —le informó éste—. Sobre la expedición.

Annie soltó un gemido y puso los ojos en blanco.

—Creía que no íbamos a hablar de eso.

—He recibido algunas respuestas. Creo que deberías echar una ojeada.

Annie miró hacia otra parte, molesta por aquella ruptura del acuerdo que habían hecho.

—Ya sé lo que vas a decir —comentó Frank—, pero realmente creo que deberías oír lo que tengo que decir. De verdad.

Con un suspiro y una expresión de indulgencia desesperada, Annie se volvió de nuevo hacia él.

—Adelante —le pidió con una voz tan tranquila como si estuviera vacía.

Frank le enseñó la carta con la exención (¿Y qué? No sé de qué se trata eso), y luego la siguiente, la carta del Compass Trust. (Déjame ver eso... ¿quién es Lloyd Kolp?) Después le dijo quién era Kolp y le explicó lo de Mellowes. Ahora, Annie parecía haber cobrado cierto interés... incluso se la veía un poco fuera de sí.

—El doctor K dijo que teníamos financiación de la Fundación Nacional de Ciencias... no dijo nada de ese Compass.

Cuando Frank hubo terminado, volvió a meter los papeles en el portafolios.

—Tú no sabías nada de todo esto, ¿verdad?

Annie tenía apretados los labios como si fuera a echarse a llorar. Hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Entonces... —Frank hizo ademán de cogerle la mano, pero ella la retiró bruscamente y se quedó sentada con los codos sobre las rodillas y el rostro enterrado entre las manos—. Esperaba que pudiésemos hablar... de lo que pasó en Kopervik. De Neal Gleason. De todo eso.

Annie siguió apretándose los ojos con las palmas de las manos mientras movía sin cesar la cabeza adelante y atrás. Vio manchas oscuras en la falda y se dio cuenta de que estaba llorando. Finalmente preguntó:

—¿Quién es Neal Gleason?

—Fue el que os sacó del barco en Hammerfest. El que te empujó para que entraras en el coche. Es un agente del FBI.

Annie respiró hondo y empezó a ponerse en pie.

—Tengo que entrar —dijo.

Frank extendió una mano para retenerla, pero Annie se apartó inmediatamente.

—Annie...

—No puedo hablar de ello.

—Mira, Annie, esto es una noticia nueva... y es una noticia importante. La clase de noticia que la gente tiene que saber. No va a desaparecer por las buenas.

Ella se detuvo delante de la puerta.

—Ya lo sé.

—¿Entonces por qué...?

—No es lo que tú crees.

—¿Qué?

—Tengo que entrar.

—No, espera un minuto. ¿De qué hablas? La expedición se llevó un buen susto. Eso puede verlo cualquiera. Es algo obvio. Y no es difícil imaginárselo. Cuando la Fundación Nacional de Ciencias rechazó tu solicitud... Kicklighter fue a ver a los agentes secretos.

Annie comenzó a negar con la cabeza.

—No. No sucedió de ese modo.

—Vale. ¡Entonces fueron los agentes secretos los que se acercaron a vosotros! ¿Qué más da? La cosa es que se trata de investigación de armas biológicas... y es ilegal. No puedo creer que hayas tomado parte en ello.

—No lo he hecho. Y además no se trata de eso. No es lo que crees.

—Oh, vamos, Annie... Te han utilizado. Yo lo sé, pero no es eso lo que indican las apariencias. ¡Cuéntamelo!

Annie, llena de tristeza, negó con la cabeza y se limpió la cara con el dorso de la mano.

—No puedo... —Sacó una llave del bolso, abrió la puerta y empezó a entrar. De pronto dejó caer los hombros, se volvió hacia Frank y le dijo—: De veras que me lo pasé muy bien en la cena del otro día.

Luego se echó a llorar, entró en la casa y cerró la puerta tras de sí.

Frank estaba sentado ante el escritorio tamborileando con los dedos sobre la madera; trataba de pensar en ello con lógica, pero el misterio que

yacía detrás de la reticencia de Annie no tenía explicación para él. ¿Qué más podía hacer? Al cabo de media hora miró la lista de cosas por hacer que tenía en la pantalla delante de él. Era una lista muy corta: 1) Llamar a Kolp. 2) Comprobar los manifiestos.

La primera tarea era una práctica habitual del periodismo defensivo. Llamar a Kolp no lo conduciría a ninguna parte. Lo más seguro era que el tipo aquel ni siquiera quisiese hablar con él. Pero tenía que preguntarle, o si no los abogados se le echarían encima cuando llegara el momento de publicarlo. «¿Qué no llamó usted a ese hombre? ¿Supuso sencillamente que no querría hablar con usted?»

Así que llamó a Kolp, y todo salió tal como había esperado. «El general se encuentra ausente de su despacho en estos momentos. ¿Puede decirme de qué se trata?»

Como cualquier buen guardameta, la secretaria de Kolp sonsacó a Frank para que le diera información al tiempo que hacía de escudo de su jefe. «Soy Frank Daly, del *Post*. Pues verá, en realidad tengo un permiso a fin de trabajar para una fundación... Sí, ya sé, esto es bastante complicado... usted sólo dígame que se trata de Kopervik.»

Luego colgó y se puso con la segunda tarea que tenía en la lista: comprobar los manifiestos.

Quería saber lo que les había ocurrido a los cadáveres de los mineros: dónde habrían ido y cómo los habrían llevado hasta allí. La Fundación Nacional de Ciencias le había negado la subvención a Kicklighter porque le preocupaban mucho las apariencias, y en particular si denotaban riesgo. Como Frank había mostrado interés por las precauciones que había tomado Annie, recordó la descripción que ésta había hecho de lo que habría de ocurrir en Kopervik.

Para empezar, a los cadáveres tenían que manejarlos científicos con trajes de biocontención de nivel-4. Una vez sacados de los ataúdes, a los cuerpos se los envolvería en sábanas empapadas de formalina y se los colocaría en cajas adecuadas para el transporte de cadáveres herméticamente selladas. Un helicóptero llevaría las cajas de transporte hasta unos congeladores para experimentos científicos que había en la bodega del *Rex Mundi*, concretamente a la sala fría, donde la temperatura se

mantenía a quince grados centígrados bajo cero. Al llegar a Hammerfest, las cajas de transporte se llevarían en helicóptero al aeródromo militar de Tromsø. Allí, un avión de transporte C-131 del ejército recibiría a la expedición, que regresaría directamente a Estados Unidos. Equipado con un congelador científico propio, el C-131 tenía que llevar a Annie, a Kicklighter y las cajas de transporte a la base aérea de Dover. Una vez que los cadáveres hubieran pasado por la aduana debidamente escoltados, la Unidad de Registro de Tumbas de Dover transportaría los cadáveres hasta el Instituto Nacional de Salud en un camión congelador.

Eso era lo que se suponía que tenía que pasar, o lo que le habían dicho a Frank que pasaría. Pero... ¿había sido así en realidad? ¿O habrían llevado los cadáveres a otra parte... a Fort Detrick, por ejemplo?

Frank abrió la agenda de las direcciones y encontró el número de la Oficina de Información Pública del Pentágono. La funcionaria con la que habló, la capitán Marcia Devlin, era una mujer enérgica y eficiente. Le dijo que lo llamaría al cabo de una hora y así lo hizo.

—Tengo la información que está usted buscando —le indicó a Frank.

—Estupendo.

—El C-131... despegó de Tuzla a las seis horas el veintiocho de marzo y aterrizó en Tromsø a las catorce veinticinco horas el mismo día. El día veintinueve de marzo llevó cinco pasajeros a bordo. Salió de Tromsø a las cinco horas y llegó a Andrews ocho horas después. Eso el día veintinueve de marzo.

—Ha dicho usted Andrews, pero ha querido decir Dover, ¿no es así?

—No, señor. He querido decir justo lo que he dicho. Entraron en Andrews a las trece horas.

Frank se quedó pensando en ello.

—Así que cambiaron de planes —comentó.

—¿Perdone?

—He dicho que se ve que decidieron cambiar de planes. Iban a ir a Dover.

—Eso no sabría decírselo. Lo único que puedo decirle es que aterrizaron en Andrews.

Frank suspiró.

—Bueno, le agradezco las molestias. Y ahora, si tuviera la bondad de darme los nombres de los pasajeros...

—Eso no puedo hacerlo.

Frank fingió sorpresa.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Porque existe una Ley de Intimidad.

—Se refiere al secreto de información.

—No, señor, me refiero a que es privado.

Frank le dio las gracias por la ayuda, colgó el teléfono y se quedó un rato pensando en lo que le había dicho aquella mujer. Que había cinco pasajeros: Kicklighter, Adair, Gleason y... ¿y quién más?

Sacó la guía de teléfonos del cajón del escritorio y marcó el número de la base aérea de Andrews. La centralita lo pasó con el agente de prensa, el sargento Raymond García.

Frank le dijo quién era y le explicó lo siguiente:

—La capitán Devlin me ha dicho que debía llamarlos a ustedes. Ella trabaja en la Oficina de Información Pública del Pentágono, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Bien, verá, estoy escribiendo un reportaje para el *Post* y... —mintió — y... uh, Marcia, quiero decir la capitán Devlin creyó que ustedes podrían ayudarme.

—Bien, si puedo...

—Se trata de informarme de cómo funciona la aduana con los militares...

—¿Y le interesa a usted la base aérea de Andrews?

La voz de García indicaba precaución.

—En realidad no. Lo que quiero decir es que esa base se halla situada bastante cerca de mi casa... así que es mucho más fácil para mí trabajar con ustedes que con otra base que se encuentre en algún lugar de Alaska.

—¿Y qué es lo que quiere usted hacer?

—Mirar algunos manifiestos de aduanas.

—¿Qué manifiestos?

—Oh, no sé... en realidad no importa. Algunos del mes pasado, cualquier mes estaría bien. Con tal de que sea un mes típico. ¿Fue bastante

típico el mes pasado?

—¿Se refiera usted a vuelos al extranjero?

—Sí.

—No sé. Supongo que sí. Probablemente.

—Pues entonces marzo me iría estupendamente.

—Pero... ¿qué es lo que busca usted?

A Frank se le ocurrió que la voz del sargento García sólo tenía dos tonos: desconcierto y cautela.

—Sólo quiero ver el nivel del tráfico y quizá hacerme una idea de la clase de cosas que los militares pasan por la aduana, y cómo se maneja. Quiero decir, supongo que habrá armas y provisiones de medicamentos... pero seguro que también habrá otras cosas, cosas personales.

—¿Y en eso consiste el reportaje?

El sargento parecía un poco escéptico.

—Sí —respondió Frank—. Eso es.

—¡Vaya! Parece un poco aburrido.

«Estupendo —pensó Frank—. Tengo un crítico periodístico en la línea telefónica.»

—Utilizaré muchas citas textuales.

—Bueno...

—Pero lo que necesito saber es si todos los aviones militares llevan un manifiesto de la carga que transportan.

—Sin duda alguna.

—¿Y esos manifiestos se encuentran a disposición de la aduana?

—Desde luego.

—¿Y del público? Por ejemplo, si yo quisiera mirar los manifiestos de marzo, ¿podría hacerlo?

—Supongo que sí.

—Interesante —comentó Frank.

—A menos que se trate de un vuelo secreto. Tenemos algunos vuelos así.

—Pero podrían separar éstos de los demás, ¿verdad?

—Claro.

—Entonces supongo que lo que me gustaría hacer es preparar algo. Lo único que necesito es ver un mes. Marzo me iría estupendamente.

Tardó tres días, pero al final el sargento García no halló motivo para negárselo y por lo tanto hizo los preparativos. Frank estaba seguro de que entretanto la Oficina de Información Pública habría repasado los manifiestos del mes en busca de algo que pudiese poner en apuros a algún congresista que regresara de Perú con arte precolombino, a un general con afición a la pornografía danesa o un vuelo de la CIA que ni siquiera hubiera tenido que pasar por la aduana.

Mientras iba en el coche a Andrews por la Allentown Road, Frank consideró las posibilidades de lo que encontraría: si el manifiesto estaba allí, vería quién había pasado los cadáveres por la aduana y a dónde iban. También se enteraría de la identidad del cuarto y del quinto pasajeros. Y si el manifiesto no estaba allí... bueno, eso también le diría algo. Significaría que lo habían separado de los otros porque el vuelo era secreto o delicado en cualquier otro aspecto.

Ante la entrada principal de Andrews, un hombre de uniforme le entregó un pase, una tarjeta de aparcamiento y un plano, y luego le hizo un gesto con la mano para que se dirigiese al edificio en el que se encontraba el cuartel general.

El sargento García resultó ser un hombre bajo con un repertorio de expresiones faciales tan estudiadas que Daly hubiese jurado que las ensayaba delante de un espejo. En cuanto vio a Frank se puso las manos detrás de la espalda, apretó los labios y le soltó el rollo, sin dejar de mecerse adelante y atrás sobre los zapatos bien brillantes.

—Estoy seguro de que usted comprende que el ejército sabe de la existencia de algunos abusos en el sistema de transporte militar. Pero puedo asegurarle que la incidencia de semejantes abusos es mínima. Cooperamos completamente con el Servicio de Aduanas.

Cabeza ladeada. Mirada significativa.

Aquello estaba tan bien ensayado que en otras circunstancias quizá Frank hubiera buscado la historia que había motivado el rechazo. Pero en aquel momento sólo quería hacer que la mente de García se sintiera a gusto.

—No busco esqueletos, sargento. Éste es un artículo muy general, y no se trata tanto del ejército como del Servicio de Aduanas y de la magnitud de su tarea.

Al final lo acompañaron hasta una habitación pequeña e iluminada con luz fluorescente donde lo aguardaban una mesa y una silla. Había un fajo de manifiestos sobre la mesa y un tarro de crema para café con una cuchara de plástico.

—¿Café? —le preguntó García.

Frank le indicó que sí con un gesto, y poco después el sargento regresó a la habitación con un vaso de plástico.

—Feliz cacería —le dijo mientras le entregaba el vaso.

Luego giró sobre los talones y cerró la puerta tras de sí.

Frank se pasó los cinco minutos siguientes fingiendo repasar los manifiestos. Pero sabía lo que buscaba. Las carpetas estaban ordenadas en orden cronológico y no tardó ni un minuto en encontrar lo que había venido a buscar.

El vuelo 1251 había salido de Tuzla con destino a Tromso el 28 de marzo. Luego, al día siguiente, había viajado de Tromso a Andrews. Una anotación indicaba que el vuelo había tomado tierra a las 13:13.

Los ojos de Frank se dirigieron a la columna situada bajo el epígrafe de «Pasajeros».

Había cinco nombres, y estaban puestos en orden alfabético:

Adair, Annie
Fitch, Taylor
Gleason, Neal
Dr. Karalekis, George
Dr. Kicklighter, Benton

Apuntó los nombres que no reconocía. Probablemente Karalekis sería un médico del Instituto Nacional de Salud. Fitch podía ser cualquiera. Del FBI, de la CIA...

Volvió la página, se puso a leer la segunda del manifiesto, donde aparecía la lista del cargamento, y durante un instante pensó que había habido un error.

La bodega se encontraba vacía, a excepción de algo de material informático y las pertenencias personales de la tripulación y los pasajeros.

Frank dio un sorbo largo de café y volvió a leer. Allí no decía nada de los embalajes del traslado de los cadáveres, ni de los restos de los mineros. «Página 2 de 2», decía.

Examinó los otros manifiestos para ver si había algún otro vuelo que hubiera salido de Tromsø aquel día, al día siguiente o al otro. Pero no había nada. No había embalajes de traslado de cadáveres por ninguna parte.

Le encantaba la manera como el Saab se agarraba a la carretera (cuando no estaba en el taller). Tomaba las curvas maravillosamente, y si no hubiera tenido ocho puntos de sanción en el carnet, habría acelerado a fondo de regreso a Washington.

Pero no lo hizo. Mantuvo el marcador de velocidad a un nivel razonable, cosa que le venía bastante bien, pues se sentía un poco aturdido. Ni una sola palabra de los cadáveres. ¿Qué significaba aquello?

En realidad cualquier cosa. Quizá los embalajes hubieran ido en un vuelo diferente. Tal vez la aduana noruega los hubiese retrasado y no hubieran salido hacia Estados Unidos hasta abril. Quizá los cuerpos se hubieran descompuesto en algún deshielo enorme del que no se tenía noticia. Quizá hubiera habido un verano esquimal en Edge.

O los osos. Annie le había hablado de los osos y de cómo la comunidad minera utilizaba dinamita para excavar las tumbas, haciéndolas así lo suficientemente profundas como para impedir que los osos llegasen hasta ellas. Tal vez no las hubieran hecho lo suficientemente hondas. Y además existía una clase peculiar de movimiento hacia arriba en la escarcha del Ártico, y debido a dicho movimiento los objetos se iban abriendo paso poco a poco hacia la superficie. Recordó que Annie se lo había contado, y también que, cuando los objetos eran cadáveres, a los cuerpos se los llamaba «flotadores».

Pasó junto al estadio RFK y se dirigió al follón habitual alrededor del Capitolio.

Era una de las cosas que Annie había dicho que comprobarían *in situ*: los ciclos de derretimiento y deshielo en el permafrost. Si los cuerpos se habían descongelado en cualquier momento durante los últimos ochenta años, el virus sería irrecuperable y de nada serviría llevar los cadáveres a Estados Unidos. Pero si era eso lo que había pasado, ¿por qué no se lo había dicho Annie sin más? ¿Por qué tanto secreto?

Y también había otra posibilidad. En lugar de llevar los cadáveres enteros, Annie y Kicklighter podían haber optado por llevarse algunas muestras fundamentales. Ella incluso le había dicho cómo podía hacerse, utilizando simplemente una sierra para obtener secciones cilíndricas de los pulmones y de los órganos vitales.

El problema de aquella explicación era que no había nada en el manifiesto de aduanas sobre «tejidos», suministros médicos ni cualquier otra cosa parecida. Y el problema con todas las demás explicaciones era que en realidad no explicaban la presencia de Neal Gleason, la implicación del Compass Trust en aquel asunto ni la manera en que se habían negado a hablar con él en Hammerfest y también más tarde.

Aquella noche tenía un partido de fútbol sala en el Sportplex de Springfield. Todos los habituales estaban allí, y, como siempre, ninguno de los miembros de su equipo tenía la camiseta igual. Jugaban contra un equipo de hispanos, la mayoría de los cuales trabajaban en el World Bank. Todos iban equipados con un resplandor de colores idénticos: auténticos uniformes, ¡y con calcetines por la rodilla! Mientras que los del lado de Frank andaban por allí con camisetas que eran... más o menos oscuras. En su mayoría.

—¡Cómo que no es azul! ¡Tiene parte de azul!

—¡Vamos, árbitro! ¡*Es gris!* Haga que se la cambie.

—No es gris, puñeta. ¿Qué cojones es gris?

Cuando el partido acabó en empate, los dos equipos subieron al piso de arriba a beber cerveza y a molestar a los de los otros equipos que jugaban abajo. Frank lo pasaba bien, como sucedía siempre, porque era el único rato que no tenía que pensar, o por lo menos no tenía que pensar en nada

importante. No existía el *Post* de Washington, no se acordaba de su padre, ni de Fletcher Harrison Coe, ni de Neal Gleason, ni de los embalajes de transporte de cadáveres. Allí sólo había una docena de tipos haciendo algo que les gustaba y que se les daba bastante bien. No significaba nada, y aquello era lo que lo hacía tan importante.

Se marchó a eso de las diez y fue caminando hacia el aparcamiento. Se sentía bien, cosa que resultaba bastante sorprendente, porque en cuanto había salido del edificio le vino a la cabeza que se encontraba en un callejón sin salida. No tenía ni idea de qué hacer a continuación. No sabía qué hacer con Kopervik. Ni con Annie. Ni con nada de aquello. Y de pronto aquello volvió a importarle.

Pero hacía una noche preciosa, por lo que se quedó un momento parado al lado del Saab, apreciándola. Un avión pasó despacio junto a Orion. Se movía con una lentitud imposible. Frank lo estuvo observando durante un rato y decidió que no era un avión. Quizá fuera un cometa, pensó. O...

La Panoptikon Satellite Corporation estaba situada en Herndon, a sólo tres o cuatro kilómetros del aeropuerto de Dulles. Era una empresa pública cuyo producto era el reconocimiento: imágenes vía satélite con una matriz de resolución de un metro. Su clientela era una mezcla de países tercermundistas que no podían permitirse tener sus propios satélites, compañías de exploración de minerales, grupos medioambientales, negocios agrícolas, pesquerías comerciales y también medios de comunicación. Entre otras cosas proporcionaba información del clima.

Y no era barata. Frank se sintió culpable por gastar el dinero de la fundación en un reportaje que le habían dicho que dejase correr, pero no iba a pagarlo de su bolsillo... y era algo que tenía que hacer.

Le dijo a la empleada lo que quería, le dio las coordenadas de Kopervik y la fecha que había calculado de la llegada del *Rex Mundi* a Edge. La empleada tecleó la información en el ordenador, aguardó unos instantes y le anunció:

—No hay problema. Fotografiamos el archipiélago de Svalbard dos veces al día, y parece ser que tenemos imágenes de archivo que se remontan

a tres años atrás.

Veinte minutos después la empleada regresó con una fotografía de 36 x 48 en blanco y negro que todavía estaba un poco húmeda. A lo largo del borde superior derecho había una banda continua de imprenta, que repetía el sello fecha/hora y las coordenadas de la posición. Depositó la fotografía sobre una mesa adecuada para inspeccionar documentos y dejó caer una pesa forrada de fieltro en cada esquina.

La estuvieron mirando juntos.

Al cabo de un momento la mujer se echó a reír y dijo:

—Mire.

Y señaló con el dedo índice una mancha oblonga cerca de la esquina derecha de la fotografía.

Frank entornó los ojos.

—¿Qué?

—Eso. —Puso una uña larga, curvada y elaboradamente pintada junto a una forma ovalada que a primera vista parecía un defecto del papel—. Es un oso polar —le indicó la empleada—. Ya los he visto antes.

Colocó una lupa sobre la fotografía y le pidió que echase un vistazo.

Tenía razón. Se trataba de un oso. Pero a Frank le interesaba más Kopervik en sí: el grupo de edificios, la iglesia y el helicóptero. Con la lupa se podía ver que el helicóptero se había posado en medio de una niebla de nieve que levantaban sus propios rotores. Al parecer, éstos estaban girando cuando se tomó la fotografía desde el espacio.

Volvió de nuevo la vista a la aldea y fue capaz de distinguir, en medio de los demás edificios, la forma de la pequeña capilla, con su torre truncada pero reconocible. Y cerca de la capilla, una dispersión de puntos negros. Supuso que se trataba de Annie, de Kicklighter y de los muchachos de la Administración Nacional de la Atmósfera y los Océanos.

Estaban reunidos formando un pequeño grupo cerca de una zona oscura, donde la capa de nieve que cubría el suelo se veía removida. Ahora que los ojos se le habían adaptado a aquella panorámica a vista de pájaro, Frank comprendió que aquello era el cementerio que se encontraba junto a la capilla. Pudo distinguir la pared de piedra que lo rodeaba, vio la forma geométrica cuadrada con claridad, incluso debajo de la nieve. Utilizando la

lupa, enfocó los manchones regularmente espaciados que debían de ser las lápidas y, cerca, una zona oscura que parecía como emborronada. Había cajas o troncos, un revoltijo de madera o...

Ataúdes. Un revoltijo de ataúdes.

Frunció el entrecejo. Era exactamente lo que esperaba ver, y sin embargo... había algo en aquella escena que lo molestaba. Dio algunos golpecitos con los dedos sobre la mesa y pasó varios minutos más mirando fijamente aquella fotografía tomada por el satélite; acercaba y alejaba la lupa en un intento de ver mejor, pero ésta se negó a proporcionarle más información. Miró la fecha que se extendía por el borde superior, y una vez más movió la cabeza. Había elegido la fecha calculando hacia atrás desde la llegada del *Rex Mundi* a Hammerfest.

Era un viaje de tres días, así que... al parecer, la expedición llevaba adelanto sobre lo previsto. Parecía que la exhumación no había ocupado tanto tiempo como en principio habían calculado. Y estaba claro que había sido el último día que habían pasado en Edge. Tenía que serlo por fuerza, de lo contrario no habrían podido regresar a Hammerfest cuando lo habían hecho. Además, no se veían tiendas de trabajo en el emplazamiento, así que debían de haber regresado ya al *Rex Mundi* a la hora en que había sido tomada la fotografía. Y el resto del material también, porque no aparecía por ninguna parte.

Movió la lupa hasta ponerla encima del helicóptero, buscando las cajas donde debían trasladarse los cuerpos, pero aquella zona se veía borrosa a causa de la nieve que se arremolinaba. Y además, pensó Frank, la tripulación no habría almacenado primero el material para después regresar a buscar los embalajes de los cuerpos. Éstos habrían sido lo primero que habrían llevado a la sala fría de la bodega.

Quitó las pesas forradas de fieltro de las esquinas de la fotografía y se quedó mirando cómo el papel de la foto se curvaba formando un cilindro. La empleada lo enrolló con pericia hasta que el diámetro de la fotografía enrollada fue lo bastante pequeño como para meterlo en un tubo de cartón que llevaba el logotipo de la Panoptikon. Luego le puso una tapa de plástico en el extremo abierto y le extendió a Frank una factura por doscientos ochenta y nueve dólares con cuarenta y seis centavos.

Se encontraba a medio camino de vuelta a su apartamento cuando se le ocurrió. En algún lugar de Bandarland, justo antes de llegar a la Chain Bridge Road, pensó: «Espera un minuto.» Y pisó el freno. El tipo que circulaba detrás de él se puso furioso, pero Frank ya había dado la mitad de la vuelta en forma de U con intención de regresar a Herndon.

—Quiero volver allí —le dijo a la empleada.

—¿Disculpe?

—Las mismas coordenadas, pero un mes antes. El veintiocho de febrero o algo así...

La mujer lo miró, se encogió de hombros y se puso a teclear en el ordenador.

Media hora después, Frank miraba la segunda fotografía, que era exactamente igual que la primera excepto por el helicóptero, Annie y sus amigos.

Puso la lupa sobre el cementerio. Las erupciones oscuras aparecían en el mismo sitio, y también el revoltijo de ataúdes. Miró la banda de la fecha, sólo para comprobar y asegurarse de que la empleada no se había equivocado. Pero allí estaba: las 11:47 del 28 de febrero de 1998. A esa hora, Annie y Kicklighter todavía no habían salido de Estados Unidos. Y sin embargo los cuerpos no aparecían, y los ataúdes se veían apilados en un montón.

Era la confirmación de aquella posibilidad lo que lo había impulsado a dar la vuelta en forma de U cerca de la Chain Bridge. Hasta entonces había tratado de explicarlo todo. ¿Que habían vuelto demasiado pronto a Hammerfest? Bueno, seguramente las cosas habrían ido sobre ruedas en el emplazamiento.

Lo que finalmente le había dado la pista fueron los ataúdes. Estaban allí, puestos de cualquier manera sobre la nieve. Annie le había explicado los esfuerzos que había tenido que hacer hasta obtener el permiso para poder exhumar los cuerpos. Primero había tenido que identificar a los mineros, seguir el rastro para localizar a sus familias y contactar con éstas a fin de que le dieran permiso para desenterrar a sus parientes; luego había tenido que conseguir que la Iglesia luterana se mostrase de acuerdo en que destrozor aquel cementerio era algo que servía al interés público. Frank

estaba seguro de que, en cuanto el Instituto Nacional de Salud hubiera terminado con los mineros, éstos volverían a ser enterrados en tierra firme.

Todo se había dispuesto de la manera más apropiada, y casi respetuosa. Sencillamente, no podía imaginar que Annie se tomase todas aquellas molestias para luego poner los ataúdes en un montón, como si fueran leña.

Alguien había llegado antes a Kopervik. Y se había llevado a los mineros. Se quedó pensando en ello durante un momento y luego regresó al mostrador.

—Vuelva a hacerlo por mí —le pidió a la empleada—. Un mes antes. El veintiocho de enero estaría bien.

Ella lo miró.

—¿Sabe usted? La mayor parte de la gente no encuentra que esto provoque adicción. —Se puso a teclear sobre el ordenador y luego movió la cabeza a ambos lados—. Y de todos modos, yo no lo haría en el mes de enero... no en esa latitud. A menos que le interese en infrarrojos.

—¿Por qué?

—Es de noche todo el día. Si hubiera luces podrían fotografiarse, pero...

Frank negó con la cabeza.

—No, es un pueblo fantasma.

—¿Entonces...?

—Pruebe el veinte de noviembre del noventa y siete.

Tardó tres horas más, y cuando hubo terminado, la cuenta ascendía casi a dos mil ochocientos dólares.

Había ido retrocediendo mes a mes hasta encontrar lo que sabía debía de haber allí: la capa de nieve prístina, las tumbas intactas. La fecha era el 20 de agosto de 1997.

Lo cual significaba que los cuerpos se habían desenterrado entre esa fecha y el 20 de setiembre, cuando el cementerio estaba ya como aparecía en los meses siguientes hasta la llegada de Annie en helicóptero.

Una vez que tuvo el marco temporal, fue sólo cuestión de buscar día a día la fecha real de la exhumación, que resultó ser el 9 de setiembre.

Había una grúa pequeña en el cementerio, una Bobcat, y el rectángulo marcado con estacas de una tienda. También había un helicóptero parado detrás de la iglesia, y media docena de personas en el cementerio. Por mucho y por muy intensamente que mirase a través de la lupa, no había manera de poder identificar a ninguna de aquellas figuras borrosas y granuladas que se encontraban de pie junto a las tumbas.

Trasladó la lupa hasta el helicóptero, cuyo tamaño permitía una mínima resolución. El helicóptero tenía forma de libélula y descansaba sobre la nieve, aproximadamente a unos veinte metros de la iglesia. Frank examinó con detenimiento el fuselaje de la máquina en busca de alguna marca identificativa, pero no encontró ninguna. Sencillamente, la resolución de la fotografía no era lo bastante buena. Cansado del proceso, se recostó en el asiento y se frotó los ojos.

Cuando los abrió un momento después, vio, o se lo imaginó, algo que no había percibido antes: una rejilla. O, más exactamente, una especie de rejilla que había en la parte de atrás del fuselaje del helicóptero. Levantó la lupa, la sostuvo por encima de la fotografía y comenzó a moverla arriba y abajo en busca de la ampliación ideal.

Sin embargo, no existía lo que buscaba. Sea lo que fuera lo que había visto, o lo que creía haber visto, estallaba bajo la gruesa lente de la lupa; las líneas y los bordes se separaban como si la lupa fuera una centrifugadora. Frustrado, retiró la silla y se acercó al mostrador. Medio aturdido e intentando darle sentido a lo que había encontrado, cargó la cuenta a su tarjeta Visa y salió a la calle en dirección al coche; llevaba consigo un grueso tubo de fotos vía satélite.

Ahora, por lo menos, sabía *qué*, *cuándo* y *dónde*. Alguien había llegado a Kopervik antes que Annie y que el *Rex Mundi*. Por eso estaba allí Gleason para recibir al barco. Por eso habían vuelto con las manos vacías. Y por eso se había levantado un muro alrededor de aquel asunto.

Sólo quedaban dos preguntas.

¿Quién? y ¿por qué?

OceanofPDF.com

Capítulo 14

Alguien se les había adelantado. Cuando la expedición llegó al cementerio, los cuerpos habían desaparecido.

Iba sentado en el coche por Chain Bridge, sin ir a ninguna parte, sin escuchar realmente el disco compacto que sonaba, un *blues* de Cape Verde. Miraba fijamente hacia adelante, a una larga cola de luces traseras cuyos reflejos cubrían el asfalto mojado como charcos de sangre. Había un buen atasco de tráfico. Los limpiaparabrisas sonaban al moverse de un lado a otro. De vez en cuando se veía el destello de un relámpago entre las cortinas de lluvia.

Pensó que lo más seguro es que hubiese un accidente en la carretera, un poco más adelante. Luego pensó que tenía que cambiar los limpiaparabrisas. Pensó que la ventanilla trasera se estaba empañando. Pero en lo que por lo visto no podía pensar era en las implicaciones de lo que se había enterado en la Panoptikon. En cambio seguía viendo las imágenes en sí: el grupo de formas rectangulares que era el revoltijo de ataúdes, las manchas oscuras de las tumbas excavadas.

No quería pensar, eso formaba parte de ello. Había estado persiguiendo un reportaje normal, el típico artículo atractivo en el que el intrépido reportero pone al descubierto una alianza atroz entre científicos y militares. Había creído saber cuál era el argumento, pero de pronto el marco de referencia de Frank había desaparecido, y ahora no tenía ni idea de qué hacer. Y además aquello empezaba a darle miedo.

Se puso a tamborilear con los dedos sobre el volante. ¿Quién? ¿Por qué?

Por otra parte, las fotografías explicaban muchas cosas: aquel derrotado arrastrar de pies de Kicklighter al bajar por la pasarela del *Rex Mundi*, la mirada espantada de Annie y la negativa de ésta a hablar de Kopervik, la

presencia de Gleason en Hammerfest. Y también explicaban la conexión existente con el Pentágono, la financiación del Compass Trust. Por otra parte... no, en realidad no explicaban nada.

La fila de coches situada delante de él no se movía, y a lo lejos podía oír el ulular de las sirenas. Intentó organizar sus pensamientos acerca de las fotografías de la Panoptikon. En su mayor parte no eran pensamientos, sino preguntas, las mismas preguntas: ¿quién abrió las tumbas y por qué?

Cavar en el permafrost era tan difícil como cavar en la roca: se tardaban días en llegar a cualquier parte, incluso con herramientas especiales. Y Kopervik se hallaba en un lugar tan remoto que igual podía haber estado en otro planeta. Lo cual significaba que lo que había pasado allí era mucho más que una profanación de tumbas. Alguien, y además alguien con los bolsillos bien llenos, quería quedarse con aquellos cuerpos. Y el único motivo para querer aquellos cadáveres en particular era conseguir el virus que albergaban. Y eso sólo podía significar que las personas que habían robado los cadáveres querían cultivar el virus, exactamente igual que esperaban poder hacer Kicklighter y Adair.

Pero ¿por qué?

No para estudiar las capas de proteínas. Annie habría tenido conocimiento de cualquier expedición de ese nivel que se hubiera realizado y cuyo destino hubiese sido Kopervik. Puesto que ella había llevado a cabo todo el trabajo preparatorio, la habrían consultado aunque sólo fuese por cuestión de cortesía profesional, y quizá la hubiesen invitado a participar. Y si no a Annie, al menos habrían informado de ello a la Fundación Nacional de Ciencias. Y también lo habrían sabido los representantes de la compañía minera y las familias que habían dado el permiso para exhumar los cuerpos.

Entonces, ¿qué pasaba?

Jugueteó con la idea de que quizá hubiese sido una compañía farmacéutica la que había ido tras el virus con la esperanza de fabricar una vacuna. Sin embargo, ¿para qué iba nadie a inventar una vacuna contra un virus que ya no existía, o que existía sólo bajo el permafrost del Círculo Polar Ártico? No lo harían. Nadie lo haría.

Entonces... ¿quién? ¿Y por qué?

¿Por qué buscar una cepa de gripe que era legendaria por su virulencia? Bueno, eso no era tan difícil, pensó Frank. Si no iban a estudiarlo y si tampoco iban a hacer una vacuna, entonces el único motivo para ir a buscar los cadáveres era extraer el virus para hacer un arma biológica.

Y qué arma. Puesto que era una infección que se transmitía por el aire, resultaba contagiosa de un modo espectacular, y lo que era más...

Un bocinazo que venía de atrás sacó a Frank de su ensimismamiento, y se dio cuenta de que veinte metros lo separaban de las débiles luces del coche que tenía delante. Al parecer por fin el tráfico había empezado a moverse. Se encorvó hacia adelante en el asiento; el parabrisas se había perlado de gotas a causa de la lluvia torrencial, por lo que a duras penas resultaba transparente. Después de cruzar el puente subió por Arizona y luego bajó por Nebraska. En el Ward Circle unos estudiantes de la Universidad Americana cruzaban por la complicada intersección chapoteando, atolondrados y empapados.

¿Quién habría sido? Los candidatos más evidentes eran los militares. Según había descubierto él mismo, habían sido los militares, o por lo menos la sección de Inteligencia que se dedicaba al espionaje, los que habían patrocinado en secreto la expedición. Y eso era algo que no habrían hecho si ya hubiesen exhumado los cadáveres.

Terroristas, entonces. Eso, ciertamente, explicaría la presencia de Neal Gleason. Pero no. Dados los recursos que se necesitaban para montar una expedición a Kopervik, una expedición que bien podía ser que no diese otros frutos más que la congelación de algunas personas, lo más probable era que hubiera sido una de las naciones enemigas. Irán, Iraq, Libia. Los mismos sospechosos de siempre.

Pero Frank no creía que fuera así. Había algo mal en el análisis que había hecho, algo que se le pasaba por alto. Pero... ¿qué era?

A dos manzanas de su apartamento se detuvo en Mixtee y salió diez minutos después con un envase de arroz y bistec. Al regresar a casa arrojó las fotografías tomadas vía satélite sobre la mesita del café y se sentó delante del televisor; pasó de un canal a otro hasta que encontró el partido de los Bulléis. O de los Wizards. O como quiera que se llamasen aquella semana. Miró cómo Strickland servía un pase sin mirar a Webber, que subió

buscando un mate al revés. Una jugada «guapa», pero en ese momento apareció el marcador en la pantalla y vio que Indiana iba ganando por dieciséis.

Apagó el aparato. De todos modos en ese momento no tenía la cabeza para aquello. Todavía seguía preocupado por las fotos del satélite y la sensación de que había algo en ellas que no cuadraba. Pero ¿qué?

Tuvo la idea de que quizá lo averiguase si repasaba las anotaciones y archivos que tenía sobre la gripe. Y mientras acababa de comer, ¿por qué no escuchar algunas cintas de las que tenía con entrevistas? Quizá hubiese en ellas algo que le refrescase la memoria. Rebuscó en la caja de casetes que tenía en la parte de atrás del archivador hasta que encontró lo que buscaba: «Gripe/entrevista Adair//3/8/98.» Metió la cinta en el reproductor. Cogió una cerveza y una botella de salsa yucateca y se puso a escuchar la cinta.

—No es intencionado. Utilizan células del portador para reproducirse, y en el proceso matan a las células. El hecho de que hagan que uno se ponga enfermo es un efecto secundario. El virus ideal no tendría por qué hacer enfermar a nadie,

—¿Ah, no? Yo creía que ésa era su raison d'être.

(Risa.)

—No. Tienen la misma razón de ser que nosotros, biológicamente hablando. Tienen tendencia a ser más, a reproducirse... De modo que si matan al portador, es que no son eficientes.

Frank negó con la cabeza. ¿Cómo podía encontrar lo que buscaba si no sabía lo que era? Hizo que la cinta avanzase de prisa. Annie estaba diciendo:

—Ahora bien, la viruela es tan estable que podríamos ponerla en un pedazo de papel y meterla en un archivador, y podría sobrevivir durante décadas. Siglos. Es una preocupación para los antropólogos, ¿sabe? Cuando desentierran momias.

—Pero la gripe...

—*Eso es otra historia,*

Apagó el aparato y se puso en pie. Con aquella cinta no iba a ninguna parte. Mejor ir a ver la fuente en persona.

La casa de Annie se encontraba a unos palmos por encima del nivel del suelo. Frank se sentó en la parte superior de las escaleras de la entrada mientras la esperaba. Finalmente, Annie subió los escalones riendo mientras hablaba con una mujer morena y menuda; ambas iban cargadas con bolsas de plástico llenas de comestibles. Esta vez Annie llevaba puestas unas sandalias, una camiseta de Hoyas de un color rojo descolorido y unos Levi's con las rodilleras rotas. De algún modo a Frank le dio la impresión de que las rodilleras estaban desgastadas realmente por el auténtico uso y no por cuestión de moda. La mujer menuda lo vio primero y le puso una mano en el brazo a Annie. Ésta dejó de andar, la risa se le apagó y la expresión de su rostro pasó velozmente por algunos cambios interesantes: durante una fracción de segundo pareció contenta de verlo, antes de estancarse en una especie de sonrisa cautelosa.

—¿Va a convertirse esto en algo regular? Porque si es así, quizá te convenga cenar mientras esperas.

—Es que quería enseñarte una cosa —le dijo Frank al tiempo que daba unos golpecitos con los dedos en las fotografías realizadas por el satélite.

—Bueeeno —aceptó Annie.

La otra mujer se quedó parada en la puerta con la intención de satisfacer su curiosidad. A Annie no le quedó más remedio que presentarlos.

—Frank, ésta es Indu. Es mi compañera de piso.

—¿Y Frank? —preguntó Indu con cierta coquetería.

—Frank es periodista —le explicó Annie.

Indu le dirigió a Frank una sonrisa de compromiso y, tras dirigirle también a Annie otra sonrisa, en este caso divertida, entró en la casa.

Annie se volvió hacia Frank.

—¿Qué querías enseñarme?

—Fotografías de satélite.

—¿Qué?

—Imágenes tomadas por satélite. Una panorámica a vista de pájaro.

—¿De qué?

—De Kopervik. El veintiséis de marzo, hacia la una de la tarde. Tú pareces un punto.

—¿Hablas en serio?

Frank asintió con la cabeza.

—Ya sé lo que encontrasteis.

Annie lo miró con frialdad, preguntándose si aquello sería un truco y, de serlo, cómo podía Frank subestimarla de aquella manera.

—¿De veras? —le preguntó con la voz cargada de sarcasmo.

—Sí.

—¿Y qué encontramos?

—*Bupkis*.

—¿Qué?

—Que los cuerpos ya habían desaparecido. Alguien se os adelantó.

Annie se quedó mirándolo durante un buen rato y luego lo invitó a entrar.

—No creo que debamos hablar de esto en la calle.

E incluso dentro, con las fotografías desplegadas sobre la mesa de la cocina, las esquinas sujetas con libros, Annie todavía mostraba ciertas dudas para hablar de ello.

—Estoy seguro de que Gleason te hizo firmar algo. Pero eso ahora no tiene mayor importancia, a menos que ocultes algo. —Dio unos golpecitos sobre las fotografías—. ¿O se trata de esto?

Annie inclinó la cabeza y miró.

—Sí —reconoció—. Me produjo una fuerte impresión. Y supongo que todavía me dura.

Frank sacó la segunda fotografía del tubo y la puso encima de la primera, volviendo a sujetarla con los libros.

—Así estaban las cosas cuatro o cinco meses antes —le dijo Frank—. El siete de setiembre. —La nieve se veía prístina e intacta—. Y ésta otra —continuó al tiempo que desenrollaba la tercera fotografía—, es el nueve de

setiembre. —Puso la tercera fotografía encima de las otras dos, las sujetó con los libros y añadió—: Y es cuando ocurrió.

Se quedaron mirando la fotografía durante un buen rato. El suelo se veía levantado y los ataúdes estaban en un montón. Un helicóptero se había posado en la nieve, no lejos de la iglesia. Finalmente Annie dijo:

—Así que hacía meses que habían desaparecido cuando nosotros llegamos.

Frank asintió.

—¿Y quién lo hizo? —le preguntó ella.

Frank la miró como diciendo: «Si yo tuviera la respuesta a esa pregunta...»

Sonó el teléfono, y luego volvió a sonar. Ninguno de los dos se movió hasta que Indu le gritó a Annie desde arriba que su madre la llamaba por teléfono. Ésta sonrió y puso los ojos en blanco, pero una vez que cogió el teléfono, quedó claro que su madre era también su mejor amiga. La charla entre ellas era franca y animada, juvenil y dulce.

—Oh, noooooo —le decía Annie—. Bromeas.

Mientras hablaban, Frank pensaba que quizá debiera escribir el artículo ya, sólo escribirlo... en vez de tratar de resolverlo. Aunque no tuviera todas las respuestas, era una noticia de primera página. Una gran noticia. Y si la publicaba, los agentes secretos tendrían que responder. Gleason y compañía quizá pudieran darle esquinazo a él, pero no podrían esquivar a toda la prensa.

Por otra parte, una vez que escribiera el artículo, la noticia ya no sería suya. Desde ese punto de vista era mejor esperar hasta asegurarse de que había llegado todo lo lejos que podía llegar. Y de momento no estaba seguro de eso... en absoluto. Todavía había cosas que podía hacer, preguntas que podía imaginarse respondiendo. Por ejemplo, ¿qué clase de arma podía fabricarse con la gripe española? Había personas que podrían darle la respuesta a eso; en realidad conocía a un tipo que le daría toda la información necesaria a ese respecto. Lo había conocido hacía dos años, en un congreso sobre terrorismo que había tenido lugar en Baltimore. Todavía podía verle la cara, una cara ancha, con pómulos altos, el pelo negro. Un

nombre curioso. Se llamaba... tenía un nombre gracioso. ¿Quién era aquel tipo?

Annie salió de la habitación y poco después regresó con el estuche de las lentillas. Todavía hablando con su madre, se quitó una lentilla de cada ojo. Cuando levantó la mirada hacia Frank, éste vio que ella tenía la mirada extraviada y desenfocada de los que son muy miopes.

Le hizo una pequeña seña con la mano, como diciéndole que seguía allí, y vio que ella sonreía.

—Tengo que dejarte —le dijo Annie a su madre por el teléfono. Y luego añadió—: ¡Te quiero! Sí, yo también te quiero.

Le dio un beso al teléfono antes de colgar. Al regresar a la mesa se frotó el ojo con un nudillo y se quedó mirando con ojos de miope la fotografía tomada por satélite.

—Bueno, será mejor que me vaya —le indicó Frank—. Hay mucho que hacer.

Empezó a quitar los libros de las esquinas de las fotos cuando Annie le puso una mano en la manga.

—Espera, espera, espera —le dijo—. Espera.

Frank se quedó mirándola y luego dirigió la mirada a la fotografía. Finalmente le preguntó a Annie:

—¿Qué?

Annie apuntó con un dedo al helicóptero. Fotografiado desde arriba, el fuselaje mostraba una especie de lágrima alargada, y las hojas oscuras del rotor se dibujaban sobre la nieve.

—Mira eso —le indicó ella.

Frank ladeó la cabeza y se puso a mirar con los ojos entornados.

—¿El qué? ¿Te refieres al helicóptero?

—A las rayas.

Frank miró la fotografía con más atención.

—¿Qué rayas?

—Las del fuselaje.

Frank estuvo mirando la fotografía durante un rato y luego hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No veo ninguna raya.

—Ahí.

Annie apuntó hacia una mancha borrosa de puntos cerca de la parte trasera del fuselaje.

Frank se esforzó más al mirar.

—Sigo sin verlas.

—Es una bandera de Estados Unidos.

—¡Anda ya! —¡Tienes que entornar los ojos!

Él lo hizo así. Y se echó un poco hacia atrás sobre los talones.

—Me paso la mitad de la vida así, sentada a oscuras, mirando por un microscopio electrónico mientras trato de captar imágenes de fotos mucho más borrosas que ésta. Te digo que esto es una bandera —repitió Annie—. Una bandera norteamericana. —Le cogió la mano a Frank y, con el dedo índice de éste, fue trazando un pequeño rectángulo en el aire por encima de la fotografía—. Las rayas van así —le explicó mientras dibujaba unas líneas paralelas sobre el fuselaje del helicóptero—. ¿Lo ves?

Tenía razón. Era la «reja» que él había visto en Panoptikon. Las líneas paralelas eran rayas y, una vez que uno las buscaba, era difícil que pasaran desapercibidas... pero imposibles de ver a través de una lupa.

—Ahora sí que estoy hecho un lío —reconoció Frank—. No me cuadra. En absoluto.

—¿Crees que es un helicóptero militar?

Frank se encogió de hombros.

—Pudiera ser. O puede que no. Quizá sea de un barco que lleva bandera norteamericana.

Annie se encaramó en un taburete.

—No lo entiendo —dijo al tiempo que se esforzaba por reprimir un bostezo.

—Dime una cosa —le pidió Frank señalando con la cabeza hacia la fotografía—. Si Kopervik estaba aquí, ¿dónde estaba vuestro barco, el *Rex Mundi*?

Annie lo estuvo pensando durante un momento; luego señaló hacia un punto situado sobre la mesa, a un par de palmos a la izquierda de la foto.

—Por aquí más o menos. Tuvimos que ir allí en vehículos especiales para la nieve. Tardamos mucho en llegar.

Frank miró con los ojos entornados a los puntos un rato más, para convencerse a sí mismo de que formaban rayas, desde luego. Luego quitó los libros de los extremos de las fotografías y dejó que se enrollasen solas. Finalmente las volvió a meter en el tubo. Consideraba la idea de que quizá podría volver a la Panoptikon y tratar de encontrar alguna imagen del lugar donde había anclado el barco.

—¿Cómo se llamaba el puerto? —le preguntó a Annie.

Ésta hizo un gesto negativo con la cabeza.

—En realidad no era un puerto. Y estoy segura de que no tenía nombre. Sencillamente nos limitamos a echar el ancla allí... frente a la costa.

Se acabó aquella idea, pensó con alivio. Su tarjeta Visa estaba ardiendo, y tenía serias dudas de que la fundación aprobara el dinero que ya se había gastado; y mucho menos iba a financiarle una segunda ronda.

Annie lo acompañó a la puerta; todavía bostezaba, y se disculpó.

—Es que me he levantado a las seis.

—Hay una cura para eso, ya lo sabes.

De pronto sintió deseos de besarla. Pero justo cuando se inclinaba hacia ella, Annie saltó hacia atrás y empezó a hablar a toda prisa; le dijo que se alegraba de que Frank supiera todo lo que ella había hecho. Así por lo menos ya no habría aquel muro entre ellos; de manera que le pidió por favor que la llamase y le contase cualquier cosa que descubriera. Luego tiró de él hacia la puerta y más o menos lo empujó a la calle. A Frank aquello le recordó sus tiempos de instituto.

El nombre del tipo gracioso era Thomas R. Deer, y era gracioso porque la inicial R era la abreviatura de Running, de modo que Running Deer significaba Ciervo Corredor. Era un indio siux de espaldas anchas del este de Montana, experto en armas químicas y biológicas. Tenía el despacho en la séptima planta del Instituto de Estudios de Seguridad Nacional, en la acera de enfrente de la parada de metro de Bethesda.

Frank le dijo a la recepcionista cómo se llamaba y se sentó en la elegantemente decorada antesala dispuesto a esperar, hojeando un ejemplar del *Economist*.

Había conocido a Deer en un congreso patrocinado por el Colegio de Guerra del Ejército. El tema algo así como «Protección urbana contra el terrorismo: manejo y consecuencias de las crisis». La mayor parte del tiempo se empleó en discursos que pronunciaban unos tipos musculosos y bastante bordes del Pentágono y científicos serios de asesorías privadas. Había muchas personas vestidas con traje, personas de la Casa Blanca, de Agricultura, de Justicia, de Defensa y algunos de la Lockheed, de Cal Tech y de Brookings. Había una mujer del laboratorio del FBI y alguien de la Academia de Médicos de Emergencia. Pero los que más le habían interesado a Frank eran mucho menos civilizados, aunque estaban más en peligro. Eran los «primeros en responder a las situaciones de crisis»: el jefe de bomberos de Arlington, la enfermera de Fairfax, aquel hombre de aspecto preocupado de la Oficina de Servicios de Emergencia de Nueva York.

Eran los que harían la *mise-en-scène*, y no eran optimistas. Los primeros en responder a un ataque con armas químicas serían probablemente las primeras víctimas del mismo. ¿Y qué podían hacer, en cualquier caso? Además había un número limitado de ambulancias, de habitaciones de hospital, de espacio en el depósito de cadáveres. Una vez que se hubiese utilizado una ambulancia, habría que descontaminarla, lo que significaba que quedaría fuera de servicio. Y lo mismo ocurría con las salas de urgencias y con el personal que las atendía. ¿Hasta qué punto podían comportarse con eficacia si llevaban puestos trajes protectores contra el riesgo de contaminación biológica? La verdad era que un ataque con gas tan sólo en un rascacielos paralizaría el sistema sanitario de Nueva York en menos de una hora.

Y un ataque biológico sería aún peor, porque el holocausto no se haría aparente hasta que hubieran transcurrido días. Aparecería, poco a poco primero y luego como una inundación, en una sala de urgencias tras otra, hasta que fuese demasiado tarde para hacer otra cosa que no fuera enterrar a los muertos. O quemarlos. Y para entonces, dependiendo del patógeno que se usase, los propios empleados de los hospitales estarían muriendo también.

Era esa clase de congresos que se le quedaban a uno grabados en la mente.

—¿Frank? —Deer se asomó por la puerta, resplandeciente con lo que parecía un traje de Armani—. ¡Ya me parecía que eras tú! Acompáñame.

Caminaron sin hacer ruido por el pasillo enmoquetado, hablando de menudencias acerca del *Washington Post* y de un pequeño restaurante *funky* cerca del mercado del Este donde se encontraban las mejores empanadas de cangrejo de la ciudad. Cuando llegaron al despacho, Deer le indicó que se sentase en un sillón de orejas tapizado de piel, y él se instaló detrás de un amplio escritorio de caoba. A sus espaldas un ventanal que ocupaba la pared entera ofrecía una vista de la capital.

Continuaron con aquella charla trivial durante un par de minutos mientras se ponían al día de sus respectivas carreras profesionales, hablando de los lugares a donde los había llevado el trabajo a lo largo de los dos últimos años. Deer fue el primero en ir al grano.

—Bueno, ¿qué ocurre? —le preguntó a Frank.

Éste se encogió de hombros.

—Estoy trabajando en un reportaje que es algo bastante fuera de lo común —le explicó—. Y he pensado que quizá podrías ayudarme un poco.

Frank tardó unos diez minutos en exponerle toda la historia; lo hizo de una manera que resultaba casi divertida, empezando con el vuelo a Murmansk y su estancia en el Chernomorskaya. Deer se echó a reír al oír la descripción que Frank hizo del hotel, pero a medida que éste continuaba adelante con la historia, empezó a arrugar la frente.

—¿Estás seguro de que el FBI está enterado de esto? —le preguntó Deer.

Frank asintió.

—Sí, lo saben. Y también el Pentágono.

El asesor gruñó.

—Vale. ¿Y quién se llevó los cuerpos?

—No lo sé —le confesó Frank—. Durante un tiempo pensé...

—Que habían sido los iraquíes.

Frank pareció sorprendido.

—¿Cómo lo has acertado?

—Porque eso es lo que cree todo el mundo. Siempre piensan que lo han hecho los iraquíes, sea lo que sea.

—Pero tú no.

—No. ¿Por qué iban ellos a querer una cosa así?

Frank se encogió de hombros.

—No sé. Porque es tan letal...

Deer no parecía convencido.

—Lo de «letal» es relativo —dijo—. Y con un patógeno como la gripe habría que mirar un montón de trabajo preliminar para convertir en arma el virus. Habría que tomarse un montón de molestias...

—¿Qué quieres decir con lo de «convertirlo en arma»?

—Los diferentes microbios tienen características diferentes. Algunos son prácticamente indestructibles, otros se mueren en seguida. Si quieres convertir un patógeno en arma, lo más probable es que tengas que cultivar una cepa particularmente virulenta. Impulsar lo que llamamos los «factores reforzantes de la mortalidad». Averiguar el método óptimo de dispersión. Eso es lo que queremos decir con lo de «convertirlo en arma». Y hay docenas de microbios y toxinas que han sido investigados en cuatro días y que no resultan nada difíciles de conseguir. No hay necesidad alguna de ir al Ártico.

—¿Qué clase de microbios y toxinas?

—Ántrax. Botulin.

Frank tomó nota.

—¿Pueden comprarse?

Ahora fue Deer quien se encogió de hombros.

—Si trabajas en el laboratorio de una universidad o en uno comercial, o incluso si tienes un membrete falso que diga que eres científico, sí, puedes conseguir lo que quieres por correo. Fiebre Q, tularemia, peste... te lo enviarán por correo, FedEx. Pero lo que quiero resaltar es lo siguiente: si buscas una arma biológica, ¿qué necesidad hay de volver a inventar la rueda? La literatura divulgativa está llena de cosas... incluidos algunos datos sobre los sistemas de propagación^

—¿Como qué?

Frank escribía rápidamente en la libreta.

—Con aerosoles. Y con garrapatas. Y con murciélagos. Y con bombas...

—¿Con murciélagos?

—¡Claro, hombre, con murciélagos! Y también con palomas. ¡Y con delfines!

—¿Y cómo lo hacen...?

—Se les atan cosas.

—¿Qué cosas?

—Pequeñas bombas de porcelana.

—Bromeas.

Deer le sostuvo la mirada con tranquilidad.

—¿Te parece que estoy de broma?

Frank se removió en el asiento.

—Pero ¿qué quieres decir? ¿Y la gripe...?

—No sería una gran arma. No.

—¿Por qué no?

—Pues básicamente por un motivo —dijo Deer—. Si libras una guerra, te enfrentas a unidades militares en el campo de batalla. Así que querías algo que tuviera un efecto inmediato, algo que abatiera a la gente. Como el gas.

—¿Y si quisiera atacar a la población civil?

—¿Quieres decir como Saddam y los kurdos?

—Sí —convino Frank—. Algo así. O también en un escenario terrorista.

Deer dio la vuelta en el sillón giratorio y se puso a mirar la ciudad de Washington.

—Seguirías buscando algo que pudieras controlar, algo que pudieras utilizar sin necesidad de llevarte por delante todo el planeta.

—¿Como qué?

—Ántrax pulmonar. Con el ántrax pulmonar podrías hacer algunas exigencias verdaderamente fuertes.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de especial?

—Bueno, es un germen fantástico; quiero decir que es literalmente fantástico. Asusta muchísimo a la gente. Y es un patógeno con el que se

podría trabajar. Podrías mostrar a la gente lo que eras capaz de hacer, y lo que podrías dejar de hacer, que es igual de importante.

—Así que harías una demostración, y para ello eliminarías una ciudad...

—O un pueblo. O incluso un edificio. No tendrías que hacer mucho más para conseguir atraer la atención de la gente. Con ántrax pulmonar ni siquiera se puede enterrar a los muertos. Hay que quemarlos.

—¿Por qué?

—Porque el agente que infecta es tan frágil como un canto rodado. Es una espora. Aunque lo hiervas da igual.

Frank asintió.

—Muy bien. ¿Y con la gripe...?

—No podrías amenazar a nadie con ella. Lo único que podrías hacer es usarla. Y luego los pájaros la transmitirían. Consigues una oleada en un lugar como Pekín y ¡pum!, la siguiente noticia que tienes es que se ha extendido por todo el mapa. Es una pandemia. Y ahí es donde entramos en lo que te he dicho sobre la «mortalidad relativa». Algo como el Ébola tiene una mortalidad mucho más alta que la gripe española. En realidad se puede decir que mata a casi todos los que lo contraen. Pero es difícil contraerlo, así que en realidad no mata a tanta gente. Por otra parte, con la gripe hay un índice de mortalidad bastante bajo, pero es muy contagiosa. Desde luego, si se juega con ello...

—¿Qué quieres decir con lo de «jugar con ello»?

—Pues con empalmar genes. En teoría se puede combinar el de la gripe con otra cosa, con algún otro patógeno que fuera mucho más letal.

—¿Como qué?

El científico se meció adelante y atrás en el sillón mientras consideraba las posibilidades.

—Como veneno de cobra.

—¿Qué?

—Claro. De ese modo, la gente no sólo cogería la gripe, sino que recibiría una mordedura de serpiente en los pulmones.

—¡Jesús! —exclamó Frank.

Deer asintió.

—Oh, sí —le explicó—. Es algo espantoso. Pero no creo que sea eso lo que está haciendo esa gente; los que se llevaron los cadáveres del Norte, quiero decir.

—¿Por qué no?

—Bien, pues porque si querían hacer algo así, empalmar un patógeno con otro, no necesitarían una cepa particularmente peligrosa de la gripe... ni tampoco que fuera tan difícil de obtener. Podrían utilizar cualquiera de las que hay por aquí. Podrían utilizar la del resfriado común. Pero no es ésa la cuestión —continuó diciendo Deer—. La cuestión es que la gripe la coge todo el mundo. Eso es lo que tiene. Y no se puede controlar. Así que, si la utilizas como arma, puedes acabar matando a millones de personas... a decenas de millones.

—Eso es lo que yo digo —le indicó Frank—. Eso es lo que me preocupa.

—¿Y por qué habría alguien de querer hacer una cosa así?

Frank consideró la pregunta durante un rato.

—No lo sé —reconoció.

Deer cruzó las manos detrás de la nuca y se recostó en el sillón.

—Lo que yo supongo es que, quienquiera que haya cogido los cuerpos, los quiere para investigación. Lo más probable es que haya sido una compañía farmacéutica, una de las pequeñas. Un principiante con más pelotas que cerebro.

—¿Tú crees? —preguntó Frank.

—Sí.

—¿Y Gleason?

—Pues no lo sé... bueno, el FBI se mete en todo. Lo que le pasó a la expedición... los británicos tienen una palabra para eso. Renuncio. La expedición hizo eso, la pillaron en un renuncio, así que los federales decidieron aparecer por allí para ver qué había pasado.

Frank se quedó pensando en ello. Finalmente dijo:

—Probablemente tengas razón.

Deer asintió y luego dio un cuarto de vuelta en el sillón giratorio.

—Por otra parte... —Parecía meditar en voz alta—. Por otra parte, si alguien buscase venganza... si alguien estuviera enfadado con el mundo...

Frank frunció el entrecejo y se inclinó hacia adelante.

—¿Como quién?

Deer se encogió de hombros.

—Oh, no sé. ¿Qué te parece...? Bueno, ¿qué te parecen los siux?

—Los siux —repitió Frank sin tener la certeza de que el otro bromease.

—Yo no entiendo mucho de rompehielos —continuó diciendo Deer—, pero algunos miembros de nuestro pueblo están verdaderamente cabreados.

Lo único que Frank consiguió hacer fue quedarse mirándolo fijamente.

Luego la inescrutabilidad de Ciervo Corredor se resquebrajó y las mejillas se le levantaron en una amplia sonrisa.

—Psic...

OceanofPDF.com

Capítulo 15

Alexandria, Virginia

Habían esperado seis días en el piso franco, y Tommy comenzaba a echar de menos a Susannah. Estaba acostumbrado a practicar el sexo con ella, y el hecho de no poder hacerlo comenzaba a ponerlo ansioso. A pesar del yoga y de los ejercicios de concentración mental, al parecer no podía dar un puntapié a aquel estado de nervios suyo. Lo peor de todo era que no había ningún motivo para ponerse nervioso. Aquello era un hecho sólido. Sólo era una prueba, nada más. Era como un paseo en barca.

Pudiera ser que fuera la parte de ponerse otra vez en marcha, de empezar a actuar de nuevo, lo que lo afectaba. Cuando se encontraban en marcha, como lo estaban entonces, se ponía realmente nervioso. Preocupaciones inútiles todas ellas, pero por lo visto no podía impedir que se le metieran en la cabeza. ¿Y si el motor no arrancaba? ¿Y si había problemas en el puerto deportivo? ¿Y si aparecía la Guardia Costera? Él era el responsable del barco. Fuese ello o no una prueba, no quería que por su culpa todo el asunto les estallara en la cara. De manera que se le ponían los nervios de punta, y entonces, cuando se tomaba de nuevo la decisión de abortar el plan, cosa que ya había ocurrido tres veces, volvía a sentirse aburrido. Pero estaba nervioso y aburrido con aquella energía que lo atascaba. También comenzaba a hartarse del Canal Meteorológico, que Belinda y Vaughn se empeñaban en mirar casi todo el tiempo. Una masa verde más avanzando hacia el medio Atlántico y vomitaría.

El ensayo, desde luego, había salido a pedir de boca. No se había producido ni un error. A pesar de su secreta preocupación de que pudiera

estropearse el plan, no hubo problemas con el pulverizador del aerosol, que era algo que él en persona había hecho en el taller. Básicamente, era una bomba de presión de alta potencia sujeta a una unidad estándar para dispersar pesticidas. Césped químico unido a una máquina de fabricar nieve. Parecía un cañón de agua y funcionaba a la perfección. Durante las pruebas llevadas a cabo en el complejo de Placid, el artilugio casero de Tommy superó el invento que Solange había encargado, un objeto diseñado por alguien que se llamaba ingeniero de aerosoles, fuera lo que fuera eso. Una patada en el culo. Todavía podía oír el orgullo en la voz de Susannah: «Tommy puede "hacer cualquier cosa.» Solange lo había obsequiado con una sonrisa radiante y una definitiva alabanza: «Bien hecho.»

El ensayo había salido a pedir de boca, pero desde entonces parecía que no pudieran pasar por la carretera que llevaba al puerto deportivo sin que el viento cambiase o apareciera una dispersión de gotas de lluvia en el parabrisas. Y luego todo era volver a la televisión y al Canal Meteorológico, y se encontraba tan aburrido que prácticamente lloraba.

—¿Quieres dejarlo ya? —le dijo Belinda disparándole una mirada de fastidio.

—¿Qué?

—Lo de dar golpecitos con el pie.

—¿Es que ahora no puedo dar golpecitos con el pie? Tengo que dar golpecitos con el pie. —Se levantó y esbozó unos pasos de baile de zapateado, con las piernas sueltas y rítmicas, Acabó haciendo una exagerada reverencia hacia ella—. Lo llevo en la sangre.

Belinda sonrió; tenía una especie de sentimiento maternal hacia él. Lo llamaba Tommy-O. Y nunca era capaz de enfadarse en serio con él.

—Déjalo ya —le indicó Vaughn con aquel llano acento suyo de Nueva Inglaterra. Pero no denotaba que lo molestara ni nada parecido. A Vaughn nada lo molestaba. Era como si se fingiera molesto para poder alinearse junto a Belinda—. Intentamos concentrarnos.

—Lo sien... to.

Para ellos estaba bien. No se aburrían. Seguían trabajando. Belinda era jefa adjunta de la unidad de Proyectos Especiales, y estaba muy atareada. Sólo comunicar con el cuartel general era un sufrimiento. Cada mensaje que

enviaba debía estar triplemente codificado, una codificación de una codificación de una codificación, utilizando tres algoritmos diferentes, cada uno de los cuales ocupaba 128 bits.

En realidad, Tommy no sabía lo que era un algoritmo, ni por qué era importante el número de bits. Pero 128 eran muchos. Eso sí que lo sabía.

De cualquier modo, Belinda era un monstruo del control. Lo cual significaba que siempre metía la cuchara en todo y tenía que estar al tanto de todo durante todo el tiempo. Excepto cuando se encontraba durmiendo o haciendo ejercicio, siempre o bien hablaba por el teléfono móvil o se encorvaba sobre el ordenador portátil.

Y Vaughn estaba igual de enredado que ella. Se pasaba el día sentado en la cama tecleando en el ordenador portátil. ¿Qué hacía? No hablaba como un ser humano normal, así que no siempre era fácil saber lo que hacía. Pero a Tommy le gustaba preguntárselo, aunque sólo fuese para oírlo hablar.

—Eh, Vaughn, ¿qué estás haciendo?

—Calculo algunas proyecciones de las tasas de dispersión.

Y luego, media hora después:

—Eh, Vaughn...

—Estudios sobre pautas de las toxinas.

—¿Para qué?

—Por el óxido del tallo del trigo.

Y cinco minutos después, Tommy miraba por encima del hombro al ordenador portátil.

—¿Qué es eso? —le preguntaba.

—Evolución de los núcleos de las gotas dispersas.

A veces, Belinda y Vaughn hablaban de manera ininteligible sobre cosas que no tenían ningún sentido. Susannah llamaba «sopa de letras» a lo que decían los técnicos cuando se ponían a hablar. Ello no parecía molestarlo, pero a Tommy le daba la impresión de que le hicieran el vacío. Y estar allí todo el tiempo, enjaulado, le hacía sentirse como un pez fuera del agua. Echaba de menos su taller. Echaba de menos a Susannah. Echaba de menos a todos los del complejo. Echaba de menos el aire libre. Mientras que Belinda y Vaughn apenas si se daban cuenta de dónde estaban. Podrían trabajar encerrados en un armario.

Vaughn era un tipo raro, desde luego. Tan distante que parecía que no fuese una persona de verdad. Susannah le contó en una ocasión que le había puesto una mano en el brazo a Vaughn para ver si estaba frío al tacto.

Belinda se levantó y estiró los brazos y las piernas; luego cogió el mando a distancia y apretó el botón del Canal Meteorológico. El hombre del tiempo seguía diciendo cifras para el Medio Oeste, pero Belinda ya había llegado a alguna clase de decisión basada en lo que quiera que fuese lo que buscaba a través del ordenador.

—Estos datos parecen buenos —les comentó—. Nos vamos a mediodía.

—Tú eres la jefa —respondió Tommy.

Éste ocupó el tiempo con una serie completa de ejercicios de yoga, de abdominales, de flexiones, de embestidas. Hizo sus aseveraciones. Llevó a cabo el ritual del examen de sí mismo... ¡y se encontró con que estaba lleno de pensamientos negativos! Menospreciaba a Vaughn. Se sentía superior. Y orgulloso de aquel invento suyo del aerosol. Se quejaba de aburrirse. Y de estar necesitado, sexualmente hablando. Hizo el ejercicio de meditación del agua azul, que casi siempre le funcionaba, pero aunque realmente se concentró en ello, no pudo evitar oírle decir a Vaughn:

—¡Oh, venga, tío! ¡Déjalo ya!

Prácticamente tenía que ser algo como un terremoto para que dijera eso, pensó Tommy. Pero se contuvo. ¡Agua azul! ¡Concentración! ¡A la tarea! Dejó que el agua azul le llenase la mente subiendo despacio de nivel hasta que ya no quedó espacio ni siquiera para un solo pensamiento. Todo estaba azul. Justo un océano de ausencia de pensamiento.

Tommy había crecido siempre cerca de barcos, por eso formaba parte del equipo. Se encontraba como en casa en cualquier clase de puerto deportivo, estaba cómodo con los nudos y las maromas, con los motores, atracando y amarrando. Los demás del grupo se limitaban a seguir las indicaciones que les daba, y como Tommy se sentía a gusto y los otros dos iban ataviados como turistas, nadie en el puerto deportivo de Belle Haven les prestaba la menor atención. Habían alquilado la barca por tres semanas, y la llevaron en un remolque desde Virginia Beach. El propio Tommy había

fabricado dos semanas atrás los soportes desmontables para los cañones de agua. Luego, Vaughn y él habían cargado el material, ocultándolo en neveras portátiles y en bolsas de lona, y lo habían subido a bordo. Belinda estaba ahora sentada en cubierta aplicándose crema protectora para el sol. En un abrir y cerrar de ojos, Tommy ya había sacado el *Sundancer* del amarre y sorteaba obstáculos por la zona congestionada de los alrededores del puerto en busca del camino. Un minuto después llegaban a río abierto.

El cielo estaba encapotado y sólo había unos cuantos barcos en el agua, cosa que no resultaba sorprendente, pues era martes. La operación se había programado para mediodía, cuando la gente salía de los despachos y se dirigía a pie hacia algún restaurante, paseaba o hacía *footing* por el Mall.

Algunos aviones a reacción pasaban por el cielo con rumbo al National Airport. En medio del río, con el aeropuerto a un lado y el parque East Potomac al otro, apagó los motores y dejó que el *Sundancer* navegase a la deriva. Luego colocó los soportes desmontables mientras Vaughn y Belinda hacían ver que pescaban. Cuando todo estuvo preparado, volvió a encender los motores y se dirigió río arriba, acercándose cada vez más a la orilla del distrito.

Había mucha gente en la calle, eso podía verlo. Personas que corrían, patinadores, ciclistas y golfistas, turistas y mamás con carrito de bebé. Una pequeña barca de motor pasó por estribor. Unos chicos con chalecos salvavidas los saludaron con la mano. Tommy les devolvió el saludo.

Belinda había hecho un montón de cálculos, pero lo cierto era que la operación no resultaba tan complicada. Las principales variables eran la humedad, la dirección del viento y la mayor o menor proximidad del barco a la orilla. La fuerza del cañón de agua se había prefijado, y también el arco que describía, que era óptimo para la dispersión de las gotitas. Pero cuanto más se acercasen a la orilla, más profunda sería la penetración. Y cuanto más profunda fuera la penetración, más gente se vería afectada. Sin embargo, el viento era la mayor de las variables, porque tenía que ser constante y venir necesariamente del noreste o del suroeste, de cualquiera de las dos direcciones. Cualquier otra cosa supondría tener que abortar la operación.

El barco iba río Potomac arriba siguiendo más o menos en dirección al norte. Eso significaba que, si el viento venía del nordeste, se acercarían tanto como pudieran a la orilla de Virginia y verterían la carga sobre el Pentágono. Pero si el viento soplaba desde el suroeste, como ocurría aquel día, irían a parar cerca de la orilla del distrito, de modo que arrojarían la carga al aire entre el monumento a Washington y el monumento conmemorativo a Lincoln.

Si lograban suficiente penetración, la bruma llegaría a la Casa Blanca, y el presidente empezaría a resollar, igual que todos los demás. Lo cual resultaba bastante divertido, aunque, si por él fuera, preferiría que el viento soplase en la otra dirección para poder gasear el Pentágono. Al fin y al cabo sólo era una prueba, y le gustaba la idea de joder a los militares.

Aun así, aunque soplase el viento del suroeste, tenían buenos blancos. Empezarían a rociar cuando llegasen al puente de la calle Catorce, lo cual les daría cobertura desde el monumento a Jefferson hasta el Kennedy Center... y todo lo que había en medio, como el monumento a los Veteranos del Vietnam y los campos de atletismo de detrás del Tidal Basin.

Sería un golpe realmente formidable, si no fuera más que una prueba.

Cuando llegaron al puente de la calle Catorce, donde el tráfico era tan denso que los parachoques de los coches quedaban pegados unos a otros, Tommy se dirigió a popa para preparar el aerosol. Mientras Belinda pilotaba el barco, él le enseñó a Vaughn qué era exactamente lo que tenía que hacer; luego fue a la parte de abajo y lo puso todo en marcha.

Y funcionó perfectamente. Apenas si podía verse el penacho, de tan fina como era la bruma. Describió un arco en el cielo y desapareció dejando tras de sí un arco iris.

—¡Lo conseguimos, tío!

Belinda se echó a reír, y Vaughn dijo lo que siempre decía cuando estaba excitado:

—Oh, vaya.

Vaughn se llevó la mano a la cara, como si jurase sobre la Biblia, y cuando Tommy le dio un golpe en la mano, ésta se dobló hacia atrás, fláccida como un guante.

«Si hablamos de un asesino borde —pensó Tommy—, este tipo no tiene parangón.»

OceanofPDF.com

Capítulo 16

Correr por el Mall fue idea de Annie.

Habitualmente, Frank corría por el camino de sirga, o bien por el parque Rock Creek, pero los senderos amplios del Mall supusieron un cambio agradable, aunque estaban demasiado concurridos. Y resultaba fácil hablar porque no había colinas que le cortasen a uno la respiración.

Le gustaba cómo corría Annie. Al caminar parecía un poco torpe, como una colegiala tímida a la que arrastraban a la parte delantera de la clase. Pero cuando corría era diferente. Se movía de una manera fácil y grácil, estirando las largas piernas por encima del suelo.

Al llegar al monumento conmemorativo a Lincoln subieron botando los escalones; iban uno al lado del otro, y al llegar a lo alto se volvieron para recobrar el aliento y mirar lo que habían recorrido.

—Es como un Seurat —comentó Annie.

—El tipo de los puntos.

—La tarde...

—En la Grande Jarte.

Había gente por todas partes. Unos iban en coche, otros en bicicleta, algunos en patines. Unos hacían *footing* y otros habían ido de *picnic*. O paseaban junto al río Potomac. Los aviones retumbaban en el cielo al despegar y aterrizar del National Airport. Las motoras navegaban por la ancha extensión del río. Y por todas partes había monumentos: a Washington, a Lincoln, a Jefferson y a Einstein. O el monumento a los Veteranos del Vietnam. Y el Reflecting Pool. Y el Capitolio.

Cuando estaban a medio camino de regreso, se encontraron corriendo junto a un improvisado campo de juego en el que se desarrollaba un reñido partido de *rugby*. Mientras corrían, un puntapié de volea envió el balón

fuera de los límites; el balón dio un par de botes largos y alocados y salió rodando hacia la calle.

—¡Ayúdenos! —gritó alguien.

Instintivamente, Frank recuperó el balón, se dio media vuelta y lo lanzó en una perfecta parábola hacia el jugador que lo había lanzado fuera del campo, un pase largo que cubrió cuarenta metros en el aire.

—¡Haaaala! —exclamó el hombre mientras el balón le daba en el pecho—. ¿Quiere jugar?

Frank dijo que no con la cabeza, lo saludó con la mano y continuó corriendo.

—Podríamos jugar —le sugirió Annie—. Si quieres.

—No... yo no juego al *rugby*.

—Pues nadie lo diría. Eso ha sido como... como los Redskins o algo así.

Frank se encogió de hombros.

—Antes sí que jugaba.

—Pero has lanzado la pelota realmente bien.

Frank apretó un poco el ritmo, lo que obligó a Annie a hacer un esfuerzo para alcanzarlo. Intentaba ser amable, pero él... él no quería seguirle la corriente. El *rugby* le traía a la memoria a su padre, y... «Me pregunto si seguirá vivo». Aquella idea era casi ociosa.

Estuvieron corriendo en silencio durante un rato, mientras Annie se preguntaba por qué Frank se habría puesto de mal humor. Finalmente, ella cambió de tema, aunque no sabía muy bien qué es lo que le había pasado para experimentar aquel cambio de humor.

—¿Y qué? —le comentó de pronto—. ¿Ya se ha acabado?

—¿El qué?

—El reportaje de Kopervik. Te encuentras en un callejón sin salida, ¿verdad?

—¡No! —respondió Frank, ofendido—. No estoy en un callejón sin salida.

—Pero ¿qué puedes hacer?

—Muchas cosas.

—¿Como qué?

—Como seguir las pistas.

—¿Qué pistas?

Frank la miró fugazmente.

«Buena pregunta.»

—No sé. Hay muchas.

Annie se echó a reír. Luego tuvo que esquivar a un muchacho que iba en bicicleta y, tras volver junto a Frank, le repitió la pregunta.

—¿Qué pistas? —quiso saber.

Levantó la mirada hacia él.

—¿Quién eres tú, Torquemada?

—Sólo tengo curiosidad —se excusó Annie.

—Vale... ¡Pues la bandera! —le sugirió Frank—. La bandera es una pista.

—¿Te refieres a la del helicóptero?

—Sí.

Annie se quedó pensando en ello mientras corrían y luego inquirió:

—¿De qué va a servir eso?

Frank puso los ojos en blanco, un gesto notablemente poco efectivo para un hombre que está corriendo.

—Es una bandera norteamericana —le aclaró—, de manera que me imagino que debía de ser un barco norteamericano. Así que quizá los cadáveres llegasen a un puerto de este país.

—¿Síííí?

—Bueno, pues en alguna parte tiene que haber un registro de ello.

—A no ser que los metieran de contrabando.

—Sí, pero resulta que no es tan fácil meterlos de contrabando. Quiero decir que no resulta nada fácil si hay que conservarlos en frío.

—¡Por fuerza tenía que ser así! —exclamó Annie con voz tan clara y enfática que una pareja que pasaba en dirección contraria se quedó mirándola. Annie se sonrojó y bajó la voz—. De hecho, tenía que ser así si querían conservar el virus. No sobreviviría a una temperatura que no fuera la de congelación.

—Y una vez que entraron en Estados Unidos...

—Por fuerza necesitaron un laboratorio para poder trabajar con el virus.

—¿Qué clase de laboratorio? —le preguntó Frank.

No obtuvo respuesta en seguida. Annie se había quedado pensando en ello, y mientras pensaba aflojó el paso. Frank se adaptó a su ritmo.

—Si disponen de una sala fría, algo como un gran congelador industrial... —Annie iba andando ahora, y Frank también—. Bueno, podrían tomar algunas muestras esenciales de los cadáveres, empezando por los pulmones, y trabajar con un pedacito de tejido cada vez. De ese modo no necesitarían trajes espaciales. Podrían trabajar con guantes en recipientes herméticos, como las incubadoras de los niños.

—¿Qué?

Annie movió la cabeza y soltó una risita triste.

—¡Dios mío! ¡No puedo creerlo!

—¿El qué?

—En realidad me preocupo por ellos. Estoy pensando... espero que comprendan que, incluso en la sala fría, hay que tener cuidado al tomar las muestras. Algunos instrumentos llegan a calentarse, y si eso ocurre, el virus podría esparcirse. —Annie hizo un movimiento negativo con la cabeza—. Lo siento. Estoy hablando por hablar. Lo que pasa es que espero que sepan lo que hacen. Pero ¿lo sé yo?

—Tom Deer cree que se trata de una empresa farmacéutica —le sugirió Frank.

Annie pareció escéptica al respecto.

Cuando llegaron a las gradas del Capitolio subieron corriendo hasta lo alto, donde llegaron sin aliento... aunque a Annie le quedaron fuerzas suficientes para levantar los puños en el aire y saltar triunfalmente de una pierna a la otra, como si fuese Rocky.

En el coche, cuando regresaban a casa de Annie, ésta reanudó la conversación en el punto donde la habían dejado.

—¡Bueno! —comentó—. Hablemos de la bandera. ¿Qué tienes pensado hacer con ella?

—Pues —respondió Frank mientras giraba para coger la carretera del parque— lo primero que hice fue llamar al Departamento de Estado. Les dije que estoy escribiendo un reportaje sobre los norteamericanos que

mueren en el extranjero, y que quería saber cómo devuelven los cadáveres a Estados Unidos.

—Pero éstos eran noruegos —apuntó Annie.

—Sí, bueno, pero si dijeron que eran norteamericanos... quiero decir...

—Vale. ¿Entonces qué?

—Bueno, resulta que hay toda clase de normativas, normas sobre certificados de defunción, sobre diversas clases de contenedores, sobre cómo deben estar cerrados herméticamente... sabe Dios qué más. Pero bueno, luego llamé a Aduanas, que supervisa los restos humanos que llegan a Estados Unidos. *

—¿Y qué?

—Estuvimos dando rodeos durante un rato, y luego sencillamente les pregunté.

—¿Les preguntaste qué?

—Pues que si alguien había metido cinco cadáveres en el país, ¿cómo podría hacer yo para encontrarlos? —Pasó un coche de la policía lanzado a toda velocidad de modo peligroso—. ¡Jesús! ¿Has visto a ese tipo?

Frank torció por Beach Drive y se detuvo ante el semáforo. El Saab se caló y tuvo que hacer una docena de intentos y acelerar mucho antes de conseguir que volviera a ponerse en marcha.

—¿Y qué te dijeron? —quiso saber Annie.

—¿Quiénes?

—Los de Aduanas.

—¿Sobre qué?

Annie le empujó ligeramente el brazo.

—¡Pues sobre los cadáveres!

—Ah, sí. Me dijeron que tenía que llamar a las autoridades portuarias.

—¿Qué autoridades portuarias?

—Todas.

—¿Todas?

—Sí. Hasta que encuentre los cadáveres.

—Vaya.

—Me enviaron una lista por fax.

—¿Y vas a llamarlos a todos? ¿A todos ellos?

—Sí. Les preguntaré si ha entrado en el país algún cadáver durante el otoño.

—¡Dios mío! Yo no podría hacer eso. Odio llamar a gente que no conozco.

Frank se encogió de hombros.

—Es lo que hacemos los periodistas.

—Ya lo sé, pero... ¡Qué tenacidad!

Frank se echó a reír.

—Oh, sí. Soy un bulldog con constancia.

Tenía dos mensajes en el contestador, y procedían de extremos opuestos del mundo demasiado real.

La primera voz era de Fletcher Harrison Coe. Con su trismo de Long Island conseguía convertir el nombre de Frank en un término multisilábico de llamada aprobación: «Fraa-ann-nnk. Soy Fletcher Coe. El motivo de mi llamada es que seguimos buscando ese artículo sobre Sin Nombre que nos prometiste. Lo prometiste para este número, o... al menos eso entendí.

Comprendo que estés ocupado, naturalmente, pero... verás, empiezo a preocuparme un poco con esta lista de gastos, más bien asombrosa, y... bueno, sin alguna prueba del producto, el asunto nos deja a todos en una posición bastante incómoda. Una especie de... ¿dónde está la chicha? Danos un avance, ¿quieres?»

¡Por Dios!, ahora iba a tener que escribir a toda pastilla el reportaje sobre Nuevo México. No podía llamar a Jennifer ni a Coe para darles un montón de excusas; tenía que escribir, el artículo. Y lo haría. Si se quedaba trabajando hasta tarde aquella noche y se levantaba muy temprano al día siguiente, quizá pudiera tenerlo acabado para el día siguiente por la tarde.

Borró el mensaje y escuchó el siguiente.

El tío Sid vivía al otro lado del planeta respecto a Fletcher Harrison Coe, y seguía diferentes normas de conversación. Por una parte no se identificaba. Ni tenía que hacerlo. Había algo en los contestadores automáticos que impulsaba a Sid a dejar el mensaje en un solo grito, todo seguido, sin respirar: «¿Frankie? ¿Eres tú? ¿Dónde estás? ¡Ahora, escucha!

Estoy enterado de toda esa mierda con tu padre y tienes motivo de queja, lo comprendo, pero me ha parecido que debías saberlo... es un viejo fuerte y duro, pero éste es el segundo infarto, por el amor de Dios, y no tiene buena pinta, Frankie, es el músculo del corazón, y parece que hay daños de importancia, y no sé si va a salir de ésta. Si se entera de que te he llamado me va a dar una paliza de miedo, pero he pensado que querías estar con él, ¿sabes? ¡Han pasado dos años, por el amor de Dios! ¿Vas a guardarle rencor hasta el siglo que viene? Bueno, lo tienen en cuidados intensivos, en el Saint Mary's. —Hubo una pausa, se oyó un crujido de papeles y después el ruido de un puñetazo sobre una superficie dura—. Cono, no puedo encontrar ese condenado papel. En información te darán el número. ¡El Saint Mary's!»

Y luego el teléfono pitó y se cortó.

«Justo lo que me faltaba. Hablando de tiempo...»

Una oleada de fastidio invadió a Frank, y durante unos instantes se complació en ella. Pero luego sintió un poco de vergüenza.

«Hablando de implicarse uno a sí mismo. Yo soy tan culpable como el viejo.»

Cogió una cerveza de la cocina, volvió al cuarto de estar y se sentó ante el ordenador. Lo encendió, dio un sorbo de cerveza y esperó a que Windows pasara por toda la rutina.

No pensaba mucho en su familia. En realidad no pensaba nada en ellos. Formaban parte de su infancia, y su infancia hacía mucho tiempo que había acabado.

Una sola nota de piano seguida por una floritura de arpa le indicó que el ordenador estaba listo para trabajar. Entró en el procesador de textos y sacó en pantalla las anotaciones sobre el virus Sin Nombre.

¿Qué era lo que le había dicho Sid? «¡He pensado que querías estar con él!» Sí, eso, pensó Frank, lo mismo que estuvo él con nosotros.

Nosotros eran su madre y él; su madre, la en otro tiempo Sigrid Leverkusen, en aquella época reina de su promoción de la escuela secundaria y novia del defensa más duro que la Escuela Secundaria Kerwick había conocido. (¡Ta-daa!)

Frank revisó las anotaciones en busca de una cita de alguno de los indios que había conocido en el pueblo de Taos.

Qué equivocación había sido aquel matrimonio. Forjado en un horno de esplendor de adolescencia, el matrimonio se había desvaído con los días de gloria del viejo. Después de dos «temporadas» en Penn State y el doble de operaciones de rodilla, Big Frank regresó a Kerwick con el aspecto y la sensación de «el hombre que había perdido la guerra».

Su flamante esposa venía con él.

Y luego nació Frank, y se acabó. El futuro había pasado, o al menos eso parecía, y todos los sueños del viejo no eran más que otras tantas vanidades. Se dio por vencido, pensaba Frank. Sencillamente se asustó y abandonó. Por Dios, sólo tenía veinte años.

Y casi nunca estaba en casa. Cuando no trabajaba en la planta generadora, donde tenía un empleo como mecánico de máquinas de vapor, se iba a beber con los amigos al Ryan's Bar & Grill... o a cazar camareras en algún otro pueblo.

Lo cual significaba, entre otras cosas, que a Frank lo crió su madre. Vivían en una casa destartada de tablillas en un barrio de clase obrera. Cada una de las casas de la manzana tenía delante una superficie sembrada de césped del tamaño de una habitación (o, más a menudo, un cuadrado de suelo duro), excepto la de los Daly y una o dos más, que tenían jardín. Esto, de hecho, era el orgullo y la alegría de Sigrid, y cuando era niño, a Frank le gustaba ayudarla a cuidarlo.

No es que tuviera mucho tiempo. Incluso cuando era un niño pequeño, Frank trabajaba, ya fuera quitando la nieve con una pala, segando el césped o haciendo recados. Y luego, cuando fue lo bastante mayor para ello, empezó a trabajar los fines de semana en el Safeway metiendo en bolsas los comestibles y llenando estantes de nueve de la mañana a nueve de la noche. En los veranos trabajaba cuarenta horas a la semana en la planta generadora, alimentando la caldera. Cada viernes le llevaba el cheque a su madre, y hasta el viejo tenía que admitirlo: el joven Frankie se pagaba su propio sustento.

Y eso hacía, aunque haya que decir que la herencia recibida era buena. De su madre había adquirido el amor por la lectura y una memoria casi

fotográfica que, juntos, lo convertían en un estudiante sobresaliente. A sus tías les gustaba presumir de que era la viva imagen de Sigrid, pero eso no era más que un espejismo. Ella le había dado *los ojos* verde mar y los pómulos altos e inclinados, pero era la sonrisa lo que la gente veía en Frank que le recordaba a su madre. Aquel levantamiento tímido de las mejillas tenía una cualidad traviesa que le brillaba en los ojos, arrastrando a aquellos que lo veían a una conspiración de mutuo afecto.

El resto era de su padre: todo cartílago y huesos, y un mechón de pelo oscuro que le caía sobre la frente. Medía un metro ochenta y cinco y pesaba setenta y dos kilos: una judía verde con un brazo derecho que los periódicos locales comparaban con una escopeta por lo que escribía.

Fue el único estudiante de primer año que consiguió formar parte del equipo de *rugby* de la Escuela Secundaria Kerwick, y llegó a ser el defensa de salida a mitad de curso del segundo año. Sus logros eran impresionantes y fueron mejorando partido tras partido. Al cabo de poco tiempo, el viejo y sus amigos empezaron a aparecer en los partidos que se jugaban en casa, y a veces también en otros campos; se pasaban las petacas unos a otros mientras bramaban la canción del instituto. El orgullo que sentía su padre era palpable, y nunca lo fue más que cuando su hijo lanzó un «Ave María» que recorrió sesenta metros en el aire, estableciendo el récord de los institutos de Pennsylvania al tiempo que hacía ganar el partido de vuelta. Todos sabían que Frank estaba destinado a un programa universitario importante... cuando, de repente, dejó de jugar.

Frank se recostó en el sillón y se quedó mirando fijamente el monitor. Era ya de noche y no había escrito ni una palabra. Las luces de los coches que pasaban por la calle se movían por la pared, se esparcían en forma de abanico por el techo y luego bajaban velozmente por la pared de enfrente para desaparecer dentro de la alfombra.

Pensó que haber dejado el *rugby* había sido una metedura de pata.

No es que lo lamentase. Al fin y al cabo le había roto el corazón al viejo, y ésa era la idea.

Ocurrió al final del segundo año en el instituto, cuando su madre contrajo una infección respiratoria que se convirtió en neumonía. Al volver a casa después del colegio, Frank la encontró en el suelo de la cocina,

donde había caído desmayada. Con sólo quince años la había llevado en brazos hasta el coche, luego había buscado las llaves y, cuando las encontró, había corrido entre el tráfico hasta la sala de urgencias... donde la enfermera lo mandó a casa a buscar la necesaria información del seguro.

Y así lo hizo. Después de volver al hospital con los números del seguro, volvieron a mandarlo a casa otra vez, en esta ocasión para ir a buscar el cepillo de dientes, el camisón y el albornoz de su madre. Cuando volvió con aquello llamó a Ryan's para ver si su padre estaba allí; les dijo que se encontraba en una emergencia de vida o muerte... para que el encargado del bar no le mintiera, como hacía a menudo.

«Lo siento, Frankie, hace días que no lo veo. Pero haré correr la voz. Dile a tu madre que espere allí.»

Durante todo el tiempo, Frank pensó que se pondría bien, porque en aquellos tiempos ya nadie se moría de neumonía. ¿O sí? No. Claro que no. Excepto los que sí se morían.

Se quedó al lado de su madre tres días, dándole la mano, mientras esperaba a que llegasen sus tías. Y cuando se presentaron, fue casi peor. Lo único que hacían era despotricar por la ausencia de su padre y planear lo que harían cuando Sigrid mejorase. Sólo que... no mejoró.

El viejo entró errante en mitad del velatorio. «Estaba en viaje de negocios», murmuró soltando una peste a caramelos de menta para el aliento. Frank se abalanzó de inmediato contra él, pero su tío Sid se interpuso entre los dos. «Nunca le levantes la mano a tu padre», le dijo.

Aquel otoño, Frank no salió con el equipo. No armó mucho jaleo al respecto, sencillamente dejó de acudir a los entrenamientos. En aquellos días, el periódico local hacía propaganda del equipo como «el mejor que nunca hubiera tenido» Kerwick, y los entrenadores de las universidades acudían por allí dos veces a la semana. Frank les dijo, amablemente, que él ya no jugaba a *rugby*.

—¿Qué te pasa, hijo? ¿Estás lesionado?

—No, me encuentro de primera.

—Entonces... no lo entiendo.

—Pues que no voy a jugar, sencillamente. En cierto modo quiero... hacer otras cosas.

—¿Qué «otras cosas»?

—Leer. Y trabajar en el Safeway.

—Es una broma, ¿verdad?

—No.

—Entonces vas a necesitar asesoramiento... y cuanto antes mejor. Busca ayuda.

El entrenador del instituto fue a verlo una y otra vez, pero acabó por darse por vencido. Tenía un equipo que sacar al campo, y para entonces Kerwick iba 3-0. En algún momento a todos se les hizo evidente que, en realidad, la Escuela Secundaria Kerwick no necesitaba a Frank. Tenían un equipo magnífico incluso sin él.

Pero ésa no era la cuestión. La cuestión, naturalmente, era romperle el corazón a su padre, castigarlo por abandonar a su esposa en la sala de espera de su matrimonio.

Jugar al *rugby* había sido la mejor parte de la vida de su padre, la fuente de todas las esperanzas y expectativas. Ver jugar a su hijo había sido como despertar de nuevo. Ver cómo se alejaba del equipo fue volver a caer.

Nunca hablaron de ello, aunque Frank se daba cuenta de que su padre necesitaba desesperadamente hacerlo. La verdad era que, después de la muerte de su madre, en realidad nunca hablaron... excepto para decir cosas como: «¿Has visto la pala de quitar la nieve? ¿Necesitas el coche? Me voy fuera un par de días.»

Cuando estaba en el último año decidió marcharse de Kerwick. Irónicamente consiguió hacerlo al ganar una reñida beca abierta a los chicos cuyos padres eran miembros del sindicato de mecánicos de maquinaria de vapor.

La Universidad de California en Berkeley fue lo más lejos que pudo irse sin tener que hacerse a la mar. Pasó allí cuatro años felices mientras se graduaba en artes liberales, lo que incluía montones de clases de escritura creativa. Fue allí también donde se enamoró de la biología y consideró, durante algún tiempo, la posibilidad de ir a la facultad de medicina. Pero al crecer, como él lo hizo, tan cerca del límite de la pobreza, se echó atrás ante las enormes deudas que hubiera necesitado contraer para cursar la carrera

de medicina. Después de graduarse en el 89 volvió al este para buscar trabajo.

Y lo encontró en la ciudad de Nueva York, como editor en el *Alliance*, un periódico angloruso de Brighton Beach. Pronto publicaba artículos sobre «Little Odessa» en el *Village Voice* y en el *Boston Globe Magazine*. En 1992 ya había ganado premios de periodismo del estado por su forma de escribir y por sus reportajes de investigación. Esto último consistía en una serie sobre las operaciones de contrabando de gasolina ideado por gorilas rusos emigrados. Y entonces fue cuando solicitó un empleo, con éxito, en el *Post*. Su trabajo sobre la sección del «Metro», que cubría la policía y los juzgados, le proporcionó un ascenso a la más exótica sección de «Seguridad Nacional». Allí también le había ido bien, y estaba empezando a desarrollar una buena red de fuentes de información cuando lo trasladaron a la sección de «Nacional» para cubrir las elecciones presidenciales. Aquello era también un ascenso, pero no feliz. No le gustaba el periodismo político. Todo trataba de adoptar posiciones y dar vueltas, de cotilleos y filtraciones.

Lo que lo llevó a la Fundación Johnson fue la perspectiva de conseguir un ascenso más, éste a la Casa Blanca, donde su trabajo consistiría en cubrir a la primera familia «desde la perspectiva de los rasgos». Espantado ante la idea, solicitó una de las becas de la Johnson con una proposición de explorar «el mundo feliz» de los virus que emergían.

Era una manera aceptable de tomarse un año fuera del *Post* sin «perder terreno». Entretanto tendría tiempo para pensar quién era y qué quería hacer... mientras escribía sobre un tema que le interesaba de verdad.

En realidad, mientras miraba las luces de los coches que bailaban por el techo, Frank pensaba en quién era él en aquel momento. ¿Era de la clase de hombres que, como le había dicho su tío Sid, «llevan el rencor hasta el siglo que viene»? Tal vez. Probablemente. Desde luego, eso parecía.

Pero entonces... imaginó... ¡qué demonios, quizá ya fuese hora! Descolgó el teléfono, marcó el número de información de Kerwick y esperó.

Se oyó un tono y luego una voz de mujer:

—El código de zona que ha marcado se ha cambiado. El número nuevo...

Dios mío, pensó, sí que había pasado tiempo. Habían cambiado el código de zona de su infancia.

OceanofPDF.com

Capítulo 17

A la mañana siguiente, Frank hizo un poco de café y se puso a leer el *Post* sentado a la mesa de la cocina; se sentía un poco aturdido.

Se había quedado levantado hasta las tres trabajando en el reportaje sobre el Sin Nombre, y todavía no lo había acabado. Lo cual era un problema. Aquel día era el segundo viernes del mes, y ése era el plazo para el informe de la fundación. Y además, si no sondeaba a las autoridades portuarias aquel mismo día, tendría que esperar hasta el lunes.

Durante un instante se le ocurrió que quizá pudiera conseguir un aplazamiento si llamaba a la fundación para decirles que el artículo llegaría tarde; que su padre había ingresado en la unidad de cuidados intensivos del Saint Mary's y...

No. Bajo ningún concepto utilizaría la enfermedad de su padre como excusa para eludir un plazo en el trabajo. No era una persona tan corrupta. En lugar de hacer eso, se pondría a trabajar en el Sin Nombre hasta mediodía, hasta terminarlo, y después empezaría a llamar a los puertos. En cuanto a su padre... se interesaría por él más tarde.

A las dos, el artículo estaba en camino, destino Jennifer Hartwig, metido en la mochila de un mensajero en bicicleta que actuaba como si acabase de salir de Road Warrior. Acompañando al artículo iba una petición servil de que le reembolsaran los gastos.

«Nunca pensé que mi hada madrina sería una californiana de un metro setenta y siete», pensó Frank.

Encargó por teléfono comida tailandesa al Taste of Thal, y se la comió directamente del envase mientras se abría camino por la lista de autoridades portuarias.

Era un trabajo tedioso y probablemente una pérdida de tiempo. Pero también era la única pista que tenía. Así que se zambulló en ella, y al cabo de media docena de llamadas le tenía cogido el tranquillo al asunto.

La rapidez en obtener respuesta dependía de la inteligencia y ganas de cooperar de la persona que contestaba. A veces conseguía la respuesta en un par de minutos. Otras veces le costaba diez minutos sólo conseguir pasar más allá de las centralitas automáticas; tamborileaba con los dedos sobre el escritorio mientras escuchaba el catálogo completo e imbécil de alternativas no deseadas.

Luego, además, se encontró con que un número sorprendente de personas estaban «ausentes del despacho», «hablaban por otra línea» o «habían salido a comer». Aun así, hacia las cuatro de la tarde había contactado con diecinueve puertos, de los cuales podía descartar once. O no habían recibido cadáveres repatriados durante el último año, o lo habían hecho antes de setiembre del 97. Pero eso dejaba docenas de puertos con los que todavía tenía que contactar.

Se levantó y se estiró. Definitivamente, aquello podía llevarle una cantidad importante de tiempo.

Pero entonces tuvo suerte.

Sonó el teléfono. Era una mujer llamada Phyllis —«Llámeme Phyllis a secas, si no le importa»—, que trabajaba en el puerto de Boston. Con un acento abrupto de Nueva Inglaterra le informó de que el puerto había procesado ocho grupos de restos durante el último año, cinco de los cuales habían llegado al mismo tiempo.

Frank se sentó en el sillón y se puso a remover la taza de café.

—¿Está segura?

—¡Oh, sí! No es probable que yo cometa un error así. Fue algo inusitado.

—¿Cómo es eso?

—Bueno por una parte, el número de personas. Y además entraron por barco. Normalmente los traen en avión... pero por lo visto esto fue un accidente en el mar.

—¿Tiene usted el nombre del barco?

—El *Crystal Dragon*. En aquel momento pensé que vaya nombre tan bonito.

Frank empezó a darle las gracias por aquello, pero la mujer lo interrumpió.

—Me limito a hacer mi trabajo, querido. Todo es de carácter público. Y ahora, si me da usted su número de fax le enviaré los detalles.

Cinco minutos después ocho páginas de documentos salieron de la máquina. En ellas constaban los nombres de los muertos, y además se incluían los certificados de defunción, que estaban firmados por el médico del barco, un tal Peter Guidry, doctor en medicina. La causa de la muerte en cada uno de los casos era que se habían ahogado.

Una carta firmada e impresionantemente llena de sellos de un funcionario de servicios extranjeros en la embajada de Reikiavik, en Islandia, hacía referencia a «un accidente en alta mar», y daba su autorización para que los restos pasaran por la aduana «sin los habituales certificados consulares de defunción». Aquel mismo documento indicaba que, al llegar a Boston, los restos tenían que entregarse al director de pompas fúnebres que acreditase estar empleado en la funeraria de J. S. Bell, en Saugus, Massachusetts.

Como las muertes se habían producido en el mar, era responsabilidad de la funeraria inspeccionar y certificar el «contenido de restos», después de lo cual serían entregados a su cuidado.

Había un documento al efecto, un certificado de que aquello había ocurrido, firmado por un director de pompas fúnebres cuyo nombre Frank no fue capaz de leer, y certificado por un agente de aduanas que sólo había puesto las iniciales. Frank sabía que aquél era más o menos el procedimiento normal porque había hablado con un conocido que trabajaba en el Departamento de Estado. Se le ocurrió que quizá la funeraria de J. S. Bell tuviera alguna clase de acuerdo en firme con el puerto de Boston para recibir cadáveres repatriados.

Miró la lista de los nombres, que estaban dispuestos en orden alfabético:

Leonard Bergman, 22

Arturo García, 26

Thomas O'Reilly, 39
Ross D. Stephens, 52
Christopher Yates, 27

Ninguno de aquellos nombres le decía nada. Pero lo que sí le llamó la atención a Frank era el hecho de que todos los muertos fueran de la misma ciudad: de Lake Placid, en el estado de Nueva York.

¿Cómo podía ser? Luego pensó que quizá fueran bomberos voluntarios que habían ganado un viaje, o vendedores que habían salido a entregar un pedido por correo, o...

«No lo creo —pensó—. A menos que estemos en presencia de una coincidencia asombrosa, por fuerza tiene que tratarse de los mineros.» Las fotografías tomadas por el satélite demostraban sin ningún género de duda que los cuerpos de los mineros se habían exhumado del cementerio de Kopervik el 9 de setiembre. La fecha de los certificados de defunción que tenía delante eran del 12 de setiembre, y los restos habían llegado a Boston cuatro días más tarde.

Frank se quedó pensando qué hacer, aunque la respuesta era obvia: «Tranquilo. No te apresures. Ni siquiera sabes cuál es el juego.»

Consiguió el número de la funeraria de J. S. Bell en Saugus y lo marcó.

Según Annie, los cuerpos de los mineros habrían experimentado muchos cambios. Después de ochenta años bajo tierra, habría cierta desecación.

—¿Quieres decir que deben de parecer momias?

—No —le había contestado ella—. Más bien lo que le pasa a la comida en el congelador. Al cabo de un tiempo, una pechuga de pollo cambia de textura porque está perdiendo humedad. El helado también cambia, y lo mismo les ocurre a los cadáveres. Al cabo de un mes o así, hasta los cubos de hielo son sólo la mitad de su tamaño original.

Era un buen tema. Los ojos hundidos, las costillas prominentes, los labios estirados hacia atrás en un rictus. Era todo un espectáculo. Los cuerpos habrían perdido aproximadamente la mitad de su peso, cosa que no podía disimularse. Un jefe de pompas fúnebres lo vería inmediatamente.

Una mujer respondió al teléfono a la tercera llamada y, al enterarse de que Frank era periodista, le dijo que no tenían nada «nuevo para él».

—¿Perdone? —le dijo Frank perplejo.

—Está usted a cargo de la sección de notas necrológicas, ¿no es así?

—No. No escribo necrológicas. Trabajo... trabajo en el *Post*.

—¿El *Washington Post*?

—Sí.

—Ah. ¡Oh, bueno! Normalmente suelen llamar del periódico local, pero... ¿Haría el favor de esperar?

En realidad pasaron casi seis minutos antes de que la voz de un hombre se oyera por la línea, y durante ese tiempo Frank puso la llamada en el modo altavoz. Luego oyó:

—Soy Malcolm Bell.

Frank se lanzó a coger el auricular.

—¡Oiga! Sí, soy Frank Daly, del *Washington Post*.

Hubo una pausa.

—Bien... ¿en qué puedo ayudarlo, señor Daly?

—Frank —le corrigió él, lo que sonó un poco como una comadreja ante sí mismo—. Estoy trabajando en un reportaje que es... bueno... bastante inusitado porque... bueno, se trata de unas muertes que ocurrieron... eh... hace bastante tiempo... unas personas se ahogaron y... supongo que usted se... se encargó de los restos mortales.

—¿Ah, sí?

Frank titubeó, tratando de encontrar la fórmula para hacer la pregunta de un modo delicado.

—Bien, como le he dicho, las víctimas fueron unas personas que se ahogaron.

—Comprendo.

—Bien, y... bueno, ya le he dicho que hubo un accidente... por lo menos creemos que fue un accidente... en el mar. Y fue en un barco llamado *Crystal Dragon*, que es...

—Ya sé lo que es el *Crystal Dragon*, señor Daly. ¿Qué quiere preguntarme?

—Bien, lo que me gustaría preguntar, y ya sé que suena raro, es... Los fallecidos... Verá, déjeme que lo exprese de este modo: ¿había algo insólito en el aspecto de los cadáveres que usted preparó?

Después de una larga pausa, Bell le respondió en tono de excusa:

—Lo siento, señor Daly, pero hay ciertos asuntos que son privados. Existen algunas normativas legales y... bueno, como puede usted comprender, no estamos en posición de comentar el aspecto de los fallecidos; en cualquier caso, no con la prensa. Hay sensibilidades...

—Comprendo lo que dice, pero...

—Si pudiera explicarme el interés que lo mueve a averiguarlo, quizá yo podría ayudarlo. ¿Me ha dicho que está trabajando usted en un reportaje?

—Eso es...

A Frank le resultaba evidente que las tornas se habían vuelto. No iba a sacarle nada a Bell.

—Pero me ha dicho que trabaja en el *Post*...

—Sí, bueno...

—Tengo curiosidad por saber por qué el *Post* se interesa en algo que ocurrió... bueno, hace ya tanto tiempo y tan lejos. ¿Sabe a qué me refiero?

—Sí. —Frank empezaba a tener la incómoda sensación de que era a él a quien estaban entrevistando—. Pero eh... bueno, mire, perdone que lo haya molestado.

—¡No es molestia! Me alegro de poder ayudar. Si quiere usted darme su número de teléfono...

Frank golpeó ligeramente el botón de la luz de destello del teléfono.

—¿Puede esperar un segundo? —le preguntó a Bell—. Permítame, pero tengo una llamada en espera... —Apretó el botón de espera y contó hasta diez. Por último volvió a comunicar con Bell—. Escuche, voy a tener que contestar a la otra llamada. ¿Por qué no vuelvo a llamarlo a usted mañana?

—Sí, desde luego, pero... usted es Daly, ¿verdad?

En algún punto a mitad de la conversación con el director de pompas fúnebres, Frank había empezado a sentirse intranquilo. Muy intranquilo. Y era culpa suya. Se había comportado de forma impaciente. ¡Siempre era

impaciente! Cuando andaba tras una noticia que le interesaba y las pistas estaban dando resultado, tenía la tendencia a entrar pisando fuerte... cuando lo que debería hacer, desde luego, era quedarse sentado y pensarlo bien antes. Hacer un plan de actuación. Priorizar las llamadas. De otro modo acababa contándole a la gente más de lo que ellos le contaban a él. Y a veces hablaba con quien no debía... y eso era lo que acababa de hacer.

Porque, pensándolo bien, si alguien tenía intención de meter a cinco noruegos muertos en Estados Unidos fingiendo que habían perecido en un accidente en el mar, querrían un director de funeraria en quien pudieran confiar cuando los cuerpos pasasen la aduana. Y ése, obviamente, era el señor Bell, cuya curiosidad era por lo menos tan grande como la de Frank.

«Sí, desde luego, pero... usted es Daly, ¿verdad?»

Irritado consigo mismo, encendió el ordenador y entró en Nexis, que él sabía que era lo que hubiera debido hacer antes de llamar a la funeraria. Si cinco norteamericanos habían muerto en el mar, era una noticia.

Cuando pudo, tecleó para introducir su identificación de usuario y su contraseña; luego apretó el botón de «Todo Noticias». Una nueva página apareció en pantalla, y Frank rellenó el apartado «Tema»:

CRYSTAL DRAGÓN Y AHOGAMIENTO Y CINCO

Tardó unos diez segundos antes de que otra página sustituyera a la última, informando de que se habían encontrado veintisiete artículos. Repasó la lista. El primer artículo era del *Globe*, con fecha de 16 de setiembre. El más reciente estaba en el *Times Union* de Albany, fechado el 5 de marzo. Sacó en pantalla el primer artículo, cuyo titular era:

Una tormenta se cobra cinco víctimas en el Atlántico

En el artículo, el capitán del *Crystal Dragon* afirmaba que el barco hacía una travesía transatlántica, de este a oeste, cuando un miembro de la tripulación cayó por la borda a alta mar. Otras cuatro personas de la tripulación intentaron rescatarlo, pero la barca se les volcó. Aunque cada uno de los hombres iba equipado con chaleco salvavidas, todos ellos

resultaron ahogados. El hecho de que llevasen salvavidas y de que el barco estuviera equipado con helicóptero les permitió recuperar los cuerpos.

El último párrafo informaba de que el *Crystal Dragon* era un «buque misionero» propiedad del Templo de la Luz, una «religión nueva» que tenía su sede principal en Lake Placid. Bajo la guía de un carismático curandero llamado Luc Solange, el Templo dirigía «centros del bien» en Big Sur y en el cabo de San Lucas. Se decía que todos los miembros de la tripulación pertenecían a aquella iglesia, y que se tenía pensado hacer un funeral colectivo.

Frank se sentía intrigado, pero Nexis era caro y se suponía que él no podía utilizarlo. Al menos no en casa, y mucho menos mientras estuviese de permiso. Con ojo experimentado examinó los artículos lo más rápidamente que pudo y los guardó en el disco duro de su ordenador. Luego salió de la aplicación y los imprimió.

Mientras la impresora hacía su trabajo, llamó al hospital Saint Mary's. La enfermera le informó de que su padre seguía en estado crítico.

—¿Puedo hablar con él?

—¡No! —le gritó la mujer—, no puede hablar con él. Está muy enfermo. Se encuentra bajo los efectos de los sedantes. Está intubado.

—Comprendo.

—¿Dice usted que es un pariente?

—Soy su hijo. ¿Podría usted decirle que he llamado?

—¿Decirle que ha llamado? ¿Ése es el mensaje que quiere que le dé? — El tono que empleaba era como volúmenes enteros sobre lo que ella pensaba de la devoción filial de Frank—. ¿Que le diga que ha llamado su hijo?

—Sí. Dígale que voy de camino.

OceanofPDF.com

Capítulo 18

Madison, Wisconsin

¡Ah, Madison, Madison en primavera!

Bajo un cielo azul brillante, Andrew subía con dificultad por Bascom Hill, emocionado por el deshielo después de varios meses de un frío helador. Aunque no hacía suficiente calor como para ponerse pantalón corto, la ladera de la colina estaba llena de mujeres jóvenes; se encontraban tendidas boca abajo y boca arriba, con las piernas blancas resaltando en el verde brillante de la hierba.

Como muchos estudiantes que conocía, Andrew tenía un trabajo de media jornada que lo ayudaba a pagar las clases y los libros. Los estudiantes hacían cualquier cosa para ganar dinero. Conocía a chicas, estudiantes serias, que ganaban un dinero extra bailando en un establecimiento de *topless*, y a otras que se vestían de payaso para fiestas infantiles de cumpleaños. Conocía a un tipo que tenía un trabajo de verano como chófer del Wienermobile de Oscar Mayer. Eso estaba bien.

El trabajo de Andrew consistía en una misión de trabajo y estudio: en contrapartida de la ayuda financiera de la que disfrutaba, la universidad le solicitaba que trabajase quince horas a la semana para ella. Siempre que era posible, la escuela trataba de compaginar el trabajo y el estudio con los intereses del estudiante (dando por supuesto que dichos intereses podrían determinarse, cosa que no siempre era posible). En general, sin embargo, los estudiantes de cursos superiores de biblioteconomía trabajaban en las estanterías. Los de arte dramático vendían entradas en la taquilla del

Sindicato de Estudiantes. Los estudiantes de agricultura trabajaban en la legendaria heladería de la universidad.

Como estudiante de ingeniería, a Andrew se le había proporcionado un trabajo, que se suponía le sería de utilidad para sus estudios, en la planta generadora de vapor, donde se encargaba de añadir productos químicos a la bomba de alimentación de la caldera y hacía algunos diseños para facilitar la circulación de las tuberías o para la sustitución de la maquinaria vieja de la fábrica por otra más actual. Como muchas instituciones de grandes proporciones, incluidos los hospitales y las bases militares, la universidad encontraba que era mucho más económica la calefacción de vapor que la de electricidad.

Andrew bajaba por la colina en dirección al campus Oeste, donde se encontraba la planta generadora de la calle de Walnut. Las aceras estaban repletas de estudiantes que iban y venían de clase, motivo por el cual él se veía obligado a avanzar despacio. Bueno, no importaba, tenía mucho tiempo.

Pero estaba nervioso. Aunque sólo fuera una prueba, si lo pillaban poniendo algo que no fuera Amertrol en la bomba alimentadora de la caldera, su jefe lo crucificaría. Y si un montón de personas se ponían enfermas, realmente enfermas... ¿podrían seguir la pista hasta dar con él?

Pensó en ello. No, decidió. Ni hablar. Eso era lo hermoso de aquello.

El otro motivo por el que estaba nervioso era que quería hacer un buen trabajo. Solange contaba con él. Eso era lo que le había dicho la mujer de Asuntos Especiales, y él creía que era cierto. Ella se había presentado en su apartamento hacía dos semanas sin anunciarse, con un *walkman* en la mano.

—Hay algo que tienes que oír —le dijo.

Y le entregó los auriculares.

Y entonces la voz de Solange resonó con profundidad en la cabeza de Andrew; aquella voz le decía: «Andrew... se llama Belinda y quiero que hagas exactamente lo que ella te diga.» No le cabía la menor duda de que era él. Andrew había tenido oportunidad de oír aquella voz cientos de veces: en la radio, en la televisión y en algunas cintas de motivación. Tenía una voz inconfundible, única, semejante a un huracán. Y al oír que Solange se dirigía a él llamándolo por su nombre y que le hablaba directamente,

como si fueran amigos, el corazón estuvo a punto de salirse del pecho. «Necesitamos tu ayuda en esta guerra secreta. Todo está en juego, y tú eres el único que puede hacer esto. No me falles, Andrew. No me falles, amigo.»

Hasta aquel momento, Andrew no tenía la menor idea de que alguna persona del complejo, y mucho menos Solange, tuviera conocimiento de su existencia. Había enviado algunos cheques, desde luego, y se había suscrito a todas las publicaciones necesarias. También había asistido a distintos seminarios y se había curado las *chakras* en la logia de bienestar de Big Sur. Pero nunca había visitado el complejo en sí ni había conocido a nadie que tuviera un puesto verdaderamente alto en el Templo. Hasta aquel momento.

Y sin embargo, Belinda lo sabía todo sobre él, incluso algunas cosas sobre sí mismo que ni siquiera el mismo Andrew conocía... no, hasta que ella se las reveló. «Solange dice que fuisteis hermanos en otra vida. ¿Tú crees que es posible, Andrew? ¿Has tenido esa sensación?»

Desde luego que la había tenido.

Pasó junto al estadio de fútbol, en cuya valla se anunciaba Bucky Badger y se leía el mensaje:

*Atletismo de Wisconsin
Vean a Bucky correr
Vean a Bucky hacer pases
Vean a Bucky regatear
Vean a Bucky chutar
Vean a Bucky nadar
¡Vean a Bucky jugar!*

Vean a Bucky vomitar, pensó mientras pasaba por la puerta de seguridad y se dirigía a los vestuarios. Colgó la mochila y la chaqueta y sacó un mono, que se puso sobre los téjanos y la camisa. El mono era amplio, con un gran bolsillo de carga en el que cabía fácilmente el termo.

La planta generadora era bastante importante, aunque no había mucha gente que supiese cómo funcionaba ni qué era lo que hacía realmente. La mayor parte de la gente, incluidos muchos ingenieros, pensaba que era un sistema cerrado que sólo se utilizaba para producir calor en invierno. Pero eso no era cierto. El vapor, que se sobrecalentaba hasta los 250 °C, se utilizaba durante todo el año. Se transportaba durante kilómetros en

tuberías, y calentaba los edificios en invierno y ayudaba al sistema de aire, acondicionado en verano. Y además proporcionaba el agua caliente durante todo el año. Y lejos de ser un sistema cerrado, el exceso de vapor que generaba se expulsaba al exterior, al aire libre, a través de numerosas trampillas subterráneas situadas por todo el campus.

Las trampillas de ventilación eran claves para el funcionamiento del sistema, porque impedían «el martillo de agua». Las personas que tenían radiadores en sus hogares estaban familiarizadas con ese fenómeno. El martillo de agua era esencialmente un desequilibrio de presión, causado por la condensación, que fluía por las tuberías, lo que hacía que traqueteasen y dieran golpes. Para arreglarlo, en las casas se purgaban las tuberías, se sacaban las burbujas de aire y se nivelaba la presión. Pero lo que sólo era una molestia en el sistema de calefacción de una casa, suponía un problema de una magnitud completamente diferente cuando ocurría en un sistema industrial que utilizaba vapor sobrecalentado. Si no se revisaba convenientemente, el martillo de agua podía acumular presión suficiente como para romper las tuberías y soltar al aire un geiser de vapor que en un instante podía aumentar 1700 veces su volumen original. En otras palabras, haría explosión. Y le arrancaría a uno la cabeza si se encontraba cerca.

Las trampillas de ventilación tenían la función de impedir que aquello sucediese, y para ello soltaban vapor en pequeñas cantidades continua y automáticamente, de manera que la presión se mantenía uniforme en las tuberías. Se le llamaba «vapor flash» y se soltaba hacia el sistema de alcantarillado que había debajo de la universidad, y que luego escapaba al nivel de la calle a través de las salidas.

—Eh, Drew, ¿cómo va eso?

Steve Belinsky, uno de los ingenieros electrónicos, abrió su armario, produciendo un ruido ensordecedor al hacerlo, y empezó a sacar el mono.

—No puedo quejarme —le dijo Andrew—. Bonito día.

—Sí, realmente bonito. Estaba pensando en irme a pescar... a Monona.

—Espero que piquen.

—Ni siquiera me importa. En el lago... con un par de cervezas con *whisky*... ¿quién necesita peces?

—Y mientras tanto me dejas a mí aquí, en las entrañas de la bestia.

—Mala suerte —le dijo Belinsky al tiempo que cerraba la taquilla con un sonido metálico—. Ya nos veremos, tío.

Andrew cerró a su vez la puerta de su armario y giró la rosca de la combinación del cierre. Luego se detuvo en el despacho para recoger la lista de comprobaciones del día. Primero se dirigió a la bomba de alimentación, donde uno de sus trabajos consistía en supervisar el añadido de Amertrol al abastecimiento de agua. Aquel producto era un desmineralizador que formaba una masa resinosa, vencía la atracción de las tuberías y capturaba las impurezas existentes, como el calcio y la sílice. Impedía que los minerales formaran depósitos dentro de las tuberías, cosa ésta que habría impedido el flujo del vapor.

Pensaba añadir el contenido del termo al abastecimiento de agua al mismo tiempo que ponía el Amertrol. Sólo tardaría unos segundos en hacerlo, y existían muy pocas probabilidades de que alguien reparase en ello. Sólo había cinco trabajadores en toda la planta.

«Solange dice que fuisteis hermanos en otra vida. ¿Tú crees que es posible, Andrew? ¿Has tenido esa sensación?»

Claro que la había tenido. Y la tenía en aquel momento.

OceanofPDF.com

Capítulo 19

Frank había estado en cama con gripe toda la semana, y Annie también.

Era una especie de malestar, congestión y un dolor de espalda muy persistente, como si no tuviese intención de desaparecer nunca. A Frank lo había tenido inutilizado durante tres días enteros, y sólo ahora parecía que empezaba a mejorar. El *Post* decía que había mucha gripe. Media docena de colegios habían cerrado, la calle K se veía casi desierta y en el Congreso tenían problemas para conseguir *quorum*.

Y todo aquello a pesar de que se suponía que la temporada de la gripe había pasado ya hacía semanas. Y no era sólo en Washington. Los Ángeles también tenía su propio brote. Lo llamaban la «gripe de Beverly Hills» porque aquella zona había sido la más afectada. Frank había visto un artículo sobre ello en las noticias vespertinas. El periodista estaba sentado en el Polo Lounge rodeado de mesas vacías. Al final del reportaje pidió un cuenco de sopa de pollo con fideos y le hizo un guiño a la cámara. «Qué mono», pensó Frank. Y se sonó la nariz por enésima vez.

Sacudió la cabeza para aclarársela y empezó a repasar lo que había recogido en Nexis. En su mayor parte era siempre la misma historia: un despacho de la Agencia de Prensa que se había publicado en montones de periódicos, una versión concisa del artículo del *Globe*.

Lo leyó una y otra vez, pero no decía mucho. Si acaso, el artículo resultaba curiosamente blando. No había entrevistas con testigos presenciales ni citas de otros marineros, de colegas que describieran la tormenta, el tamaño de las olas o el momento en que volcó el bote salvavidas.

Sólo el relato del capitán, un relato conciso y al parecer franco, de lo que había pasado.

Aún más extraña, según el modo de pensar de Frank (es decir, desde el punto de vista de un periodista), era la ausencia de artículos en periódicos locales. El *Lake Placid Sentinel*, del que habría podido esperarse que pusiera el artículo por encima de todo, hizo lo contrario. Publicaba un informe abreviado en una de las páginas interiores, en una columna dedicada a «Noticias del Mundo», tratando el incidente más como una marea en Bangla Desh que como lo que era: un desastre dentro de casa.

La excepción era una serie de artículos firmados por un tipo llamado Eric Overbeck que escribía en el *Rhinebeck Times Journal*. Los artículos informaban de los penosos esfuerzos de Martha y Harry Bergman, padres de uno de los marineros.

*Se impide a unos padres asistir al funeral
Los padres presionan para que se abra una investigación
Un matrimonio de Rhinebeck demanda a una secta por los restos de su hijo*

Según aquellos artículos, los Bergman se sentían indignados por lo que a ellos les parecía una investigación rutinaria y hecha a la ligera de la muerte de su hijo. «Todo el mundo parece aceptar la palabra de esa gente —decía el padre—. Pero yo no. No estoy satisfecho. ¡No estoy nada satisfecho! Y no me pienso callar al respecto.» El periódico publicaba una fotografía del hijo del matrimonio, un joven apuesto que había «abandonado SUNY New Palz en su último curso para unirse al Templo de la Luz». Por último, el artículo señalaba que los Bergman habían contratado a un detective privado para investigar el asunto. También habían buscado un abogado y estaban presionando al fiscal del distrito del condado de Dutchess para que investigase a la «iglesia» que tenía su sede en Lake Placid.

Resultaba evidente que los Bergman eran las personas con las que Frank necesitaba hablar. Entonces pasó al último artículo del montón.

Misterioso torso relacionado con mujer de Rhinebeck

Albany. —El torso hallado en la zona desértica de Adirondacks la semana pasada puede ser el de Martha Bergman, residente en Rhinebeck, que desapareció con su marido Harold hace casi seis meses.

La policía ha confirmado los informes de que se trata de un torso de mujer de aproximadamente la edad y el peso de la señora Bergman.

Funcionarios del condado de Dutchess advierten que mientras que algunas marcas distintivas del cuerpo coinciden con las encontradas en un «mapa de lunares» dermatológico obtenido de los historiales médicos de los Bergman, el deterioro del cadáver hace que una identificación positiva sea imposible.

«Sin la cabeza ni las manos es muy difícil hacer una identificación positiva — afirma Marilyn Savarese, portavoz de la policía del condado de Dutchess—. Es obvio que no podemos hacer comparaciones dentales ni de las huellas dactilares. Sin embargo estamos llevando a cabo pruebas de ADN utilizando algunos materiales recuperados de la residencia de los Bergman.»

Los resultados de las pruebas no se darán a conocer hasta dentro de varias semanas.

La señora Bergman y su marido Harold desaparecieron misteriosamente en noviembre. Las autoridades dicen sentirse desconcertados con el caso, en particular porque la residencia de los Bergman no mostraba signos de violencia.

Se dice que los Bergman atravesaban una etapa de depresión motivada por la reciente muerte de su hijo, devoto del Templo de la Luz.

Mientras meditaba aquello, a Frank le salió un gruñido de la garganta.

Era a la vez el sonido de la comprensión y una advertencia que se hacía a sí mismo; un susurro que era una mezcla de *Eureka!* y *Atención*.

Ahora que las cosas empezaban a tener sentido, lamentaba aquella manera suya tan torpe de investigar las cosas como si fuese un elefante en una cacharrería. Debería haber sido más paciente. La voz del director de la funeraria le vino a la cabeza otra vez: «Ha dicho Daly, ¿verdad?»

«Pues sí. Y... ¿le gustaría que le diera mi dirección? ¿O me disparo yo mismo? Puede cortarme la cabeza cuando esté muerto... ¡Lo que le resulte más cómodo!»

Volvió a hacer el mismo sonido, un poco más fuerte y un poco más largo. *Mmmmnnn*.

Era un sonido curioso cuando uno lo escuchaba, pues parecía un mugido. Pero un mugido preocupado.

En realidad no podía probar nada, pero creía saber ya lo que había pasado. Por la razón que fuese, el Templo de la Luz había ido a buscar los cadáveres de Kopervik y después había fingido un accidente en el mar. Los cuerpos de los mineros se habían metido en bolsas para cadáveres y se habían etiquetado con los nombres de miembros de la tripulación ahogados... que seguían a bordo del barco, escondidos o... muertos. A

menos que, para empezar, nunca hubieran estado a bordo. Se ponían de acuerdo con el director de la funeraria, Bell...

La estratagema había dado resultado hasta que los Bergman habían empezado a hacer presión para que se iniciara una investigación.

«Todo el mundo parece aceptar la palabra de esa gente. ¡Pero yo no!»

Naturalmente. Un certificado de defunción no le había bastado a Harry Bergman. Había exigido también una autopsia.

Y al parecer había encontrado alguien comprensivo que le había hecho caso en la oficina del fiscal del distrito... y justo entonces Bergman desapareció.

Frank buscó en las hojas que había imprimido los artículos del *Times Journal*. ¿Cómo se llamaba el periodista? Overbeck. Era el único que había escrito más de un artículo.

Llamó a información y encontró un E. Overbeck justo al otro lado del Hudson, en una ciudad llamada Port Ewen. Marcó el número de teléfono que le dieron.

Una niña contestó a la segunda llamada.

—¿Diga?

—¿Está Eric?

—Un segundo. ¿Puede decirme quién lo llama?

—Frank Daly.

Se oyó el ruido que hizo la niña al dejar el auricular, y luego Frank la oyó alejarse del teléfono mientras llamaba:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Te llaman por teléfono!

Frank oyó el final de la conversación entre los dos cuando volvieron y se situaron cerca del teléfono.

—No lo sé —le decía la niña con voz petulante—. Pregúntaselo tú mismo.

—¿Diga?

—¿Eric Overbeck?

—¿Sí?

El hombre hablaba con tiento.

—Soy Frank Daly, periodista del *Post*.

(Bueno, más o menos. Aquello sonaba mucho más impresionante que si decía que tenía una citación.)

—¡Oh, sí, claro! ¿En qué puedo ayudarlo?

Frank se lo notó en la voz al hombre. Estaba impresionado. Era bueno saber que el periódico seguía teniendo éxito.

—Pues en realidad no lo sé. Verá, estoy trabajando en un reportaje que tiene relación con algunos artículos que ha escrito usted. Y supongo que tenía esperanzas de poder hurgar un poco en su cerebro.

—Se refiere a la planta de energía, ¿verdad?

Tenía la voz excitada. Incluso contenta.

—Pues no —le aclaró Frank—. No, en realidad llamaba por lo de los Bergman. Escribió usted un par de artículos...

—Sí.

Un giro de ciento ochenta grados.

La voz de Overbeck ya no era ahora la de un periodista ansioso, ávido por ver su nombre publicado en el *Post*. Era más bien la de alguien que hubiese recibido una citación para testificar contra Hezbollah.

—Mire —le dijo Overbeck—, me gustaría ayudarlo, pero en este momento me encuentro muy ocupado.

—Sólo tardaré un minuto.

—Lo siento. De verdad que no tengo tiempo.

—Pero...

—No intente convencerme —lo interrumpió Overbeck—. Sencillamente no necesito ninguna circunstancia agravante, ¿vale? El periódico para el que trabajo tiene una tirada de dos mil ejemplares. Si el Templo nos pone una demanda me quedo sin trabajo. Así de simple.

—¿Lo amenazó el Templo con ponerle una demanda?

—No voy a entrar en esto.

—¿Lo amenazaron...?

—Tengo que colgar.

Y colgó.

Frank intentó volverlo a llamar, pero la línea comunicaba. Y siguió comunicando hasta que quedó bien claro que habían dejado descolgado el teléfono.

Entró en la cocina y encontró una botella de Negra Modelo en la nevera. Volvió al cuarto de estar, llamó a Annie y le contó todo lo que había hecho, oído e imaginado.

—Así que piensas que ellos la mataron —le comentó ella.

No era una pregunta.

—Sí. Estoy seguro de que fue así. —Hubo un largo silencio en la línea. Después Frank le preguntó—: ¿Quieres que vaya a verte ahora?

El silencio se prolongó.

—Puede que esta noche no —le indicó Annie finalmente—. Todavía no me siento bien del todo. Quizá mañana.

Ambos permanecieron al teléfono, sin hablar.

Por fin, Annie le hizo una pregunta.

—¿Y ahora qué?

Frank se encogió de hombros. Literalmente. Luego se rió de sí mismo porque ella no podía verlo.

—Tengo pendientes dos llamadas —le explicó a Annie—. Una es al fiscal del distrito del condado de Dutchess. Y a un I P de Poughkeepsie.

—¿Un qué?

—Un investigador privado. Trabajó para los Bergman. Se llama Kramer. —Hizo una pausa—. Y la otra cosa es... que mi padre está enfermo, así que...

—¡Oh, no!

—Probablemente voy a tener que ir a verlo.

Al día siguiente por la tarde, Frank se encontraba en el vestíbulo del hospital Saint Mary's esperando ver a algún ser humano. La mente del guarda de seguridad parecía hallarse en Plutón; varios auxiliares de clínica y enfermeras entraban y salían apresurados sin mirarlo. La empleada de admisiones, que bajo aquella espantosa luz fluorescente parecía necesitar que la ingresasen a ella también, acabó por fin la larga conversación telefónica y levantó la vista hacia él.

—¿Puedo ayudarlo?

—Cuento con ello —respondió Frank con un encanto que hizo que a la mujer le asomara a la cara una sonrisa.

Le explicó que su padre estaba en la sala de cuidados intensivos y que él acababa de llegar de fuera de la ciudad.

—Y me gustaría verlo. Me gustaría ver cómo le va.

La encargada de las admisiones hizo una llamada telefónica y, con una sonrisa, envió a Frank al puesto de enfermeras situado en el piso de arriba.

Los pasillos del hospital le recordaron a su madre, y el recuerdo se intensificó cuando la enfermera le indicó que fuera a una sala de espera al final del pasillo. Había otras dos personas en la sala.

Una era una rubia cincuentona que llevaba puestos unos pantalones de chándal de color rosa chillón y una sudadera con lentejuelas que formaban letras: «¡Atlantic City!»

La otra persona era un hombre de aspecto fatigado que iba vestido con un mono grasiento. En el pecho tenía una elipse azul y dentro de la misma su propio nombre, «Raymond». Levantaron bruscamente la cabeza cuando Frank entró por la puerta, y vio la aprensión que les cruzaba por el rostro, seguida de un gran alivio. Con una mirada les bastó para saber que él no era portador de noticias, ni buenas ni malas.

Era la misma sala donde había estado sentado cuando su madre se moría catorce años antes.

Y la sensación era la misma. El aire se notaba cargado de miedo y de esperanza, mientras risas enlatadas latían en el televisor colocado en la pared. Juntos, los tres miraban sin ver, perdidos dentro de sí mismos.

Por fin entró una enfermera.

—¿Hay alguien que viene a ver al señor Daly?

Por primera vez, Frank comprendió que la mujer de los pantalones rosa, tenía alguna relación con su padre, porque los dos se levantaron al mismo tiempo, sorprendiéndose mutuamente. Por un momento se miraron con recelo y luego se volvieron hacia la enfermera.

—El doctor llegará dentro de un momento, pero yo quería que ustedes supieran que la arritmia se ha estabilizado. —Una palmadita en el brazo de la mujer y una sonrisa de ánimo—. Parece que las cosas van bien.

Al oír aquello, la mujer le agarró la mano a Frank y se la apretó con tanta fuerza que le hizo daño.

—Soy Daphne —se presentó la mujer.

Luego le reveló que era la esposa de su padre.

—Ah, bueno —dijo Frank, perplejo—. Yo soy Frankie.

—Oh. —La mujer frunció el entrecejo, pero luego reaccionó y le puso una mano en la manga—. ¿Te encuentras bien?

Frank se preguntó que si el entrecejo fruncido tendría que ver con el aspecto qué tenía o con su identidad. No había manera de saberlo, así que dijo:

—Sí, muy bien. Acabo de pasar la gripe.

—Hay mucha gripe ahora —comentó ella.

No había mucho que decir, y los dos se sintieron aliviados cuando entró el médico para decir que «Francis» parecía mejorar, pero que no obstante era un hombre que estaba muy enfermo.

—No se ha cuidado —les explicó el médico—. Pero aun así, es fuerte como un buey. Quizá esto le sirva de lección. Tenemos bastantes esperanzas.

Sólo permitiría que entrasen en la habitación a verlo de uno en uno, y Frank se apresuró a cederle la vez a Daphne. Pero ésta rehusó.

—Hace mucho que no lo ves. Creo que es mejor que entres tú.

—No, es igual...

La mujer le dio la espalda y cogió un ejemplar de la revista *People* muy sobado.

—No es asunto mío —le indicó ella—. Pero me parece que ya es hora de que lo veas.

Luego se sentó, de modo que a Frank no le quedaba más remedio que entrar.

Y eso hizo.

El viejo estaba tumbado de espaldas. Miraba al techo. Le salían unos tubos de la nariz, y un catéter le asomaba por debajo del camisón. Tenía un gotero en el brazo izquierdo y las mejillas cubiertas de barba de varios días. Los ojos se habían puesto oscuros, y al respirar sonaba un silbido.

«Dios mío», pensó Frank.

Encontró una silla y la acercó a la cama. Fueron pasando los minutos. Aunque su padre tenía los ojos abiertos, Frank no sabía con certeza si

estaba consciente. No se le notaba emoción alguna en la cara y tenía los ojos como de vidrio. Luego ladeó la cabeza y miró a Frank a los ojos.

—Hola —lo saludó éste.

El viejo parpadeó.

Permanecieron así, juntos, durante lo que pareció mucho tiempo. Estaba claro que el viejo no podía hablar, y también que Frank no sabía qué decir. Finalmente alargó un brazo y le cogió la mano a su padre. Lo sorprendió que estuviera tan áspera, tan basta, aunque comprendía que aquello no habría tenido que sorprenderlo: después de tantos años en la sala de calderas, las manos del viejo eran como guantes de amianto. Le cogió la mano entre las suyas, le dio un suave apretón y se oyó a sí mismo hablando por los dos:

—Lo siento —murmuró—. Siento que haya habido tanta... infelicidad.

El viejo parpadeó por segunda vez. Luego apretó la mano de su hijo y tiró del joven hacia sí. Ladeó la cabeza en un gesto que pretendía ser un encogimiento de hombros, como diciendo: «¿Qué se le va a hacer?» Una sonrisa le levantó las comisuras de la boca. Durante unos instantes, Frank habría jurado que el viejo tenía lágrimas en los ojos, pero a continuación se le ocurrió que quizá fuera él quien las tenía. Como una montaña que se pusiese en pie, el corazón le saltaba en el pecho, y durante un momento sintió como si se hubiera tragado una navaja de afeitar.

El viejo miró hacia otra parte y pronto todo estuvo bien otra vez. Permanecieron allí juntos mucho rato, cogidos de la mano, sin decir nada, esperando. La infancia de Frank le pasó por la cabeza en rápidas imágenes, y vio a su madre, la sala de la caldera, el patio del colegio, la tienda de ultramarinos, el jardín, el campo de *rugby*... ¡Cristo!

Y entonces el viejo resolló, pareció ponerse contento y luego falleció.

Daphne lo invitó a quedarse a dormir en la casa.

—Puedes dormir en tu propia cama, tu padre nunca me dejó que la tocara.

Pero Frank declinó la invitación; dijo que ya había pagado una habitación en el Red Roof Inn. Pero no había manera de evitar el velatorio,

que resultó ser una especie de casa abierta para acompañantes alegres del duelo. Al llegar a lo que él seguía considerando como «su casa», a Frank lo entristeció encontrar el jardín echado a perder, las rosas sin podar, las flores del año anterior sin cortar de los tallos. Al entrar en la casa vio inmediatamente que Daphne había impuesto su magia en la sala de estar, donde un niño desamparado de ojos almendrados contemplaba lloroso el televisor y el Barca Lounger de piel.

Sin embargo, aquel comienzo de mal augurio pronto dio paso a otra cosa cuando los amigos de su padre lo invitaron a unirse a ellos para tomar una copa en la cocina.

—¡Arrima una silla, Frankie!

—¡Espero que no vayas a pagar tú el ataúd, hijo! ¿Has visto alguna vez una cosa semejante?

—¡Te digo yo, Frankie, que cuando lo vi pensé que era el *Queen Elizabeth II*!

—Dadle al joven Frankie una cerveza. ¡Tiene mala cara!

—Todo un lujo —dijo alguien—. Como un Lexus, pero de caoba. ¡A tu padre le hubiera encantado!

—Siéntate, Frankie, por amor de Dios. Me estoy cansando de verte de pie. ¿Lo has visto allí? Expuesto en la capilla ardiente como el jodido J. Edgar Hoover...

Y el tío Sid:

—¡No estoy seguro de que fuera él! ¡Nunca tuvo tan buen aspecto!

—¡Este hombre tiene razón! ¿Desde cuándo tenía tu padre las mejillas sonrosadas?

—Nunca —dijo Frank.

—¡Por no hablar del afeitado!

Y así continuaron, las mujeres de pie en el cuarto de estar hablando respetuosamente entre sí mientras la conversación fluía sin cesar en la cocina. Se contaba un chiste, había un estallido de risas y las manos daban palmadas en la mesa. Otra ronda de bebidas. Otro chiste, más risas. Las mujeres se asomaban de vez en cuando, muy serias, y poniendo los ojos en blanco bastante confusas por aquello.

Frank se quedó hasta las diez de la noche, y a aquellas alturas se había enterado de más cosas sobre el viejo de las que había sabido nunca. Al escuchar a los amigos de su padre empezó a Comprender, por primera vez, cómo alguien había podido querer tan profundamente a aquel hombre lleno de defectos. Y al quererlo habían podido perdonarlo.

A la mañana siguiente acompañó en el coche a la desconsolada Daphne en el cortejo hasta el cementerio Holy Cross. Allí, el padre Morales dijo unas palabras. Frank arrojó un puñado de tierra sobre el ataúd. Y llegó el momento de volver a casa.

—Pero tienes que mirar sus cosas —le sugirió Daphne—. Es posible que haya algo que quieras, ya sabes a lo que me refiero... para guardarlo como recuerdo.

Le pareció más fácil volver con ella a su casa que discutir al respecto, y así lo hizo.

—Está en el dormitorio —le indicó ella—. No hay mucho. No era muy aficionado a coleccionar cosas.

Frank entró en el dormitorio, donde la ropa del viejo estaba reunida en un montón y extendida pulcramente sobre la cama. Había un par de chaquetas de *sport* gastadas, media docena de pantalones puestos en perchas de alambre, dos cajas de camisas de vestir recién traídas de la tintorería y un abrigo azul oscuro. Sintiéndose incómodo con lo que hacía, Frank se probó el abrigo y se sorprendió al ver que le iba estrecho de hombros. Siempre había creído que su padre era un hombre más corpulento. Pero por lo visto no era así.

Volvió a dejar el abrigo sobre la cama y se acercó a la cómoda. Abrió los cajones uno a uno y encontró las cosas de costumbre: camisetas y ropa interior, calcetines y polos, un par de suéteres y algunas sudaderas. Había un viejo Timex encima de la cómoda junto a un billetero muy usado.

Sintiéndose como un ladrón, abrió la cartera y miró en el interior. Había doce dólares en metálico, el carnet de conducir, varias tarjetas Visa y Exxon, información de seguros y una tarjeta de cajero automático. También estaba allí la tarjeta del sindicato. Y escondida en la parte de atrás, donde no era probable que Daphne la viera, había una fotografía en blanco y negro de la madre de Frank.

Sacó la fotografía y la metió en su cartera; luego echó una última ojeada a la habitación. No había nada más.

—Tengo que volver al trabajo —le dijo a Daphne.

—Desde luego, pero...

—Avísame si te parece que hay algo... bueno, ya sabes... algo que yo pueda hacer.

—Pero... ¿no hay nada que quieras llevarte? —le preguntó Daphne.

Frank negó con la cabeza.

—No, creo que no. Lo mejor será que se lo des a alguna organización benéfica, a Goodwill.

Estaba de pie junto a la puerta.

—Bueno, pero tendrás que llevarte los libros —le pidió ella—. No estaría bien tirarlos.

—¿Qué libros? —preguntó Frank.

Daphne salió de la habitación y regresó poco después con tres enormes álbumes de recortes de los que la gente usa para fotografías. Todos estaban encuadrados en piel de imitación de color Borgoña con una doble línea dorada grabada a unos cinco milímetros del borde. Se los entregó a Frank, quien, lleno de curiosidad, abrió el que quedaba encima.

En la primera página se hallaba lo primero que Frank había escrito, un artículo largo en el *Alliance* que trataba de los judíos ortodoxos que hacían proselitismo entre los emigrados de Brighton Beach. Más adelante se encontraban los reportajes que había hecho para el *Village Voice*, y a continuación el primer trabajo que había firmado para el *Post*. Éste estaba colocado en la parte superior de la página, cuidadosamente recortado, un rectángulo amarillento de papel de periódico sujeto con papel adhesivo transparente. A la derecha del artículo estaba la fecha de publicación escrita con bolígrafo azul:

16 de julio de 1992

Frank se quedó sin habla. Entre los tres álbumes debía de haber cientos de artículos, de hecho todos los artículos que había escrito en su vida. Miró a Daphne, quien se encogió de hombros con cierta sensación de desventura.

—¿Cómo lo hizo? —le preguntó Frank.

—Pues él... se suscribía —le contestó Daphne—. Siempre se suscribía.

Había llamado a Annie desde Kerwick la noche del velatorio, así que ella ya sabía lo del padre de Frank cuando éste regresó a Washington.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Sí, bastante bien. Me alegro de haber ido. ¿Y a ti, cómo te va?

—¿Te refieres a la gripe?

—Sí.

—Me parece que por fin se me empieza a pasar —le comentó Annie—. En cualquier caso, ya me he puesto a trabajar otra vez. ¿Qué ocurre?

—He estado mirando algunos artículos de los que encontré, de esos que tratan de las personas que se ahogaron, o que se supone que se ahogaron, y hay cosas interesantes.

—¿Cómo es eso?

—Pues, por una parte, todas las esquelas son iguales. Como si las hubiera producido una detrás de otra la misma persona, y sospecho que así fue. Y por otra parte las familias... por fin conseguí llamarlas.

—¿Y qué te han dicho?

—Bueno, a la primera que llamé fue a la hermana de O'Reilly, Megan, que resulta que es miembro del Templo de la Luz. Igual que su hermano.

—Vaya.

—Y luego llamé a los señores García, los padres de Arturo. También son miembros.

—¿De verdad?

—Sí, sólo que no lo averigüé hasta después de haber hablado con ellos. El fiscal del distrito del condado de Dutchess es quien me comunicó que estaban iluminados por la secta.

—¿Qué quieres decir con eso de «iluminados»?

—Bueno, ya sabes. Como «atraídos». O «asustados». Pero se trata de un culto, así que...

—Ya comprendo.

—Vale. Pues bueno, sea como sea, la manera como reaccionaron esos dos resultó verdaderamente incómoda. Quiero decir que se mostraron bastante hostiles. No les gustaron las preguntas que les hice y ellos también

querían hacerme a mí un montón de preguntas. «No, no creían que hubiera nada extraño acerca del accidente del *Crystal Dragon*. Y no, ¡no tenían ningún motivo para creer que Arturo o Thomas estuvieran vivos! ¿Cómo ha dicho usted que se llama? ¿Cuál es su número de teléfono? ¿Quién es su supervisor?» Me dijeron que el simple hecho de que yo los llamase era acoso religioso. ¿Puedes creerlo? Quiero decir, ¿tú reaccionarías así si alguien te llamase?

—Claro que no. Pero ¿y los demás?

—Pues es el reverso de la moneda. Hablé con la hija de Ross Stevens; por cierto, ese tipo no era ningún niño, tenía cincuenta y dos años. Y con la madre de Chris Yates. Con ella también hablé. Y fue completamente diferente.

—¿Cómo?

—Pues... no quisieron hablar conmigo. Se negaron en redondo a hacerlo.

—¿Por que era... demasiado doloroso?

—No. Porque estaban muertas de miedo.

Annie no dijo nada.

—Y ya sé que es sacar conclusiones precipitadas —continuó diciendo Frank—, pero los padres que se quejaron, los que hicieron presión para que se abriera una investigación, los Bergman... bien, se cayeron por el borde del precipicio, ¿no? Quiero decir que si el fiscal del distrito tiene razón, desaparecieron por completo hasta que... bueno, hasta que encontraron aquel...

—Aquel torso —le apuntó Annie—. Los periódicos lo llamaron «torso».

Se hizo el silencio en la línea durante un rato, y luego Frank dijo:

—Estoy pensando en ir allí.

—Verdaderamente no creo...

—Voy a ir.

Un largo silencio y luego:

—¿Frank?

—¿Qué?

—¿Qué es eso del Templo? ¿Quién es esa gente?

Frank lo pensó durante un momento mientras escuchaba la respiración de Annie al otro extremo de la línea.

—No lo sé. Puede que sólo sean gente. Pero no lo creo.

OceanofPDF.com

Capítulo 20

Tomó la salida de Nueva Jersey hacia la Interestatal 228 y luego cogió la autopista de peaje a Nueva York, cruzó el río Hudson hacia Poughkeepsie y siguió por la calle mayor adentrándose en la ciudad en busca de un restaurante llamado Fernacci's. Cuando lo encontró, situó el coche en el estacionamiento que había al lado, apagó el motor y se recostó en el asiento. Eran las siete menos veinticinco y se suponía que había de reunirse con Martin Kramer a las siete.

En vez de esperar en el restaurante, abrió el *Post* por la página de deportes y se puso a leer.

Veinte minutos después entró en el aparcamiento un Jaguar nuevo de color negro. Era un XJ-12 con el salpicadero de castaño y, supuso Frank, los asientos hechos con piel de delincuentes chinos. Un hombre fornido aunque no muy alto bajó del coche y le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Daly?

—Sí —respondió Frank.

—Marty Kramer. Mucho gusto.

Se dieron la mano y entraron en el restaurante, que era sorprendentemente agradable y disponía de aire acondicionado, lo que mantenía la temperatura a unos dieciséis grados. Mucho azulejo y madera, y *Turandot* sonando suavemente en los altavoces. El *maître* los acompañó hasta una mesa situada en un rincón, donde tomaron asiento.

—Bonito cacharro —comentó Frank haciendo un gesto con la cabeza hacia el aparcamiento.

Kramer se encogió de hombros.

—Me lleva a donde voy.

Era un hombre bajo con pecho de pichón y nariz aguileña, dientes torcidos y unos brillantes ojos negros. Tenía el pelo negro, corto y de punta, y le brillaba debido a la gomina.

—¡Eh, Mario! —llamó—. ¿Qué hay que hacer para que le pongan a uno una copa aquí?

Con una sonrisa en los labios, un camarero se acercó majestuoso con la lista de vinos y les enumeró las especialidades de la casa. Después anotó el pedido de las bebidas y se fue por donde había venido.

En el transcurso de la hora siguiente, se tomaron un par de copas (los Knicks contra los Wizards); dos platos de *carpaccio* (Clinton contra Starr); más o menos un pan entero con aceite de oliva (regímenes de entrenamiento 10K), y el plato principal: ossobuco para Kramer y tortellini para Frank.

Kramer resultó ser un conversador entretenido y también sabía escuchar, pero como fuente de información se mostraba bastante reacio. Al cabo de cincuenta y cinco minutos de cháchara, Frank no se había enterado de casi nada sobre el trabajo que Kramer había hecho para los Bergman, y así se lo comentó.

—¿Sabe? No me ha contado usted nada.

Kramer sonrió.

—¿Qué quiere saber?

—Bueno —comenzó Frank mientras servía un vaso de Montepulciano para cada uno—, para empezar, ¿asesinaron a los Bergman? ¿Qué cree usted?

Kramer arrugó la cara, movió la cabeza atrás y adelante e hizo una mueca.

—Mire, es que tengo un problema con esto —le confió a Frank—. Si mi nombre sale en la prensa... pierdo clientes. Es así de simple. Y, oiga, ¿por qué no? ¿Ha visto usted la tarjeta que le di? ¿Qué dice?

—Dice que es usted investigador privado.

—Exacto. Investigador privado.

—Confíe en mí, no estamos hablando oficialmente.

Kramer se mofó.

—«Confíe en mí...»

Frank sonrió.

—Hablo en serio.

Kramer le guiñó un ojo.

—¿Está seguro?

A modo de respuesta, Frank cruzó los brazos.

—Absolutamente.

Kramer dejó escapar un suspiro, al parecer vencido por la insistencia de Frank.

—De acuerdo —aceptó al tiempo que dejaba a un lado la servilleta—. Lo intentaré. ¿Qué quiere saber?

—Cualquier cosa que pueda decirme sobre los Bergman.

El investigador privado se recostó en la silla y se quedó pensando en ello. Después dijo:

—Que eran un par de ardillas.

Frank sonrió y luego dejó que le desapareciese la sonrisa de los labios.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que quiero decir es... ¿qué pasó en realidad? Su hijo se marchó de casa para unirse al circo. ¡Bla, bla, bla! Dejadme respirar.

—Sí, pero... sus padres lo contrataron a usted después de que el chico muriera, ¿no es así? Por lo tanto, no es como si se tratase de un asunto de alguien desaparecido.

Kramer retorció los labios en un nudo carnosos lleno de escepticismo.

—Eso no es del todo exacto. Acudieron a mí unos seis meses después de que el chico se uniera al Templo. Y eso fue hace dos años.

—¿Qué querían que hiciera usted?

—Secuestrarlo. Ellos no lo llamaban así, pero eso era lo que querían. Tenían un «desprogramador» esperando.

—¿Y qué pasó?

Kramer se encogió de hombros.

—Indagué un poco por ahí. Hice algunas preguntas. Por lo que pude averiguar, el chico estaba estupendamente. Feliz. Así que desistí. Les dije que no podía hacerse.

—¿Y después de que se ahogase? ¿Volvieron a contratarlo entonces?

Kramer pareció incómodo durante un momento; luego se inclinó hacia adelante.

—Lo que no entiendo es qué interés tiene usted. Quiero decir que esto no es exactamente una noticia de alcance nacional, y no se encuentra en el área de alcance de circulación del *Post*... de modo que no lo entiendo. ¿Qué busca?

—La verdad.

Kramer sonrió con sarcasmo.

—Entonces debería probar Krishnamurti.

—Muy gracioso.

—No, hablo en serio. ¿Es que es usted periodista de la policía o qué?

—No —respondió Frank.

—Entonces, ¿qué lo mueve?

—Estoy trabajando en un reportaje médico. Pero es complicado. Y supongo, para contestar a su pregunta, que lo que trato de averiguar es si las personas de ese barco...

—¿El *Crystal Dragon*?

—Sí —convino Frank—. Trato de averiguar si en realidad se ahogaron o no. Porque en mi opinión es muy posible que no fuese así. Puede que lo simularan. Y si me equivoco y se ahogaron de verdad, quizá se trate de un asesinato.

Kramer se quedó mirándolo durante un largo rato; después dio un sorbo de Montepulciano y dijo:

—¿Dónde estábamos?

Frank se quedó pensando durante un instante.

—Me estaba contando que trabajó para los Kramer en dos ocasiones. Una vez cuando su hijo se unió al culto...

—Y la otra después de que se ahogase —lo interrumpió el detective—. Eso lo hice gratis. —Frank debió de levantar las cejas sin darse cuenta, porque Kramer se apresuró a continuar con la explicación—. Me daban pena. Y supongo que me sentía un poco culpable. No sé... quizá habría debido buscar al chico la primera vez. —Parecía arrepentido. Luego continuó hablando—. Pero bueno, no me dio demasiado trabajo. Hablé con algunas personas de las que iban en el barco...

—¿Y cómo se comportaron?

—Cooperaron. No me dio la impresión de que tuvieran algo que ocultar.
—Una vez más Frank debió de mostrar escepticismo en el rostro, porque Kramer se inclinó hacia él y le dijo—: Mire, éste es el asunto. Los Bergman se enfurecían en lo referente al Templo. No se les podía hablar de ello. Tal como lo veían, ellos sí que tenían «creencias religiosas», pero al muchacho le habían «lavado el cerebro», pues el muchacho estaba en un «culto». ¿Qué le dice eso a usted?

—No sé.

—Eran fanáticos intolerantes —continuó diciendo Kramer—. Y paranoicos. Dios mío, era como si buscasen minas explosivas debajo de las alfombras. Todos los teléfonos estaban intervenidos. Había gente vigilando la casa... Cristo todopoderoso. ¡No se les ocurrió otra cosa que comprarse una pistola! La guardaban en el vestíbulo, por si alguien irrumpía en la casa.

Kramer se echó a reír.

—¿Qué clase de pistola? —le preguntó Frank.

Kramer volvió a encogerse de hombros.

—Creo que era una treinta y ocho.

Frank frunció el entrecejo.

—Así que...

—Mire, ¿a qué se reducía todo? Ellos necesitaban echarle la culpa a alguien. Tenían que echarle la culpa a alguien. Si no, tendrían que echarse la culpa a ellos mismos... ¿sabe a qué me refiero?

—¿Entonces usted no cree que el Templo tuviera la culpa?

Kramer se encogió de hombros.

—No lo sé, quizá hubiesen podido ganar el caso. Quizá hubiera habido cierta responsabilidad con el barco; insuficiente práctica con los botes salvavidas o algo por el estilo. Pero no se trata de eso. Lo que intento decir es... bueno, que en este oficio se conoce a mucha gente que persigue el arco iris. A la mitad de ellos yo podría decirles: «Guárdese la cartera en el bolsillo, pues ya sé que no voy a ser capaz de darle lo que usted quiere.» Es decir, mire a los de la DEC desaparecidos en combate. Si usted les pregunta, resulta que nadie ha desaparecido. No existe tal cosa. Sólo es un puñado de «prisioneros secretos». Lo mismo ocurre con el accidente de la TWA. ¿Fue un accidente? Joder, no. Fue un misil, una bomba, un error de

mantenimiento... algo así. Porque cuando se trata con las familias, los accidentes no existen. La pérdida tiene que obedecer a un motivo, ha de haber alguien a quien culpar. Tiene usted que conseguir que se las paguen. Dinero, venganza, lo que sea. De otro modo no tiene sentido. Es el azar. Y ahí es donde toma importancia la búsqueda. Deja de ser una investigación sobre lo que pasó y se convierte en otra cosa. Y nos guste o no, ahí es donde yo gano un montón de dinero.

—¿Y cree usted que eso fue lo que pasó con los Bergman?

—Estoy seguro.

—¿Y el cadáver que encontraron?

—¿Se refiere al de los Adirondacks?

Frank asintió.

Kramer se encogió de hombros.

—Ni siquiera están seguros de que sea ella.

Frank se mostró de acuerdo.

—Pero... ¿y si es ella?

Kramer frunció el entrecejo y se quedó pensando.

—No lo sé, quizá tenga usted razón. Cabe dentro de lo posible que el Templo los hiciera picadillo. Yo no veo ninguna evidencia de ello, pero...

—¿Y si no fue el Templo...?

—Digámoslo de este modo: yo creo que el fiscal del distrito debería buscar al señor Bergman.

Aquella sugerencia lo dejó sorprendido.

—Quiere usted decir...

El detective se inclinó un poco hacia adelante y habló en voz baja.

—Los Bergman tenían graves problemas.

—¿Qué clase de problemas? —quiso saber Frank.

—Problemas que nada tenían que ver con el chico —respondió el detective.

Frank se disponía a decir algo, pero Kramer lo cortó.

—No quiero entrar en ello, pero... lo que he oído decir es que Bergman trasladó mucho dinero a las islas Caimán justo antes de que su esposa y él desaparecieran.

—No tenía ni idea —le confió Frank.

Kramer se encogió de hombros.

—¿Ha hablado usted ya con Tuttle?

—¿Se refiere al tipo de la oficina del fiscal del distrito? ¿En Placid?

—Sí.

—Bueno... sólo por teléfono.

—Supongo que podría usted preguntarle al respecto, pero no creo que se muestre dispuesto a decirle nada. Es una pista importante que están siguiendo.

Frank tomó un sorbo de vino y pensó en lo que Kramer decía. Luego probó otra táctica.

—¿Y la exhumación? ¿Llegaron a...?

El detective dijo que no con la cabeza.

—No, todo se quedó colgado en los juzgados. El condado ya estaba dispuesto a exhumar, pero el Templo ganó la apelación. Lo que quiero decir es que tenían los documentos del chico. Firmados y sellados. Ante notario. Y también había un testamento. Era su firma, de ello no cabe la menor duda. Deseaba que lo enterrasen allí y no quería que «violasen» sus restos. Eso decía en el testamento. Lo siguiente ya lo sabe, mamá y papá desaparecen y ¡bum!, el tema está dudoso.

Llegó el camarero con la cuenta, y Frank le dio la tarjeta Visa mientras se preguntaba si todavía serviría.

—Escuche una cosa —le dijo a Kramer—, ¿cree que podría usted conseguirme los nombres de las personas con las que habló en el barco?

—El *Crystal Dragon*.

—Sí. Se me ha ocurrido que quizá yo también podría hablar con ellos.

Kramer frunció los labios.

—Supongo que sí. Deme su número de fax y le enviaré los memorandos que escribí.

Frank le dio el número y preguntó:

—¿Y cómo están las cosas allí, en Placid?

Kramer hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No sé. Está... bien guardado. Muy bien organizado. Es obvio que tienen pasta. El líder es un oportunista, pero a ellos la cosa les funciona.

Se despidieron en el aparcamiento; Kramer le dio las gracias a Frank por la cena y le prometió ponerse en contacto con él si percibía algo en el «radar». Luego subió al Jaguar, que se puso en marcha con un rugido, y tras hacer un ligero movimiento con la mano por encima del hombro salió del aparcamiento y se metió de lleno en el tráfico.

Frank se quedó mirando cómo se marchaba y después se introdujo en el Saab mientras pensaba en la conversación que acababan de tener. Quizá Kramer dijera la verdad, pero a Frank le parecía que aquel investigador privado tenía algún interés en que el reportaje no se hiciera. Frank se preguntó por qué sería, pues la mayoría de los investigadores privados eran sabuesos que buscaban publicidad. Cuanto más salieran sus nombres en los periódicos, más clientes tendrían.

Mientras abandonaba el aparcamiento y se dirigía hacia el norte, lamentó lo que había dicho acerca de la investigación, y en particular haber hablado de las sospechas que tenía sobre los hombres que se habían ahogado. Y lo lamentó aún más cuando, a sólo unas manzanas del restaurante, pasó por un 7-Eleven. El Jaguar de Kramer se encontraba estacionado en el aparcamiento y el detective hablaba animadamente por el teléfono público que había a la puerta.

Frank aminoró la velocidad para asegurarse de que era él y luego siguió conduciendo. «Esperemos que no esté hablando de mí», pensó.

Capítulo 21

Daytona Beach, Florida

Como la mayoría de sus vecinos en Pine Creek, Gene Oberdorfer estaba jubilado. Se había trasladado a Florida desde Lake Placid unos meses antes, jurando que no volvería a pasar ni un invierno más en el helado norte.

Construida alrededor de un campo de golf, con casa de guarda en las dos entradas, Pine Creek era diferente a cualquier otra cosa de Florida. Pero desde luego era muy especial, y lo que le proporcionaba esa cualidad se hacía evidente a todos los que se movían en un carrito de golf entre los hoyos séptimo y octavo. Junto al asfalto rayado que señalaba un cruce sobre lo que a primera vista parecía una pequeña carretera, había un cartel de madera que rezaba:

Cedan el paso a los aviones

En Florida, como en todas partes, los constructores inmobiliarios preferían los terrenos sin construir porque aquello ahorra gastos de demolición. Por eso habían ignorado la meseta de Pine Creek durante años, pues consideraban que la pista de aterrizaje de la segunda guerra mundial que había en el centro era una desventaja. Como tenían a su disposición gran cantidad de terreno sin construir, veían el complejo de pistas como un gasto extra, algo que tendría que destruirse. Lo cual significaba mucha mano de obra y maquinaria pesada.

Pero donde otros vieron un problema, el constructor que acabó urbanizando Pine Creek vio una oportunidad. Junto a la pista de aterrizaje

de Pine Creek creó un refugio para propietarios de avionetas, personas como John Travolta y Gene Oberdorfer.

El hangar central del diminuto aeropuerto y los límites de la pista de aterrizaje adyacente no eran nada especial; en realidad eran bastante parecidos a las instalaciones del pequeño aeropuerto donde Oberdorfer solía guardar antes su Cessna.

Lo que hacía a Pine Creek única eran la red de pistas de rodaje que había delante de las casas y los hangares, que parecían garajes grandes. Los propietarios como Oberdorfer podían saltar a sus aviones con tanta facilidad como algunas personas se meten en el coche. En un par de minutos estaban fuera del camino de la casa rodando por las pistas de aproximación. Cinco minutos después se hallaban en el aire.

Así que era perfecto para Oberdorfer, cuya misión requería un avión pequeño y hangar privado.

Como de costumbre, se levantó a las cinco y media e hizo sus ejercicios matutinos y la meditación; luego, a las siete, se dirigió a la sede del club para lanzar unos golpes desde el *tee* con sus nuevos amigos. La mayor parte de los días disfrutaba del golf, aunque la verdad era que no se le daba muy bien. Y aquel día estaba distraído. Ningún parte meteorológico había vaticinado lluvias, pero las nubes se iban agrupando en el horizonte, y aquello lo preocupaba.

Por otra parte, pensó mientras lanzaba una rociada de tierra y hierba al aire, si aguantaba sin llover, las condiciones meteorológicas serían casi perfectas. La temperatura rondaría los veintisiete grados; la humedad, elevada; los vientos, ligeros, procedentes del este. En realidad no es que importase. Tanto podía ir aquel día como el siguiente. Qué día fuese dependía de él, con tal de que las condiciones fueran buenas. Pero sin embargo aquello lo tenía distraído. Y la distracción le perjudicó el juego. Especialmente el juego corto. Sus *drives* habían ido al *pot*. Y en cuanto al *putting*... mejor olvidarlo.

—Maldita sea —exclamó mientras la bola cortaba el terreno junto al decimocuarto *tee*—. ¿Os importa si cojo un *mulligan*?

La pregunta suscitó algunos abucheos.

—Un *mulligan* no va a servirte de mucho hoy, Obie —le dijo bromeando un hombre llamado Johnson—. Te hace falta un buen montón de *mulligans*.

A mediodía fueron a comer a la sede del club: invitaba él a causa de la mala suerte que había tenido en el juego. A las dos ya estaba en casa. El tiempo seguía siendo bueno. El barómetro se mantenía constante. El viento no había cambiado. Una hora después se hallaba en el hangar comprobando el equipamiento por décima vez más o menos.

El hecho de disponer de un hangar privado hizo que tuvieran que modificar el avión un poco. La mayor parte del equipo para fumigar cosechas era bastante sencillo, pues consistía en unos tubos sujetos a los bordes de las alas. Se habían encajado veinte pulverizadores en los tubos y funcionaban bastante bien. Había podido comprar todo lo que necesitaba en Home Depot.

La bombona era algo grande, pero cabía en el asiento del pasajero, detrás de él. Era unartilugio de fabricación suiza que al parecer se usaba para fumigar cierta clase de insecto en los Alpes Berneses. En el cuartel general habían dado con ello y lo habían hecho bien. Su ritmo de dispersión estaba programado y llevaba incluido un compresor de aire. Lo único que tenía que hacer él era cargarlo, llenarlo de agua e introducir el material. Una vez en el aire, con sólo presionar un botón, se esparcía por detrás del avión una fina rociada aérea.

Oberdorfer esperó hasta las cuatro y media. Como la mayoría de los aeropuertos pequeños, Pine Creek no tenía instrumentos para controlar los despegues y los aterrizajes. Para los vuelos locales no hacía falta suministrar un plan de vuelo. A algunos tipos, sobre todo a los que tenían aviones de época, les gustaba subir y ponerse a hacer acrobacias y tirabuzones. Pero en aquel momento no había nadie más allí arriba al menos nadie que él pudiera ver. Y no había que esperar para obtener pista. (En realidad, sólo los fines de semana había que hacer alguna vez cola para despegar.)

Puso la bombona en el asiento del pasajero y echó la chaqueta encima. Repasó la lista de chequeo, se echó hacia atrás y admiró su habilidosa obra.

Realmente las salidas de pulverización y los tubos apenas eran visibles, incluso mirando de cerca.

Fuera, la manga de viento se veía flácida, aunque de vez en cuando la levantaba un soplo de viento. Allá arriba no veía ningún avión en el cielo, salvo uno de cercanías que se dirigía al sur.

Desde el cielo era evidente que aquella parte de Florida se encontraba ya casi urbanizada por completo. En dirección a Orlando quedaban unas cuantas granjas, cuyas parcelas verdes resplandecían con la hierba nueva. Aparte de dichas zonas verdes, de algunos campos de golf y de una estrecha franja verde a lo largo del arroyo, en todas direcciones, hasta donde la vista alcanzaba, se veían urbanizaciones y centros comerciales. Lo cual era bueno. Necesitaban que hubiese una buena densidad de población para llevar a cabo la prueba.

La costa del océano se encontraba a poco más de seis kilómetros de Pine Creek, y al cabo de un par de minutos ya estaba volando por encima de los edificios de apartamentos y de los hoteles que llenaban la orilla. Su plan consistía en ejecutar «una dejada en línea», que era el término técnico para rociar una pequeña cantidad de material en una línea continua, confiando en que un viento favorable llevase tierra adentro el inoculante.

No había peligro alguno de errar el blanco.

Justamente debajo los coches se amontonaban a lo largo de la playa amarilla en mayor número que los bañistas. La ciudad había restringido un poco el acceso, pero no había llegado a prohibir aquella práctica, que Oberdorfer tenía atragantada. ¡La mitad del planeta estaba pavimentado, y aquellos idiotas tenían que conducir por la playa!

Aquello lo enojaba.

Bajó un poco más, alargó la mano hacia atrás y le dio al interruptor del compresor de aire. «¡Allá vamos!», pensó mientras el avión pasaba por encima de la playa con el compresor haciendo un gran estruendo; una fina bruma salía escupida de los bordes de las alas.

Capítulo 22

Cal Tuttle estaba sentado enfrente de Frank, al otro lado del escritorio, y detrás de él se veían las banderas propias de su departamento. Tuttle, el fiscal del distrito, era un hombre que se aproximaba a la cincuentena, tenía la cara pastosa y no era muy hablador.

Frank le preguntó cómo habían encontrado el torso.

—Lo descubrió el perro de unas personas que habían ido de acampada.

—¿Se había sorprendido?

Tuttleladeó la cabeza y lo miró.

—¿Por encontrar a una mujer decapitada y con las manos cortadas tumbada en el bosque? —Se quedó pensando en ello un momento y se encogió de hombros—. No mucho.

—Cuando apareció el cuerpo, ¿lo había llegado a relacionar con los Bergman?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no había nada con qué relacionarlo. —Hizo un pequeño chasquido con la lengua y las encías—. Las pruebas de ADN tardan un tiempo. Entonces lo sabremos.

—¿Podría decir los nombres de aquellas personas que habían acampado?

—No, no creo que a ellos les gustase. Si quiere saberlo, el perro se llama *Taz*.

—Gracias. Pero usted está en contacto con el condado de Dutchess para este caso, ¿verdad?

—Si usted lo dice.

—Bueno, sería una noticia digna de publicarse si usted no hubiese todavía contactado con el condado —respondió Frank, un poco irritado. Tuttle sonrió, complacido por haber conseguido sacarlo de quicio—. Me han dicho que Harry Bergman es sospechoso de la muerte de su esposa —continuó diciendo Frank, atento a la reacción de Tuttle—. ¿Es cierto eso?

Una sonrisa pesarosa.

—Bueno, es una idea novelesca.

—¿Ah, sí?

—Sí —afirmó el fiscal del distrito—. Yo no había oído eso antes.

Frank frunció el entrecejo. A menos que Tuttle fuera muy buen actor, decía la verdad.

—Pues quizá mi fuente estuviera mal informada.

—Me parece que sí.

Frank decidió cambiar de táctica.

—¿Qué me dice del Templo?

—¿Qué quiere que le diga?

—No sé. ¿Cómo son?

Tuttle se encogió de hombros.

—No se meten con nadie. No los vemos mucho.

Frank soltó un suspiro. Había intentado mantener una conversación con aquel hombre durante casi media hora, y el esfuerzo había acabado por agotarlo. De manera que guardó el bolígrafo y le preguntó a Tuttle si podía indicarle cómo encontrar la sede del Templo.

Tuttle le dibujó un mapa en un papel y se lo pasó empujándolo sobre el escritorio.

—Probablemente no lo dejarán entrar —comentó mientras le estrechaba la mano a Frank.

—¿Por qué no?

Tuttle se encogió de hombros.

—Son bastante reservados.

Y de hecho no lo dejaron entrar... más que al centro de visitantes.

Aquello era un espectáculo de circo que se encontraba fuera del complejo, en un cobertizo de tablones blancos. A un par de cientos de metros más allá, por la carretera, Frank vio unas cancelas de hierro forjado y la casa pequeña del guarda. Las cancelas parecían cerradas, así que se detuvo en el centro para visitantes, levantó el llamador en forma de pina y lo dejó caer. Una vez. Dos veces. Otra vez.

Una joven alegre apareció poco después y le dio la bienvenida mientras lo hacía pasar. Frank le entregó el pase de prensa y le dijo:

—Esperaba ver el complejo, pero la puerta está cerrada.

La mujer le pidió disculpas y le explicó que la puerta siempre permanecía cerrada; no se le permitía la entrada en el complejo a nadie sin una cita previa.

—Entonces, ¿a quién tengo que llamar para pedir una cita? —le preguntó Frank.

—Me temo que tendrá que solicitarlo por escrito —le respondió ella.

—¿Quiere decir que no hay nadie a quien pueda llamar?

—Pues no.

—¿Y él? —preguntó Frank indicando con la cabeza una fotografía que había colgada en la pared.

En la fotografía aparecía un hombre de unos treinta y tantos años, de pie en la cima de una montaña, riéndose hacia la cámara. Detrás, y debajo de él, estaba el mundo.

—Ése es Solange —le explicó la chica con una sonrisa—. No creo que pueda verlo. Pero ya que es usted de la prensa, podría llamar al departamento de asuntos públicos... aunque no sé si hoy se encuentran aquí. Me parece que han ido a una manifestación en Buffalo.

—Pero...

—Tenemos también una página Web... puede usted escribirles por correo electrónico, si quiere. ¡Sólo tiene que ir a la página y hace clic en el apartado de asuntos públicos! —Le entregó un folleto impreso en un papel rígido y gris—. Todo está explicado aquí —le indicó la muchacha—, la dirección postal y la del correo electrónico.

Frank le dio las gracias.

—Y si quiere echar un vistazo por aquí, el centro tiene tres secciones: Inspiración, Información y la Tienda. Pero tendrá que darse prisa —le indicó en tono de disculpa—, cerramos dentro de media hora.

Frank se mostró de acuerdo en lo de darse prisa.

La primera cosa que le chocó cuando entró en la sala de «Inspiración» fue el olor a incienso y a velas ardiendo. Luego vio la impresionante fotografía en blanco y negro que ocupaba toda la pared del fondo.

Era la figura de un hombre, la de Solange, por supuesto, que caminaba por una playa justo donde las olas se encuentran con la arena; llevaba los pantalones arremangados, un perro al lado, y el cielo se veía radiante y dorado. Las gaviotas volaban en círculos por encima y un estandarte caligráfico rezaba: «Seguidme, caminad en la luz.»

Cuando Frank se aproximó al enorme cartel, se fijó en la música por primera vez. Un coro de niños cantaban una melodía obsesiva en un idioma que no supo identificar. Rumano. O búlgaro. Algo así. Las voces puras lo envolvían, formando ondas en el aire. «Menudo sistema de sonido», pensó Frank.

Expuestas a lo largo de las demás paredes de la sala, que estaban cubiertas de una suave tela gris, había una serie de fotografías más pequeñas, cada una de aproximadamente el tamaño de un cartel grande. Al igual que la otra fotografía, la más grande, se veían enmarcadas con gracia e iluminadas de forma artística. Frank estuvo mirando con detenimiento las imágenes, y se dio cuenta de que cada una de ellas era diferente: una tela de araña sembrada de gotas de rocío, un pinar engalanado con el encaje de los haces de luz del sol, varios niños caminando cogidos de la mano hacia la puesta de sol.

Lo que cada una de las fotografías tenían en común, observó, era la luz... una luz captada con inteligencia. Frank fue de una fotografía a otra, pasó por todas ellas mientras caminaba entre la cascada de música. Se sentía... bien. En realidad se sentía como elevado.

Algunas fotografías, aquellas en las que aparecía Solange, tenían un aparato de audio. Frank cogió los auriculares y apretó un botón.

Estaba mirando una foto de Solange, que se encontraba de pie en un trigal. Con el sol a la espalda, parecía como si tuviera un halo alrededor. Y

también el trigo quedaba iluminado por el sol, por lo que las puntas resplandecientes de las espigas formaban estrellas de luz. Al apretar el botón le dio la impresión de que el trigo se moviese, se inclinase y se meciese como movido por el viento. Cuando se acercó más vio que la imagen en sí permanecía quieta, pero que detrás de la misma algún artilugio hacía que la luz chispease y rielase. El efecto estaba realizado por una banda sonora en la que se oía el viento susurrando en un campo. Y luego surgía una voz que hablaba como si estuviera cabalgando en el viento: «Y dijo Dios: "Brote en la tierra verdor: hierbas de semilla y árboles frutales que den sobre la tierra fruto con su semilla dentro." Y así fue. Produjo la tierra verdor: hierbas de semilla y árboles que dan fruto con la semilla dentro, según su especie. Y vio Dios que aquello estaba bien. Y atardeció y amaneció el día tercero.»

Frank pasó junto a otras cuantas imágenes y cogió los siguientes auriculares, que ahora lo situaban de pie ante una escena de fuego de campamento, con Solange junto a la hoguera y un cielo sembrado de estrellas. Esta vez la banda sonora era el fuego crepitante; y como el trigo en la fotografía anterior, el fuego parecía chispear y moverse. Y lo mismo ocurría con las estrellas, que se hacían aún más brillantes mientras la voz sonaba en los oídos de Frank: «Y Dios creó dos grandes luces, la luz mayor para gobernar el día y la menor para gobernar la noche...»

Ah, pensó Frank. El Génesis. Recorrió un breve circuito por la sala para confirmar aquello y vio que varias imágenes estaban pensadas para recapitular el relato de la Creación. Muy hábil, pensó.

Se metió en la «Tienda». Al parecer, allí vendían vitaminas, suplementos, jabones, aceites de aromaterapia, velas... toda esa clase de cosas. Una pared entera estaba dedicada a libros y cintas para relajarse e inspirarse. Sonaba música clásica, el *Canon* de Pachelbel, pensó. La morenita que lo había recibido a la puerta principal se encontraba detrás del mostrador envolviéndole las compras a una mujer de mediana edad que llevaba el cabello recogido en trenzas.

—¿Quiere comprar algo? —le preguntó la muchacha—. Es que tenemos que cerrar, ¿sabe? Dentro de más o menos... —Le echó una rápida ojeada al reloj—. ¡Huy! Dos minutos.

Frank protestó y se apresuró a entrar en la sala de «Información». No tenía tiempo para hacer mucho más que un rápido inventario visual. Vio un montón de gráficos, esquemas y mapas. Más exposiciones de audio, con múltiples auriculares atados a un mostrador de madera. Una exposición mostraba un mapa de Estados Unidos con luces muy pequeñas brillando en diversos sectores. En una mesa central, bajo una gran bandera que decía «Calentamiento», descansaba un globo terráqueo con un termómetro pinchado. Suspendido del techo había un «reloj de población» con forma de bomba. Hacía tictac de forma bastante ruidosa y los números digitales daban vueltas con más rapidez de lo que el ojo podía ver. En una pared, el bosque lluvioso ardía en Brasil. En la pared de enfrente se veía un bosque de pinos en el que al parecer habían talado a un par de centímetros del suelo.

—Ya hemos cerrado —le indicó la morenita con voz dulce y amistosa—. Pero puede usted volver mañana. Abrimos a las nueve. —Le obsequió con una bolsa con muestras gratis—. Pruebe el gel de lavanda y mango —le aconsejó mientras lo acompañaba a la puerta—. Es fabuloso.

Frank cogió un par de folletos al salir.

Esperaba volver directamente a Washington, pero hacia las nueve, en el peaje de Jersey, se encontró con que se había adormilado. La bocina de un camión de gran tonelaje lo despertó con un sobresalto, por lo que decidió buscar un motel.

Encontró uno a unos kilómetros al sur de Cherry Hill. Era un lugar del estilo del hotel de Norman Bates en *Psicosis*, con un bar situado junto al vestíbulo. Al bar se llegaba a través de la entrada de una cabaña de techo de paja que estaba flanqueada por carteles que anunciaban:

¡Vinnie & The Gee-Gnomes!

¡Sólo en el tiki que gotea!

La habitación que le dieron era de color óxido: paredes, cortinas, colcha y moqueta, de color naranja. Junto a la cabecera de la cama alguien había metido el puño a través de la pared. Era de esa clase de lugares donde uno

apuntalaba la puerta poniendo una silla debajo del pomo. Frank lo hizo así y luego fue a ducharse.

El gel de ducha de mango era fantástico.

Reanimado, sacó el ordenador portátil y escribió un par de memorandos breves para sí mismo acerca de las entrevistas con Kramer y Tuttle y la media hora que había pasado en el centro para visitantes. Al repasar lo que había escrito se dio cuenta de que el viaje había sido un fracaso.

Si se creía a Kramer, lo que hacía uno era ir a la caza de gansos silvestres. ¿Y por qué no creer a Kramer? Estaba más enterado que nadie de aquel suceso. Conocía a los Bergman, sabía los problemas que tenían con su hijo... e incluso había entrevistado a algunas personas del barco. Y según él, no había nada de particular en todo ello. Sus clientes eran unos chiflados, como la gente del Templo... o pudiera ser que más.

Pero por otra parte... Tuttle parecía realmente sorprendido cuando él le preguntó por Harry Bergman y quiso saber si era sospechoso de la muerte de su esposa. ¿Qué había dicho? «Eso es una idea novelesca.» Lo había dicho con la voz cargada de sarcasmo. Y sin embargo, si uno creía a Kramer, aquello era una pista importante.

Las palabras fundamentales eran «Si uno creía a Kramer». Y él, ¿creía en Kramer? Frank pensó en ello. Se preguntó por qué habría de mentir Kramer. Y la respuesta se sugirió sola: por un coche bonito.

En realidad todo aquello no significaba nada. Se encontraba otra vez en el punto de partida. Atascado en un motel barato con un montón de gastos y ninguna noticia auténtica. Igual podía estar en el Chernomorskaya.

Encorvado sobre el ordenador tecleó las palabras «Templo de la Luz; centro para visitantes». Luego sacó el folleto y metió en el ordenador los detalles específicos del Templo: dirección, fax, teléfono, página Web, correo electrónico. ¿Alguna otra cosa que fuera digna de recordar? En realidad no. Sólo que era evidente que tenían mucho dinero. Un «buque insignia». Y un helicóptero. Y un «complejo».

Frank se preguntó de dónde saldría todo aquel dinero. El gel de ducha era estupendo, pero... ¿cuánta pasta podía sacarse vendiendo aquello? No era lo mismo que si vendiesen el producto en Wal-Mart.

Mientras se preguntaba cómo sería aquella página Web, conectó el ordenador portátil al teléfono y se introdujo en Matrix (o por lo menos AOL) al tiempo que pensaba: «Frank Daly, sabueso cibernético.»

Tardó unos treinta segundos en aparecer la página Web, una imagen de la Tierra tomada desde el espacio. Pero en lugar de las «bufandas» fortuitas de nubes que se arremolinaban entorno a la familiar «canica azul», el artista había juntado las nubes en una estilizada imagen fantasmal: un caballo blanco encabritado con mirada enloquecida. El letrero «Templo de la Luz» se encendía y se apagaba cambiando de color. Debajo del emblema había un despliegue de ventanas más pequeñas, y cada una de ellas contenía una imagen. Hizo clic en la primera: Solange y el perro en la playa. Era la misma que había visto en la sala de Inspiración en el centro para visitantes.

Allí no había gran cosa. El texto identificaba al líder del Templo, Luc Solange, como el «gurú del movimiento ecologista» y «una manifestación del medioambientalismo fornido». La declaración de la misión del Templo era «restablecer la armonía entre la Madre Tierra y el Hombre Hijo». Se decía que Solange predicaba con frecuencia en los «centros del bien» del Templo en Big Sur, Taos, cabo de San Lucas y algunos otros «vórtices de convergencia espiritual». Había opciones para hacer clic en otros lugares que ofrecían aquellos sermones e información acerca de los centros del bien.

Las páginas siguientes ofrecían opciones tales como «Envirogeddon» y «Revelaciones Descodificadas», esta última consistente en la interpretación de Solange de los Siete Sellos. Echó una ojeada rápida y encontró que era una obra densa, erudita y llena de notas a pie de página, salpicada de referencias a la numerología, la cábala y algunas cosas más. Pasó a otra página, «Cuentos de Dragones», y observó el perfil de un gran barco al estrellarse contra los turbulentos mares que se materializaba en la pantalla. Hizo clic sobre el barco, pero recibió un mensaje de error 404 que le indicaba que no podía encontrarse aquella página. Volvió atrás.

Un «Libro de los Días» mostraba imágenes de sonrientes miembros del Templo trabajando, jugando y *en famille*. Había formularios para hacer pedidos de la línea de productos del Templo, «Eco-Vita» (productos de aromaterapia y complementos nutricionales), y de las publicaciones.

Finalmente había conexiones con otros espacios Web, entre los que se encontraban Earth First y PETA, y «Una carta de Luke» que invitaba a los lectores a unirse al Templo en su lucha por salvar el planeta.

Frank miró la hora en el reloj y apagó el ordenador. Eran ya las diez y media y quería llamar a Annie antes de que ésta se durmiera.

—Hoooola —lo saludó ella, al parecer contenta de tener noticias de Frank—. ¿Dónde estás?

—En Jersey. Tengo una habitación de color naranja. Me siento como si estuviera dentro de una calabaza.

Annie se echó a reír y le contó un chiste sobre la Cenicienta. Luego se puso seria.

—¿Cómo te ha ido?

Frank le contó lo de Kramer y después lo del centro para visitantes, y añadió que acababa de salir del espacio Web del Templo.

—Quizá te gustaría verlo —le sugirió—. Es bastante interesante... si te gustan esas cosas.

—Ahora lo miraré. O hago eso o me voy a dormir.

Estuvieron hablando unos minutos más de nada en particular y luego colgaron. Frank se quedó pensando qué hacer, si acostarse o mirar los Gee-Gnomes.

Era ya bastante más de medianoche, casi la una, cuando sonó el teléfono, lo que arrancó a Frank de un sueño muy profundo en fase REM.

—¿Qué...?

—¡Frank, soy Annie!

—Hola —murmuró Frank al tiempo que encendía la luz.

—¡Despierta!

—Ya estoy despierto —le aseguró mientras echaba una ojeada por la habitación—. Sólo estaba... durmiendo. Ahora ya me he despertado. —Hizo una pausa—. ¿Por qué estoy despierto?

—Tienes que venir.

—Sí. Ya voy de camino. Estaré ahí mañana por la mañana. Quiero decir por la tarde, sobre las dos.

—No —le corrigió Annie—, tienes que volver ya, ahora mismo. ¡Ahora!

Había algo en la voz de ella, miedo, excitación, una mezcla de ambas cosas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Frank echando hacia atrás la ropa de la cama y poniendo las piernas en el suelo.

—Sí. Estoy bien. Pero he estado mirando el espacio Web...

—¿Qué espacio Web?

—El del Templo.

—Ah, sí.

—Y son ellos. Es el Templo.

—Claro que es el Templo. Es su espacio Web. ¿De qué hablas?

—Eres un genio. Tenías razón. ¡Fue el Templo quien se llevó los cadáveres!

—¿Eso está en su espacio Web?

—¡No! Quiero decir, sí... en cierto modo. ¡El caballo sale en el espacio Web!

—¿Qué caballo?

—El caballo blanco... de mirada enloquecida. Es parte de su logotipo.

—Quieres decir... ¿el que aparece delante de la Tierra? ¿Con las nubes y todo eso?

—¡Sí!

Frank se quedó pensando en ello.

—¿Y qué? —le preguntó—. Es un caballo.

—Es el mismo caballo.

—¿El mismo que cuál?

—Que el caballo de Kopervik. Había un caballo pintado en el lateral de la iglesia, un caballo grande, era uno de los *grafitti*. Y nos asustó. Y ahora, al ver el caballo en su espacio Web... es como su firma. Ellos fueron los que robaron los cadáveres y firmaron en la iglesia. «¡Kilroy estuvo aquí!»

—Quedó en silencio un momento y luego lo llamó—: ¿Frank?

—¿Qué?

—¿Por qué iba un... grupo religioso... a querer una cosa así? Un virus. Quiero decir...

—No lo sé.

—Pero tenemos que decírselo a alguien, ¿verdad?

—Sí. Claro.

—Entonces... ¿a quién?

Frank pensó en ello, pero no había elección.

—A Gleason —le indicó—. Tenemos que decírselo al jodido Gleason.

OceanofPDF.com

Capítulo 23

Liquidó la cuenta del motel, salió en el coche hacia Washington aquella misma madrugada y llegó poco después de las cuatro de la mañana. De milagro encontró aparcamiento en la misma calle donde estaba su apartamento.

Entró y no supo bien qué hacer. Le había prometido a Annie que pasaría a recogerla a primera hora de la mañana, a las siete, y que iría con ella al FBI. Lo cual significaba que todavía tenía tiempo de dormir un par de horas.

Oyó en el callejón que había detrás del apartamento a los basureros, que hacían mucho ruido al mover de un lado a otro los cubos de basura. Pensó que sería mejor ducharse. Mecnografiar algunas notas, reunir las fotografías tomadas por el satélite. Hacer café.

Cinco minutos después se hallaba de pie debajo de la ducha mientras el agua caliente le agujoneaba la nuca. Y entonces se dio cuenta de algo.

«Hoy no es día de recogida de basuras. Eso se hace los jueves. Y hoy es martes.» Y además los de la basura venían temprano, pero no tanto. Miró el reloj. Eran las cuatro y media.

Permaneció allí de pie un poco más, pensando en ello, y luego cerró la ducha. Salió de la misma, se puso una toalla alrededor de la cintura y se acercó a la ventana de la cocina, la que daba al callejón.

Había dos hombres que arrojaban bolsas de basura en la parte de atrás de una camioneta. Aquella no era la manera como lo hacían los del ayuntamiento. Aunque el gobierno del distrito se había sumido en el mayor de los desórdenes, Frank estaba seguro de que no habían caído tan bajo. Por lo menos todavía no. Observó atentamente a los dos hombres.

Estaban sacando las bolsas de basura del contenedor que atendía a las necesidades del edificio en el que vivía Frank y las echaban en la parte de atrás del camión. El contenedor de enfrente seguía lleno, lo mismo que los demás, situados más arriba en el callejón. «Me pregunto qué andarán buscando», pensó. Luego le vino a la cabeza la imagen de Kramer, de pie a la puerta del 7-Eleven, hablando por el teléfono público.

Pensó una y otra vez que le robaban la basura. No, no podía ser. Pero... los demás apartamentos de su edificio estaban ocupados por una tal Charlotte Seltzer, maestra de escuela de Washington, D. C., y por Carlos Rubini, que trabajaba en el Departamento de Vivienda y Urbanismo. Y ninguno de los dos daba la impresión de ser un blanco probable para los ladrones de basura. Y sin embargo...

Abrió la ventana y se asomó.

—¡Eh! —les gritó—. ¿Qué están haciendo?

Los dos hombres se quedaron helados, y luego miraron despacio hacia arriba. Hablaron entre ellos durante unos instantes y se dirigieron con calma a la parte trasera del camión. Arrojaron dentro las bolsas que llevaban en la mano y bajaron la puerta, que produjo un chirrido de metal. Caminando despacio, dieron la vuelta hasta llegar a la parte delantera de la camioneta, subieron a ella y se marcharon.

Frank se esforzó por ver la matrícula del vehículo, pero se encontraba demasiado lejos para conseguir leerla. Luego, el camión dio la vuelta a la esquina y un instante después desapareció.

Lanzando un gruñido, Frank se puso a pensar en lo que podía haber en su basura. Mondas de naranja y Kleenex, borradores de algunos artículos, transcripciones de entrevistas, cartones de leche y pan mohoso, listas de cosas que tenía que hacer y formularios de impuestos... Desde luego, debía comprarse, una trituradora de papel.

La oficina de Neal Gleason estaba en una zona, podría llamarse un vecindario, conocida como Buzzard's Point. Desde que Frank se trasladó a vivir a la ciudad, la gente había hablado de aquella zona como el próximo emplazamiento para un probable y milagroso renacimiento urbano. Con el

río como telón de fondo y a sólo unos minutos del Capitolio, la visión era de algo parecido al puerto interior de Baltimore: un escaparate de terreno ribereño con paseo marítimo, y detrás apartamentos, hoteles, restaurantes... tiendas a gran escala.

Pero a pesar de todo lo que se decía y de las maquetas de los arquitectos, Buzzard's Point parecía no cambiar nunca. Las calles seguían llenas de baches y tan remendadas que casi parecían caseras. Entre un puñado de feos edificios de oficinas de hormigón y destartalados solares vacíos se alzaba de vez en cuando alguna empresa marginal. Éstas tenían en común cierto aspecto de barricadas que, como decían, «venían con el terreno».

Eran tiendas que albergaban negocios familiares de ultramarinos y que tenían puertas metálicas para estar así protegidas durante la noche, bodegas donde los empleados se situaban detrás de una placa de plexiglás a prueba de balas, servicios de cobro de cheques, barberías que parecían búnkeres y tiendas de audífonos. En la gasolinera, los chavales se apresuraban a limpiar los parabrisas o a llenar los depósitos a cambio de propinas.

Frank se sentía un poco preocupado por el hecho de tener que aparcar el coche en la calle, pero no tenía otra elección. La zona no recibía suficientes visitantes como para justificar un aparcamiento.

El edificio era uno de aquellos rectángulos de los años cincuenta sin nada de particular más que un desfile banal de ventanas pequeñas en cada planta. El interior no era mejor, con moqueta industrial de color azul y techos de baldosas acústicas que empezaban a hacerse jirones y a torcerse. Una pareja de hombres de uniforme que iban armados mantenían la seguridad. Uno se encontraba a la puerta y el otro sentado detrás de un mostrador de madera de imitación, junto a un torniquete. Había que pasar por delante del primer nombre y malgastar un poco de tiempo con el segundo antes de que le permitieran a uno continuar hasta los ascensores situados más allá.

El hombre que se hallaba situado detrás del mostrador llamó a la oficina de Gleason, les hizo firmar en una lista sujeta a una tablilla sujetapapeles, registró el interior del bolso de Annie, examinó el portafolios de Frank y abrió el tubo que contenía las fotografías del satélite. Luego escribió

laboriosamente los nombres de ambos y el de Neal Gleason en unos rectángulos de cartón amarillo, los metió en fundas de plástico y les indicó que se los prendieran de la ropa. Una mujer voluminosa salió de uno de los ascensores que había más allá del torniquete, y entonces por fin se les permitió pasar. La mujer los acompañó hasta el piso de arriba y les mostró una antesala cuyos muebles consistían en una fila de butacas tapizadas en plástico de color albaricoque. Algunas láminas enmarcadas que representaban flores en colores pastel adornaban las paredes.

No tuvieron que esperar mucho. Gleason salió y, sin pronunciar palabra, les indicó que le pasaran a su despacho. El agente del FBI iba en mangas de camisa; llevaba la pistola en la funda claramente visible mientras daba la vuelta alrededor de ellos para sentarse a la mesa del despacho. Tenía los ojos de un color azul pálido asombroso. Azul bebé, se diría. Frank se dio cuenta de que nunca antes había visto a aquel hombre sin las gafas de sol de aviador.

—Bueno —les dijo Gleason—. ¿No querían hablar conmigo? Pues hablen.

—Verá, sé que estuvo usted en Hammerfest —empezó a decir Frank mientras comenzaba a extraer del tubo las fotografías tomadas vía satélite.

—*Hmmm* —murmuró Gleason—. Ayudas visuales. Buena idea, pero ahora no tengo tiempo para exposiciones y explicaciones. Así que, ¿por qué no nos atenemos a las explicaciones y somos lo más breves posible? ¿Vale?

A Frank ya se le había olvidado lo gilipollas que llegaba a ser Gleason.

—Quiero que usted comprenda que la doctora Adair no me ha dicho nada —le dijo Frank—. He averiguado cosas de los cadáveres a través de otras fuentes.

Gleason asintió y luego describió un pequeño círculo con el dedo de la mano derecha para pedirle a Frank que se diese prisa. Así que Frank le hizo un breve resumen y acabó con el hecho de que, según Annie, el caballo pintado en el lateral de la iglesia de Kopervik era idéntico a la imagen que aparecía en el espacio Web del Templo.

Gleason comenzó a aplaudir, unos aplausos lentos aunque sonoros.

—Fascinante —observó.

Annie le dirigió a Frank una mirada desconcertada.

—Pues no parece usted fascinado —observó Frank.

—Bueno, a decir verdad, no sé por qué han pensado que esto me iba a interesar —les dijo Gleason—. Déjenme que les aclare una cosa. A ambos. El Bureau no tiene jurisdicción en los cementerios de Noruega. Y aunque la tuviéramos, no nos dedicamos a investigar a grupos religiosos.

—Pero... Si usted estuvo allí... Usted... —comenzó a decir Annie.

—Me parece que lo que la doctora Adair intenta decir es que sabemos que el Bureau trabaja en el caso, y hemos pensado que usted...

—Y yo le estoy diciendo a la doctora Adair que hablar de este asunto es una violación del juramento sobre seguridad nacional que firmó, y que podría procesarla por eso.

—¿Qué? —Annie se sentía ofendida. Le ardían las mejillas, como si acabara de entrar en calor después de estar patinando sobre hielo—. Yo no le he contado nada a él. Pero de todos modos, ¿qué más da? ¿Es que no lo entiende? Ese grupo cogió los cadáveres y el virus y...

Gleason levantó la voz y la endureció al mismo tiempo.

—Eso no es de su incumbencia, doctora Adair. Y en cuanto a usted, señor Daly, realmente pienso que le conviene mantenerse alejado de esto... de lo contrario ambos podrían acabar en el talego.

—Me parece que se le olvida algo, Neal. Yo no he firmado una mierda.

—Usted no tiene que firmar nada, sabihondo. Tenemos leyes... incluidas algunas contra la traición.

Lo que hacía Gleason era sacudir la jaula con furia, sencillamente. No podía hablar en serio, al menos no al mencionar la traición. Pero los dos podían dedicarse al juego de las amenazas.

Frank levantó bruscamente las cejas.

—¿Traición? Tal vez haya aquí un reportaje más importante de lo que yo pensaba. No sabíamos que estuviéramos en guerra. O puede que se haya expresado usted mal. En cuyo caso, ¿por qué no miramos un poco los temas de la Primera Enmienda? Porque a mí me parece, Neal, que el «previo control» no ha funcionado muy bien. Quiero decir que mire los papeles del Pentágono...

Gleason lo interrumpió poniéndose en pie.

—Gracias por su ayuda. —Le indicó la puerta—. La entrevista ha terminado.

—Espere un segundo —intervino Annie—. No lo comprendo. Quiero decir que esto es completamente...

—He dicho que la entrevista ha terminado.

Annie se puso en pie, todavía con la cara roja. Frank volvió a meter los documentos en el portafolios y le puso la tapa al tubo en el que llevaba las fotografías. Luego se levantó y, cogiendo a Annie del brazo, salió de allí.

No volvieron a pronunciar una palabra hasta que llegaron a la calle.

—¿Crees que pueden hacerlo? —le preguntó Annie—. ¿Qué significa todo eso?

Frank miró al cielo. Estaba encapotado, y las nubes se movían de prisa en lo alto. La superficie del río se había puesto de un color gris metálico.

—Significa que ahora están trabajando en el caso y que no quieren que nos inmiscuyamos en la investigación. Eso es lo que significa.

Annie se quedó pensando en aquello.

—Bueno, eso está bien, ¿no? Quiero decir lo de que trabajen en el caso. Frank se encogió de hombros.

—Yo no lo encuentro tan tranquilizador.

—¿Por qué no? ¡Es el FBI! Son buenos en esto.

—No creo que Richard Jewell se mostrara de acuerdo.

Annie frunció el entrecejo.

—¿Quién?

—El agente de seguridad de Atlanta. Acuérdate... los Juegos Olímpicos.

—Oh, claro, pero...

—Estaban tan absortos en tranquilizar a la opinión pública, que desgraciaron a este tipo. Por no hablar de estropear cualquier oportunidad de descubrir quién lo hizo en realidad.

—¿Crees que habrían encontrado al Unabomber si su familia no lo hubiera entregado? —Una gruesa gota de lluvia se aplastó contra la acera. Luego otra. Y otra—. Yo creía que el señor Gleason por lo menos tendría interés en enterarse de lo que nosotros sabemos —observó Annie.

—No lo lames «señor Gleason».

—Entonces, ¿cómo debo llamarlo?

Frank le guiñó un ojo y luego hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Probablemente no soy la persona más adecuada para hacerle esa pregunta.

Annie sonrió.

—Ya comprendo a dónde quieres ir a parar —le dijo.

OceanofPDF.com

Capítulo 24

Lo de Stern fue idea de Annie.

Era un estudiante de posgrado del Departamento de Estudios Religiosos de Georgetown que estaba escribiendo una tesis doctoral sobre nuevas religiones (o algo por el estilo). Habían salido juntos un par de veces («Sólo a tomar café o al cine», decía Annie), y luego habían perdido la pista el uno del otro durante dos años más o menos. Hacía un par de semanas Annie se había tropezado con él en el Starbucks de la avenida de Connecticut, enfrente de la panadería Uptown. Él le contó que seguía trabajando en la tesis y que publicaba más o menos cada trimestre una revista llamada *Armageddon Watch*. Trataba de cultos y nuevas religiones, de lavado de cerebro y del milenio. «Soy experto en chiflados», le dijo en broma. Lo cual hizo que ella quisiera decirle también algo gracioso relativo a su especialidad, que eran los «bichos», pero entonces le tocó la vez en la cola y Annie no supo si quería un capuchino o un café con leche y...

Y entonces Stern desapareció.

—Creo que es bastante probable que sepa algunas cosas sobre el Templo —le explicó Annie a Frank—. Queda dentro de su campo.

Frank se mostró de acuerdo en que debían ponerse en contacto con él.

Encontraron a Stern en la guía telefónica. Vivía a bastante distancia de Georgetown, en Reservoir Road. Annie lo llamó y Stern la invitó a ir a verlo.

—¿Te importa que lleve a un amigo? Es que estamos trabajando en un asunto juntos.

No, no le importaba en absoluto. Y en realidad resultó ser el perfecto anfitrión. Se reunieron con él a la puerta del destartalado edificio donde tenía el apartamento, y después de subir les hizo un té negro y animó a

Frank en la curiosidad que mostró por los numerosos libros que tenía. Estaban apilados todos juntos, grandes y pequeños mezclados, amontonados en todas las superficies horizontales. Se encontraban en el suelo, sobre las mesas, en el alféizar de la ventana, en los radiadores... en todas partes excepto en estanterías (de las que no había ninguna).

Era mayor de lo que Frank había imaginado: no se trataba de un muchacho, sino de un hombre de casi treinta años. Tenía unos ojos azules acuosos, una calvicie incipiente y llevaba el pelo demasiado largo o demasiado cortó para fuera lo que fuese que se suponía que era. Calzaba botas, vestía téjanos y una camisa grande de franela y sonreía mucho.

Frank y Annie comenzaron a beberse el té a sorbos sentados al borde de un sofá desvencijado cubierto con una funda verde. Desde un rincón de la habitación, los Five Blind Boys de Alabama cantaban alabanzas a Jesús a través de la rejilla negra de altavoces opuestos de marca Bose.

—Ben es un portento —comentó Annie para ablandarlo—. Su tesis es fantástica.

Stern soltó una risita entre dientes.

—«Fantástica» es la palabra correcta. Tiene seiscientas páginas y no me encuentro ahora más cerca del final que cuando empecé hace tres años.

Frank hizo una mueca de comprensión.

—Conozco el problema —le dijo—. Llevo meses trabajando en el mismo reportaje.

—La cosa es que cuanto más sabes, más se complica la cosa, así que el final cada vez lo veo más lejos. Es como la paradoja de Zenón de Elea —les comentó Ben a modo de ejemplo—, sólo que no son matemáticas, sino prosa.

—Me ha dicho Annie que escribes sobre cultos.

Stern se inclinó de un lado a otro moviendo los hombros mientras sopesaba los comentarios.

—Eso creo. Cultos, sectas, nuevas religiones... la forma en que se los llame depende del punto de vista.

—¿Y cuál es tu tesis?

Stern se encogió de hombros.

—Pues que cuanto más cambian las cosas, más inmutables permanecen.

—*Huh-huh.*

Stern sonrió.

—Es un estudio comparativo: los taboritas y la Humanidad Unida.

Frank hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Nunca he oído hablar de ellos.

Stern se removió incómodo en el asiento, como si lo hubieran pillado leyendo una revista de ovnis.

—Bueno, entre ellos son manzanas y naranjas —le explicó—. Quiero decir que son muy diferentes, pero que también... también son bastante parecidos. Los taboritas eran una secta religiosa de Bohemia del siglo quince. Declararon la guerra al clero y predicaban una especie de milenarismo proactivo.

—¿Qué es eso? —preguntó Annie— ¿Cómo...?

—Creyeron que era cosa de ellos marcar el comienzo del milenio en lugar de quedarse sentados esperando a que ocurriese.

—¿Y cómo se «marca el comienzo del milenio»? —le preguntó Frank.

—Librando al mundo del pecado. Y eso es lo que han intentado hacer utilizando cualquier arma que tuvieran a mano: la daga, el pico, la catapulta, la ballesta. Confiad en mí, es buena cosa que no tuvieran la bomba.

—¿Así que lo que hacían era ir por ahí matando gente? —quiso saber Annie.

Stern levantó las cejas bruscamente mientras sacaba un paquete de Camel del bolsillo de la camisa. Encendió un cigarro con un mechero Zippo, dio una calada larga y dijo:

—Mataban a los *pecadores*. ¡Eh! Eran agentes del milenio. En eso consistía su trabajo, su obligación, su deber religioso, en masacrar a cualquiera que no formase parte de su movimiento. Porque así era como distinguían a los pecadores. Eran todos aquellos que no pertenecían a su creencia. Así que los mataban. Y también así era como limpiaban la tierra.

—Jesús —exclamó Frank.

—Exacto. —Después de que un frunce irónico le apareciese en la frente, Stern se inclinó sobre el baúl de barco de vapor que hacía las veces de mesa baja y agarró a Annie por la muñeca. Hablando en un susurro malévol, aligerado sólo por el intento de fingir acento checo, aquel

estudiante ya madurito mascullo—: Maldito aquel que retira la espada para no derramar la sangre de los enemigos de Cristo. No hay piedad para Satanás. No hay misericordia para el mal. Eso decía Jan el Pío.

—Uy —exclamó Annie al tiempo que retiraba el brazo y se frotaba la muñeca.

—¿Y los otros? —le preguntó Frank.

Stern pareció desconcertado durante unos instantes y luego dijo:

—Ah... te refieres a la Humanidad Unida. Ellos eran... diferentes.

—Pero también has dicho que eran parecidos.

—Bueno, sí. Pero los separaban quinientos años en el tiempo, aparte de sea cual sea la distancia, psicológicamente hablando, entre la Praga medieval y la Santa Mónica en la época de la Depresión.

—Pues yo diría que la distancia era bastante grande —observó Frank.

—Yo también —añadió Annie.

—La Humanidad Unida brotó a principios de los años treinta —les dijo Stern—. La dirigía un tipo llamado Arthur Bell, que hiló una teoría conspiratoria sobre «nuestros amos secretos», los «banqueros internacionales»...

—Vaya, vaya —bromeó Frank—, aquí vienen los judíos.

Stern, se echó a reír.

—¡Tienes razón! Fue una época en la que el antisemitismo era bastante importante. Pero ese tipo también vendía el milenio, exactamente igual que los taboritas. Sólo que en su caso la utopía tenía más que ver con el aire acondicionado que con la reforma de las tierras.

Annie dejó escapar una risita.

—Pero tenía la misma idea —continuó diciendo Stern—. Dijo que iba a haber un baño de sangre, una catástrofe natural seguida de una guerra como el Armageddon que mataría no sé a cuántas personas, a la mayor parte de la gente del mundo. Y aquello sería algo bueno, decía, porque marcaría el comienzo de la Nueva Era. También conocida como «el milenio». También conocido éste como «el cielo en la tierra». Después de la guerra todos tendrían aire acondicionado gratis, una casa de veinticinco mil dólares y semana laboral de dieciséis horas, a menos que quisieran jubilarse, en cuyo caso recibirían una pensión.

—A mí ya me va bien —bromeó Frank.

—A mucha gente le gustó. Bell se hizo rico.

—Así que escribes sobre el hecho de que esos dos tipos, Jan el Pío y Arthur el Aire Acondicionado, compartieron un sueño.

—Exacto —le dijo Stern—. Ellos y otros millones de personas a través de los siglos. Todos compartían, todos comparten el mismo sueño sangriento. ¿Quieres más té?

—Sí —aceptó Frank—. Por favor.

Stern le llenó la taza y se volvió hacia Annie.

—Bueno, entonces —empezó a decir en un tono que indicaba que iba directo al grano—, ¿qué ocurre?

—¿Que qué ocurre? —preguntó ella.

—Bueno. Sé que no me has llamado para decirme que me quieres... y de todos modos me dijiste que estabais trabajando juntos en una cosa. Me dijiste que tú y Frank trabajabais juntos en algo.

—Oh, sí —respondió Annie—. Así es. Estamos trabajando en una... cosa.

Se volvió hacia Frank, sonrió y estuvo tan cerca de parpadear con coquetería como podía hacerlo una microbióloga. De ese modo le pasó con soltura la pelota.

Frank suspiró y se aclaró la garganta.

—Bueno, pues tenemos interés en el Templo de la Luz —dijo sin ambages.

Durante unos instantes pareció que Stern se quedaba sin aire. Se le puso el cuerpo tenso, aunque ligeramente; luego se recostó en el sillón y les dirigió una mirada que sostuvo. No dijo nada durante largo rato. Finalmente se volvió hacia Annie con una expresión que parecía tener reservada para alguien que quisiera venderle un Rolex de cincuenta dólares.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Annie parpadeó. Frank frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó a su vez Annie.

—¿Que qué quiero decir? ¡Por Dios, Annie! Hace que no te veo... ¿cuánto tiempo? Dos años. ¿Y de repente sales de la nada, me llamas y me

dices: «Ah, por cierto, éste es amigo mío y tenemos interés en el Templo de la Luz»? ¿Es una broma?

—No —le aseguró Frank—. No es una broma.

Hasta aquel momento, Stern había tenido la mirada puesta en Annie. Ahora se volvió bruscamente hacia Frank.

—¿Con quién estás? —le preguntó en tono flemático.

—¿Que con quién estoy? —repitió Frank—. No estoy con nadie. Estoy con Annie.

—Escribe para el *Post* —le explicó Annie.

—¡No me digas! —Stern ladeó la cabeza—. ¿Cuál es tu número de teléfono?

—¿Mi número de teléfono?

—Sí. El del trabajo. ¿Qué pasa si te llamo al *Post*?

—Bueno, en realidad ahora tengo un permiso.

Stern puso los ojos en blanco.

—Dame un respiro —dijo.

—¡Hablo en serio! Mira.

Frank sacó la cartera y le enseñó su pase de prensa y la identificación del *Washington Post*.

—Cualquiera puede falsificar uno de éstos —le indicó Stern—. Es una mierda.

—¡Exacto! Por eso se sabe que es auténtico, porque el del *Post* es barato —le dijo Frank.

—Esto es ridículo —intervino Annie—. ¡Soy yo, Ben! ¿Qué estás pensando?

Ben no le hizo caso y siguió mirando a Frank.

—Entonces, si tienes un permiso, ¿en qué estás metido?

—Tengo una beca Sam Johnson.

—¿Y eso qué es?

—Celebran una especie de concurso cada año. Los periodistas entregan propuestas diciendo lo que harían si tuvieran un año para escribir sobre lo que les interesa. Así que les entregué una propuesta y... les gustó.

Stern le sostuvo la mirada.

—¿Y era sobre el Templo de la Luz?

—No, se trata de virus emergentes. —El ceño fruncido de Stern se hizo más profundo—. Puedes llamar a la fundación si quieres. Está en la guía telefónica.

—¿Y cómo sé yo que la fundación no es una tapadera? —quiso saber Stern.

—¿La Fundación Johnson? ¿De qué?

—Del Templo.

—¿Del Templo?

—¿Por qué no? El Templo da dinero a media docena de fundaciones, como el Instituto para Experiencias Religiosas o la Fundación Gaia. Están en todas partes. Tiene buenas relaciones públicas.

—Puede ser. Pero a esta fundación no le dan dinero. Fíate de mí. Al viejo Coe le daría un infarto.

Stern continuó mirándolo; luego asintió, como si acabase de tomar una decisión.

—Déjame que te enseñe una cosa —le dijo a Frank.

Se puso en pie, atravesó la habitación y se acercó a un escritorio que había junto a la ventana. Apartó un montón de papeles, cogió una revista, volvió a sentarse en el sillón y entonces le pidió a Frank:

—Examínala.

Y tiró la revista encima del baúl de barco de vapor que había entre ellos.

Era el número de primavera de *Armageddon Watch*; treinta y dos páginas de papel tosco grapado por la mitad. En la portada se anunciaban llamativamente reportajes sobre la Iglesia de la Cienciología e Internet, sobre una secta de santería del oeste de Louisiana y sobre un balneario en el que se hacían lavados de cerebro en el sur de la India.

Frank fue pasando las páginas una a una hasta que llegó a la ocho. Allí, empotrada en una columna puesta debajo del encabezamiento de «Personalidades», había una fotografía de Luc Solange mirando al sol con los ojos entornados mientras sujetaba lo que debía de ser el timón del desaparecido *Crystal Dragon*. El título rezaba: «Timonel.»

Frank se lo enseñó a Annie.

—Es guapo —comentó ésta, en cuya voz se notaba que estaba un poco sorprendida.

Debajo de la fotografía había un párrafo breve.

Una rara aparición del gurú del Templo de la Luz, Luc Solange, en el mar, a bordo del Crystal Dragon, buque insignia del Templo. Después de quince años en Estados Unidos, Solange, suizo de nacimiento, se ha puesto otra vez en marcha; su último viaje ha sido a Tokyo, donde dirigió unas palabras a la organización Chosen Soren en noviembre pasado. (Foto: Anón.)

—Buen trabajo —le dijo Frank.

—Tengo trescientos cuarenta y un suscriptores —le comentó Stern—. La mayoría de ellos pertenecen al mundo universitario, y también hay algunos padres. Un par de periodistas, unos cuantos investigadores privados y... naturalmente las propias sectas. Ellos son los que dan apartados de correos como dirección.

—¿Has escrito mucho sobre el Templo? —le preguntó Frank.

Stern dijo que no con la cabeza.

—Éste es el primer artículo en más de un año. En cierto modo estoy tanteando el terreno.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Annie.

—Quiero decir que es peligroso. Es un problema. No me conviene. —Hizo una pausa momentánea—. ¿Recuerdas la última vez que estuvimos juntos?

Annie asintió y dijo:

—Por entonces yo iba a presentar mi gran propuesta. Hace dos años de eso.

Stern hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Por cierto, ¿cómo te fue?

Annie echó una rápida ojeada a Frank.

—La rechazaron.

Stern hizo una mueca en señal de comprensión.

—¡Qué desastre! Bueno, pues ésa fue la última vez que escribí algo acerca del Templo. Hasta ahora.

—¿Qué escribiste la primera vez? —le preguntó Frank.

—Un poco de lo mismo que os he contado. Encontré conexiones entre Solange y algunos líderes de sectas anteriores, y puse de relieve las similitudes. Lo apodé el «apocalíptico secular» que ha sustituido los Diez Mandamientos por los principios de ecología profunda. Y también es un personaje proactivo. Quiere provocarlo.

—¿El qué?

—El Apocalipsis. El Armageddon. Como quieras llamarlo. Si lees lo que ha escrito, Solange dice que él es la última figura «histórica del mundo»...

—¿Qué quieres decir?

—Jesús, Buda...

—Solange —sugirió Annie.

—Exacto. Y su importancia radica precisamente en ese hecho: él es la comadrona del fin de los tiempos. O al menos eso es lo que dice.

—Pero... ¿por qué habría nadie de querer ser una cosa así? —le preguntó Annie.

Las cejas de Stern se movieron arriba y abajo.

—Pues porque Solange no ve las cosas como tú y como yo. Su punto de vista sobre el mundo es egocéntrico, está centrado en la ecología.

—Primero la Tierra —apuntó Frank.

—Exacto. La gente no es el factor principal. Lo es la naturaleza. Lo que busca Solange es la restauración del Edén... lo cual, entre otras cosas, significa el fin de la civilización industrial.

—Parece un hombre peligroso —comentó Frank.

—Puedes apostar a que sí. Por eso es por lo que lo llaman «el Primer Jinete».

—¿El Primer Jinete? —repitió Annie.

Stern asintió.

—Sí, del Apocalipsis.

Los tres quedaron en silencio un rato tomando té. Luego Frank dijo:

—¿Y a ti qué es lo que te pasó? Quiero decir... ¿qué pasó entre ellos y tú? Has dicho que estás tanteando el terreno al publicar la fotografía.

—Bueno, sí. El artículo que escribí entonces fue bastante directo, en realidad. Principalmente, fue una recopilación de cosas que otros habían

escrito, sobre todo periodistas, y cierta perspectiva histórica en las líneas que acabo de darte. En realidad el único material nuevo procedía de un par de informes que conseguí de un amigo que trabaja en el Departamento de Justicia, en California. Su hijo desapareció en la secta de los Hijos de Dios hace unos diez años, y él se ha convertido en un activista contra las nuevas religiones desde entonces. Pero bueno... ellos vinieron a por mí.

—¿Quién vino a por ti? —le preguntó Annie.

—El Templo. O como a ellos les gusta llamarse a veces, «los mansos». Me pusieron bajo vigilancia.

—Estás de broma.

—No —les aseguró Stern—. Fue igual que en las películas. Siempre había alguien que me seguía a todas partes. Había un coche en la calle, a la puerta de mi apartamento, dieciséis horas al día, desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche, siete días a la semana.

—Eso parece caro —comentó Frank.

—Me sentí halagado. Bromeaba con ellos cuando pasaba junto al coche. Luego me mataron al perro.

—¿Qué?

—Oh, noooo —exclamó Annie—. Al perro labrador no. ¡A *Brownie* no!

—Alguien le dio comida envenenada. ¡Ya sabes cómo era! Se comía cualquier cosa con tal de que no fuera comida para perros. Pobrecillo... Y luego empezó a sonar el teléfono toda la noche; cambié de número varias veces, incluso solicité que no apareciera en la guía telefónica, pero daba igual... así que arranqué la clavija. A continuación empiezan a presentarse personas en mi despacho para hablarme a gritos. Quiero decir que con aquella gente no se podía hablar.

—¿Qué aspecto tenían? —quiso saber Frank.

—Parecían estudiantes. Más o menos normales. Lo único anormal era que gritaban mucho... y que arrojaban sangre por todas partes.

Annie palideció.

—Una vez irrumpió una mujer en la biblioteca arrastrando detrás de ella a un niño pequeño, ¡y diciendo a gritos qué me había «pillado» con él! Justo después de aquello un par de personas del departamento, entre las que se encontraba uno de los que dirigían la tesis, empezaron a recibir *e-mails*.

—¿Qué clase de *e-mails*? —preguntó Frank.

—Oh, de esa clase de asuntos insustanciales. Correo de odio. Quiero decir... verás, un miembro del departamento es homosexual, cosa que no es ningún secreto, así que naturalmente recibió esas diatribas homofóbicas. Y el que dirige la tesis es afroamericano, así que ¿adivináis lo que le mandan a él? ¡Toda esa basura de Identidad Cristiana!

—¿Y tu nombre salía en los mensajes?

—No, son mucho más sutiles que eso. Lo firmaban como el «Vengador Blanco» o algo así. Pero eso no importaba, porque lo mandaban a través de mi ordenador y la policía pudo seguirle el rastro.

—¿Cómo lo enviaban a través de tu ordenador? —le preguntó Frank.

—Es bastante fácil. Irrumpieron en el apartamento cuando yo no estaba, entraron en el ordenador, enviaron el *e-mail* y ya está.

—Eso es horrible —comentó Annie.

—Me detuvieron —continuó Stern—. ¡Iban a acusarme! ¡Por un delito de odio! ¿Te imaginas?

—Pero no pudieron —le dijo Frank.

Stern asintió y se echó a reír.

—Sí, metieron la pata. Yo estaba impartiendo un seminario cuando salió el *e-mail*. Y el encabezamiento lo decía bien claro: jueves, dos quince de la tarde. De manera que era imposible que pudiese enviarlo.

—¿Y qué pasó?

—Nada. La policía se puso en contacto con los abogados del Templo, y... ¿sabéis lo que dijeron? Dijeron que yo estaba loco. Que probablemente era yo quien había envenenado a mi perro. Y luego sugirieron que quizá yo hubiese cambiado el reloj del ordenador, cosa que en realidad es bastante fácil. Habría podido hacerlo, pero... ¡vaya!, ¿por qué tomarse la molestia pudiendo mandar las cartas a través de un *remailer* anónimo en el que ni siquiera saldrían los encabezamientos?

—De modo que... ¿ahí acabó todo? —le preguntó Frank.

Stern negó con la cabeza.

—No. La cosa continuó durante meses. Enviaron un impreso de cambio de dirección a la oficina de correos, de manera que mi correo electrónico

desapareció, lo cual supuso un gran problema, porque alguien empezó a cargar cosas en mis tarjetas Visa y MasterCard.

—¿Qué cosas? —preguntó ahora Annie.

—Pues esas cosas que le ponen a uno en una situación embarazosa, esa clase de cosas que pueden meterlo a uno en líos sólo por estar en la lista de correspondencia. Pornografía violenta. Productos químicos precursores de metano. Había mil dólares en llamadas a números novecientos, y suscripciones a revistas de la Asociación Norteamericana del Amor entre Hombres y Muchachos y de la Iglesia de la Montaña.

—¿Qué es la Iglesia de la Montaña? —quiso saber Annie.

—Es algo que tiene un cariz nazi. Pero la cuestión es que yo tenía a un montón de agencias de recaudación siguiéndome los talones... por no hablar del Departamento para la Lucha contra la Droga ni de los de Aduanas.

Annie puso los ojos en blanco.

—Luego presentaron un pleito por difamación...

—¿Por qué? —preguntó Frank.

—¿Por qué no? Podían permitirse ese lujo. Y a mí me costó un riñón y parte del otro sólo conseguir que lo anulasen.

—¿Y luego?

—Luego nada. Pararon.

—¿Pararon? —repitió Annie.

—Sí. Lo dejaron correr, sencillamente... Como si hubieran logrado su propósito y estuvieran pensando ahora en cosas más importantes. Supongo que fue una advertencia.

—Dios mío —murmuró Frank.

—Y por eso estoy un poco paranoico —añadió Stern—. Quiero decir que he vuelto a sacar a Solange en la revista... y lo que sé es que a continuación aparecéis vosotros preguntándome por el Templo. Ya podéis imaginaros por lo que he pasado.

Frank asintió.

—Sí. Ya me doy cuenta.

—Voy a hacer más té —dijo Annie.

Y se puso en pie. Sin decir palabra cogió la tetera de la tapa del baúl y se la llevó a la cocina.

Stern miró a Frank.

—¿Sabes? —le comentó—. Lo único que no hicieron nunca fue intentar matarme.

—Sí, bueno... la noche es joven.

—Pero lo habrían hecho, ya sabes. Quiero decir si yo hubiera sido algo más que una molestia.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Y te lo digo porque... bueno, no sé qué estáis haciendo Annie y tú...

Frank intentó decir algo, pero Stern lo cortó con un gesto.

—... Y no quiero saberlo. Sólo que creo que debes tener cuidado. Por el bien de ella.

—Lo tendré —le aseguró Frank—. Le tengo afecto. —Hizo una breve pausa y luego continuó hablando—. Pero lo que más puede ayudarnos es tener información.

Stern se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decirte? ¿Cuánto sabes?

—Que Solange es suizo.

Stern asintió.

—Vino a Estados Unidos en el ochenta y dos. Dicen que estaba sin blanca.

—¿Por qué se fue de allí?

—Creo que quería Una carpa más grande. Me parece que Suiza le producía un podo de claustrofobia. Se había presentado al Parlamento por los Verdes y dividió al partido a fuerza de insistir en algunas actitudes ultras, lo que le acarreó que mucha gente se pusiera furiosa contra él. Y luego, casi al mismo tiempo, el negocio se le hundió.

—¿Qué negocio era ése?

—Tenía una clínica de homeopatía en Montreux, y un par de pacientes murieron debido a un fallo renal... Por lo visto les aplicó alguna clase de remedio a base de hierbas y le salió el tiro por la culata.

—Así que se vino a Estados Unidos.

—Sí, vino a Estados Unidos. Abrió una clínica en Los Ángeles y le fue muy bien. Se metió en política medioambiental. Fundó una cosa llamada «Verdor», que era algo parecido a La Tierra Primero, pero mucho más secreto. Consiguió atraer a un sector de la prensa y a algunos seguidores. Empezó a dar conferencias en Estados Unidos. Y en el extranjero.

—¿Y después qué?

Hacía rato que a Stern se le había apagado el cigarrillo, así que encendió otro y echó un gran torrente de humo al aire por encima de la cabeza de Frank.

—Bueno, se hizo más importante, fue creciendo. Cada vez más. Me parece que fue alrededor del noventa y dos... un tipo que había pertenecido a los Moonies se hizo cargo del «sombrero de reclutamiento».

—¿Qué es eso del «sombrero»?

—Tienen un «sombrero» para todo: finanzas, reclutamiento, espionaje.

—¿Espionaje?

Stern asintió.

—Sí. Tienen una oficina de espionaje interno que es tan bueno como el mejor. A lo que iba, ese, tipo procedente de los Moonies, quiero decir el que antes estaba con los Moonies, entra, se asienta y reorganiza las operaciones de reclutamiento. Así que, ahora, de repente, son realmente agresivos. Y diabólicos. Van detrás de dos grupos de gente: de la de veintitantos años, porque tiene energía, y de las personas de ochenta y tantos porque tienen pensiones. Establecen organizaciones sin ánimo de lucro para «ayudar» a madres solteras, «asesoran» a muchachos con problemas de drogas y «cuidan» a los ancianos. Pero lo que hacen en realidad es acercarse a muchas personas vulnerables... que resultan ser los más fáciles de reclutar. Incluso fundaron clubes de corazones solitarios en media docena de ciudades, sólo para poder organizar citas entre miembros y personas que querían reclutar.

—Ahora comprendo por qué los has llamado «diabólicos» —observó Frank.

—Fue sorprendente. Pagaron diez mil dólares por una base de datos compuesta enteramente de personas insolventes. Me refiero a personas que estaban deudas hasta el cuello. Consiguieron los historiales de los

créditos bancarios y elaboraron informes sobre todos ellos. Luego fueron a llamar a su puerta y les prometieron mostrarles una salida. «Usted es una víctima», les decían. «Usted no tiene la culpa. ¡Es América quien tiene la culpa! Amerika, con K... ¡Es el consumismo! Haga la maleta, queme los recibos y véngase con nosotros. Le daremos empleo, tendrá amigos al instante y un sitio para vivir.» Y eso fue lo que hicieron. Sólo que se les olvidó hablarles de que por los empleos no pagaban nada, y de que el sitio donde iban a vivir era una habitación en la que tenían que dormir cuatro personas. No es que eso importase. A aquellas alturas, a todas las nenas y los chicos que había en la organización ya les habían hecho el amor, y dormían cuatro horas cada noche, ¡una noche sí y otra no! —Stern hizo una pausa y contuvo el aliento—. Fue una operación de reclutamiento de narices.

—¿Y qué pasó? —preguntó Frank.

Stern se encogió de hombros.

—Alcanzaron una masa importante. Un día eran esa cosa ecológica llamada «Verdor», con unos doscientos miembros, y dos años más tarde son miles de personas, tienen los ojos vidriosos y se hacen llamar el «Templo de la Luz».

—¿Dónde está el azúcar? —dijo Annie en voz alta desde la cocina.

—Se me ha terminado —respondió Stern.

—¿Y cuántas personas hay en el Templo? —preguntó Frank.

—¿Según ellos? Unas treinta mil —respondió Stern—. Pero... ¿cuántos son de verdad? Puede que la cuarta parte de eso. No obstante, aun así... tienen una orden interna y otra externa.

—¿Y cómo funciona eso?

—Como era de esperar. Los que están dentro, los internos, son el núcleo... personal con dedicación las veinticuatro horas del día. Puede que en total sean mil personas en media docena de ciudades. Más los del complejo. Allí tienen a unos trescientos.

—¿Dónde?

—En el complejo, a las afueras de Lake Placid. Compraron un colegio privado y lo convirtieron en cuartel general.

—¿Y la orden externa?

—Ésos mandan los cheques, se suscriben a la revista y le compran a Solange las vitaminas que fabrica.

—Háblanos de eso —dijo Annie, que entraba entonces en la habitación llevando la tetera en una bandeja—. Háblanos de la fábrica de vitaminas del complejo.

Dejó la bandeja sobre el baúl de barco de vapor, se sirvió una taza y se la llevó consigo junto a la ventana.

—No es muy exótico que digamos —continuó Stern—. Quiero decir que hacen remedios homeopáticos y productos de aromaterapia. Ginseng. Aceite de enebro. Además de las vitaminas.

—¿Y eso les reporta muchos ingresos?

—Algunos. Además tienen patentes.

—¿Sobre qué? —quiso saber Annie al tiempo que se volvía desde la ventana.

—Cosas para dosificar el tiempo. Donde se ponen productos químicos en polímeros para que se disuelvan a diferentes velocidades.

—¿Como qué? ¿Qué clase de productos químicos? —le preguntó Frank.

—De todas clases. Calmantes. Insulina. Vitamina B12. Lo que se quiera. Es como esas cosas pequeñas de colores de Contac, pero más pequeñas.

—Estás hablando de microcápsulas —dijo Annie por encima del hombro mientras miraba por la ventana.

—¡Exacto! Eso es lo que he dicho. De todos modos, le decía a Frank que tienen una orden interna... ¡y dentro de la misma otra orden interna! Y eso es algo que tenéis que saber, porque éstos son los que van a ir detrás de vosotros: la oficina de asuntos especiales.

—¿Qué es eso? —preguntó Frank.

—Agentes secretos. Son la agencia de inteligencia propia del Templo. Y además son buenos. Muy profesionales. Disponen de muchas cortinas de humo. Y grandes cantidades de dinero con el que jugar. Y además tienen en nómina a mucha gente de fuera: investigadores privados, periodistas, policías, docentes... de todo.

—Parece formidable.

—Lo es. En realidad es una pesadilla. Y luego hay los equipos especiales.

—¿Para qué? ¿Para dar puntapiés?

Stern sonrió. Débilmente.

—No. Para coger a la gente.

—Bromeas.

Stern negó con la cabeza.

—Mirad, lo que intento deciros es esto: si los hacéis cabrear, van a ir a por vosotros. Un día os despertaréis y ¡bum!, habréis desaparecido.

—Ésa es la parte que odio —dijo Frank mientras removía el té—. Siempre odio desaparecer.

—Pues no le veo la gracia —observó Stern.

Frank asintió.

—No me estoy riendo. Pero volviendo a lo que decías, sobre el dinero... ¿de dónde han sacado la mayor parte del dinero que tienen? ¿De las vitaminas? ¿De las patentes?

Stern hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No.

—Más los donativos —añadió Frank—. De los miembros. Y supongo que cobran diezmos...

—No se trata de eso —apuntó Stern—. De ahí no es de donde sale lo principal. Esto procede de otra parte.

Frank pareció desconcertado.

—¿De dónde? —quiso saber.

Stern aplastó el cigarrillo en el cenicero e inmediatamente encendió otro.

—De Chosen Soren.

Frank se quedó pensando en aquello; al momento se acordó.

—Ah, ya, te refieres a esos japoneses. Los que salen en tu revista.

—Eso es. Pero en realidad Chosen Soren no es japonés. Es para coreanos que trabajan en Japón. En su mayor parte coreanos del Norte. Ellos son los que hacen el trabajo sucio para los japoneses y envían a casa mucho dinero. Es una importante entrada de divisas.

—¿Y de ahí es de dónde saca el dinero el Templo?

Stern asintió.

—En su mayor parte.

Frank estaba mudo de asombro.

—Pero... ¿por qué?

—No lo sé, pero los coreanos les han dado cincuenta millones de dólares desde el noventa y cinco.

—¿Cómo sabes eso?

—Informes de Aduanas. Lo conseguí de la oficina del fiscal general, en California. Detuvieron a un tipo que recorría un circuito: Los Ángeles, Tokyo, Ginebra, y luego volvía a Los Ángeles. Y así. Supongo que le encontraron un montón de dinero encima que se suponía que no había de tener. Sea como fuere, se pusieron a interrogar al tipo y éste acabó por cantar. Les dijo todo lo que hacía.

—¿Y qué era?

—Mover dinero, montones de dinero, metiéndolo y sacándolo continuamente de diferentes cuentas para que nadie supiera de dónde procedía.

—¿Y ése era aquel... dinero de Chosen Soren?

—Sí.

—¿Y dónde está ese tipo?

Stern echó un anillo de humo hacia el techo.

—Metieron la pata. En lugar de hacer un proceso con el caso, Aduanas lo hizo deportar. Y lo siguiente que se sabe es que cogió un avión en Narita, y ya está. No llegó a salir de la sala de aduanas. Su mujer se encontraba allí con los dos niños, justo a la puerta del control de pasaportes y... bah, olvidadlo. Lo único que encontraron fueron las maletas en un carrito abandonado en el vestíbulo. Fin de la historia.

—¿Nunca lo encontraron?

—No. Es como he dicho: fin de la historia.

—¡Eh! —El grito era de Annie. Estaba de pie ante la ventana con la taza de té en la mano, agachada ligeramente para gritarle a alguien de la calle—. ¡Oiga!

—¿Qué pasa? —le preguntó Frank mientras corría al lado de Annie.

—Hay alguien en tu coche.

Frank apartó la cortina, miró a la calle y vio que Annie tenía razón. El Saab se hallaba estacionado junto al bordillo, justo delante del edificio de apartamentos, y la puerta del lado del conductor estaba abierta de par en par. Una mujer con un vestido azul se había inclinado hacia adentro, con medio cuerpo fuera y medio cuerpo dentro del coche.

—Ahora mismo vuelvo —les dijo Frank.

Y sin esperar a Annie, salió por la puerta, pasó de largo ante el ascensor y se precipitó por las escaleras bajándolas de dos en dos. Pocos segundos después se encontraba en el vestíbulo, y en un momento en la calle. La puerta del coche estaba cerrada y la mujer se hallaba a unos veinte metros de distancia empujando un cochecito de bebé hacia la esquina.

—¡Espere un segundo! —le dijo a gritos, y se lanzó tras ella—. ¡Oiga! ¡Disculpe!

La mujer se dio la vuelta y levantó una mano para protegerse los ojos del sol; y entonces Frank vio que era joven, una cría en realidad, con la inocencia pecosa de las reinas de la belleza del instituto.

—Hola —lo saludó ella bañándole en una sonrisa brillante y resplandeciente.

Frank se encontró inesperadamente sin aliento, más por la excitación que por el ejercicio, así que hablaba con voz entrecortada.

—Perdone que la haya llamado a gritos, pero... he mirado por la ventana y... usted estaba... ya sabe... estaba metida en mi coche.

La sonrisa hizo explosión.

—¿Era ése su coche? —le preguntó ella al tiempo que movía el cochecito adelante y atrás para tranquilizar al bebé.

—Sí —dijo Frank, sintiéndose un poco tonto al verla tan amistosa—. Era mi coche.

—¡Oh! Bueno, le he apagado las luces. Se las había dejado encendidas.

—¿Ah, sí? —Frank se quedó pensando en ello un segundo—. No creo. ¿Por qué iba a dejármelas encendidas? Es...

La muchacha se encogió de hombros, y Frank vio que tenía los ojos verdes.

—No sé. ¿Ha pasado por un túnel o algo?

El bebé hizo un ruidito y Frank lo miró. No pudo distinguir si era un niño o una niña, pero era adorable, como su madre.

—Un bebé muy mono.

—¡Gracias! —respondió la mujer ladeando la cabeza como una jefa de animadoras al final de un baile de rutina. Luego se volvió y le dio un empujoncito al coche del bebé—. Tengo que irme ya. Papá viene a casa.

—Bueno... gracias por la ayuda —se despidió Frank.

Mientras regresaba al apartamento de Stern, vio que las luces del coche estaban apagadas, lo cual era bueno (aunque, desde luego, también era posible que se hubiese agotado la batería). Lo probaría dentro de algunos minutos, pero primero tenía que ir a buscar a Annie.

—¿Quién era? —le preguntó ésta.

—No lo sé. Parece que me dejé las luces encendidas. Esa mujer W apagó.

—¿Te las dejaste encendidas?

—Sí.

—Yo no me fijé en que hubiera ninguna luz encendida.

Frank se encogió de hombros.

—Bueno, pues ya está bien que ella sí se fijase. Bien... —Se volvió hacia Stern y le ofreció la mano—. Será mejor que nos vayamos —le dijo—. Gracias por la ayuda, de verdad.

—No hay de qué.

—Si en alguna ocasión tuviera necesidad de hacerlo, ¿puedo volver a visitarte?

—Bueno —respondió Stern, pensándose un poco—. Supongo que sí... Pero... si el Templo y tú estáis implicados... no me llames desde tu casa. Y por amor de Dios, no se te ocurra venir aquí. Manda señales de humo o algo así.

Frank se echó a reír.

Cuando se dirigían hacia el coche, Annie iba moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Estoy completamente segura de que no te dejaste las luces encendidas —le dijo a Frank.

—Muy bien. Pues no me dejé las luces encendidas. ¿Y qué? ¿Has oído lo que Stern ha dicho? ¿Lo de esos Chosen? Cincuenta millones de dólares. ¿Qué es todo eso?

—No lo sé. A mí me preocupa más lo de la fábrica de vitaminas, o lo que sea.

Frank abrió la puerta del Saab y se puso al volante. Annie decía algo acerca de las microcápsulas cuando él metió la llave en el encendido y puso el coche en marcha.

El Saab arrancó con un rugido, pero el sonido casi se ahogó por la exclamación de Frank.

—¿Qué cojones es esto?

Annie se volvió hacia él y vio que Frank se miraba las manos, que, igual que el volante, estaban mojadas con una especie de grasa transparente.

—¿Qué sucede? —preguntó Annie.

Frank tenía las manos levantadas con las palmas hacia arriba, como un santo católico.

—No sé. Es como si me hubiera llenado de baba. Dame una toalla de la parte de atrás, ¿quieres?

Annie metió la mano donde Frank le había dicho y agarró una cajita de toallas de papel del suelo. Cogió un puñado y ayudó a Frank a quitarse la grasa de los dedos y del volante. Cuando hubieron terminado, Frank puso la cajita de toallas debajo del asiento delantero, metió la marcha y salió del aparcamiento, dirigiéndose hacia la casa de Annie, en Mount Pleasant.

—Lo ha hecho esa mujer —observó Annie.

—¿Ha hecho qué?

—Pues poner esa sustancia en el volante, ¿qué crees?

—No sé lo que creo. Creo que es una guarrada.

Annie se estremeció.

—No está bien —dijo.

—Tenía un niño pequeño. Probablemente sólo sea un producto para bebés —le indicó Frank—. Alguna sustancia que ella tenía en las manos.

Subieron por Foxhall Road hasta Nebraska y atajaron para llegar a Wisconsin. Estuvieron sentados un par de minutos delante de la escuela Sidwell Friends, cuyos alumnos salían justo en aquel momento, luego

torcieron a la izquierda hasta llegar a Porter y atajaron por el parque hasta Mount Pleasant. El viaje duró unos veinte minutos, y cuando llegaron a casa de Annie, Frank no se encontraba muy bien.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

Frank asintió.

—Sí, no es nada. Sólo estoy un poco mareado, nada más. No he comido nada en todo el día.

Annie le dirigió una mirada escéptica mientras salía del coche. Luego se dio la vuelta y se asomó por la ventanilla.

—¿Estás seguro?

—Sí. Demasiado té, o algo así.

A continuación se marchó, adentrándose en el tráfico de camino a Columbia Road. Durante su recorrido, Frank pasó por delante de las bodegas, de los clubes nocturnos, se cruzó con los coches de policía... había tantas cosas a las que prestar atención... como los borrachos de las esquinas, y los perros, y el 7-Eleven.

Cuando llegó a Columbia Road se percató con sorpresa de que se había puesto a sudar, un sudor agrio y pegajoso, como cuando empieza a subir la fiebre. Y realmente no se encontraba nada bien. El corazón le latía a toda velocidad y tenía esa sensación temblorosa en el estómago y en el pecho, como el terror que producía subir a un escenario. Sólo que él no estaba en un escenario, sino en el coche, y la adrenalina le subía en oleadas sin motivo alguno. No era como si fuera a toda velocidad. En realidad iba... ¿a cuánto? A diez kilómetros por hora.

No era de extrañar que los demás conductores empezasen a tocar la bocina.

Algo iba mal, y Frank sabía lo que era. De repente se hizo intensamente consciente de todas las posibilidades, y vio en cada posibilidad una amenaza. Si, por ejemplo, torcía el volante un poco a la izquierda, el coche pasaría de la raya central de la calzada y chocaría. El que no hubiera motivo para que torciera el volante era irrelevante. El hecho era que podía ser que lo hiciera. Y esa posibilidad lo aterraba porque mucha gente resultaría herida, desde luego. Y si antes de torcer el volante aceleraba, el coche podía

subirse a la acera, y entonces se llevaría por delante a sabe Dios cuánta gente.

De manera que habría sangre por todas partes.

El miedo que sentía era una especie de vértigo irracional e incontrolable. Cualquiera podía caminar en línea recta, pero intentar hacerlo sobre la barandilla de un balcón a cien metros por encima de la calle suponía caerse por fuerza.

Y así era como se sentía entonces, como si estuviera a punto de caerse, como si la mente lo estuviera empujando a tirarse de una cornisa invisible. Conducir era algo realmente complicado, como frotarse el estómago en sentido circular mientras uno se da golpecitos verticales en la cabeza. Había muchas cosas que podían salir mal con facilidad y provocar una catástrofe. ¿Cómo podía alguien hacerlo? ¿Cómo podían prestar atención a tantas cosas a la vez? Al cuentakilómetros y al cambio de marchas, al embrague, a los frenos y al acelerador; a los otros coches, a los semáforos, a las personas que cruzaban y volvían a cruzar la calle. ¡El tacómetro! El mundo era una marea de lugares y acontecimientos. Espumeando con las consecuencias.

«Y yo me estoy ahogando en ello», pensó Frank.

Y el otro problema era que faltaba una parte crucial de él: su postura hacia el mundo o su perspectiva sobre él. Era como si se le hubiera olvidado no tanto quién era él como el hecho de saber cómo era ser quién era él. No los hechos sobre sí mismo, sino la interpretación que tenía de sí mismo.

De pronto comprendió lo que era: se le había olvidado su propio punto de vista. Se le había olvidado cómo era ser Frank Daly, y al olvidar eso no podía imaginar cómo volver a serlo. Todo el vocabulario propio de su ser se había evaporado, de modo que ser él mismo era como tratar de hablar un idioma que nunca hubiera aprendido. Quedaba fuera de su alcance. Frank Daly quedaba fuera de su alcance.

Y darse cuenta de aquello lo llenó de una sensación de espanto que era más profunda por el hecho de que era ineludible: venía de dentro, del lugar donde se suponía que Frank estaba y donde ahora no había nada. Un agujero.

Sabía lo que había ocurrido, desde luego. Lo habían drogado. Stern, Annie o bien la chica que había pillado hurgando en su coche. Aquella

mamá pecosa de la sonrisa radiante. Pero saberlo no le servía en absoluto de consuelo. Quienquiera que lo hubiera hecho se lo había quitado todo, así que ahora le quedaba menos que nada. No le quedaba nada de sí mismo. Y sabía que no podría recuperarse nunca porque lo que había perdido era casi tan sustancial y tan escurridizo como el Tiempo Estándar Oriental.

Estaba tardando muchísimo en volver a su apartamento... que era donde le convenía estar.

Así que pisó el acelerador. El Saab salió lanzado, se metió en el carril opuesto y avanzó a toda prisa por la concurrida calle, partiendo el tráfico como si fuera una cremallera. Un hombre vestido de ejecutivo se lanzó hacia la acera, y las bocinas estallaron por todas partes. La Sala de Mambo de Chief Ike pasó como un relámpago, seguida en rápida sucesión por Popeye's, Mixtee, el Crestar Bank y un grupo de budistas que esperaban a que el semáforo cambiase en la esquina de la Dieciocho y Columbia Road.

Tenía que acostarse cuanto antes. En la cama estaría a salvo. Pero primero tenía que aparcar el coche. Y dadas las circunstancias, no había manera de que pudiera hacerlo. Aunque encontrase un hueco, aparcar el Saab sería como hacer aterrizar la lanzadera espacial, como maniobrar una tonelada de acero a través de las tres dimensiones utilizando sólo las manos y los pies. Imposible. Nadie podría hacerlo. Así que apretó bruscamente el freno con ambos pies y el coche se detuvo con un estremecimiento en mitad de la calle.

Al bajar del coche encendió las luces, pensando que ello le facilitaría encontrar el coche más tarde.

Se sorprendió de lo mareado que se sentía. Era casi como si la cabeza estuviera apoyada sobre cojinetes rodantes. Un hombre se le acercó por la acera hablándole tranquilamente en español, pero luego retrocedió de repente, asustado por algo que vio en la mirada de Frank.

Un momento después (o pudiera ser que pasara más tiempo, incluso una hora más tarde), Frank se encontraba de pie en su apartamento escuchando los mensajes del teléfono.

«¡Frank! Soy Jennifer. Te llamo por esos gastos del satélite... ¿es una broma? Llámanos.»

Y el mensaje siguiente:

«¡Eh, Frankie! Soy tu tío Sid. Escucha, todos estamos hechos pedazos por lo de tu padre, pero... oye, nos ha gustado mucho verte y... ya sabes, ¡no seas tan descastado!»

Y el tercer mensaje, de una mujer que le deseaba que estuviera bien:

«¡Oiga! Nos hemos visto esta tarde. Sólo quería decirle que tenga usted un buen viaje... y... ¡ah, sí! Si quiere volver a la realidad y seguir vivo en ella... ¡quizá tendría usted que trabajar en otra cosa!»

Y luego el teléfono comenzó a sonar y el contestador se puso en marcha. Era Annie:

—Frank... soy yo. Estoy preocupada por esa cosa que había en el volante. Llámame, ¿vale? O puede que... puede que me acerque a verte... ¿Estás ahí? ¡Descuelga!

No parecía posible. El teléfono latía, subiendo y bajando como la reina de las termitas, respirando en la oscuridad. Y sus manos... ¡Jesús, las manos! Se podían hacer cosas tan terribles con las manos...

OceanofPDF.com

Capítulo 25

El complejo 23 de mayo

El cuartel general del Templo estaba en un lugar que antes había ocupado un colegio privado. A unos treinta kilómetros de Lake Placid, los terrenos del antiguo colegio se extendían detrás de unas impresionantes cancelas de hierro oxidado en un valle largo y serpenteante.

Una vez pasadas las cancelas, un camino asfaltado discurría entre un bosque de piceas y llegaba finalmente a un claro pequeño que hacía las veces de aparcamiento. Desde allí, un sendero de grava se metía por un bosque bastante oscuro e iba a dar a una amplia extensión de césped muy cuidado, donde un estanque de agua negra se hallaba al pie de un promontorio bajo que caía en suave pendiente.

En el borde occidental del prado había un grupo de casitas blancas que en otro tiempo habían alojado a los profesores del colegio, pero que ahora estaban reservadas a los altos cargos del Templo. Cerca de allí, un par de dormitorios en un estado bastante lamentable eran la vivienda de los miembros de a pie de la orden interna del Templo.

Más impresionantes eran los laboratorios. Consistían en un conjunto de edificios muy modernos de acero y vidrio que albergaban la enfermería del complejo, el comedor, las oficinas de la administración, los laboratorios de investigación y las instalaciones de producción. Desde allí, el Templo dirigía sus operaciones internacionales mientras fabricaba una mezcla de vitaminas, remedios homeopáticos y productos de aromaterapia.

En lo alto del promontorio, desde donde se podía vigilar la totalidad de los dormitorios y los laboratorios, se encontraba la casa del director, una

mansión de estilo Tudor inmaculadamente restaurada cuyas ventanas estaban doradas de maineles; toda ella se encontraba rodeada de pérgolas revestidas de parras. Así pues, ésta era la residencia de Solange y el santuario interior del Templo.

Sentada en la terraza de baldosines, bajo un entoldado de glicinas rosas, Susannah pasaba el tiempo contemplando las montañas circundantes, a la vez que deseaba que se le quitara el nerviosismo. El problema era que no sabía exactamente por qué estaba allí. Y eso la ponía bastante nerviosa, porque había oído contar algunas historias sobre la terraza y las cosas que habían ocurrido allí.

Pero no eran más que eso, se dijo. Historias.

Lo cierto era que el hecho de que a alguien lo convocasen en el cuartel general del Templo casi siempre era bueno. Solange a veces concertaba matrimonios entre miembros del personal, y cuando lo hacía, los anuncios se hacían siempre en la terraza. Y también era allí donde se otorgaban las recompensas y se asignaban las tareas especiales. Y por eso, pensó Susannah, sería por lo que ella estaba allí: por algo bueno. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podía ser? Había hecho todo lo que le habían pedido que hiciera, en Rhinebeck, en Los Ángeles y en Washington, y todo había salido a pedir de boca. Aunque, por otra parte, lo mismo habían hecho Tommy, Vaughn y todos los demás. Así que, ¿por qué sería ella la única a la que le habían pedido que se presentase en el complejo? ¿Por qué ella era la única del equipo de operaciones que se encontraba ahora sentada en la terraza?

Tímidamente, porque el pequeño Stephen estaba mamando, levantó la vista hacia Solange, que le hacía algunas preguntas a Belinda sobre un desertor.

—¿Y cómo lo encontraste?

—Lo encontraron los detectives privados. Estaba en un motel de no sé dónde, y supongo que cometió un error.

—¿Y cuál fue ese error?

—Que llamó a su casa. Siempre llaman a casa. Justo igual que E. T. Solange asintió, contento con la respuesta.

—¿Y Kramer tenía controlados los teléfonos?

Belinda asintió.

—Trabaja con uno que sabe pinchar teléfonos. Creo que puso algo en la línea, o es posible que interceptara la llamada.

Sea como sea, el caso es que lo encontraron en un Motel 6, en algún lugar de la costa de Jersey.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Solange refiriéndose al desertor.

Belinda hizo un gesto con la cabeza en dirección a los laboratorios.

—En la enfermería. El doctor lo ha drogado hasta la médula a base de halción y thorazina... así que no es probable que pueda ponerse en contacto con alguien. Si quieres hablar con él, tendrán que hacerlo volver en sí.

Solange hizo un gesto negativo.

—No, que lo mantengan así.

«Qué frío es —pensó Susannah—. Está ahí de pie con la cabeza ladeada y los ojos medio cerrados, como un músico de *jazz* mientras escucha el solo de otro.» Y cuando se movía, lo hacía de puntillas, sin hacer ruido.

«Es como un gato —continuó pensando Susannah—, pero no como un gato atigrado.»

Solange medía un poco más de un metro ochenta, y era delgado como una serpiente. Llevaba pantalones vaqueros desteñidos, botas de excursionista y una camisa blanca con las mangas arremangadas hasta los codos. Una barba oscura de varios días le salpicaba las mejillas, y el cabello de color negro tinta necesitaba un corte. Los ojos, bajo unas cejas espesas con algunas canas, eran de color ágata.

«Son los ojos los que tienen eso —pensó Susannah bromeando (pero no del todo)—. De ahí es de donde emana todo su poder; no es lo que dice, sino el modo como te mira cuando habla, como diciendo: "Tú eres la única que lo comprende, la única que lo entiende de verdad." Y cuando oyes eso, o lo ves, o lo sientes, es casi igual que enamorarse.»

Cosa que a ella no le resultaría tan difícil. Solange era el hombre más atractivo que Susannah había visto en su vida... aunque en realidad no es que fuera un hombre guapo. Al menos no en el sentido habitual que se le daba a la palabra. La nariz era lo que evitaba que fuese guapo, pues se la había roto hacía mucho tiempo y nunca se había tomado la molestia de arreglársela. El resultado era un pico de águila que, junto con los ojos, le daban un aire depredador, incluso cuando reía.

Y luego estaba la voz. Tan profunda como una mina, tenía un ligero acento y una cadencia que resultaban extrañamente atractivas. Cuando lo miraba mientras él hablaba, mientras lo escuchaba cuando él hablaba, cuando lo sentía con los ojos,

Susannah comprendía que se hallaba en presencia de un gran hombre. O de un enjambre de grandes hombres. En un momento u otro casi todos los periódicos lo habían comparado con Hitler y con el Flautista de Hamelín, con John Muir y con Koot Houmi (fuera quien fuese ése... ella tenía intención de averiguarlo).

Y los demás compartían esos mismos sentimientos con ella. Como Susannah, se sentían extasiados con Solange (y también le tenían cierto miedo).

Había quince personas en la terraza, además del pequeño Stephen, de Susannah y del gurú. Todos ellos estaban «en nómina», lo que significaba que dedicaban sus vidas por entero a la organización. En un momento u otro todos habían ido a navegar en el *Crystal Dragon* y desde entonces habían compartido comida y cama, pisos francos y códigos, secretos y delitos. Eran miembros de la comunidad y se dedicaban a ella en exclusiva, y lo eran todo los unos para los otros: familiares, amantes, compañeros de barco, amigos. No tenían a nadie más que a ellos mismos, y no tenían más propiedades que las que poseían en común. Ni siquiera el pasado les pertenecía ya, porque cada uno de ellos compartía el mismo cumpleaños simbólico, que era el día en que habían decidido convertirse en miembros de la organización y dedicarse a ella en exclusiva.

Mientras el bebé mamaba, los ojos de Susannah iban de una persona a otra. A excepción de ella y otro miembro, cada uno de ellos era director de división o adjunto.

Dentro del Templo aquellas personas eran verdaderas leyendas, y Susannah los conocía a casi todos. El hombre demacrado de dedos manchados de tabaco era Saúl, que dirigía la división en la que ella trabajaba, la oficina de asuntos especiales. Y sentados a ambos lados de éste se encontraban sus adjuntos, Antonio, Belinda y Jane, que estaban a cargo de las secciones de investigación, operaciones y seguridad.

Veroushka, de quien se rumoreaba que era la querida de Solange y que era una mujer tan *sexy* que Tommy decía de ella que «podía olería desde el otro extremo de la sala», era la responsable del reclutamiento.

Además de Veroushka y del equipo de asuntos especiales, estaban los directores y los directores adjuntos de banca y comunicaciones, así como los jefes de administración, servicios técnicos y litigios. Susannah sabía quiénes eran, pero no cómo se llamaban, o por lo menos no todos.

Y había una persona a la que no conocía de nada, un japonés o algo así, que no encajaba demasiado allí. Iba vestido con un traje oscuro, camisa blanca y corbata, y se mantenía apartado de los demás, observando en silencio.

—¿Y los padres? —preguntó Solange.

Belinda se volvió hacia un hombre joven y flaco que estaba sentado por allí cerca, de espaldas a la pared y con cara de aburrido.

—¿Fred?

—Los padres saben que él se encuentra aquí, pero no pueden hacer nada al respecto —dijo el abogado—. Él no debe verlos, no debe hablar con ellos. Ya tiene veintitrés años. Además tengo una declaración jurada de él en la que dice que todo está perfectamente bien... o la tendré, en cualquier modo, en cuanto me la hayan mecanografiado.

—¿Y tú crees que la firmará?

—La firmó hace cinco años, cuando entró en plantilla. Todo el mundo firmó una. ¡Más de una! Ahora sólo tenemos que ponerle la fecha y decidir lo que ha de decir.

—¡Vale! —dijo Solange dando una palmada con las manos y volviéndose sobre los talones—. ¿Quién es el siguiente? ¡Avram! ¿Qué puedes decirnos?

El jefe de la división de servicios técnicos del Templo era un refugiado ruso de ojos incoloros que padecía una soriasis grave. Mientras se limpiaba las bifocales con el dobladillo de la camisa, se aclaró la garganta y echó una rápida ojeada con ojos de miope en dirección a Solange. Luego sonrió.

—Estamos preparados para empezar —le dijo.

Solange lo contempló con sorpresa.

—Bromeas.

—No. Sin embargo, si no te importa, tengo que decirte una cosa: todo esto no ha sido fácil. Hemos trabajado veinticuatro horas al día durante casi ocho meses... en este asunto y en nada más. Hemos sufrido problemas de temperatura. Hemos tenido problemas de competencia y disciplina con un par de miembros del personal. ¡Por no hablar de la vacuna! —Hizo una pausa y miró intensamente a todas y cada una de las personas que se encontraban en la terraza—. ¿Tenéis idea de lo difícil que es comprar veinte mil huevos fertilizados sin atraer la atención de la Administración de Alimentos y Medicamentos?

Solange y los demás se echaron a reír y Avram sonrió.

—Pero... ¡sí! —concluyó—. Podemos empezar a vacunar mañana. Cuando quieras.

Solange cerró los ojos durante un instante.

—¿Y la Señora? —preguntó.

Avram volvió a ponerse las gafas en la nariz y parpadeó dos veces para enfocar la mirada.

—La Señora está más fuerte que nunca. Y se reproduce de maravilla.

—Has dicho que está «más fuerte que nunca». Ésta es una teoría que tú tienes.

Avram hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Es un hecho.

—¿Pero cómo puedes saberlo?

—Porque hemos hecho pruebas... no en el medio natural, sino en el laboratorio. Y son consistentes. Hemos ampliado la tasa de mortalidad cinco veces.

—¿Cómo?

Avramladeó la cabeza y miró intensamente a Solange.

—¿Quieres una explicación técnica?

—Dímelo —le ordenó Solange.

Avram se encogió de hombros.

—Hicimos el mapa del genoma en octubre. Desde entonces hemos tratado de hallar un modo de... ¿cómo lo diría yo...? Un modo de ocultar el virus para hacerlo invisible, o casi invisible, para el sistema inmunológico.

—¿Y qué ha pasado?

—Que lo hemos logrado.

—¿Pero cómo?

Avram dejó escapar un suspiro; se sentía orgulloso de su logro, pero al mismo tiempo estaba dolido por la necesidad de explicárselo a profanos.

—Prueba y error —empezó a decir Avram—. Encontramos que al quitar un particular segmento de ADN podíamos hacer que el virus segregase un material que tiene la virtud de enmascarar a sus inmunogenes, ocultándoselo a las células B del cuerpo. Es como si el virus estuviera cubierto de teflón. Los receptores del ácido siálico no pueden vincularse a él, y sin que eso ocurra no se produce reacción inmunológica. Así que la mitad del tiempo el virus avanza sin que se le perciba.

—Lo que hace que la tasa de mortalidad...

—Sea del cincuenta y cinco por ciento.

Nadie dijo nada durante largo rato. Finalmente, Solange exclamó:

—¡Vale! Pues empezamos a vacunar mañana. A todos los del complejo, ¿eh?

Avram asintió.

—Yo lo organizaré —dijo.

Solange hizo un movimiento de cabeza para quitarse el cabello de los ojos.

—¿Y el señor Kim? —preguntó, juntando las manos en actitud de oración e inclinando la cabeza hacia el asiático con exagerada ceremoniosidad.

—Le puedo tener un paquete preparado en dos días —respondió Avram rascándose el cuello.

—De acuerdo —admitió Solange al tiempo que esbozaba una sonrisa salvaje—. ¿Le parece bien, señor Kim?

El coreano le dirigió una mirada inexpresiva, sin comprender palabra.

—Dos días —dijo Solange hablando despacio y levantando dos dedos—. Y entonces... —Bajó la mano y volvió a levantarla—. *Pyongyang*.

Kim sonrió al comprender y asintió contento.

Veroushka levantó una mano para hablar y Solange le dio la palabra.

—¿Y la gente de la organización que se encuentra en el extranjero? —le preguntó—. Tengo personas encargadas de hacer el reclutamiento en Rusia,

en Israel, en Francia... Y algún otro sitio más. Hablo de personas que están en nómina. ¿Qué hacemos? ¿Los traemos a casa?

Antes de que Solange pudiera articular palabra, Belinda le contestó.

—Es más barato que vayamos nosotros hasta donde se hallen ellos. Si me das una lista de quiénes son y dónde están, puedo enviar un mensajero por vía aérea... el mismo día. Podemos tenerlos a todos vacunados en una semana. Veroushka frunció el entrecejo.

—Yo pensaba... quizá sería mejor traerlos a casa. Porque ¿cómo vas a pasar eso por la aduana?

—Conseguiremos una carta notarial para el destinatario en la que se diga que padece diabetes —respondió Belinda—. Meteremos la vacuna en ampollas de insulina. No creo que se le presente ningún problema con nadie.

—De acuerdo —sentenció Solange—. Pasemos al siguiente punto del orden del día. —Sonriente, se volvió hacia Susannah y le tendió la mano para que se levantara—. ¿Susannah?

Ésta pensó que el corazón se le iba a salir del sitio. El pequeño Stephen apartó la cabeza del pecho de su madre y, durante un momento, pareció que estuviera a punto de llorar.

Susannah le entregó la criatura a Belinda, se puso en pie y se colocó debidamente la blusa.

—¡Dios mío, cómo estás! —le dijo Solange—. ¡Mírate! Estás preciosa.

A Susannah empezaron a arderle las mejillas, y bajó los ojos hacia el suelo.

—Saúl... ¿cómo no me dijiste que ella era así, eh? ¿Para qué tengo un servicio de inteligencia, si luego me ocultáis secretos de esta naturaleza?

Le pasó a Susannah la mano por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Te envié los informes —le contestó Saúl con una sonrisa—. Belinda les dio el visto bueno.

—De acuerdo —aceptó Solange—. Pero sólo los informes; la próxima vez quiero también una foto. Y escucha: he leído los informes y sé lo que ha hecho. Y os digo que a esta chica voy a cambiarle el nombre por el de Bond. ¿Vale? Susannah Bond. ¿Te parece bien eso, *cher*?

Susannah asintió, un poco apurada al ver que todas las miradas estaban puestas en ella, y emocionada porque Solange la tuviera cogida por los hombros.

—Os lo digo yo —continuó Solange con aquel suave acento suyo—, esta chica no tiene freno. ¡Si os dijera lo que ha hecho, tendría que mataros! —Se echó a reír, y los otros se unieron a las risas—. No bromeo. ¡Hasta a mí me asusta!

Más risas.

—Pero... —Lanzó la palabra al aire como una granada—. Hay un problema.

A Susannah se le paró el corazón por segunda vez en dos minutos.

—¿Qué... qué problema? —preguntó mirando a Solange.

Éste movió la cabeza con pesar.

—El niño.

De pronto, Susannah comprendió por qué estaba allí, comprendió qué era lo que andaba mal, lo que le culpaban de haber hecho. Cuando uno se unía al Templo, renunciaba a tener hijos porque la gente estaba... ¿cuál era la palabra que empleaba Solange? ¡Metamultiplicándose! Se multiplicaban en exceso por todo el mundo. Como cucarachas. Y ése era el mayor problema, aunque...

—Pero...

—¡Shhh! —musitó Solange, y la apretó contra sí aún más fuerte. Susannah no se había dado cuenta de lo fuerte que era aquel hombre—. Nada de excusas. Ya te lo he dicho, *cher*. ¡Eres una heroína! Siempre serás una heroína... así que no lo estropees con un montón de chorradas. ¿Vale?

Susannah asintió.

Solange apartó el brazo que le tenía puesto sobre los hombros y se acercó a una especie de caja de madera en la que Susannah no se había fijado hasta entonces. Levantó la tapa de la misma, metió la mano dentro y sacó de ella un puñado de bolsas de basura de plástico transparente. Se las fue pasando una a una a las personas que estaban sentadas en la terraza.

Sin pensar, Susannah tendió la mano para coger una bolsa, pero Solange negó la cabeza.

—Para ti no, *cher*. Son para ellos.

Cruzó la terraza hasta el lugar donde se encontraba Belinda, levantó a Stephen por un brazo, abrió una de las bolsas por el procedimiento de sacudirla en el aire y metió dentro al bebé. Luego le dio vueltas a la bolsa en la mano y le hizo un nudo en la parte superior.

—Cógela —le dijo a Belinda.

Susannah no acababa de creerlo. Se había quedado sin habla mientras oía los lloros ahogados de Stephen. Lo podía ver allí dentro, manoteando mientras se elevaba la temperatura, mientras la bolsa transparente se iba volviendo opaca. Las rodillas de Susannah cedieron, pero Solange la cogió por el brazo y la sujetó.

—Tienes que ser fuerte —le dijo—. Para el niño... es importante, *cher*. —Luego se volvió hacia los demás y añadió—: Vale. Todos excepto Susannah y el señor Kim.

Uno a uno, sus amigos metieron la cabeza en las bolsas de plástico y se las ataron a la garganta. Horrorizada, Susannah vio cómo las bolsas se inflaban y se desinflaban, contrayéndose alrededor de las mejillas y las narices para luego abultarse de nuevo.

Solange volvió a la caja de madera, metió la mano dentro por segunda vez y regresó con dos pares de guantes de boxeo. Le echó un par a Susannah, le indicó con un gesto que se los pusiera y él hizo lo propio.

—Es un problema complicado —le explicó Solange mientras metía las manos en los guantes—. La Tierra, ella es la madre... la madre sagrada. Igual que lo es la vida. Ésta es nuestra religión. Esto es lo que sabemos. Pero también sabemos que estamos matándola, tú y yo, estamos matándola y estamos matando a sus hijos... a los millones de especies que genera. (No te preocupes por hacer un nudo, *cher*. Sólo mete las manos en los guantes.) Hemos hecho agujeros en la atmósfera, hemos envenenado el agua del subsuelo, hemos ensuciado el suelo, hemos llenado los bosques de basura. Con estas bolsas puede que comprendas cómo se siente la Tierra, qué sensación produce estar asfixiado por el plástico, ahogándote con tus propios gases. Ahora, cuando te diga que la civilización es sinónimo de asesinato, quizá recuerdes esto.

Solange dio una palmada y arrastró los pies.

—¿Te parece que saquemos a Stephen? —le preguntó Susannah—. No creo que esto sea bueno para él.

—Pero *cher*, de eso se trata, precisamente. No creo que sea bueno para nosotros, ¿verdad? Oye... tú lo sabes tan bien como yo, ¿cuál es el problema? Somos demasiados. Y aun así, tú nos das otro depredador al que alimentar. ¿En qué estabas pensando? ¿Con qué estabas pensando?

Susannah movió la cabeza de un lado a otro. En aquellos momentos, Solange se encontraba entre Stephen y ella, de manera que Susannah no podía ver al niño.

—Si fuera de cualquier otro, lo ahogaría como a las crías de gato, para que sirviera de ejemplo. Pero es tuyo, así que te diré lo que vamos a hacer. ¡Vamos a boxear por él! Un asalto. Tres minutos. Si te mantienes en pie al final de ese tiempo, podrás sacarlo de ahí, *cher*, ¿de acuerdo? Pero si no... bueno, entonces me parece que se quedará donde está.

—Pero... No puedo. ¡No sé boxear!

El pánico se le agolpaba en el pecho a Susannah.

—Yo te enseñaré. Lo importante es empezar ya, ¿sabes? Porque hasta que empecemos, lo único que hacemos es perder un tiempo precioso, ¿no te parece?

Susannah asintió.

—Venga, empecemos. Un puñetazo pequeño. Vamos, *cher*, es como has dicho. No creo que esto sea bueno para él.

Susannah le lanzó un golpe y Solange se echó hábilmente hacia un lado mirando el reloj.

—No está mal para empezar. No obstante, puede que no vaya tan bien. Golpéame a mí, no al aire, *cher*. ¡Venga!

Susannah sabía pelear. Se había criado con tres hermanos, y uno de ellos había sido un peleón. Pero no podía concentrarse en Solange. Necesitaba de todas sus fuerzas para no correr hacia Belinda y...

¡Estrellas! De pronto comenzó a ver estrellas. Solange le envió la cabeza hacia atrás de un golpe con la izquierda, luego la hizo tambalearse a toda ella con un derechazo cruzado que le produjo la visión de un torrente de lucecitas. Dio tumbos hacia atrás, incrédula. Su hermano nunca la había golpeado de aquel modo.

—Mantén las manos en alto, *cher*, y acósame. Quedo un poco fuera de tu alcance. ¡Vamos! Tienes que pensar en ello. Métete entre mis brazos.

Susannah notaba el sabor de la sangre en la boca, y los ojos le escocían a causa de las lágrimas. ¿Qué había dicho él? ¿Que tenía que permanecer de pie? ¿Que tenía que aguantar sin caer? ¿Qué había dicho de Stephen?

Solange lanzó un golpe con la izquierda que Susannah recibió en el hombro, y luego un derechazo que ella consiguió esquivar saltando hacia atrás.

—¡Bien! ¡Quedan dos minutos!

Había dicho que lo dejaría donde estaba. Había dicho que lo dejaría dentro de la bolsa.

—No está nada mal —le dijo Solange—, pero tienes que meterte dentro, *cher*, de lo contrario te haré daño. Soy demasiado grande para ti.

Susannah se movía en círculo alrededor de él tratando de apartarse de sus brazos, aunque sin conseguirlo del todo. Solange la mantenía a raya con una sucesión de puñetazos y aporreándole la parte superior de los brazos.

—Nunca corras cuando te ataquen, *cher*. Ésta es una lección importante. Cuando alguien vaya a por ti, tú tienes que ir a por él. Si no...

Dejó la frase a medias y le propinó a Susannah tres golpes rápidos que le aflojaron los dientes y le llenaron la boca de sangre. Luego, Solange giró las caderas, se adelantó y le dio un golpe tan fuerte en el estómago a Susannah que a ésta le dio la impresión de que le habían clavado el extremo romo de un poste de teléfono.

De pronto se vio a gatas, incapaz de respirar, ahogándose del dolor que sentía.

—¡Un minuto y veinte segundos! —le indicó Solange, de pie junto a ella—. ¡Vamos, Susannah! ¡Levántate, si no tendré que añadir un tiempo muerto!

Susannah seguía sin poder respirar, pero hizo lo que él le pedía que hiciese: se levantó con esfuerzo del suelo y, agachando la cabeza, se precipitó a los brazos de él en un intento de sujetarlo. El movimiento sorprendió a Solange, y ella se aprovechó de la sorpresa para golpearlo dos veces, alcanzándole en la mandíbula la segunda vez.

Se abrazó a Solange con tanta fuerza como pudo y cerró los brazos alrededor de la espalda de éste. Juntos comenzaron a dar vueltas en círculo. Susannah veía los rostros de sus amigos latiendo dentro de las bolsas, mirándola... Pero faltaba algo, y mientras se esforzaba por agarrar a Solange, que era mucho más fuerte que ella, se dio cuenta de lo que era, y la invadió el pánico: el pequeño Stephen ya no lloraba.

—¡Treinta segundos, *cher*! ¡No me sueltes!

Susannah se agarró a él con tanta fuerza como pudo, pero Solange se retorció de pronto y se libró de ella. Y entonces empezó a buscarle la cabeza, golpeándola en la boca, la nariz, la barbilla, las mejillas, un puñetazo tras otro, haciéndole dar vueltas en círculo por la terraza, duchándola con estrellas, calentándole la cara con puñetazos.

Susannah apenas se tenía en pie; se tambaleaba sobre las rodillas temblorosas. Despacio, se llevó un guante a la cara y se tocó la mejilla, como para asegurarse de que seguía teniendo cara. Y vio, aturdida, cómo él agitaba en círculos el brazo derecho igual que un lanzador de béisbol o un boxeador de dibujos animados dispuesto a propinarle un puñetazo que la mandaría al espacio exterior.

En ese momento, Solange se echó a reír, dio un paso adelante y, como el novio solía hacer en las bodas, la atrajo hacia sí con los brazos y la levantó del suelo.

—No está mal, *cher*, nada mal. —Luego se volvió hacia los demás y con una sonrisa malvada les dijo a gritos—: ¿Qué hacéis con esas bolsas en la cabeza? ¿Tan feos sois? ¡Quitáoslas en seguida! ¡Qué tontos!

Y los otros se quitaron las bolsas; todos reían y jadeaban al mismo tiempo mientras el señor Kim aplaudía y Susannah caía de rodillas al lado del pequeño Stephen y, frenética y sangrando, rompía la bolsa con los dedos.

Poco después tenía al niño en los brazos llorando lleno de vida, y Susannah se sentía tan feliz que rompió a llorar y, dirigiéndole a Solange una mirada de adoración, pensó: «Gracias, gracias, gracias...»

Capítulo 26

—Volveré a las cinco —le dijo Annie—. Llámame si empiezas a sentirte raro... ¿me lo prometes?

Frank se encontraba sentado en la butaca del cuarto de estar de Annie, delante del televisor, que estaba sintonizado en el programa *Today*. Al principio le pareció que Katie Couric hablaba con la voz de Annie, aunque sabía que no era cierto.

—¿Frank?

Éste frunció el entrecejo y se inclinó hacia el televisor. Katie hablaba, pero parecía que sus palabras tardaban mucho en llegarle a él al cerebro. Se sentía como si estuviera mirando una película extranjera doblada y el movimiento de los labios no correspondiera a las palabras.

—¿Estás bien?

Se volvió hacia Annie. Las palabras de ésta también parecía que le llegasen al cerebro después de una demora pequeña aunque significativa, como si estuviera hablándole por teléfono desde Tokyo.

—De primera —le respondió Frank volviéndose otra vez hacia el televisor.

Katie Couric decía algo que sonaba como «cocodrilo poppadum».

—Quizá harías mejor no yendo a trabajar otra vez. Lo digo de verdad.

—Estoy bien, en serio —le aseguró Frank.

Y milagrosamente era cierto, pues había entrado en una de aquellas burbujas de claridad, en el estado que él reconocía como «normal». Los médicos le aseguraban que en unos cuantos días los efectos, muy duraderos, de la droga que le habían suministrado desaparecerían por completo, que los «episodios» en que se le nublaba la mente se producirían con una frecuencia cada vez menor y que a medida que pasase el tiempo se iría

encontrando mejor durante períodos más prolongados. En unos cuantos días más se habría recuperado del todo... aunque era posible que sufriera algunos retrocesos.

—¿Estás seguro? —le preguntó Annie. Se había vestido para ir a trabajar con uno de aquellos conjuntos de maestra de parvulario—. No sé.

Se inclinó para darle un beso y Frank tiró de ella obligándola a sentarse en la butaca sobre él; hizo una ligera mueca de dolor al recibir el peso de Annie.

—No te vayas —le pidió débilmente—. De verdad que me siento raro.

Annie dejó escapar una risita.

—Frank...

—Vale. Sal de...

Después de que le administrasen aquella droga, Frank había acabado en la sala de siquiatría de Georgetown. Era un establecimiento que estaba muy bien equipado para tratar a personas que sufrían alucinaciones con violencia. Al parecer, Frank había atacado al personal médico que había acudido a la llamada de auxilio de Annie, que se hallaba presa del pánico; un incidente que él recordaba como un intento desesperado por escapar, de unos hombres que querían sujetarlo para así poder despedazarlo. Cuando llegó al lugar un coche de la policía para tratar de arreglar las cosas, Frank también atacó a los agentes, sin dejar de desvariar un instante durante todo el tiempo. La grúa se llevó el Saab de Columbia Road, donde se había convertido en el punto focal de un atasco de tráfico memorable.

A Annie le costó todo el día, y toda la testaruda insistencia de que pudo hacer acopio, convencer a las autoridades de que en realidad Frank era la víctima de un crimen y no un drogadicto al que hubiese que acusar de agredir a un agente de policía. A Frank le requisaron el Saab, al que rociaron de polvo por todas partes para buscar huellas digitales; le quitaron la envoltura de piel al volante y la enviaron al laboratorio para que le hicieran algunos análisis.

La teoría era que la droga, que había sido identificada como un sicótropo potentísimo llamado BZ, se la habían administrado a través del

uso de DMSO. Por estas siglas se conocía un disolvente industrial que algunas veces utilizaban los atletas como una especie de superlinimento; penetraba directamente en el caudal sanguíneo y en los tejidos más profundos. Funcionaba como un sistema de distribución a través de la epidermis y servía para administrar medicación... o veneno.

Después de pasar cuatro días en la sala de psiquiatría, a Frank lo habían trasladado a una habitación normal. Tras dos días más en ella, le habían dado el alta, aunque lo habían dopado con tranquilizantes para limar los flecos de los efectos remanentes de lo que, oficialmente, se llamó «envenenamiento accidental agudo por droga indeterminada».

Su cuerpo había sufrido los efectos inevitables cuando a uno lo reducían a la fuerza cuatro hombres adultos. Pero por lo menos ya no orinaba sangre. Iba al cuarto de baño arrastrando los pies y se sentía como un viejo; se lavaba la cara con agua y se echaba una ojeada en el espejo. El primer día después del «incidente» tenía la cara como un redondo de ternera. Ahora, la hinchazón se había bajado bastante, excepto en la zona que rodeaba el ojo, en la que todavía se veía que el tejido seguía hinchado, y además se había vuelto de un color parecido al del chartreuse. Y con algunas vetas de color índigo. En la cicatriz que tenía por encima de la barbilla se veían los puntos de sutura allí donde se había mordido a través del labio inferior.

Aparte de la cara, tenía dos costillas rotas debido a que una de las personas que habían ido a rescatarlo se le había echado encima con excesiva fuerza. Además, los dedos pulgar y corazón de la mano derecha, que había metido a través de la ventana de la cocina mientras trataba de escapar de los sanitarios, los tenía cosidos, entablillados y vendados.

Frank pensó que mientras le durasen aquellos períodos suyos de lucidez lo mejor sería que se pusiese a trabajar. Se dirigió, subiendo despacio por las escaleras, a la habitación de Annie. Mecnografiar un texto o incluso manejar el ratón con la mano como la tenía era ahora algo muy lento que entrañaba bastante dificultad para él, pero que por lo menos podía hacer. El ordenador portátil, que Annie le había llevado del apartamento, le resultaba imposible de manejar.

El día antes había imprimido la entrevista con Tom Deer, y ahora se puso a repasarla mientras esperaba a que el ordenador de Annie se

inicializara.

Deer: «Eso no te serviría para amenazar a nadie. Lo único que podrías hacer es utilizarlo. Y luego los pájaros se encargarían de transportarlo. En algún lugar se pondría en marcha una oleada heraldo, como Pekín, por ejemplo, y ¡bam! Ya está extendida por todo el mapa.»

Frank tamborileó con los dedos sobre la mesa.

Deer: «Todo el mundo coge la gripe. Eso es lo que tiene. No se puede controlar. Así que si la usases como arma... matarías a millones de personas.»

Deer: «¿Y por qué iba alguien a querer hacer una cosa así?»

Deer: «No podrías pararla.»

Frank recordó que Deer había estado bromeando al final de la entrevista, había hecho algunas bromas con los siux. ¿Qué era lo que había dicho exactamente? Frunció el entrecejo y se puso a ojear las páginas.

Deer: «Por otra parte, si alguien buscase venganza... si estuvieran furiosos con el mundo...»

«Furiosos con el mundo.» Cuanto más aprendía sobre el Templo de la Luz, o al menos sobre su líder, más evidente se hacía que el grupo estaba definitivamente «furioso con el mundo». Y Frank sabía que matar a «decenas de millones de personas» sería algo grandioso para Solange. En realidad ello supondría recorrer un largo camino hacia el reajuste de lo que el líder del Templo llamaba «infestación de una especie que se había desmandado». Esa especie, desde luego, era la humana.

El ordenador de Annie puso en escena toda la fanfarria de Windows y Frank entró en «Editor», un directorio que él había creado para que contuviese el procesador de textos que le gustaba usar, XyWrite.

El día antes se había pasado un par de horas en la red explorando espacios relacionados con el Templo de la Luz. Y había resumido lo que había encontrado en un archivo llamado «Visión de Conjunto».

Templo/Solange

Le Monde: *«Templo de la Luz, fundado en Lausana a principios de los setenta. Nombre original: Académie de Recherches et de la Connaissance des Hautes Sciences: ARCH. 1979: dos de sus miembros pusieron una bomba en la catedral de Einsiedeln en protesta por la oposición del papa al control de natalidad.*

1980: miembro acusado de asesinato por disparar desde un coche en marcha contra el director de la autoridad nuclear suiza. Entre otros incidentes se cuentan ataques violentos a organizaciones medioambientales que Solange decía eran "insuficientemente militantes. A raíz de la sospechosa muerte de un político liberal que había calificado a Solange de "bacilo de odio dentro del movimiento Verde", ARCH y su líder desaparecieron de la vista pública.

»Dos años después la organización apareció de nuevo en San Francisco bajo el nombre de Templo de la Luz, una "religión" de nuevo cuño cuyo guía espiritual era Luc Solange.

»Según U. S. News & World Report, Solange "presentaba una mezcla de misticismo y ecología profunda a unos seguidores que habían recibido una notable educación". Las personas que se encargaban de reclutar adeptos para el Templo eran "particularmente activos en los campus de ciencias y de ingeniería de algunas de las mejores universidades de América".»

Bajo el encabezamiento «Dinero del Templo», se detallaba cómo el reclutamiento de científicos para el Templo había resultado provechoso, tanto a través de su línea de productos Eco-Vita como de los sustanciosos derechos derivados de las patentes del Templo. Ponía de manifiesto que las patentes más lucrativas del Templo, que le reportaban unos diez millones de dólares al año, eran las técnicas de microencapsulación, que la organización tenía arrendadas a empresas farmacéuticas. Citaba a Annie:

Adair (5-12-1998): «Básicamente, la técnica de microencapsulación consiste en encerrar partículas muy pequeñas en fundas protectoras que se destruyen a sí mismas haciendo posible que los agentes biológicos sobrevivan en condiciones tales como en el ácido estomacal o con temperaturas elevadas que de otro modo los matarían.»

Bostezó y frunció el entrecejo. No conseguía concentrarse debidamente, se desvanecía y aparecía como la señal débil de un teléfono móvil. Se acordó de Stern. Tenía que ponerse en contacto con él.

Y en realidad lo había intentado. Lo había llamado tres veces, pero de momento Stern no le había devuelto las llamadas. Tendría que ir a ver cómo

estaba. Al fin y al cabo había sido a la puerta del apartamento de aquel posgraduado donde lo habían drogado, de manera que la chica que lo hizo por fuerza debía de saber con quién estaba él hablando.

Pero no quería ir allí en coche. Se encontraba demasiado cansado y le resultaba imposible concentrarse. Iría a ver a Stern al día siguiente o al otro para asegurarse de que se encontraba bien.

La policía ya hacía tres o cuatro días que había acabado con el coche, y el día anterior lo habían llamado para que fuera a retirarlo del depósito de vehículos confiscados. A partir del lunes, le había dicho el empleado, le cobrarían veinte dólares por día en concepto de almacenamiento. Y además tenía que abonar los honorarios de la grúa. Frank no podía creerlo. Era como si lo violasen por segunda vez.

El jueves ya tenía el ojo casi bien, y los puntos del labio ya se le habían caído. Como ya no era un peligro para sí mismo ni para otros, había ido a rescatar el Saab.

Cuando Annie se marchó a Atlanta para asistir a la reunión anual de especialistas en la gripe, a la que ella llamaba «la conferencia de la gripe», a Frank le pareció embarazoso quedarse en la casa de Annie sin que estuviera ella, así que volvió a trasladarse a su apartamento. Indu nunca le había dado la menor muestra de afecto. En opinión de Annie, lo más probable era que dicha actitud se debiese a que la segunda noche que Frank había pasado en el apartamento, justo después de salir del hospital, había entrado en el dormitorio de Indu por error y se le había metido en la cama.

Cómo había acabado en la cama con Annie, cómo se habían convertido en amantes... para Frank aquél era un misterio que se le había perdido en algún lugar nebuloso de la memoria, donde bien podría ser que permaneciera para siempre. A veces tenía un atisbo de cómo había sucedido, una especie de estremecimiento del recuerdo. En un par de ocasiones tuvo como un destello del rostro preocupado de Annie, inclinada sobre él; y cuando él pronunció su nombre, «Annie», a ésta se le iluminó la cara en una súbita llamarada de júbilo. Y luego la veía inclinándose hacia él, poniéndole con ternura una toalla húmeda sobre la frente, y recordaba que ella se había metido en la cama a su lado y que había estirado su cuerpo cálido al lado del suyo. Pero luego el recuerdo se volvía borroso y se

desvanecía. En dos ocasiones, Annie se había referido a «la primera vez», una de ellas con una mirada chispeante y feliz y la otra con una risita lasciva. Frank se había limitado a sonreír, pues era evidente que preguntar era una inconveniencia. Además era en cierto modo divertido, aunque un poco molesto, imaginar... En la cama, Annie era sorprendentemente desinhibida y apasionada, o por lo menos tan apasionada como lo permitían las heridas de él.

Stern continuaba sin contestar a los mensajes que él le había ido dejando, así que cuando regresaba del depósito de vehículos confiscados, Frank decidió dirigirse al apartamento del posgraduado.

Y aunque no lo encontró en casa, no le pareció que hubiese ninguna evidencia de que hubiera desaparecido. No se veían los periódicos ni la correspondencia amontonados junto a la puerta. Llamó a casa de un vecino.

Un hombre negro y flaco que llevaba gafas de montura metálica le abrió la puerta. Le dijo que no, que no había visto a Stern últimamente.

—Debe de estar fuera de la ciudad, porque no oigo música. A él le gusta mucho la música, se lo digo yo. En mi opinión le gusta demasiado.

Frank le presionó un poco.

—¿Alguna vez... no sé... alguna vez le ha pedido a usted que le riegue las plantas, que le recoja el correo o cualquier otra cosa por el estilo?

El vecino de Stern se quedó mirando fijamente a Frank durante unos segundos.

—Ben no tiene plantas. No es de los que tienen plantas en casa. Ya se lo he dicho. Es de los que les gusta la música. Y no sé nada del correo. Me parece que tiene un apartado de correos en alguna parte. —Miró con curiosidad a Frank—. ¿Hasta qué punto conoce usted a Ben?

—Casi nada —concedió Frank.

El hombre delgado hizo un movimiento giratorio con el dedo junto a la sien.

—Ben es un poco *raro* —le dijo.

Cuando llegó a casa, Frank encontró un mensaje de Annie esperándolo en el contestador.

«Hola, Frank, estoy aquí, en Atlanta. —Pausa—. Te llamo porque... porque sucede algo raro —continuó diciendo con voz urgente—. Y creo que podría ser... bueno, verás, es que ha habido unos brotes de gripe bastante singulares en diferentes partes del país, lo cual resulta un poco extraño para esta época del año, ¿sabes? No había pensado mucho en ello hasta que llegué aquí. Pero es una gripe de archivo... —Titubeó—. Lo que quiero decir es que... oh, ojalá estuvieras ahí, odio hablar con contestadores. Pero bueno, la cosa es que lo que ha pasado no puede ser un hecho natural, porque...»

Y ahí se cortaba la grabación.

El segundo mensaje empezaba así:

«La cosa es... ¡que no hay manera de que esta gripe pueda darse en cuatro lugares diferentes a la vez! Y hay algo más... —Annie respiraba hondo y suspiraba—. Esto es demasiado frustrante. Volveré mañana. Entonces podremos hablar.»

Frank volvió a oír los mensajes y frunció el entrecejo. ¿Qué diantres era una «gripe de archivo»?

Al día siguiente a la una de la tarde encontró a Annie, que estaba en casa.

—Estoy hablando por teléfono —le comentó mientras volvía a toda prisa a la cocina. Frank la siguió—. Echa un vistazo a esos papeles —le indicó Annie tapando el teléfono con la mano y señalándole unos papeles que había sobre la mesa de la cocina—. Aún no —dijo volviendo a hablar por el teléfono—. Voy a irme al laboratorio en cuanto recobre el aliento.

Los papeles resultaron ser dos ejemplares de algo llamado ISMM, editados por el Centro para el Control de Enfermedades. El acrónimo, según vio Frank, quería decir Informe Semanal de Mortalidad y Morbilidad.

El titular del segmento principal, debajo de la sección de «Informes y Anotaciones Epidemiológicos», decía:

Brotes de gripe

California. — El 18 de abril el Departamento de Sanidad de California (DSC) inició una investigación sobre un brote de enfermedad respiratoria aguda de la que informaron los médicos de la zona, las instalaciones de cuidados intensivos y las salas

de urgencias de los hospitales de la zona metropolitana de Los Ángeles. Durante el período comprendido entre los días 1 y 11 de abril se registraron 1395 casos, de los cuales 1011 tenían una fiebre documentada de más de 37' 8 °C (100 °F) y tos. La edad de los pacientes estaba comprendida entre los 34 y los 99 años; a 67 de ellos hubo que hospitalizarlos; 9 de ellos presentaban síntomas de neumonía en las radiografías. Síntomas similares comunican los informes presentados por 27 de los 142 miembros del personal de los centros médicos. Se aprecia una prolongación fuera de lo común de la fase aguda de la enfermedad en muchos pacientes, junto con una fase de recuperación atenuada.

Las pruebas realizadas mediante los reactivos suministrados por el Centro para el Control de Enfermedades de las cepas de la gripe que circuló en el período 1997-1998 no lograron producir ninguna identificación concluyente. Se administró amantadina como tratamiento.

Annie garabateaba en un bloc.

—Puede que esta noche —decía—. Si tengo suerte. Claro, de día o de noche.

Frank continuaba hojeando los informes, concentrándose en las secciones que informaban sobre nuevos brotes de gripe. Aparte del brote de California, había otros informes parecidos de infección en la ciudad de Washington, D. C., en Madison (Wisconsin) y en Daytona Beach (Florida).

—Gracias, Ozzie. Sí —dijo Annie. Colgó y se dejó caer en la silla que había enfrente de Frank; parecía muy cansada—. ¿Qué vamos a hacer? —le preguntó—. No hay solución médica para esto. No hay suficiente amantadina para proteger a la población de Washington, y no digamos...

—¿De qué hablas? —le preguntó Frank—. Esto no parece más que un puñado de gente que ha cogido la gripe. Y no puede ser nuestra gripe, la que nos ocupa, porque no se han puesto bastante enfermos. No ha muerto ninguno. Así que... ¿a qué viene tanto alboroto?

—Tienes razón. No es nuestra gripe. Todavía no. Pero esas personas que se han puesto enfermas... no es que cogieran la gripe así, sin más, Frank. Para empezar, los casos de gripe en abril son bastante raros, y en mayo, que es cuando se dieron los brotes de Wisconsin y Florida, son realmente raros, excepcionales. Si he de serte franca, es el único motivo por el que nos hemos fijado en ellos. El primer brote, el de Los Ángeles... en un principio ni siquiera se les ocurrió pedir en los análisis que mirasen a ver si era gripe.

Si hubiera sucedido un mes o dos antes ni siquiera nos habríamos dado cuenta de que ese virus de la gripe circulaba por ahí.

—¿Qué quieres decir con eso de que no sólo cogieron la gripe?

—Cogieron una gripe *de archivo*, eso era lo que intentaba decirte por teléfono.

—¿Qué...?

Annie se había puesto en pie y paseaba.

—Ahora mismo estaba hablando con un amigo que trabaja en el Centro para el Control de Enfermedades. La mayoría de nosotros tenemos acceso a una base de datos genómicos que almacena las secuencias nucleótidas de las cepas de gripe... así es como seguimos el rastro de lo que circula por ahí, como hacemos los estudios comparativos, como descubrimos nuevas variantes de los virus. Bueno, los resultados de Wisconsin y Florida ya están, y encajan con lo que encontramos en los virus de Los Ángeles y de la ciudad de Washington. Todas esas personas que se han puesto enfermas, Frank... personas en cuatro lugares geográficos diferentes... han cogido una gripe que es genéticamente idéntica a una cepa llamada... —Hizo una pausa para mirar el bloc que había puesto junto al teléfono—. A/Pekín/dos/ochenta y dos. —Echó ambas manos a un lado—. Pues bien, eso sencillamente no puede ser.

—¿Por qué no? ¿Qué es «A/Pekín...»?

—Es una cepa de gripe que se identificó en primer lugar en China, en febrero del año ochenta y dos. Y ahora está aquí otra vez. Pero eso es algo que no puede suceder, Frank. La gripe está en constante estado de mutación. Eso es lo que hace la gripe. Es inestable. Muta. No hay réplicas exactas de cepas de hace dieciséis años.

—Pero las hay.

—En el Centro para el Control de Enfermedades ése es el misterio *du jour*. Mientras se trataba solamente del brote de Los Ángeles pensaron que debía de haber sido un escape accidental de algún laboratorio de investigación, y los epidemiólogos se lo hicieron pasar muy mal a los laboratorios en su esfuerzo por encontrar la fuente de la epidemia.

—¿Qué quieres decir?

—Los virólogos, los laboratorios farmacéuticos, los epidemiólogos, las personas que trabajan en la industria de vacunas... todos trabajamos a veces con cepas viejas de gripe pasadas para estudiarlas. Y alguna vez cabe dentro de lo posible que se produzca alguna fuga accidental. De hecho ya ha ocurrido. Ésa era la explicación lógica para el brote de Los Ángeles... hasta que apareció la misma cepa en Washington. Y luego en Wisconsin. Y luego en Florida.

—Pero... ¿y si las personas infectadas con la cepa de Los Ángeles viajaron en avión a esos lugares? ¿No podría ser ésa la explicación?

—No, porque la pauta normal no ha sido ésa. Si ocurriera como tú apuntas, habría pequeños focos de infección por aquí y por allá. Y en realidad es muy probable que haya sido eso lo que ha ocurrido. Pero nadie se habría fijado en ello porque la gente no se pone excesivamente enferma. Y como ahora no estamos en la temporada de la gripe, llegas a la conclusión de que la mayor parte de los casos son infecciones respiratorias. Pero estos brotes... —Cogió las hojas del Informe Semanal de Mortalidad y Morbilidad—. Ninguno de estos brotes los ha causado un portador infectado, ni siquiera un jumbo cargado de portadores. Mira los números de Madison, en Wisconsin. Se han producido más de dos mil ochocientos casos en una sola semana. Y el comienzo no fue escalonado, no empieza con un caso o dos y luego va en aumento, tiene un auge repentino, enferman todos a la vez. Y en Florida hay casi el mismo número de enfermos y ocurre lo mismo. Y luego mira los números aquí, en la ciudad de Washington. ¡Hay casi cuatro mil casos registrados! ¡Dios mío, probablemente fue eso lo que tuvimos nosotros!

—¿Eso es mucho?

—¡Sí, es mucho! Es muchísimo. Porque sólo es la punta del iceberg. La mayoría de las personas que sufren una gripe leve ni siquiera van al médico.

—Entonces, ¿de qué hablamos?

—¡De pruebas!

—¿Qué pruebas? ¿Qué quieres decir?

—Son pruebas de dispersión.

—¿Qué?

Annie señaló los informes.

—Y así es como averiguaron cuál es el método más efectivo. El Centro para el Control de Enfermedades publica esto por Internet cada semana. El Templo... ni siquiera tienen que molestarse en contabilizar los resultados. Lo único que han tenido que hacer ha sido mirar los Informes Semanales de Mortalidad y Morbilidad para ver cómo han ido, y cuál de los métodos utilizados ha provocado una infección mayor. —Cogió los papeles, los levantó y los agitó en el aire—. Y el ganador es la capital de la nación. ¡La ciudad de Washington!

—¿Cómo lo hacen? Me refiero a que cómo se las arreglan para diseminar el virus.

—Hay muchas maneras de hacerlo. Lo único que hay que hacer es ponerlo en el aire. Para ello se puede utilizar un avión, un coche... incluso sería posible tirarlo sencillamente desde un tejado. —Dejó escapar un suspiro—. Lo único que hay que hacer para que la gente inhale un virus es colocarlo en el aire. —Tomó un poco de aliento—. No sé qué hacer. Puede que si fuéramos a ver a Gleason...

—Justo. ¿Por qué será que eso no inspira confianza? Si no recuerdo mal, la última vez que llamamos a la puerta del señor Gleason llegó incluso a amenazarnos más o menos con acusarnos de traición.

—Pero si ahora le llevamos todo el trabajo que tú has hecho desde entonces, si le llevamos estos informes y si yo hablo con el doctor K y lo convengo para que venga con nosotros a verlo, quizá... —Annie levantó los ojos al techo—. Le enseñaré al doctor K el logotipo del Templo. ¡El caballo! Seguro que recordará haberlo visto en Kopervik. Y él estuvo en Atlanta, también. Está tan desconcertado por estos brotes como todos los demás. Si Gleason no quiere hacerme caso a mí, puede que escuche al doctor K. Puede que incluso Benny Stern... él también podría ayudar a explicar lo del Templo.

—Al parecer, Stern no se encuentra en la ciudad.

—Bueno, pues yo sigo pensando que debemos intentarlo. Con Gleason, quiero decir. —Consultó el reloj—. Voy al laboratorio a examinar la muestra que he traído.

—¿Para qué?

—Porque hay algo raro en ella.

—¿A qué te refieres?

Annie cogió los ejemplares del Informe Semanal de Mortalidad y Morbilidad.

—A ver... ¿dónde está? Ah, está aquí. —Comenzó a leer en voz alta—: «En muchos pacientes se observa una prolongación inusual de la fase aguda, junto con una mejoría muy lenta y atenuada.» Lo que quieren decir con esto es que mucha gente no se recupera tan de prisa como sería de desear. Parece que los síntomas no acaban de desaparecer. Así que hay algo que hace que persista la infección, o bien algo impide que el sistema inmunológico se ponga en marcha como es debido. Es como si el virus estuviera camuflado de alguna manera.

—¿Y eso es posible?

Annie cerró los ojos con fuerza y al cabo de unos instantes volvió a abrirlos.

—Me preocupa que quienquiera que haya hecho esto puede haber manipulado además el genoma de un modo que inhíba la respuesta inmunológica. Con el A/Pekín/dos/ochenta y dos no tiene excesiva importancia. Era una cepa bastante leve. Pero si decidieran hacerlo con la gripe de mil novecientos dieciocho...

—¿Qué? —Annie lo miró fijamente—. Annie. ¿Qué?

—Pues que la gripe mataría a casi todas las personas que la cogieran. Y la única solución sería la inmunización global. —Annie dejó transcurrir un segundo, luego sonrió, se puso a mover las manos violentamente en el aire y empezó a hablar demasiado de prisa—. Probablemente no soy más que una lunática. Quizá la cepa de Pekín fuera particularmente resistente y lo que sucede es sencillamente que no tenemos datos suficientes sobre ella porque fue muy leve. —Se detuvo—. Pero quiero echar un vistazo, porque hay una cosa que sí es segura. —Dio una palmada sobre los informes que tenía—. ¡Esto son pruebas!

—Llamaré a Gleason —le dijo Frank.

Cuando iba del apartamento de Annie camino del suyo, Frank se detuvo en Mixtee y compró algo para comer. Mientras Annie estuviera en el

laboratorio, él pensaba imprimir las notas que había recopilado sobre el Templo. Pensaba dar forma a un documento conciso sobre la cadena de sucesos y pruebas... algo que ni siquiera Gleason podría ignorar.

Y si no llegaban a ninguna parte con él y no les hacía caso, pensaba ir donde hiciese falta. Llamar a Tom Deer. Hacer lo que fuera.

La puerta de su apartamento estaba abierta.

Al principio pensó que quizá se le hubiera olvidado cerrarla. Pero luego entró en la habitación que le hacía las veces de dormitorio y de despacho. E incluso entonces le costó un segundo comprender qué andaba mal. El teclado se encontraba allí, el monitor también se encontraba allí, la impresora también estaba allí... pero la CPU, la unidad del ordenador, había desaparecido. Y tampoco estaba el ordenador portátil. Todos los archivadores estaban vacíos. El drive tampoco se hallaba allí. No había ningún disquete por ninguna parte... todos sus archivos habían desaparecido.

—¡Joder! —exclamó.

Y se quedó parado durante unos instantes mientras pensaba en qué cantidad de su vida le faltaba ahora. No era el trabajo que llevaba a cabo en la actualidad lo que lo preocupaba, o al menos no lo preocupaba demasiado, porque la mayor parte de aquel trabajo lo tenía en los disquetes de seguridad que guardaba en la nevera. Lo que lo preocupaba era todo lo demás. Sus cartas personales. Su diario de trabajo. Su agenda de direcciones. Las declaraciones de renta.

La rabia empezó a crecerle en el pecho. Era una sensación primitiva y muy poderosa, parecida a la que debían de sentir un perro o un lobo cuando volvían a la guarida y encontraban el olor de un intruso. Si Frank hubiera sido un perro, se le habrían erizado los pelos.

Pero en vez de eso tuvo la reacción condicionada de cualquier ciudadano de finales del siglo XX: se dirigió al teléfono con intención de llamar a la policía. No es que eso fuera a servirle de nada. Pero era sencillamente lo que había que hacer, una rutina que conocía por propia experiencia porque hacía dos años le habían robado del apartamento el equipo de música y el televisor. Y en aquella ocasión no había hecho la llamada porque pensase que la policía fuera a encontrar lo que le habían

robado y a castigar a los que se lo habían llevado. La había hecho porque la compañía de seguros requería un informe policial, de lo contrario no le pagaría nada.

Sólo entonces, mientras extendía la mano hacia el teléfono, se le ocurrió que no había sido un robo cualquiera, sino que se trataba de un hurto de información; que el televisor, el monitor, el equipo de música y los altavoces... todo aquello no lo habían tocado. Y en el instante en que tuvo ese pensamiento, supo quién era el responsable.

Fue justo entonces, al levantar el auricular para llamar a la policía, cuando algo le golpeó con fuerza en la nuca y lo hizo caer al suelo. Al caer se dio con la cabeza contra la mesa del teléfono y Frank vio literalmente las estrellas.

Unos instantes después aquel intruso estaba encima de Frank, tan cerca que éste incluso podía notarle el aliento. Le rodeó el cuello con el brazo y Frank percibió un tufillo de algo empalagosamente dulzón y vomitivo, un olor a hospital que sólo podía ser cloroformo. Una mano le tapó la boca y le apretó contra la cara un trapo húmedo.

Frank se debatió con tal de liberarse. Rodaron por el suelo. Peleó. Y finalmente pareció quedarse inerte, mientras contenía la respiración.

Permaneció así tumbado durante lo que le pareció un largo rato, pero que en realidad sólo pudieron ser unos cuantos segundos. Tenía los pulmones a punto de estallar y el corazón le golpeaba el pecho con fuerza, pero notó que el atacante se relajaba, sólo un poco, justo lo suficiente.

Frank estalló debajo de él, lo golpeó con la cabeza en la cara y lo dejó tendido en el suelo. Luego se puso en pie rápidamente con intención de patear al tipo aquel mientras estuviese en el suelo. Pero el hombre era demasiado rápido y Frank se sentía aturdido. El intruso esquivó la patada, rodó en el suelo y se puso en pie con dificultad.

Frank le echó una ojeada; llevaba téjanos negros y camiseta, tenía el cabello rojo y la cara redonda y blanca con una mancha de sangre de color rojo muy vivo alrededor de la boca y la nariz. Frank se lanzó contra él, pero lo hizo con demasiada lentitud a causa del dolor que tenía en las costillas, que no le permitía incorporarse del todo. El hombre llegó a la puerta antes que él y la abrió de un tirón.

—¡Claude! —gritó.

Y luego salió y cerró de un portazo.

Frank cogió el pomo de la puerta, pero no giraba. El asaltante tiraba desde el otro lado, de modo que la puerta no podía abrirse, hasta que, unos instantes después, salió lanzada hacia adentro de golpe y el canto se le clavó a Frank en la frente. Se tambaleó hacia atrás, y en el quicio de la puerta abierta ahora de par en par vio la cara ensangrentada del asaltante, y detrás de él otro hombre, moreno y malcarado. La peste a cloroformo llenaba el aire.

Fue el miedo lo que lo impulsó a lanzarse hacia adelante, pero fue el *rugby* lo que lo salvó. Frank sabía golpear. Vio aquella cara redonda en el marco de la puerta y al otro hombre detrás, vio el trapo impregnado de cloroformo que éste llevaba en la mano... agachó la cabeza y arremetió contra ellos.

El ataque los cogió por sorpresa; perdieron el equilibrio y se tambalearon hacia atrás hasta el borde de las escaleras. Frank siguió arremetiendo contra ellos hasta que, al final, los tres cayeron rodando por las escaleras en un dolorido enredo de cabezas que se iban dando golpes mientras agitaban los brazos y las piernas en el aire.

Después, una voz trémula se abrió paso entre todo aquel estruendo:

—¡Eh! ¿Qué diantres pasa aquí?

Los atacantes de Frank estaban ya de pie cuando llegaron a la planta baja. Se lanzaron hacia la puerta principal, empujando a Carlos, el vecino de Frank, al que quitaron de en medio y le tiraron por los aires los comestibles que llevaba.

—¡Eh! —chilló Carlos.

Frank se puso en pie junto a la balaustrada y corrió hacia la calle, pero era demasiado tarde. Vio cómo los hombres subían a una furgoneta negra aparcada en doble fila media manzana más arriba. Echó a correr tras ellos con la esperanza de poder acercarse lo suficiente para coger el número de la matrícula, pero la furgoneta arrancó y aceleró.

—¡Jesucristo! —gimió.

Cada vez se encontraba más dolorido.

Carlos se le acercó; respiraba con dificultad y llevaba un cogollo de lechuga en la mano.

—¿Qué pasa, Frank? —le preguntó en tono suplicante.

OceanofPDF.com

Capítulo 27

Ozzie Vilas había hecho la mayor parte del trabajo preparatorio en el Centro para el Control de Enfermedades, y Annie se alegraba de que así fuera.

Un microscopio electrónico abarcaba un campo de aproximadamente una millonésima de milímetro. Los virus eran sumamente pequeños: varios millones de viriones podrían caber dentro de una coma. Pero el número presente en los tejidos o en la sangre dependía del estado de la infección. Para poder encontrar un virus al que mirar sin hacer una búsqueda frustrante y prolongada, se cultivaban muestras víricas, a menudo en capas de células renales de mono verde, y luego se concentraban mediante el uso de centrifugaciones de alta velocidad. A veces el virus también se reproducía mediante una tecnología llamada PCR.

La muestra vírica que Ozzie les proporcionó a ella y al doctor Kicklighter ya había sido concentrada y granulada después, y el material vírico estaba disperso dentro de una resina. Los gránulos duros y minúsculos resultantes se encontraban metidos en tubos, los cuales se habían empaquetado en algodón y se habían envasado en un recipiente metálico con la flor que advertía de peligro biológico impresa en el exterior.

El Instituto Nacional de Salud tenía numerosos investigadores que disponían de microscopio electrónico y que eran expertos en preparar parrillas y buscar patógenos. Annie utilizaba mucho estos preparados, porque no era partidaria de emplear tiempo con el microscopio electrónico buscando huellas víricas. El microscopio en sí era un cacharro del tamaño de una cabina de teléfonos antigua; cada uno de ellos se encontraba en una habitación diferente, que solía estar en el sótano. Debido a la necesidad que tenía aquello de ser absolutamente firme, la habitación se encontraba muy

bien aislada y en equilibrio sobre puntales. Eso era lo que le desagradaba a Annie. Era una habitación muerta con el ambiente de una campana de vidrio. Pasar tiempo allí era como si le enterrasen a uno vivo.

Guardó sus pertenencias en el despacho y pasó por el procedimiento laborioso de vestirse para manipular un agente infeccioso. Hecho lo cual puso en su sitio uno de los gránulos y giró la hoja de diamante de la máquina de resina hacia el mismo, rebanando varias tajadas diminutas del espesor de un angstrom del granulo vírico. La máquina los colocó en un charco de líquido. Luego venía la parte arriesgada: levantar la diminuta rejilla redonda que había que insertar dentro del microscopio e intentar poner una de las muestras víricas encima. La rejilla en sí era un disco diminuto, de unos tres milímetros de diámetro y del tamaño de un botón o de una píldora muy pequeños. Estaba marcada con una matriz. Lo difícil era coger el reborde curvado de ese disco con unas pinzas de microdisección y capturar o recoger una de aquellas rebanadas de material vírico que flotaban en el líquido de manera que la rebanada se adhiriera debidamente a la superficie de la rejilla de visión. Observó con atención las rebanadas flotantes de virus y buscó una que tuviera reflejos dorados. Las doradas eran las rebanadas más delgadas, y por tanto las mejores. Cuanto más fina fuera la rebanada, más probable era que uno pudiese aislar una muestra viral reconocible de lo que siempre era una molesta maraña de material visual.

Dos muestras quedaron colgando por encima del reborde del disco, pero hubo que desecharlas. Una tercera se rasgó cuando Annie trató de ponerla sobre la rejilla. Y luego, cuando estaba a punto de lograrlo, le dio tos en el peor momento, justo cuando maniobraba con la rejilla por debajo de una perfecta rebanada dorada. La perdió, desde luego, y tuvo que intentarlo otras tres veces más antes de conseguirlo finalmente. Dios, empezaba a hartarse de aquella gripe.

Pero ahora estaba a punto de ver qué aspecto tenía aquello en realidad. Colocó la rejilla en su sitio dentro de la «caja», metió ésta en el microscopio y lo encendió. Tardó casi una hora en encontrar lo que buscaba, y desde luego, cuando lo hizo y ajustó la graduación del aumento, tardó otro buen

rato en encontrarlo de nuevo. Cuando por fin volvió a localizarlo, Annie frunció el entrecejo.

El virus de la gripe se parecía a una pelota, aunque tenía un gran número de pinchos y protuberancias que sobresalían de su superficie. Estos pinchos eran los antígenos, hemaglutinina y neuraminidasa, que se agarraban a las membranas mucosas del tracto respiratorio. En cada cepa de virus, los pinchos presentaban diferentes formas. Cuando el sistema inmunológico se ponía alerta contra una determinada cepa a través de una infección previa o de una vacunación, la inmunoglobulina del cuerpo reconocía los pinchos y reaccionaba ante su presencia atrapándolos y neutralizándolos. Pero en el caso de la muestra vírica que Annie miraba ahora, los pinchos tenían un aspecto... bastante raro. No se parecían a ninguna muestra de gripe que ella hubiera visto antes. Parecía como si estuviesen *viscosos*... como pegajosos e imprecisos, como si las proteínas de la superficie estuvieran cubiertas por una gelatina viscosa.

Frunció el entrecejo. A menudo no se podía estar seguro del todo de lo que veía por el microscopio. Las cosas tenían tendencia a hacerse más claras cuando se imprimían. Pasó por el proceso de producir un micrográfico. Algunas de las máquinas más modernas se hallaban conectadas a ordenadores, lo que permitía que el operador simplemente almacenase una serie de imágenes que luego podían colorearse y pasar por varias manipulaciones visuales que aclaraban las imágenes. El tiempo en aquellas máquinas estaba estrictamente racionado, repartido como el tiempo para mirar por un telescopio famoso. Annie trabajaba con una máquina antigua, de las que estaban equipadas de manera que hacían negativos en placa de vidrio que luego podían exponerse a través de una ampliadora exactamente igual que cualquier otro negativo fotográfico. Hizo varias copias positivas, pues tenía la certeza de que el Centro para el Control de Enfermedades querría una copia, colgó la mayor parte de ellas para que se secasen y se llevó una de las copias todavía húmeda a su despacho. Quería compararla con algunas micrografías existentes de A/Pekín/2/82 que se encontraban almacenadas en una base de datos informáticos.

Entró en la base de datos de la central del Instituto Nacional de Salud y se abrió camino hasta el archivo visual de muestras de virus de gripe.

Tecleó el término de búsqueda y esperó a que apareciera la muestra de gráficos. Aquello tardó mucho tiempo, tanto como para sacar de quicio a cualquiera, pues el ordenador era antiguo y poco potente. Cuando apareció en pantalla delante de ella A/Pekín/2/82, Annie movió la cabeza en un gesto negativo. Era idéntico a la imagen que tenía en la microfotografía, y sin embargo... no era lo mismo. La imagen que tenía en la pantalla era nítida y clara, sin el aspecto borroso de la fotografía. Pero la estructura de ambas imágenes era la misma. Annie no acababa de entenderlo. Apretó unas cuantas teclas para imprimir la muestra del ordenador.

Ozzie también le había dado diapositivas de pruebas de inmunofluorescencia del virus. Así era como se identificaban la mayor parte de las cepas de la gripe. Las muestras se habían sometido a anticuerpos de otras cepas conocidas y se habían etiquetado con marcadores radiactivos que las volvían fluorescentes. Bajo aquel microscopio fluorescente, cuando los anticuerpos de una cepa concreta encontraban antígenos de la misma cepa, el virus se iluminaba brillantemente, se volvía tan luminoso como si fuese de neón.

En este caso lo que Annie vio era muy extraño. Unas cuantas partículas virales se iluminaban, sí, pero con un resplandor apagado, no con la radiante brillantez que era normal. También tendría que haber muchísimas más partículas virales de las que ella veía ahora en la débil dispersión de luz. Era como si una parte del virus fuera invisible para los anticuerpos, e incluso cuando era visible, el efecto del marcador estaba muy disminuido.

Prácticamente fue corriendo hasta el despacho del doctor K; allí estuvieron hablando durante un rato y luego, por turno, examinaron las muestras de Ozzie bajo el microscopio fluorescente. El doctor K quería asegurarse de que la diapositiva inicial no fuese defectuosa. Pero allí aparecían de nuevo: no se veía una nube densa de estrellas brillantes, sino una dispersión de estrellas apagadas.

—Que me cuelguen —dijo el doctor K—. Es como si los receptores estuvieran inhibidos de algún modo y no se agarrasen a los antígenos.

Eran los antígenos conocidos los que estaban etiquetados; la visible reacción fluorescente se daba cuando encontraban los antígenos virales para

los que eran específicos y se agarraban a ellos. En este caso, los antígenos se hallaban allí, desde luego, pero los anticuerpos no los encontraban.

—Exacto —le indicó Annie—, y... ¿sabe usted una cosa? A mí me parece que es esa... esa sustancia viscosa. Me parece que repele las células B.

—No me extraña que la gente esté enferma tanto tiempo. ¿Y usted cree que alguien lo ha preparado para reprimir la respuesta inmunológica?

—Bueno, si no para reprimirla, por lo menos sí para retrasar la respuesta. Quiero decir que estamos viendo unas reacciones muy tenues, así que quizá las células B llegan a captar la imagen finalmente.

—Exacto.

—Me recuerda al sarampión —observó Annie de pronto.

El sarampión era otro virus ARN de estructura parecida al de la gripe. E igual que la cepa de gripe que observaban ahora, el virus del sarampión interfería con la producción de inmunoglobulina de los linfocitos B.

Cuando el doctor K y ella acabaron de conferenciar por teléfono con Ozzie y otras personas del Centro para el Control de Enfermedades, Annie estaba agotada. No podía dejar de bostezar. Ahora entendía por qué aquella gripe se arrastraba de aquella manera. Con su propio sistema inmunológico reprimido, ella era igual que un paciente de sida.

El doctor Kicklighter seguía al teléfono cuando Annie finalmente recogió sus cosas y las metió en la cartera. Dio unos golpecitos en el quicio de la puerta del despacho del doctor K y lo saludó con la mano antes de dirigirse a la salida. El doctor K le devolvió el saludo con la mano sin mirarla. Los dos habían hablado de la posibilidad de que quizá fuera necesario ponerse en contacto con el FBI, y él había accedido... aunque un poco de mala gana. Al doctor K-lo emocionaban más las implicaciones científicas del virus alterado de lo que lo preocupaba lo que pudiera significar enfrentarse a los planes que pudiese tener la secta para la gripe española.

—Es asombroso —le oyó Annie decir por teléfono—. Es como si el virus rezumase teflón, ¿sabe? Me encantaría saber cómo lo han hecho, porque si pudiera hacerse a la inversa y potenciar la respuesta inmunológica...

Annie se sentía muy cansada mientras se dirigía al coche, y a pesar de que la noche era cálida, ella tiritaba de frío. La luz de las farolas de mercurio caía en forma de conos. Podía oír las oleadas de ruido que producía el tráfico de la avenida de Wisconsin y el de la carretera de circunvalación. La poca energía que le quedaba la había gastado en el laboratorio, y se le hacía un trabajo largo y penoso atravesar aquel inmenso y en gran parte desierto aparcamiento del Instituto Nacional de Salud. Se sintió aliviada cuando por fin llegó al Honda. Sólo quería irse a casa y meterse en la cama.

Estaba esperando para torcer por el carril de la salida principal que iba a dar a la avenida de Wisconsin cuando un coche chocó con ella. Salió disparada hacia adelante a causa del brusco impacto. La chapa de ambos coches se abolló. El cinturón de seguridad tenía un efecto parecido al de una honda, y cuando llegó al límite de sujeción, el cuerpo de Annie rebotó hacia atrás y se golpeó con fuerza contra el asiento.

«Oh... no —pensó—, justo lo que me faltaba.» Se sonó la nariz y con cansancio se desabrochó el cinturón de seguridad para bajar a echar un vistazo. Ya sabía que había sufrido suficientes desperfectos como para tener que pasar por la cansina rutina de tomar los números del seguro y quizá esperar a que llegase la policía.

El muchacho joven que había chocado con ella ya había bajado del coche y examinaba el parachoques arrugado del Honda de Annie con cara compungida. Llevaba puesta una gorra de béisbol del revés.

—Oh, vaya —dijo el chico moviendo la cabeza con tristeza—. Mi padre me va a matar.

El parachoques estaba ladeado y doblado. La placa de la matrícula colgaba sujeta sólo por una esquina. Y había pedazos del faro trasero esparcidos por el asfalto.

—Lo siento muchísimo, señora. Yo sólo...

Annie se encontraba de pie allí donde los dos vehículos quedaban juntos: la gran furgoneta negra empequeñecía aún más el Civic. La rueda trasera izquierda parecía enganchada en el parachoques arrugado.

El chico se acercó más a ella.

—¿Cree que debemos llamar a la policía?

—Supongo —le indicó Annie.

Una camioneta se detuvo junto a ellos. Un hombre pelirrojo se asomó por la ventanilla.

—¿Necesitan ayuda?

No esperó respuesta, sino que se bajó y fue a reunirse con ellos.

—Vaya —le dijo al muchacho—. La has enganchado bien.

—Sí, yo...

Y entonces el tipo de la furgoneta le echó a Annie un brazo por los hombros, la aplastó contra su cuerpo y rápidamente le apretó un trapo húmedo, que tenía un olor dulzón, contra la boca y la nariz. Con la mirada enloquecida, Annie vio y oyó cómo se abría la puerta de atrás de la camioneta. Llena de pánico, se debatió y se retorció, pero sólo duró un segundo, pues acto seguido ya estaba dentro de la furgoneta. Allí había alguien más. La puerta se cerró y las luces se apagaron dentro de la cabeza de Annie.

Había un policía alto y un policía bajo. Una combinación de Mutt y Jeff que hizo que Frank se preguntase quién haría el papel de policía bueno y quién el de policía malo cuando llegase la hora de jugar a eso.

—¿Tiene usted seguro? —le preguntó Mutt.

Estaba examinando el marco de la puerta. Miraba la cerradura estropeada.

Frank le dijo que sí.

—En ese caso le recomiendo que cambie las cerraduras. Seguro que lo puede usted incluir en los gastos deducibles, y la mayoría de las veces el seguro lo cubre. Podría poner una cerradura mejor que ésta.

Le entregó a Frank una hoja de papel con el número del informe policial.

—Si tiene usted modo de averiguar los números de serie, me refiero a los ordenadores, llámenos para decírnoslos. Aunque lo más probable es que no vuelva usted a ver nunca esos aparatos. Los desguazan, igual que hacen con los coches. A estas horas, la semana que viene, la placa madre estará en Hong Kong y el disco duro en México.

Le hizo una seña con la cabeza a su compañero y se encaminaron a la puerta.

—¿Ya está? —les preguntó Carlos—. ¿Eso es todo lo que van a hacer? Toman las huellas. Hablan con Frank. Le preguntan qué ha pasado. ¿Y yo? Quiero que también me tomen declaración. En realidad, cuando detengan a esos hombres, yo quiero poner una denuncia por asalto.

Frank estaba aburrido, los policías también, pero Carlos seguía en un estado de gran excitación.

El policía alto, al que Frank consideraba como «Jeff», le dirigió una mirada a Carlos.

—¿Disculpe?

—Quiero que pongan en el caso a un dibujante de la policía para que haga un retrato robot. Quiero que hagan circular la descripción de esos hombres. Yo, personalmente, quiero estar presente en la rueda de identificación cuando llegue el momento. Soy testigo presencial.

Mutt miró a Carlos.

—Usted ve mucha televisión, ¿verdad, señor...?

—Carlos —Frank interrumpió al policía—. Creo que los agentes tienen...

—Rubini —puntualizó Carlos con énfasis sin hacerle caso a Frank—. Me llamo Carlos Rubini. Y por lo que se refiere a los recursos de ustedes, actúan como si esto fuera un robo vulgar, y no ha sido así. Ha sido un intento de secuestro. Un delito muy grave. Un delito capital, si no me equivoco. Tienen que hacer algo. Como ciudadano rio me siento satisfecho con la reacción de ustedes. Miren a este hombre.

Carlos señaló a Frank con un dedo. Éste ya se había limpiado, pero parecía que hubiera estado metido en una reyerta. El ojo derecho se le iba poniendo negro y, al bajar las escaleras, se le habían abierto los puntos recién curados de los dos dedos. Ése era el mayor problema. Por lo visto no había manera de hacer que dejaran de sangrarle. Tenía la mano envuelta en una toalla y, aunque ya era la tercera, seguía empapada.

El policía alto le echó una mirada a Frank como si pensase «este tipo es una auténtica joya».

—A mí me parece —dijo— que el señor Daly interrumpió a esos ladrones en mitad de un robo. No he me han dicho nada de que hubiese una arma. De modo que, tal como yo lo veo —continuó diciendo el policía—,

un hombre bajaba los objetos robados al vehículo... que, al estar en Adams-Morgan y puesto que había toda una fila de vehículos aparcados en doble fila, se encontraba a media manzana de distancia en vez de estar justo delante de la casa. De manera que tenemos al ladrón B transportando las cosas al coche, y al ladrón A todavía aquí mirando a ver qué más podía llevarse... y entonces el señor Daly llega a casa. El hombre que hay dentro se mete en el armario. Yo creo que ésa es la reconstrucción de los hechos más probable. Cuando el señor Daly va a coger el teléfono para llamar a la policía, el tipo sale del armario. Por así decirlo. ¿Señor Daly?

Frank se encogió de hombros.

—Suenan bastante acertado.

Carlos frunció el entrecejo y sacó pecho.

—No es nada acertado. ¿Por qué, entonces, se llevan los papeles de Frank?

Mientras tanto, el policía bajo había estado hablando por un teléfono móvil, y cuando acabó tenía en el rostro una expresión recelosa.

—El sargento de la comisaría dice que ya estuvimos aquí hace unos días. Por un asunto de drogas. ¿Tiene algo que ver con todo esto?

—«Un asunto de drogas» —repitió Carlos en tono indignado—. A este hombre lo envenenan, casi lo matan, y ahora tengo que oír estas insinuaciones.

Mutt se encogió de hombros y dijo que él no pretendía insinuar nada.

—Espero que no —soltó Carlos con brusquedad.

—Se han llevado sus documentos, su ordenador —dijo Mutt—. Ha dicho usted que es periodista, ¿verdad?

Frank asintió.

—Y... ¿está trabajando en algo... que pudiera molestar a alguien?

Frank quería que se marcharan. Los policías, Carlos, todos. Quería llamar a Annie para ver cómo le había ido en el laboratorio, y luego ir a casa de ella y trabajar durante un rato en lo que estaba escribiendo para Gleason. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No —respondió—. Sólo trabajo en un reportaje sobre la gripe.

Cuando se hubieron ido los policías, Carlos le expresó a Frank la decepción que sentía con aquella voz suya tan chillona y afectada.

—De veras, Frank... tú sabes perfectamente bien que esto no ha sido un robo. Y quiero decirte una cosa: los ciudadanos consiguen el gobierno que exigen. —Meneó un dedo en el aire—. No deberías permitir que se salieran con la suya. ¿Así cómo van a mejorar las cosas?

Frank intentó no sonreír.

—Lo siento, Carlos. Y de veras agradezco tu ayuda. Si no hubieras llegado justo cuando lo hiciste... pero mira, estoy hecho puré.

—Tengo la intención de ir a hablar con el presidente de la comunidad para instalar una cerradura exterior abajo. ¿Me apoyarás en eso?

—Desde luego.

—No me gusta que cualquiera pueda entrar aquí como Pedro por su casa —continuó diciendo Carlos. Indicó con un gesto la mano de Frank—. ¿Quieres que te lleve a urgencias? Me parece que deberían darte unos puntos.

—No pasa nada. Mi novia puede llevarme luego.

El teléfono de Annie comunicaba. Frank se echó un poco de agua en la cara y se limpió la sangre con cuidado utilizando para ello una toalla. Luego se vertió media botella de agua oxigenada en la mano y se quedó mirando cómo hacía burbujas y se iba convirtiendo en una espuma de color rosa alrededor de los cortes que tenía en los dedos. Se envolvió los dedos con una gasa y sujetó ésta con esparadrapo.

El teléfono de Annie seguía comunicando, así que bajó por las escaleras y se dirigió en coche a la casa de ella. Si Annie no estaba en casa, Indu lo dejaría entrar y podría esperarla allí. Y cuando llamó a la puerta, fue Indu quien contestó. Corrió la cortina, lo miró y luego rápidamente descorrió el cerrojo y le abrió la puerta.

—Annie no está aquí, Frank —le informó con la frente fruncida—. En realidad empiezo a preocuparme un poco. Por favor —añadió al tiempo que se apartaba y le abría un poco más la puerta—. Entra.

—¿Preocupada? —le preguntó Frank—. ¿Por qué?

Bajo la luz del recibidor, Indu examinó a Frank con detenimiento.

—Oh, Dios mío, ¿qué te ha pasado?

Frank pasó por alto la pregunta.

—¿Por qué estás preocupada por Annie?

La suave frente de Indu se anudó en un profundo surco de desconcierto.

—La policía ha llamado para informar de lo que le ha sucedido a su coche.

—¿Qué le pasa al coche?

—Que lo han encontrado en el aparcamiento del Instituto Nacional de Salud, abandonado.

De repente, Frank sintió como si la habitación se hubiera quedado sin aire.

—Abandonado —repitió.

—Bueno, me han dicho que tenía un parachoques abollado o algo parecido. Pero... Annie... ¿por qué no llamaría a una grúa? No creo que haya dejado el coche allí así como así, por propia voluntad, Frank. Me preocupa que esté herida, que quizá se encuentre en el hospital.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Me llamaron hace... eh... sólo media hora.

Frank se pasó la hora siguiente hablando por teléfono. Primero llamó a todos los hospitales. Annie no se hallaba en ninguna sala de urgencias. Luego llamó a la policía de la ciudad de Washington, de Bethesda, de Park Police, de Maryland. Nadie había llamado a la policía ni al número alternativo para casos que no eran urgentes informando del accidente. Los guardias de seguridad del Instituto Nacional de Salud eran los que habían visto el coche y habían llamado a la policía.

—Me siento muy preocupada, Frank. ¿Y si está... no sé, vagando por ahí, aturdida o algo así? —Indu titubeó, pero luego se le iluminó el rostro —. Es posible que haya ido a tu casa. ¿No te parece que es posible?

Frank llamó a su apartamento. No, no estaba allí, pero quizá hubiera dejado un mensaje. Durante la pelea, el teléfono se había descolgado. Si ella hubiera llamado mientras seguía descolgado, le habría salido el contestador. Frank llamó al contestador marcando el número del buzón de voz. Una voz femenina y neutra le informó de que tenía tres mensajes. Los dos primeros eran de Annie... las llamadas que ésta le había hecho desde Atlanta, muy alterada por la gripe de archivo y los tests que estaba haciendo. A él se le había olvidado borrar los mensajes.

La tercera llamada era de hacía sólo media hora, y el vello se le erizó en la nuca al oírla. La voz estaba alterada mecánicamente, y era un zumbido monótono que emanaba del teléfono con un timbre inhumano: «¿Se te ha perdido algo? —Se oyó una risa parecida a una ametralladora. Y luego, y en tono de mofa, una horrible versión del mensaje que Annie le había dejado la noche anterior—: Oh, Frank, ojalá estuvieras ahí. Odio hablar con los contestadores. —Otra vez se oyó aquella risa como una ametralladora—. He aquí el trato. ¿Quieres volver a ver a tu novia? Pues date un paseo a la luz, amiguito.»

—¿Qué pasa? —le preguntó Indu—. ¿Te ha llamado o no? ¿Qué ocurre?

—Creo que la han secuestrado.

—¿Qué? —Los grandes ojos castaños de la mujer parecieron enloquecer bajo las cejas fruncidas. Pero Frank ya se había levantado y se dirigía rápidamente a la puerta—. ¡Frank! ¿Adónde vas?

Éste se detuvo lo justo para pedirle a la aterrada Indu que pusiera una denuncia por desaparición y salió corriendo hacia el coche. Saltó al interior del Saab y giró la llave una y otra vez, pero el motor no arrancaba. ¡Joder! Lleno de frustración y olvidándose de los dos dedos heridos, dio un fuerte puñetazo en el salpicadero. Una puñalada de dolor le recorrió la mano, seguida de un dolor intenso que pareció clavarlo al asiento durante un segundo.

Y luego salió del coche y echó a correr. Las calles de Mount Pleasant y Adams-Morgan se encontraban llenas de gente, como siempre, y él se abría paso esquivando a alarmados yupies, a muchachos asombrados y a mujeres con cara de preocupación, atajando, corriendo en zigzag y pasando peligrosamente entre los coches en marcha. Un mendigo parado a la puerta de un McDonald's levantó la mano como un guardia de tráfico.

—¡Eh!

Frank se había obsesionado con la idea de que tenía que llegar al teléfono de su casa antes de que alguien más llamase a aquel número para dejar un mensaje. La cosa era que él sabía que el cabrón que había dejado el mensaje seguramente habría bloqueado la identidad del que llamaba utilizando el código 67. Pero Frank tenía un sistema de contestador llamado

Omnipoint que podía burlar el dispositivo de bloqueo y mostraba el número de la última persona que hubiese llamado. Gracias a Dios que él había colgado antes de que el sistema contestase cuando había llamado desde casa de Annie. Subió las escaleras a toda velocidad y allí estaba. Una centralita del 914.

Se dirigió al ordenador con la esperanza de poder encontrar el número en el directorio. Pero luego se acordó de que no tenía ordenador.

Carlos titubeó antes de dejar entrar a Frank, pero luego, aunque a regañadientes, abrió la puerta. La cosa era que Carlos era el definitivo forofo de la informática, con lo más nuevo y lo mejor de todo, y al cabo de dos minutos le había encontrado el número a Frank.

—Es un número de Poughkeepsie —le anunció Carlos con aquella voz aflautada—. En Nueva York. De Martin Kramer Associates. ¿Conoces a esa gente?

—Sí —dijo Frank—. Lo conozco a él.

Frank recordó que habían comido juntos en Fernacci's. «Un par de ardillas —había dicho Kramer—. Fanáticos. Paranoicos. Buscan minas antipersona debajo de las alfombras.»

—¿Quieres la dirección? —le preguntó Carlos.

—No, gracias —respondió Frank—. Sé dónde vive.

OceanofPDF.com

Capítulo 28

Pensó en llamar a los federales, pero después de lo de Waco y Ruby Ridge, el Bureau no inspiraba confianza en lo referente a operaciones de rescate de rehenes. Tendría que probar una táctica diferente.

Media hora después había cerrado y grapado el JetPak. Contenía el disquete que guardaba en la nevera con toda la información que había recopilado sobre el Templo, la gripe española y Luc Solange. También contenía una memoria, redactada a toda prisa en el ordenador de Carlos, que esbozaba la información que no se encontraba en el disquete, incluyéndolo todo, desde lo que Annie le había dicho sobre el Informe Semanal de Mortalidad y Morbilidad, pasando por lo que ella suponía de que los recientes brotes de gripe eran pruebas de dispersión, hasta el secuestro de Annie. Y también los planes que él tenía. Conociendo el escepticismo implacable de Gleason, también incluía los códigos de su contestador para que el agente del FBI pudiera escuchar el mensaje amenazador del Templo, que todavía no había borrado.

Carlos (el ciudadano) Rubini prometió solemnemente entregar el paquete en la oficina de Gleason, en Buzzard's Point, al día siguiente por la mañana. Carlos tenía los ojos chispeantes de excitación ante la insistencia de Frank de que, cuanto menos supiera, más a salvo estaría. Le recomendó a Carlos que había de insistir en que el propio Gleason bajase a recoger el JetPak. Si Gleason no estaba, Carlos diría que era un asunto urgente, un asunto de seguridad nacional, y que el JetPak tenía que serle entregado a Gleason al instante.

—No te preocupes, Frank —le dijo Carlos con los ojos brillantes—. Me aseguraré de que esto le llegue al señor Gleason. Ya sabía yo que aquello no había sido un simple robo. No me engañaron.

Con aquella posición de segunda línea ya asegurada, Frank pensó en cruzar el límite del estado de Virginia y comprar una pistola. Pero luego desechó la idea. Una pistola podía serle útil, pero sólo si tuviera la mano derecha en perfectas condiciones de funcionamiento. Solo el hecho de tener que conducir ya iba a ser suficiente reto.

En cuanto a lo de conducir, decidió no meter la pata llevando el Saab. ¿Y si lo dejaba tirado porque se le averiaba a mitad de camino? Además, un coche automático sería más fácil de manejar. Así que fue en taxi a National, alquiló un coche en Budget, agachó la cabeza y condujo. Hacia el norte.

Cuando llegó a Delaware, una fuerte lluvia azotaba el parabrisas. Las ventanas laterales no hacían más que empañarse. El coche parecía un hidroavión. A él lo impulsaba una irracional sensación de que si iba en busca de Annie, si se empeñaba en rescatarla, a ella no le pasaría nada. Era un pensamiento mágico, pero era lo que lo hacía continuar a gran velocidad hacia el norte en medio de la lluvia.

Luchaba por apartar de la mente imágenes de lo que podría estar ocurriéndole a ella. Se quitó de la cabeza la voz de Benny Stern. «¿Sabes lo único que no hicieron? Nunca intentaron matarme. Pero lo habrían hecho si yo hubiera sido algo más que una molestia.» Puso la música bastante fuerte y se concentró en conducir. De vez en cuando pasaba un tráiler tambaleándose y le salpicaba de agua el parabrisas, lo que le dificultaba la visión. Porque era una distracción que conseguía apartarlo de sus preocupaciones, casi disfrutaba del terror que sentía en aquellos momentos: casi no veía nada y estaba en medio de un túnel de ruido lanzado a través de la lluvia.

Entró en Lake Placid sobre las cuatro de la mañana. Por fin había dejado de llover. Al poco rato se encontró al otro lado del pueblo, conduciendo por el campo y pasando sólo junto a unas cuantas casas, no muchas. Las más antiguas se hallaban cerca de la carretera; las más nuevas estaban situadas más atrás, al final de largos caminos de entrada. En una ocasión, los faros del coche captaron a un grupo de ciervos en el campo, justo al borde de la carretera. Permanecieron inmóviles a medida que él se

acercaba y luego se adentraron bruscamente en la oscuridad. No se veían luces por ninguna parte, en ninguna casa. Ni la luz del porche, ni el resplandor tenue de la televisión, nada. La lluvia había cesado y el paisaje resplandecía bajo una luna enorme que arrojaba un brillo fantasmal sobre el terreno ondulado. Una vez que se encontró fuera del pueblo, no se cruzó con ningún coche. Aquel vacío lo oprimía. «Estoy solo en el mundo», pensó. Todos los demás han muerto.

Pasó por delante de la casa de tablones blancos que recordaba de cuando había ido a visitar el Templo. Detrás de ella vio las verjas del complejo. Sacó el coche de la carretera y lo llevó hasta el arcén cubierto de hierba. Sabía que las verjas y una garita de vigilancia controlaban la carretera que llevaba al complejo, de manera que todo el tráfico de vehículos que entraba o salía se monitorizaba con la mayor claridad, pero no había visto que hubiera valla de ningún tipo.

No tenía ni siquiera un plan rudimentario. En alguna parte, lejos de aquellas cancelas, se adentraría a pie en los bosques. ¿Y luego? No lo sabía. Buscaría a Annie. La encontraría. Y la llevaría a casa.

Echó a correr por el borde de la carretera moviéndose a un trote corto, tan avivado por la adrenalina y los nervios que podía oír cómo la sangre le aporreaba los oídos. Se apartó de la carretera y se metió entre los árboles. La luz de la luna era deslumbrante, los árboles se veían plateados y negros.

Era un bosque viejo, un bosque cuidado, así que dada la luz ambiental y el espacio qué había entre los árboles, caminar resultaba bastante fácil. El suelo estaba alfombrado de agujas del pino, por lo que se notaba esponjoso y blando. Había tanto silencio que podía oír los ruidos y crujidos que hacían los insectos, o pudiera ser que fuesen los pájaros, y de vez en cuando también oía corretear a algún animal.

Al cabo de un rato, el bosque se hizo más denso y oscuro. Frank avanzaba con lentitud, moviéndose a tientas, y las ramas de los árboles lo golpeaban, alargándose hacia él en la oscuridad, tratando de agarrarle el rostro con dedos rígidos. Y luego, de pronto, se vio en medio de un claro; pero no sólo era un claro, sino un aparcamiento. La grava crujía bajo los pies. La luna estaba baja, pero en el resplandor que todavía quedaba vio algunos coches, desprovistos de color a causa de la tenue luz,

ordenadamente colocados a los lados del cuadrado que formaba el aparcamiento. Tenían un aspecto malévolo y duro, como filas de escarabajos negros. Miró el reloj. La esfera luminosa señalaba las cinco y diez. Más allá del aparcamiento vio un sendero de grava que desaparecía entre los árboles.

Tomó el sendero y poco después fue a dar a otro claro, en esta ocasión un prado. A la derecha detectó una ligera luminosidad en el cielo, un levísimo resplandor de color albaricoque que debía de ser el primer albor o el baño de contaminación luminosa procedente de alguna clase de poblado, de asentamiento humano. Pasó junto a un estanque y unas pistas de tenis. A continuación, llegó a los edificios: un agrupamiento de casitas blancas, y más allá unas sombras mayores que, al acercarse más, resultaron ser viejos dormitorios de ladrillo.

Un campus. Casi dijo la palabra en voz alta, pues fue muy grande el alivio que sintió al ver lo que en la oscuridad le había parecido tan misterioso. Un campus: aquello se le aclaró de pronto, aquello ahora ya no le parecía tan grande, había recuperado su tamaño normal. Entonces se acordó de que Stern les había hablado de ello. Un antiguo colegio privado o algo así. Ahora, Frank iba caminando montaña arriba, donde el sendero se ensanchaba para acabar convirtiéndose en una carretera de servicios. Cuando llegó a la cima de la colina casi se quedó sin respiración ante la vista de un complejo de edificios modernos de acero y vidrio: una fábrica, un almacén, edificios de oficinas. Todo tenía muy buen aspecto, era todo muy grande, muy limpio y con apariencia de ser muy caro, como un pequeño parque industrial oculto en los bosques. Y del complejo aquel salía una serie de ruidos diferentes de los sonidos del bosque: un zumbido automatizado, un débil parloteo mecánico. Algunas partes del complejo se veían iluminadas, funcionando; toda la zona rezumaba una especie de resplandor frío y fluorescente. Entre los edificios había carreteras. Un par de camiones grandes se encontraban aparcados en el recinto exterior del almacén, y en los costados blancos llevaban impreso un sol poniente y las palabras «Eco-Vita».

Hasta entonces no había visto a un solo ser humano, pero presentía que estaban allí, trabajando dentro del complejo. ¿Fabricando virus? A pesar de

la afirmación de Tom Deer de que fabricar virus era más o menos tan difícil como batir una tinaja de cerveza casera, se encontró con que había albergado la esperanza secreta de que el Templo no se hubiera puesto a la tarea, de que algo les hubiera salido mal. Al ver el tamaño y el alcance de aquella operación que tenía delante, aquella esperanza desapareció.

Frank vio que más allá de los edificios de acero y vidrio había otra extensión de árboles. E incluso más allá de la misma, encaramada en lo alto de la colina y con farolas de globo antiguas que marcaban el camino tortuoso que conducía hasta ella, se alzaba una casa grande. Una mansión.

«Chez Solange.»

Frank quería rodear los edificios, y para hacerlo se vio obligado a retroceder y a adentrarse en el bosque. Cuando hubo dado el rodeo, el cielo se había iluminado considerablemente. Por ello podía avanzar más de prisa, así que en un momento se encontró junto al bosque que se alzaba entre el complejo de fábricas y la mansión. Aquél era un bosque viejo de piceas, y todos los árboles tenían el tronco tan derecho como un lápiz. Allí, cerca de la mansión, las ramas inferiores de los árboles se habían podado con esmero, de manera que era posible caminar por debajo de las copas de los árboles. No había ramas caídas por ninguna parte; estaba cuidado como si fuera un parque. Frank se apoyó en un árbol para recuperar el aliento.

Un sonido chirriante le hizo levantar la mirada. Era un sonido que había oído con frecuencia mientras recorría el complejo, un pájaro, un bicho, uno de esos sonidos nocturnos. Así que la mirada fue instintiva. En realidad no esperaba ver nada. Pero lo vio.

Y lo que vio hizo que casi se le parase el corazón. Se trataba de una diminuta luz roja sujeta a una cámara de vigilancia. La cámara giraba mientras él la miraba, ajustando el ángulo mecánicamente. Se volvió hacia la izquierda con un levísimo chirrido y luego se detuvo, se ajustó y se movió ligeramente hacia la izquierda.

A Frank se le hundió el corazón.

No estaba seguro de si aquellas luces eran sensores de infrarrojos o cámaras de vigilancia, pero sí de que aquel chirrido lo había acompañado durante todo el camino. Lo habían estado monitorizando desde el momento en que entró en el complejo.

Pero las cámaras de vigilancia no significaban nada si nadie les prestaba atención. Además, de lo que Frank estaba completamente seguro era de que en modo alguno iba a volver al coche. Pensaba encontrar a Annie y la iba a sacar de allí. Tenía que haber un modo de hacerlo.

Había pensado mantenerse alejado de los cuidados terrenos de la mansión, de aquel camino tan esmeradamente iluminado y mantenido. Había pensado quedarse al borde del bosque, donde la luz era mejor, e ir caminando justo por la parte de dentro del perímetro de los árboles. Dar un rodeo para acercarse a la mansión. Y echar un vistazo.

Pero en lugar de eso se encontró de pie en medio de un chorro de luz, bañado en aquel brillo tan duro, cegado. Una voz de mujer le ordenó:

—Entre en el claro, por favor, y mantenga las manos en lugar visible.

Lo encadenaron de pies y manos y lo arrojaron a una habitación pequeña que no tenía nada salvo una luz empotrada en el techo y un retrete en un rincón. Le permitieron aquel atisbo y luego la luz se apagó.

Fue imposible saber cuánto tiempo estuvo en la habitación porque no tenía manera de medir el paso del tiempo. Frank creía que habían sido por lo menos veinticuatro horas, pero ¿quién podía saberlo? El débil reborde de luz que entraba por el marco de la puerta nunca varió de intensidad. Desde luego, Frank estuvo en la habitación el tiempo suficiente para tener mucha hambre y mucha sed. Lo suficiente para echar varias cabezadas y despertarse cada vez con una especie de estupor y desorientación que empezaba a parecerle preferible a mantenerse consciente del todo. El tiempo suficiente para empezar a preocuparse y pensar que, o bien se habían olvidado de él, o, lo que era peor, que lo habían dejado allí encerrado para que se muriera.

Pero entonces la puerta se abrió y de la luz brillante de fuera salieron dos hombres armados que se le acercaron. Le dieron agua y luego lo condujeron a otra habitación, ésta muy diferente de la anterior.

—¿Puedo ofrecerle un refrigerio? —le preguntó Solange—. Parece que le vendría bien tomar algo.

Estaban sentados uno frente al otro, ante una mesa de biblioteca de roble colocada encima de un fino Bokhara antiguo en una habitación que era una obra arte de madera bruñida. Tenía un techo artesonado muy elaborado, librerías de suelo a techo, escaleras de biblioteca rodantes y una pared de archivadores bajos coronados por una hilera de ventanas con parteluces. Debajo de la repisa de una chimenea intrincadamente tallada ardía de forma alegre el fuego. Había dos puertas de acceso a la habitación, en cuya parte superior se veían ventanas en forma de abanico; también había ventanas laterales con parteluces de vidrio color ámbar. Flanqueando cada una de las puertas había un hombre y una mujer, cada uno de ellos vestido con vaqueros y camisa blanca. Llevaban en la mano lo que a Frank le parecieron metralletas Ingram. Eran armas pequeñas, negras, compactas, de aspecto eficiente. Ninguno de los centinelas lo miró siquiera. Estaban impasibles, como los *beefeaters* apostados delante del palacio de Buckingham.

Frank llevaba en la habitación más de una hora atado a una silla. Finalmente llegó Solange y se sentó frente a él.

—¿Dónde está Annie? —le preguntó Frank.

Solange se recostó en el sillón sosteniéndose sobre dos patas, algo que Frank era incapaz de hacer. Tenía las manos libres, pero le habían doblado las piernas hacia atrás por las rodillas y se las habían atado a las patas de la silla con sujeciones industriales: tiras de plástico con cordoncillos gruesos que disponían de unas hebillas que se abrochaban solas. Estaba atado a la silla de tal manera que tenía los cuádriceps tan tensos como bandas de hierro. El resultado era que quedaba inclinado ligeramente hacia adelante todo el tiempo para tratar de aliviar la presión. Antes de que llegase Solange, la silla se encontraba justo en medio de la habitación y Frank se había visto obligado a realizar un balanceo continuo y delicado. Por una parte, si no se inclinaba hacia adelante, el dolor de los muslos se convertía en una agonía. Y por otra parte, si se inclinaba hacia adelante demasiado, la silla se desequilibraría y él caería de bruces.

Cuando llegó Solange acercaron la silla de Frank hasta la mesa, lo que fue para él un tremendo alivio porque así podía inclinarse hacia adelante para mitigar la tensión de las piernas sin preocuparse por el equilibrio.

Sobre la mesa, entre los dos hombres, había una bandeja llena de queso y fruta, una botella de vino y dos copas vacías. Solange sirvió vino en una copa, lo removió, lo olió y finalmente dio un pequeño sorbo, moviendo el vino de un lado a otro en la boca. Miró a Frank con un fingido frunce de preocupación que le curvaba las cejas espesas.

—¿Está seguro de que no quiere? —le dijo—. Éste es un clarete excelente.

—¿Dónde está Annie? —le repitió Frank.

—Yo de usted no lo rechazaría, Frank —le sugirió Solange—. ¿Por qué no disfrutar mientras pueda?

—¿Por qué no se va a tomar por culo?

Solange puso mala cara, luego movió la cabeza indulgentemente, como si Frank fuera un niño testarudo. Un sorbo de vino, un suspiro. Luego se levantó como impulsado por un muelle y se puso a caminar con paso majestuoso hasta la chimenea. Tenía unos andares felinos, depredadores, caminaba sobre la punta de los pies. Quitó la pantalla del fuego y se arrodilló, colocando con pericia los leños con las tenazas de hierro forjado. Al cabo de un momento salió disparada una ducha de chispas y el fuego, que hasta entonces no había sido más que rescoldo, saltó en llamas. Solange volvió a poner en su sitio las tenazas y la pantalla y se quedó contemplando su hábil obra. Sin volver la cabeza levantó una mano en señal de llamada y uno de los centinelas, un muchacho de cara pecosa tan joven que la Ingram parecía un juguete en sus manos, se acercó con prontitud. Solange le dijo algo y el muchacho salió de la habitación.

Solange volvió a situarse frente a Frank y se sentó de nuevo. Apartó a un lado el vino, juntó las manos formando una aguja y apoyó la barbilla en ellas mientras observaba a Frank con una mirada llena de curiosidad.

—Me interesa usted mucho, Frank. ¿Por qué ha venido aquí? Quiero decir... ¿en qué pensaba usted al hacerlo? No es que no le estemos agradecidos por ello, pero... ¡de veras! —Le brillaban los ojos como a un depredador. Frank no le respondió—. ¿Está seguro de que no quiere un poco de vino? Es posible que le resulte relajante.

Se abrió la puerta y Frank se volvió con la esperanza de ver a Annie. Pero era un hombre delgado, casi cadavérico, que se quedó parado en la

puerta. Solange se acercó a él y los dos hombres conversaron brevemente. El hombre delgado se marchó y Solange regresó a su asiento. Permaneció inmóvil durante unos momentos al cabo de los cuales dio la impresión de haber tomado una decisión. Se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa, cogió el vino y se lo bebió.

—Vamos, Frank —le dijo—, tengo algunas preguntas que sé que usted no quiere contestar, pero... como podrá imaginar fácilmente, hay cosas que necesito saber. Por ejemplo, ¿hasta qué punto lo que usted sabe lo ha compartido con el FBI? ¿*Hmm?* Dígame, ¿qué les ha dicho? —Solange se había puesto en pie y se paseaba por la estancia; ahora levantó aquella voz suya tan extraordinaria—. ¿Sabe Gleason lo de las pruebas de dispersión? ¿Sabe que la doctora Adair y usted están aquí? —Frank levantó la vista—. Pues si hemos de creer a la doctora Adair...

—Lo voy a matar, so cabrón —gritó Frank—. ¿Qué ha hecho con ella?

—¿Que qué he hecho con ella? Pues le hemos hecho algunas preguntas, desde luego. Y tengo que admitir que tenía todos los incentivos para decir la verdad. Pero nunca se sabe.

Hizo una seña con la mano y los centinelas se acercaron a Frank. Segundos después se hallaba de pie, con las piernas libres y las manos sujetas a la espalda.

Solange se metió una uva en la boca y se levantó.

—Vámonos de aquí —dijo—. Esta alfombra vale diez mil dólares y no quiero estropearla.

Un ascensor los condujo tres pisos más abajo, y echaron a andar por un pasillo cuyas paredes estaban hechas de hormigón y el suelo de cierto material gomoso y elástico. Las piernas de Frank se habían recuperado ya bastante, aunque todavía las tenía temblorosas y débiles.

—Este suelo está hecho de neumáticos reciclados —le comentó Solange—. Es muy duradero y, como puede ver, es un suelo agradable. ¿Se da cuenta de cuántos neumáticos hay ahí fuera? Hay montañas de neumáticos.

«Este cabrón no está en sus cabales», pensó Frank tratando de no pensar en lo que Solange habría querido decir con lo de «estropear» o en lo que

podría haber al final de aquel largo pasillo. No quería entrar en una habitación pequeña con aquella gente.

—Por lo que se refiere al reciclaje —continuó diciéndole Solange—, no se puede sencillamente reembolsar a la gente un depósito que ha pagado en el momento de la compra... porque para un porcentaje elevado de gente ese dinero no significaría nada. Pero, además, si el depósito es lo suficientemente elevado como para motivar a todo el mundo, se convierte en un castigo para los pobres. Y tampoco es conveniente que a la gente le resulte caro deshacerse de las cosas, como los neumáticos. Porque los tirarían ilegalmente, ¿no es cierto?

—¿Y... qué? —Frank se oyó a sí mismo hacer la pregunta—. ¿Ustedes fabrican esto?

«Debo de estar volviéndome un poco idiota —pensó Frank—. ¿Y ahora qué me esperará? ¿Una conferencia sobre convertidores catalíticos?»

—Oh, sí —respondió Solange—. Fuimos pioneros en la técnica; hicimos el prototipo aquí mismo. Les vendimos los derechos a PetroChem. —Hizo una pausa y luego continuó—: Ojalá tuviéramos tiempo para hacer una visita turística. Me encantaría enseñarle las instalaciones.

Entraron en otro pasillo y Solange abrió una puerta a la izquierda. Un momento después llegaron a una habitación pequeña de hormigón en la que había un desagüe en el suelo. Incongruentemente, en medio de la habitación había una mesa de jardín de rejilla metálica negra rodeada de cuatro sillones a juego del mismo material, y en un rincón, un lavabo doble. También había una manguera de jardín enrollada en el suelo y, junto al lavabo, una puerta cerrada.

Los centinelas sentaron a Frank a la fuerza en uno de los sillones. Solange se pasó una mano por el pelo. Luego hizo un brusco movimiento de cabeza y uno de los centinelas habló por una rejilla redonda empotrada en la pared cerca de la puerta. Poco después se abrió la puerta del fondo y dos hombres fornidos entraron sujetando a Annie entre los dos.

—¡Annie!

El nombre se le escapó a Frank involuntariamente de los labios.

La figura medio desplomada entre aquellos hombres ni siquiera levantó la mirada. Era evidente que la habían drogado, Frank lo vio mientras los

hombres la acercaban más. Annie tenía los ojos vidriosos y desenfocados y apenas podía arrastrar los pies. La depositaron en uno de los sillones y la cabeza se le cayó sobre el pecho.

—La han drogado —comentó Frank, dándose cuenta de que parecía estúpido.

Solange levantó las cejas.

—Sí, bueno. Ya sabe cómo es esto. —Ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa demente como de tebeo—. A veces uno tiene ganas de montar una escena —dijo canturreando en el tono de los anuncios publicitarios—. A veces no.

—¿Traemos la cobertura de plástico? —preguntó uno de los hombres.

Puso dos botellas de Pepsi, una llave de iglesia y una lata de galletas encima de la mesa. Frank se quedó mirando las botellas mientras pensaba que Solange tenía intención de hacer de anfitrión otra vez, y en lo rarísimo que resultaba aquello. Eran botellas pesadas de vidrio, un poco opacas a causa del desgaste y de pequeños arañazos. Envases retornables.

—No —respondió Solange apoyándose contra la pared—. Ya lo limpiaremos con la manguera cuando acabemos.

De pronto, Frank se encontró recostado hacia atrás en el sillón. A continuación le metieron un trapo húmedo en la boca. Uno de los centinelas puso un dedo en la boca de la botella y la agitó. Frank se percató de que Solange sonreía.

El hombre se acercó a él y le puso la botella debajo de la nariz. Un momento después le entró un chorro de espuma supercarbonatada por los orificios nasales que le llegó a los senos. Frank se puso a manotear de forma incontrolada al recorrerle aquel dolor la cabeza, y hasta la última célula de su cuerpo fue presa del pánico. Se ahogaba. Se moría. Se asfixiaba a toda velocidad.

Y al cabo, la silla se encontraba de nuevo en posición vertical y la soda le salía por la nariz. Se sentía agotado. Annie lloraba.

—¡Justo a la centralita! —exclamó Solange riéndose—. ¡Paf! —Se puso a pasear mientras iba hablando en tono amistoso—. Lo que me gusta de esto, Frank, es... —Fue tirándose de los dedos uno a uno—. Primero, que es una técnica sencilla. Segundo, que no gasta recursos. Tercero, que no es

detectable. Cuarto, que no inflige daños permanentes. ¿Quinto? Que uno puede hacerlo todas las veces que quiera y no pierde fuerza. —Solange dejó caer las manos a los lados y lanzó un profundo suspiro—. Y ahora hábleme de Gleason. ¿Sabe que se encuentran ustedes aquí? ¿Está al corriente de lo de las pruebas de dispersión?

Frank se limitó a mirarlo.

Solange se encogió de Hombros y a Frank le inclinaron la silla hacia atrás por segunda vez. De nuevo le metieron el trapo en la boca, y volvió a sentir que la cabeza le estallaba. Poco después estaba en posición vertical, respirando ruidosamente y con temblores en algunas partes del cuerpo. Se quedó mirando cómo un espasmo le recorría la pierna, que parecía una pata de rana en la bandeja de laboratorio. Respuesta galvánica. A Annie se le cayó la cabeza sobre el pecho y cerró los ojos.

—Bueno, sigamos —comentó Solange—. Le preguntaba por Gleason.

Uno de los centinelas le sacó el trapo de la boca, pero Frank no dijo nada.

—Es usted un caso difícil, Frank —le aseguró Solange al tiempo que suspiraba.

Y le hizo una seña con la cabeza a los centinelas. Frank vio al hombre agitar la botella.

Solange levantó una mano e inclinó la cabeza para señalar hacia Annie.

—No —dijo—. Ahora le toca a ella.

A Frank se le subió la sangre a la cabeza.

—Déjenla en paz.

—Ah... el don de la palabra.

Solange se acercó a la mesa y abrió la lata de galletas. Sacó de allí una bolsita de plástico transparente y la sacudió en el aire para abrirla. Frank vio que la bolsita tenía escrita la palabra Safeway.

—Un uso secundario de la bolsa —le indicó Solange—. En realidad esto está considerado mejor que el reciclaje.

«Este cabrón no está en sus cabales», pensó Frank mirando con horror cómo uno de los centinelas cogía un pequeño aerosol. En un instante roció con él la cara de Annie como si fuera un insecto mientras Solange le metía

la bolsa de plástico por la cabeza, le envolvía las asas alrededor del cuello y tiraba de ellas con fuerza.

Frank se puso en pie frenéticamente, pero lo empujaron hacia abajo desde atrás y lo sujetaron al sillón.

Mientras tanto, Annie estallaba y salía de su estupor. Pero como tenía las manos esposadas a la espalda, no podía quitarse la bolsa, que se desinflaba y se inflaba horriblemente cada vez que respiraba frenéticamente. Daba sacudidas y movía la cabeza de un lado al otro tratando de quitarse la bolsa, intentando morderla; la cara se le había enrojecido con lo que fuera que se la habían rociado.

—Hola —la saludó Solange con una risita—. Esto es gas pimienta.

Cuánto tiempo duró aquello, lo de la Pepsi disparada a las cavidades de los senos nasales, Annie, las bolsas y el aerosol de gas pimienta, Frank no sabría decirlo; aunque al final ambas botellas estaban sobre la mesa, vacías. Lo mismo podrían haber sido diez minutos que un par de horas. El dolor resultó ser un paisaje con sus propias dimensiones donde las normas ordinarias de duración no regían.

Frank «habló», desde luego, y después se preguntó por qué había tardado tanto en hacerlo. Pero no supuso diferencia alguna. Siempre había otra pregunta, y si Solange no acababa de creerse alguna respuesta, volvían a meterle el trapo en la boca y le disparaban la Pepsi por la nariz.

Y más tarde, cuando Frank ya había abandonado toda esperanza de que aquello pudiese acabar alguna vez, Solange decidió ponerle fin.

—Ya han tenido bastante —dijo en tono cortante, como reprendiendo a los demás. Se acercó a Frank y le dio un apretón en el hombro—. Se acabó —le dijo—. Se acabó el dolor. Ya está. Se acabó.

Frank sabía que habría debido de sentir repulsión al contacto de Solange, pero en lugar de eso sintió gratitud. Sabía que no era así. Pero eso fue lo que sintió.

—Traedles ropa limpia —les ordenó Solange a los dos hombres—. Y decidle al médico que les dé un poco de Xanax o algo parecido para que sientan alivio.

Y luego se marchó.

Media hora después los escoltaron por los salones como a dos huéspedes extrañamente sometidos hasta el antiguo salón de baile de la mansión, una gran estancia con un suelo de madera muy brillante y el techo abovedado. Habían transformado la sala en un gran despacho. Las paredes se veían llenas de gráficos, mapas y fotografías vía satélite. Había escritorios, ordenadores, teléfonos, hileras de archivadores. El logotipo del caballo se hallaba prácticamente en todo.

A Annie y a Frank, que seguían con las manos sujetas a la espalda, los condujeron hasta un escritorio al que estaba sentado Solange trabajando en un ordenador. No levantó la mirada al acercarse ellos. Ambos permanecieron de pie y esperaron. Por encima de Frank, en las paredes cubiertas de corcho, había una serie de fotografías de un color falso de lo que parecían trigales, tomadas desde arriba. En cada caso habían inscrito un círculo en la fotografía, y dentro del círculo estaba marcada una forma de cuña. Y también en cada caso, el trigo parecía aquejado de algún mal. O estaba enfermo o afectado por la sequía. La gravedad de la afección variaba desde unas cuantas motas marrones sobre una cosecha de aspecto saludable hasta, en otro caso, un campo de trigo que parecía haber sucumbido formando un tiznón oscuro, como si se hubiera derretido. Cada una de las fotografías llevaba una fecha e información garabateadas a lápiz graso al margen. Frank miró las anotaciones.

Puccina Graminus 272 - 4017/9

Puccina Graminus 181 - 2022/7

Puccina Graminus 101 - 1097/3

Puccina Graminus 56 - 6340/7

Solange acabó lo que quiera que fuese que hacía y apagó el ordenador. Echó una rápida ojeada a Frank y Annie y les sonrió con afecto.

—Ah. Están aquí. Tienen mucho mejor aspecto.

—¿Qué es Puccina Graminus? —le preguntó Annie.

La voz de Annie le sonó extraña a Frank, como robotizada. Eso se debía al efecto de los tranquilizantes; supuso que él tendría la misma voz. De hecho se sentía raro, no exactamente tranquilo, sino raramente desconectado, como si fuese él mismo.

—Óxido del tallo del trigo —le respondió Solange. Hizo un gesto con la mano para señalar las fotografías—. Ésas son pruebas tempranas de sembrados. Somos como criadores de caballos, buscamos crear la más rápida y mejor Puccina Graminus. Aparte del óxido del trigo, también trabajamos con varias plagas del maíz y estudiamos el marchitamiento del arroz. Esas son las cosechas de alimentos más importantes.

Annie frunció el entrecejo. Le dirigió una rápida mirada a Frank. A pesar de tener la voz muerta, a pesar de la clara evidencia del sufrimiento por el que había pasado, a él lo animó que tuviera la mirada tan viva. Por lo demás daba la impresión de que hubiese pasado varios días en una balsa de salvamento. Tenía la piel agrietada y enrojecida, los labios llenos de ampollas y los ojos congestionados.

—Pero ¿por qué? —le preguntó Annie—. ¿Por qué hacen ustedes esto?

—Para restablecer el equilibrio natural —respondió Solange—. Para intervenir en nombre de la Madre Naturaleza contra una especie que ha hecho que la balanza se incline en contra de todas las demás especies. Usted es científica. Debería comprenderlo. La «revolución verde», con su trigo híbrido, su arroz y su maíz resistentes a las enfermedades, sostiene a una población que está llenando el planeta de desperdicios. Y eso no nos conviene. Y la naturaleza no lo quiere.

—De modo que ustedes provocan las plagas y el hambre —le dijo Annie.

Solange no le respondió, sino que miró el reloj y se puso en pie como por un resorte.

—Es hora de irse —comentó.

Y todo aquel extraño desfile que formaban Annie y Frank esposados y la silenciosa y siempre presente falange de centinelas siguieron al exaltado Solange hacia el ascensor.

—Ha mencionado usted el hambre y las plagas, ¿no es eso? —le preguntó Solange a Annie—. ¿Y por qué no? Si un hombre puede crear una

vacuna contra la gripe y eso es natural, ¿por qué no es natural que otro cree una supergripe? Si tuviéramos tiempo me encantaría mostrarle por qué es necesario. Podría enseñarle las cifras, las proyecciones, el daño que soportará la Tierra. Así vería usted que es necesario interferir con una especie que está produciendo metástasis de forma incontrolada. Lo comprendería y se uniría a nosotros. Y nos sería útil en los laboratorios, no lo dudo, aunque... —Frunció el entrecejo—. Aunque en realidad no puedo imaginarme un papel para Frank. Pero... —Dio una palmada—. No disponemos de ese tiempo.

El corazón de Frank empezó a latir más de prisa cuando llegaron a un ascensor y vio que uno de los muchachos apretaba el botón que indicaba el sótano 3. Era la planta donde los habían torturado. Y de hecho caminaron por el mismo pasillo. Los pasos de Annie aumentaron el ritmo al pasar por delante de la habitación, y Frank se sorprendió a sí mismo conteniendo la respiración. Pero Solange pasó de largo y siguió caminando. Franquearon dos juegos de puertas de seguridad de color verde con tela metálica en las partes de vidrio antes de que Solange girase y tomase por un pasillo corto. Uno de los centinelas sacó un llavero del bolsillo, abrió dos cerraduras separadas y a continuación la pesada puerta. Solange entró y los demás lo siguieron.

Fueron a parar a una habitación cuadrada con paredes de ladrillos de ceniza y suelo de grava rastrillada: como el de un jardín de Zen. Había dos sillas de caña y, entre ellas, una pequeña mesa de mimbre sobre la cual había un jarrón de flores que contenía una única ramita de lilas. Una de las paredes de la habitación la cubría por entero una puerta esmaltada de blanco de doble hoja, cada una de las cuales llevaba una pegatina del caballo blanco sobre la gran canica azul que era la Tierra.

—Siéntense, por favor —les dijo Solange indicándoles las sillas.

Se sentaron. A un movimiento de Solange, los centinelas se descolgaron del hombro las armas y apuntaron con ellas a Annie y a Frank.

—Siento que tengamos que hacer tanto drama —les volvió a decir Solange—, pero la gente se altera de veras. Y hemos aprendido a anticiparnos a eso.

Annie le dirigió a Frank una mirada aterrorizada, y los dos se quedaron mirando aquellas armas fijamente hasta que Solange se fijó en donde ambos tenían enfocada la mirada y se apresuró a tranquilizarlos.

—Oh, no se preocupen, les vamos a conceder unas horas para meditar y limpiar la mente antes de meterlos dentro de Bertha, aquí presente —les explicó al tiempo que le daba unas palmaditas a una de las hojas de la puerta esmaltada como si fuera el pellejo de un preciado novillo—. Ella ha sido capaz de resolver uno de nuestros más persistentes problemas con la gente. Ojalá hubiéramos podido utilizarla con los Bergman.

Abrió las hojas de la puerta. La habitación en sí era tan impecable y austera que a Frank lo sorprendió ver que el interior del frigorífico, o lo que fuera aquello, estuviera bastante sucio: se veía manchado de hollín y tierra, y en el suelo había grumos de algo que parecía ceniza.

Frank se esforzó por hallarle sentido a lo que Solange acababa de decir. ¿A qué habría querido referirse al decir «con los Bergman»?

—Es una cámara de microondas —les indicó Solange—. Básicamente evapora los líquidos al hacerlos hervir, y también es una forma de desecación rápida. Acaba uno como un montoncito de hollín. —Alargó una mano detrás de sí, frotó el dedo contra la pared interior y luego les mostró una mancha oscura y aceitosa—. Bien, éste es su amigo Ben Stern.

A pesar de que la droga lo mantenía apretado contra el asiento, a pesar de que moverse por el aire era como moverse por el agua, a pesar de que las armas lo apuntaban, Frank se puso de pie en un impulso y se lanzó contra Solange.

—Jodido sicópata —le dijo.

Solange lo esquivó echándose a un lado y le lanzó un golpe duro. Y luego otro. Los golpes que daba eran potentes y Frank estaba indefenso, pues tenía los pies inmovilizados y las manos esposadas a la espalda. Finalmente recibió un puñetazo en el estómago que lo dobló hacia adelante. Los centinelas lo empujaron y lo sentaron otra vez en la silla.

Solange se reía con una risa alegre ondulante, se reía con tantas ganas que le temblaban los hombros. Por fin dejó de reírse y movió la cabeza.

—Le doy droga suficiente para parar a un buey y él se lanza contra mí. —Suspiró—. Realmente impresionante.

—¿Por qué hace esto? —le preguntó Annie.

Habló con la cadencia trabajosa de las víctimas de una embolia, pronunciando cada palabra por separado.

Solange pareció perplejo.

—Ya se lo he dicho. Es un problema deshacerse de la basura.

—¡No! —le gritó Annie—. Me refiero a la gripe española. Al óxido de los tallos del trigo.

Una vez más Solange pareció sobresaltado.

—Porque yo soy el Primer Jinete. ¿Es que acaso no me presta atención?

—¿De qué habla? —le preguntó Frank en un tono que indicaba exigencia.

Solange lo miró.

—De revelación.

Y luego empezó a hablar, pero con una voz diferente a la que utilizaba hasta ahora, una voz que era poderosa y matizada. La voz de un predicador.

—«Y vi que el Cordero abría uno de los sellos, y oí el ruido del trueno y que una de las cuatro bestias decía: "Ven y ve." Y vi y contemplé un caballo blanco, y aquel que estaba sentado sobre él tenía un arco. Y lo ungieron con una corona; y él salió a conquistar.»

A los centinelas les chispeaban los ojos.

—Dios me envía a conquistar, a conquistar, sí, a conquistar la especie que se ha desmandado, que se ha salido de control, una especie que está destruyendo el paraíso terrenal.

Frank no pudo contenerse. Se dio la vuelta hacia los centinelas.

—¿Vosotros creéis estas patrañas, toda esta mierda? —Luego se volvió otra vez hacia Solange—. ¡Es usted el cabrón más grande que he conocido en mi vida!

Y luego se echó a reír. No podía contenerse. Se sentía tan asustado que o hacía eso o se echaba a llorar.

Solange se quedó mirándolo fijamente, y durante unos instantes Frank pensó que iba a matarlo allí mismo y en aquel momento. Pero justo cuando Solange dio un primer paso hacia él sonó el teléfono móvil que llevaba en el bolsillo. Fue un sonido tan inesperado e incongruente que pareció ir

directo a la mitad de la cabeza de Frank. Solange sacó el teléfono del bolsillo con expresión de fastidio.

—¿Sí? —inquirió con impaciencia—. ¿Qué pasa?

Se quedó escuchando bastante tiempo, quizá un minuto entero, y durante ese tiempo Frank tuvo la sensación de que Solange iba perdiendo interés por aquella habitación, por Annie, por él. Fue como si su conciencia se hiciera palpable y aquella súbita ausencia hiciera que Frank sintiera una extraña sensación de abandono. Solange frunció el entrecejo, se quitó el teléfono de la oreja, bajó la antena y echó a andar a grandes pasos hacia la puerta sin ni siquiera mirarlos.

—Vámonos —ordenó.

—¿Y qué hacemos con ellos?

Solange se encogió de hombros.

—Que vayan pensando en ello —respondió.

Frank oyó cómo los cerrojos se cerraban, primero uno y luego el otro.

Como el suelo era de grava, tardaron mucho tiempo en romper el jarrón de flores, que era muy grueso. Cuando por fin lo lograron fue una cuestión relativamente fácil soltarse y quedar libres. Pero, como pronto averiguaron, no había manera de salir de la habitación, que estaba cerrada por fuera.

En realidad no había nada más que pudieran hacer excepto abrazarse. Frank le dijo a Annie que cuando se abriera la puerta él se encargaría de la primera persona que entrase. Tenían el factor sorpresa de su parte y quizá pudieran quitarle el arma al sujeto. O algo. No era gran cosa, pero de hecho era lo único, lo único que podían hacer.

Luego se durmieron, allí tumbados en el suelo uno al lado del otro.

Annie soñó con Stern y lloró en sueños.

Frank soñó con Carlos.

Y todavía soñaba cuando oyó un ruido como un trueno lejano, una serie de descargas que hicieron que la luz fluorescente vibrase y la puerta diera sacudidas. Al principio pensó que aquello formaba parte del sueño. O era eso o es que empezaba a alucinar. Pero Annie también lo oyó y se despertó;

se quedó mirándolo. Se preguntaban si el laboratorio farmacéutico estaría estallando.

Después el ruido cesó, y pronto volvieron a dormir.

De repente una voz amplificadora explotó a su alrededor:

—Apártense de la puerta.

Los hombres que entraron llevaban chaquetas contra fuego antiaéreo con las letras FBI muy grandes impresas en la espalda. También llevaban cascos y máscaras antigás e iban armados hasta los dientes. Tampoco se mostraban amistosos, y no acababan de comprender que Frank y Annie eran unas víctimas, no unos seguidores del Templo que estuviesen escondidos en una especie de santuario interior.

Realmente les costó mucho aclarar aquella cuestión. Y tampoco se alegró Neal Gleason de verlos cuando por fin estuvieron frente a frente, ni siquiera se mostró contento de que hubieran sobrevivido.

Gleason tenía los ojos azules inyectados en sangre y por el aspecto se le notaba que era un hombre que no había dormido en varios días.

—Supongo que recibió el mensaje —le dijo Frank.

—Alguien les ha dado el soplo —le aseguró Gleason—. Deben de tener a alguien infiltrado en el departamento de policía de Lake Placid. Porque sólo la policía estaba al corriente de que íbamos a hacer la redada.

—¿Quién ha huido? —le preguntó Frank.

—Solange —respondió Gleason—. Solange y su equipo de asuntos especiales.

OceanofPDF.com

Capítulo 29

Estaba sentado en la gran sala de la casa del director velando a Annie mientras ésta dormía debido a las píldoras que le habían dado. Frank quería ponerse a trabajar en el reportaje, desde luego, pero le resultaba imposible escribir. Él no era Víctor Hugo. Necesitaba un ordenador, o por lo menos una máquina de escribir. Aunque fuese un teléfono. Así podría dictar la historia.

Pero el teléfono de la gran sala no tenía línea y el que había en el recibidor estaba fuera de su alcance, pues había un agente sentado junto a la puerta de la gran sala con un audífono en el oído y una Uzi en el regazo para asegurarse de que nadie entraba ni salía de allí sin la aprobación de Neal Gleason.

Tardó un rato, pero por fin Frank obtuvo una explicación... O algo parecido.

—Se supone que estoy aquí para protegerlos —dijo el agente en tono ofendido—. ¿De acuerdo?

—No —le contestó Frank—. No estoy de acuerdo con eso. No necesito protección. Lo que necesito ahora es un ordenador portátil.

Pero, claro, se trataba precisamente de eso. Gleason no quería que escribiera ningún artículo, por lo menos mientras Solange estuviera libre. Así que lo dejaron allí curioseando, paseando y deteniéndose junto a las ventanas para mirar la escena del exterior.

La cual era extrañamente siniestra, un retablo surrealista que, si lo hubiera pintado el Bosco, quizá se hubiera llamado *El Edén invadido*. Había un helicóptero posado en el césped junto al estanque; los rotores giraban despacio mientras unos perros, pastores alemanes, tiraban de hombres armados conduciéndolos por toda clase de senderos. Algunos marines, que

llevaban puestos trajes especiales contra armas biológicas, entraban y salían de los laboratorios; parecían anuncios de Intel. Mientras tanto otros agentes del FBI dotados de cazadoras todas iguales amontonaban ordenadores y archivadores en la parte de atrás de una enorme furgoneta de color blanco. Por lo demás, el recinto parecía desierto, pues a los miembros del Templo los habían confinado a todos en los dormitorios para que esperasen allí a que los interrogaran.

Finalmente, Frank se cansó de ver aquel panorama y se sentó ante un escritorio trabajosamente tallado que había en una alcoba adyacente a la gran sala. Las cuatro patas en forma de garras del escritorio descansaban sobre un *kilim* de época, justo debajo de un retrato de Edward Abbey. Sobre el escritorio descansaba un monitor Toshiba de diecinueve pulgadas con los cables colgando hacia el suelo.

No había unidad, faltaba el procesador.

Frank pensó que habría estado bien poder echarle un vistazo al disco duro del ordenador de Solange. Pero quizá hubiera algo más por allí... un bloc de notas, un disquete, un calendario... cualquier cosa.

Abrió uno a uno los cajones del escritorio y miró en el interior. Pero no había nada interesante en ellos. Un par de bolígrafos, unos lápices y clips para papel, un cuaderno vacío y una resma de papel para imprimir con láser Iroquois. Un mapa de la ciudad de Nueva York, unas tijeras, chinchetas y algunas fichas vacías.

Desdobló el mapa y lo miró. Nada, pensó. No había marcas ni pinchazos de chinchetas. No había ninguna línea trazada a mano. No era más que un mapa. Suspiró, se recostó en el sillón y cerró los ojos.

Estuvo sentado así durante un buen rato y luego, con una súbita energía o quizá sólo porque se sentía impaciente, se incorporó de repente. Quitó de un manotazo el mapa de encima del escritorio, cogió un papel y empezó a escribir. ¿Quién ha dicho que no soy Víctor Hugo?

Pasó unos quince minutos de ese modo y luego releyó lo que había escrito: media docena de variaciones del párrafo inicial. «Vale, pues no soy Víctor Hugo —pensó Frank—. Soy el escritor de *El resplandor*, el que interpretó Jack Nicholson.» Arrugó las páginas que había escrito haciendo con ellas una pelota y las arrojó a la papelera.

La papelerera de Solange. Que estaba medio llena.

¿Sería en realidad tan chapucero el FBI? ¿Sería posible que se les hubiera pasado por alto la papelerera?

Por lo visto sí.

Se puso en pie, vació el contenido de la papelerera sobre el escritorio y empezó a rebuscar. No había gran cosa. Una copia impresa por láser del Informe Semanal de Mortalidad y Morbilidad de la semana anterior. Las dos primeras páginas de un ensayo titulado «La política de Dystopia». Pequeños papeles amarillos arrugados en los que se leían anotaciones como «Llamar a Nikki», «Martes, entrevista con *Futurist*» y «Preguntar a Belinda por las tablas de reclutamiento @». Había una botella vacía de agua Évian, una caja vacía y arrugada de pastillas mentoladas Lakrits y los fragmentos de lo que resultó ser una fotografía en blanco y negro de diez por quince.

Habían rasgado la fotografía por la mitad tres veces. Reunidos los pedazos sobre el escritorio, los ocho fragmentos formaban la foto de una casita. Más que una casa, la barraca de una obra. O algo parecido. Sea lo que fuere, estaba en medio de ninguna parte en una zona urbana industrial, tan anónima como una baldosa de cemento. Los alrededores barrenados hubieran podido pertenecer a algunos lugares de Yonkers o de Anacostia, de Los Ángeles Este o de la zona sur de Chicago. Resultaba difícil de decir, y más difícil todavía adivinar lo que significaba para Solange (en el supuesto de que significase algo).

Todavía seguía intrigado con la fotografía cuando un agente del FBI entró por la puerta con una bolsa llena de sandwiches de ensalada de pollo y latas de Mountain Dew.

—Si pudiera tomarles declaración a usted y a su amiga —le sugirió a Frank—, quizá fuera posible ir adelantando un poco las cosas.

—¿Quiere decir que podríamos marcharnos?

—Eso depende de Neal —respondió el agente del FBI—, pero hasta que no tengamos la declaración de ustedes no creo que las cosas vayan a cambiar realmente de prisa.

De manera que despertó a Annie, pues al fin y al cabo era media tarde. Y cuando ella estuvo preparada le contaron al hombre del Bureau lo que sabían. O la mayor parte de lo que sabían. Cuando Frank empezó a hablarle

de la organización Chosen Soren, el agente dejó de tomar notas repentinamente. Suspiró, le puso el capuchón a la estilográfica y luego se levantó. Les dijo que en seguida volvería.

En realidad pasaron dos horas antes de que volviera alguien, y cuando apareció se trataba de una mujer grande que iba vestida con bastante estilo. Llevaba un portafolios de Hermés y tenía la voz rasposa.

—Janine Wasserman —se presentó al tiempo que les estrechaba la mano a Frank y a Annie—. Ayudo al FBI.

—Eso está muy bien —respondió Frank—, pero yo esperaba ver a Gleason. Nos gustaría marcharnos de una vez.

—Oh, se marcharán ustedes dentro de poco —le aseguró la mujer—. Pero mientras tanto yo esperaba que mantuviésemos una conversación sobre los norcoreanos. —Esbozó una sonrisa, se dirigió a un sillón de orejas de piel verde y se sentó en él—. ¿Les importaría contarme todo lo que sepan al respecto? Les aseguro que es para una buena causa.

Annie y Frank se miraron. Finalmente fue este último el que habló:

—No hay mucho que decir. Creemos que son los que financian a Solange.

—¿Ustedes creen? Bueno, supongo que sería posible, pero... ¿por qué lo creen así?

—Hay un informe de Aduanas sobre un dinero coreano que procede de Japón. Y la cosa tiene bastante sentido. Me refiero a que los norcoreanos estarían...

—¿Ah, sí? —le preguntó Wasserman—. Me extraña. ¿Tienen ustedes el informe? Me encantaría verlo.

—No.

La mujer frunció el entrecejo.

—¿No, no lo tienen? O no...

—No, no lo tenemos —respondió Annie.

—Pero lo han visto —supuso Wasserman.

Frank negó con la cabeza.

La mujer levantó las cejas.

—¿Entonces...? Bueno, verán, me parece que no acabo de entenderlo, sencillamente.

—Nos han hablado de él —le aclaró Frank.

Se oyó el roce del nailon de las medias cuando Wasserman cruzó las piernas.

—Comprendo —dijo—. De manera que es un rumor.

—Eso es.

—Bueno —comentó Wasserman—, algunos rumores son ciertos. Supongo que eso depende de cuál sea la fuente. ¿De quién estamos hablando?

—Bueno, de hecho creo que la fuente ha muerto —respondió Frank—. Era un posgraduado de Georgetown llamado Ben Stern. Solange lo mató.

—Vaaalee —convino Wasserman—. Está bien de momento. Pero... no lo entiendo, de veras. ¿Por qué iban los coreanos del Norte a financiar a Solange? No tienen muchas divisas extranjeras con las que jugar.

—¿Me está pidiendo mi opinión? —quiso saber Frank.

—Aja.

Frank se encogió de hombros.

—Pues en mi opinión se debe a que hay una convergencia de intereses.

Wasserman frunció el entrecejo.

—No veo cómo podría ser —dijo—. Quiero decir que son mundos aparte. ¿Qué podrían tener en común?

Frank se quedó pensando en ello durante unos instantes, pero fue Annie quien habló:

—¿Lo pregunta porque quiere saber usted la respuesta o porque quiere saber si nosotros conocemos la respuesta?

—¡Oooh! Qué buena pregunta. Es que me lo pregunto.

—¿Tiene usted algo que la identifique? —le preguntó Annie.

La corpulenta mujer se removió en el sillón.

—No —contestó, con un leve rastro de pesar en la voz—. Me temo que no.

Frank hizo un sonido de exasperación.

—Miren —dijo Wasserman inclinándose hacia ellos—. He aquí el trato. Si quieren salir de aquí esta noche, tendrán que intentar ser útiles.

—¿Si quiero salir de aquí esta noche...? ¿Quién es usted? —le preguntó Frank—. ¿Y qué es lo que pasa aquí? ¿Estamos detenidos?

Wasserman sopesó la pregunta. Después dijo:

—No. Tal como yo lo entiendo, no están en realidad «detenidos». Es más bien como una detención preventiva.

—¿Detención preventiva? —se extrañó Annie.

—¿Qué es todo esto? —volvió a preguntar Frank.

—Bueno, en realidad se trata de una emergencia nacional —les indicó Wasserman mientras se alisaba las arrugas del vestido—. El presidente lo ha hecho oficial esta madrugada, a las tres y diecisiete minutos.

Frank se hundió hacia atrás en los cojines del sofá y suspiró con exasperación.

—¿Y por qué se nos retiene?

—Eso es algo que tendrán que tratar con Neal. Él es quien manda en el plano nacional.

—Pero no hemos hecho nada malo —dijo Annie con los ojos súbitamente llenos de lágrimas.

—Estoy segura de que es así —respondió Wasserman—. Y también de que Neal lo arreglará todo. Pero como pueden ustedes comprender, vamos muy escasos de tiempo, así que si pudiéramos volver al tema creo que eso sería de gran ayuda. ¿De acuerdo?

Annie asintió.

—Hablábamos de una «convergencia de intereses» —les recordó mirando a Frank.

—Exacto —asintió éste—. Y voy a decirle lo que a mí me parece que sucede. Creo que a Solange y a los norcoreanos les encantaría... que a ambas partes les encantaría que Norteamérica se rompiera en pedazos.

—De acueeerdo... Vayamos al argumento...

—Y Solange puede hacer que eso ocurra. ¡Aunque lo desmienta!

Wasserman quedó realmente desconcertada.

—¿Por qué dice eso? —preguntó.

—Porque está «majareta». Todos ellos están majaretas. Así que no importa lo que pase, no importa lo que hagan o digan, todo ocurre siempre fuera de contexto. De modo que el asunto este no tiene contexto. Una vez que usted diga que lo hizo una «secta», despoja el asunto de todo el significado político que pudiera llegar a tener.

—¿Por qué?

—Porque una secta es básicamente una convención de chiflados. Quiero decir que eso es al menos lo que la gente cree. Y como están chiflados, lo que hacen se considera irracional. Así que sus acciones no tienen ningún significado coherente. Lo cual es sólo otra manera de decir que se encuentran más allá de toda investigación.

Wasserman asintió con la cabeza tras pensar en ello unos instantes.

—Digamos que tiene usted razón. ¿Por qué cree que Corea del Norte querría desencadenar una epidemia que podría matar a la mitad de la población de nuestro país?

—Porque si muriera tanta gente, el país quedaría completamente destrozado. Nuestra mayor prioridad, nuestra única prioridad en esa situación sería enterrar a los muertos. O quemarlos. Y aunque siguiéramos teniendo un gobierno que funcionase, no me lo imagino enviando tropas para luchar en una guerra en el extranjero. Creo que nos quedaríamos donde estamos. Cortaríamos madera y construiríamos crematorios.

Wasserman permaneció durante un rato en silencio. Luego puntualizó:

—Ha dicho usted una «guerra en el extranjero».

—Pensaba en que Corea del Norte invadiese Corea del Sur.

—¿Y tiene usted intención de escribir sobre esto?

Frank se frotó la barbilla con barba crecida, pues no se había afeitado.

—No sé. Quizá sí.

Wasserman asintió.

—O quizá no. No puede usted probarlo.

—Exacto. No puedo probarlo.

—De todos modos, en realidad no importa —añadió Wasserman poniéndose en pie.

Annie parecía impresionada.

—¿Que no importa? ¿Cómo puede decir eso?

—Porque el señor Daly tiene razón. Solange puede desmentirlo todo. Y también hay que considerar todas las posibilidades. Si Solange tiene éxito, la cuestión de la responsabilidad es muy discutible. La mitad de la población del país habrá muerto y... y tiene usted razón... no estoy en

absoluto segura de que en esas circunstancias tuviéramos un gobierno que mostrase algún interés por los asuntos extranjeros.

—De acuerdo. ¿Y si fracasa?

—Bueno, en ese caso no es más que un chiflado. Aunque pudiera usted seguir el rastro del dinero que le han dado, y no creo que pudiese hacerlo, ¿qué demostraría eso? ¿Que procedía de Corea del Norte? No lo creo. Lo más que usted podría demostrar es que el dinero procedía de los trabajadores coreanos que viven en Japón. Ante lo cual mucha gente diría, bueno, ¿y qué? Puede que Solange tenga muchos seguidores coreanos. Puede que ellos también estén locos.

—¿Y cuál es la cuestión? —preguntó Frank.

Wasserman se encogió de hombros.

—Sólo que usted debería tener cuidado. Al final lo que realmente está en juego es la credibilidad de Frank Daly. Y, afrontémoslo cuanto antes, no creo que usted quiera parecer un teórico de la conspiración... aunque esté usted en lo cierto. ¿No es así?

Antes de que Frank pudiera contestar, la mujer giró sobre los talones y se marchó.

Poco después Gleason llegó a la casa del director para preguntarles a Annie y a Frank si les gustaría acompañarlo a Nueva York.

—¿Tenemos otra opción? —le preguntó Frank.

—Claro —respondió Gleason—. Si lo prefieren, pueden quedarse aquí. O hay un Motel 6 un poco más allá, por la carretera. Les puedo poner vigilancia en la puerta. Pero no creo que les guste el sitio, y además, de este modo yo no los perderé de vista... y ustedes estarán más cerca del lugar de la acción. Y eso es lo que quieren, ¿no es así?

El helicóptero hacía mucho ruido y el vuelo se hizo interminable. Y cuando aterrizaron, parecía que hubieran viajado por el tiempo tanto como por el espacio.

La Isla del Gobernador, un puesto de la Guardia Costera de principios de siglo que se había cerrado el año anterior, se encontraba frente a la costa de Brooklyn, en la bahía superior de Nueva York, donde convergían el

Hudson y el East River. Situada a poco más de un kilómetro de la parte inferior de Manhattan, la isla tenía muy poco en común con la ciudad abarrotada, ruidosa y llena de luces de neón que el público conocía, más bien era un oasis de edificios de tablones de madera, gaviotas que volaban en círculo y brisas saladas.

Annie y Frank pasaron la noche, sin vigilancia, en una pensión distante unos cien metros de los muelles. No había teléfono, pero la vista desde el porche era espectacular, un panorama que incluía la estatua de la libertad, el puente de Brooklyn y, entre ambos, Manhattan.

A la mañana siguiente se reunieron con Gleason en el puente del *Chinqueteague*, un barco patrullero de la Guardia Costera que medía 34 metros y estaba dotado de una ametralladora de 25 milímetros que llevaba montada en la cubierta.

—La cuestión es —les dijo Gleason sin dejar de examinar a través de unos prismáticos de largo alcance la cola que formaban los cargueros mientras esperaban para entrar en la bahía— que sabemos lo que ese tipo va a hacer. O lo que cree que va a hacer. —Hizo una pausa que duró sólo un momento—. Pero luego, si se mira por el otro lado, él sabe que nosotros lo sabemos. Así que, ¿por qué habría de hacerlo?

Le pasó los prismáticos a Annie, se pellizcó los párpados con el pulgar y el índice y bostezó.

Una suave brisa jugueteaba con la bandera que había en la popa del barco, pero por lo demás era un día perfecto para «un incidente biológico»: húmedo, cálido y nublado.

—Pues lo hará porque ese hombre es un megalómano —les comentó Frank—. Y a los megalómanos no se los conoce precisamente por su flexibilidad.

Gleason asintió.

—Eso es lo que creo yo también. Estoy seguro de que lo hará para demostrar que puede hacerlo.

Annie no se sentía tan segura.

—¿Y si pasa al plan B? —les preguntó.

Gleason pareció quedarse en blanco.

—¿Qué es el plan B?

Annie hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No lo sé. Pero me apuesto lo que quiera a que tiene uno. Solange hizo pruebas en California, en Wisconsin y también en algunos otros lugares, y en todos los casos utilizó la misma gripe de archivo.

—¿Y eso qué le dice a usted exactamente? —le preguntó Gleason a Annie.

—Que estaba probando métodos de dispersión... y no el virus en sí.

Gleason pareció preocupado durante un momento, pero ese momento pasó rápidamente.

—Sí, bueno, pero vamos muy por delante de él. Porque hicimos nuestras propias pruebas en los años cincuenta. Y me encuentro en situación de decirles a ustedes cuáles fueron los resultados. Si andan buscando la máxima infección, hay tres opciones. Barco, avión o metro.

—Y ustedes tienen las tres posibilidades cubiertas, ¿verdad? —le preguntó Frank.

El agente del FBI asintió.

—Sí. Están cubiertas. —Frank dio muestras de ser más escéptico al respecto—. La ADEF nos ha dado todos los poderes que necesitamos —le indicó Gleason.

—¿La ADEF? —repitió Annie.

—La Agencia para la Dirección de Emergencias Federales —le aclaró Frank.

—Hemos cerrado todos los pasillos aéreos de Nueva York y de Washington a los aviones pequeños. Y lo mismo se ha hecho con los ríos. No verán ninguna motora en el Hudson ni en el East River... y tampoco en el Potomac. No hasta que esto haya pasado, y a lo mejor nunca más.

—¿Y los barcos grandes? —preguntó Annie señalando con la cabeza hacia la fila de cargueros.

—No pueden entrar en el puerto hasta que se les haya sometido a un minucioso registro y se les haya puesto un equipo de agentes a bordo.

—¿Y el metro? —Preguntó a su vez Frank.

—Tenemos gente en todos los trenes.

—¿Y qué me dice de los coches? —insistió Annie—. O un camión. Si han microencapsulado el virus, podría pasar por el convertidor catalítico y

salir por el tubo de escape. Lo único que tienen que hacer es andar por ahí dando vueltas con los coches. Nadie se daría cuenta de nada.

Gleason se quedó pensando en ello.

—¡Jesús! —exclamó Frank mirando a Annie—. Tú podrías llegar a convertirte en un peligro.

—No creo que lo hagan de ese modo —decidió Gleason—. Así no se podría conseguir la clase de penetración que se necesita. Al menos no con un coche. Para ello haría falta un barco o un avión. O algo que pueda ir por todas partes. Lo mejor sería un sistema subterráneo.

—¿Y el sistema de abastecimiento de aguas? —le sugirió Frank a Gleason.

Éste hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No. Lo de verter alguna sustancia en el suministro de agua es un mito. De ese modo nunca se conseguiría la clase de dispersión que haría falta. Y me han dicho que, de todos modos, lo más probable es que nadie se infecte por beberla. Estamos hablando de un virus respiratorio.

—Lo que no entiendo —le dijo Frank— es por qué cree usted que puede manejar esto sin que nadie se dé cuenta. Quiero decir, sólo los pilotos...

—Oh, se darán cuenta, desde luego. La gente lo notará. Pero no aparecerá nada en la prensa.

—¿Por qué no?

—Pues porque a todos los medios de comunicación del país o bien les ha llegado esta mañana un fax o han recibido una llamada telefónica.

—¿Así que ahora tenemos censura?

Gleason hizo una mueca.

—No más de la que tuvimos cuando la «Operación Tormenta del Desierto». Pero de todos modos sólo es eso, y es temporal —les explicó. Al ver cómo fruncía el entrecejo Frank, el agente del FBI se explayó un poco más—: Mire, estamos en el siglo veinte. Lo cual es un modo como otro cualquiera de decir que vivimos en un teatro abarrotado de gente. Y la gente sale corriendo, empieza a gritar «Fuego»...

—¿Y qué pasa si hay un incendio? —preguntó Frank.

—Ya nos las arreglaremos.

—Muy bien —le dijo Frank—. Pues arréglenselas como puedan. ¿Para qué nos necesitan? Lo que quiero decir es que si no puedo publicar la noticia...

—No es tan simple —dijo Gleason.

—¿Por qué no?

—Por Internet —sugirió Annie con voz desconsolada.

Gleason inclinó la cabeza en un gesto que era medio una afirmación medio una reverencia.

—Es un gran problema.

Frank se quedó mirando una gaviota que describía un círculo al volar alrededor de la proa.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí plantados?

Gleason se encogió de hombros.

—Eso depende de Solange.

OceanofPDF.com

Capítulo 30

Staten Island

Susannah no estaba acostumbrada a conducir camiones, pero llevar aquella camioneta era verdaderamente fácil. Tenía cambio automático y una visibilidad fabulosa. Lo cual era bueno, porque desde el combate de boxeo con Solange tenía problemas con la vista. Detrás de las gafas de sol en forma de corazón que llevaba puestas, tenía el ojo derecho casi cerrado por completo, y el izquierdo lleno de sangre, por lo que con él veía un poco borroso. El médico había dicho que se le pondría bien, pero no de inmediato. Probablemente tardaría una temporada.

Entretanto, Stephen iba sentado en su sillita para coche haciendo gorjeos.

Susannah se sentía bastante asustada. No tanto por lo que estaban a punto de hacer ni por lo que podría pasar si saliera mal... sino porque al final aquello saliera mal por su culpa. Tenía instrucciones especiales de Solange, y que Dios la ayudase si metía la pata...

Había llegado al muelle casi una hora antes, más o menos un minuto después de que el transbordador zarpase. Aquello aparentemente había sido mala suerte, pero en realidad era intencionado. La primera en subir, la primera en bajar, había dicho Solange, como si fuera importante.

Así que llevaba allí sentada cincuenta minutos, y luego, cuando se levantó la verja, condujo despacio hacia adelante hasta que la camioneta llegó a lo más profundo del transbordador. Por el espejo retrovisor podía ver el coche del francés, con Vaughn y Belinda en el asiento trasero.

Estaba verdaderamente nerviosa. Pero no habría tenido que estarlo. En casi todos los aspectos, su trabajo era el más fácil de realizar. En realidad no tenía que hacer nada a menos que se vieran inmersos en problemas. «Y ahí es donde entras tú, *cher*. Tú eres el plan B.»

«Estupendo —pensó—. Soy el plan B. Nadie más es el plan nada, salvo, supongo, los del plan A. Eso es lo que son ellos. Pero yo soy el plan B.» Apretó los ojos porque le lloraban, cosa que le ocurría mucho últimamente. Oyó a los hombres del transbordador que, en el exterior, se daban voces unos a otros, y luego la bocina del barco, un bocinazo ululante y profundo. A continuación el suelo empezó a temblar, las paredes también, y de pronto comenzaron a avanzar en medio de un ruido sordo. Al rato, con suavidad, cobrando velocidad. Mucha velocidad. Susannah lo notaba.

Como si les hubieran dado la señal, Vaughn y Belinda saltaron del coche detrás de ella y dieron la vuelta hasta la parte trasera de la camioneta, donde habían escondido las Ingrams. Llevaban puestas las camisetas, todas ellas iguales, que Solange había diseñado a modo de uniforme para poder reconocerse los unos a los otros de inmediato por mucha confusión que se produjera. Las camisetas no estaban mal... eran de color rojo sangre, llevaban impresa la cabeza de un hombre de barro en la parte delantera y por encima de ella las palabras:

LOS MANSOS

Ojalá ella tuviera una... pero no. Porque de este modo era aún mejor. Ella era algo especial. Ella era el plan B. Normalmente, en una situación así se habría sentido marginada, pero esta vez no. Porque Solange tampoco llevaba camiseta. Así que él también era el plan B.

Detrás de ella, la puerta de la camioneta chirrió cuando alguien, probablemente Saúl, enrolló la lona y la metió en el techo. Luego, el camión se tambaleó y, un momento después, los oyó sacando el aerosol.

Bajó de la camioneta y dio la vuelta hasta el otro lado. Abrió la puerta, desenganchó a Stephen de la sillita de coche, se lo subió al hombro y se dirigió a cubierta.

—Tonterías de la gente corriente —comentó al pasar junto a Solange, que estaba muy sonriente.

Y poco después se encontró fuera, y aquello era glorioso, el aire fresco y húmedo y la brisa. Había mucha gente en la cubierta, la mayoría sonriente, y dentro también.

—Mira eso —le indicó a Stephen mientras apuntaba con el dedo—. ¡Eso es una ciudad muy grande! ¿Puedes ver la gran ciudad? ¡Oh! ¡Ahí está!

Un anciano negro que llevaba un cajón de limpiabotas le dirigió una sonrisa a Susannah; luego se dio la vuelta hacia un tipo que parecía un banquero y, haciendo un gesto con la cabeza hacia los zapatos, le dijo:

—¡Necesita usted ayuda, amigo mío! ¡Esto está hecho un desastre!

Una banda de *blues* empezó a tocar en el salón principal. Alguien le tiró a otro una pelota. Los niños corrían dando gritos por la cubierta.

Susannah estaba de pie junto a la barandilla enseñándole a Stephen la estatua de la Libertad cuando oyó una suave ráfaga de metralleta procedente de algún lugar del barco. Una mujer se puso a gritar cuando entró en acción una segunda arma, y la gente echó a correr de un lado a otro, como si hubiese algún sitio a donde ir. Luego los gritos cesaron y el transbordador fue perdiendo velocidad hasta llegar casi a detenerse; a continuación, los amigos de Susannah aparecieron como salidos de la nada, con un aspecto tan tranquilo que parecía increíble.

Saúl y el francés, Vaughn y Belinda, Veroushka y Avram. Y pudiera ser que cuatro o cinco más, todos ellos llevaban la Ingram en la mano... Excepto Saúl, que iba cargado con el aerosol en dirección a la proa, y el francés, que llevaba en la mano una taladradora eléctrica.

—Todos adentro —ordenó Veroushka.

—¡Vamos! —gritó Antonio apuntando con la Ingram a una mujer gorda y a su familia.

—¡Muévanse! —les chilló Jane—. ¿Es que acaso son ustedes idiotas?

De uno en uno, y luego de dos en dos, de tres en tres e incluso de diez en diez, los pasajeros fueron entrando en el salón principal.

Era muy chulo aquello de estar al frente de la situación, pensó Susannah. Muy chulo formar parte de algo de lo que todos los demás tenían

miedo. Se echó a reír cuando el francés pasó junto a ella y, dándose la vuelta, hizo ademán de dispararle con el taladro, que funcionaba con baterías, simulando que era una Ingram; el francés abrió mucho los ojos y puso cara de sorpresa al ver que el ruido que hacía el taladro era un zumbido en vez de un tableteo de ametralladora.

A continuación, sólo durante un segundo, mientras Saúl y el francés anclaban el aerosol en la cubierta, las cosas empezaron a complicarse un poco. Aquel chico que llevaba un teléfono móvil agarró a Jane por el cabello, tiró de ella hacia atrás y la arrojó al suelo, todo en un solo movimiento, y se levantó rápido y frío con la metralleta en la mano. «Jesús —pensó Susannah—, este chico sabe lo que hace.»

Aunque resultó que no era así. Veroushka arrojó el arma al suelo y levantó los brazos:

—¡No dispare! —dijo a gritos.

Lo cual hizo que el tipo aquel se diera la vuelta, y justo al hacerlo, Antonio salió del salón principal disparando la metralleta en una ráfaga de izquierda a derecha que estuvo a punto de cercenarle la cabeza al muchacho.

Éste permaneció de pie lo que pareció una eternidad, con las manos a los costados y la cabeza sobre el pecho, meciéndose, mientras una mujer que se encontraba a poca distancia caía lentamente sobre la cubierta con un agujero en la garganta. Luego, Veroushka le dio al tipo un empujoncito y el muchacho cayó al suelo como un árbol talado.

Por todas partes la gente gritaba y lloraba mientras Veroushka le mandaba un beso a Antonio con la mano y recogía el arma del suelo.

—¡Callaos de una puñetera vez! —gritó ella como si estuviera intentando mirar la televisión.

Y lo asombroso fue que se callaron. Y se callaron de una puñetera vez.

Solange estaba en la cubierta de más arriba mirándolo todo con una sonrisita en los labios, con un completo control. Susannah pasó junto a un charco de sangre evitando pisarlo y apretó a Stephen contra sí.

—¡Puaj! —exclamó en voz baja al notar que tenía las suelas de los zapatos pegajosas.

—Mira eso —dijo Annie señalando con el dedo.

Frank entornó los ojos.

—¿Qué?

—El transbordador. Se ha parado.

Frank miró con atención.

—Tienes razón —convino, aunque luego cambió de idea—. No, no se ha parado. Vuelve a moverse.

Se llevó los prismáticos a los ojos y los dirigió hacia el barco. Durante un momento se quedó perplejo. Era de esperar que hubiera mucha gente en el exterior, pero sólo había una docena de personas más o menos en cubierta. Movié la rueda de enfoque de los prismáticos tratando de conseguir una mejor visión, pero estaba demasiado lejos para ver bien. Lo único que se podía distinguir eran formas y colores. Generalmente rojo.

—¿Llevan uniformes los del transbordador? —preguntó.

—¿Quiénes?

—Los que trabajan en el transbordador.

—No creo —le dijo Annie.

—Porque...

De pronto Gleason llegó corriendo escaleras arriba en compañía del comandante del barco, un teniente joven llamado Horvath.

—Tenemos un problema —les dijo Gleason.

—¿Con qué? —le preguntó Frank.

—Con el transbordador —respondió Horvath al tiempo que cogía un teléfono y se ponía a gritar órdenes a la tripulación.

En algún lugar situado por debajo de ellos empezó a sonar un timbre, y una bocina emitió tres bocinazos rápidos.

—¿Qué le pasa al transbordador? —preguntó Annie mientras los motores del barco empezaban a girar y los marineros soltaban las amarras del muelle—. ¿Qué sucede?

—Lo han secuestrado.

Annie lo miró con atención.

—No se le puede permitir que suba por el Hudson —les indicó a los demás—. Quiero decir que no se le puede permitir bajo ningún concepto.

El *Chinquateague* se separó del muelle, dio la vuelta y empezó a cobrar velocidad a medida que se adentraba en la bahía superior. Frank se apoyó en la barandilla del puente para fijar mejor los prismáticos.

—Tienen una ametralladora o algo así en la proa —dijo—. Como un cañón de agua.

—Es el aerosol —le aclaró Gleason, que marcó un número en el teléfono móvil.

Se dio la vuelta y se puso a hablar con urgencia por el teléfono. Dijo «Ahora, ahora mismo» y luego apagó el teléfono y lo guardó.

—¿Y cómo piensan detenerlo? —le preguntó Frank mientras el barco de la Guardia Costera iba dando botes sobre las olas.

—Si es necesario lo hundiré —le respondió Gleason.

—No puede hundirlo —intervino Annie—. ¡Hay doscientas personas en el barco!

El agente del FBI hizo oídos sordos y se volvió hacia el teniente de la Guardia Costera.

—Tendré aquí un helicóptero de combate dentro de veinte minutos. ¿Puede usted detenerlos?

El teniente pareció dudar.

—No lo sé. Supongo que podría embestirlos si fuera necesario, pero... Le diré lo que sí puedo hacer: mantenerlos alejados del aerosol. Puedo hacer que no tengan oportunidad de utilizarlo.

—¡Pues hágalo! —le ordenó Gleason.

Y se puso al teléfono mientras el teniente ordenaba que le quitasen la funda al cañón de 25 mm.

Saúl fue el que al final realmente se la cargó, pensó Susannah. Estaba preparando el aerosol cuando el barco de la Guardia Costera hizo una maniobra en el agua a unos cien metros de distancia de ellos. Luego, el agente federal empezó a hablarles por el megáfono, comportándose como si fuera su padre, de forma muy razonable y tranquila...

Hasta que Vaughn y Veroushka se acercaron a la barandilla y le vaciaron los cargadores en la cara. Dios, aquello sí que fue guay, pensó Susannah, la manera como estallaron los vidrios del puente mientras el megáfono soltaba un chirrido y los federales, los marines o lo que fueran salían en desbandada.

Sólo que no fue tan guay, porque entonces fue cuando Saúl recibió, y recibió a base de bien... y eso que no hacía nada. Sólo estaba allí de pie, junto al aerosol, mirando el espectáculo, pero los policías abrieron fuego con el cañón o lo que fuera y... Jesús, lo partieron por la mitad. ¡En serio! Y al otro muchacho también, al muchacho que se encontraba con él... pero éste no estaba muerto, sólo sangraba.

Y como el transbordador se había parado, se movía mucho, y todos los pasajeros empezaban a marearse; se habían sentado en el suelo del salón principal, callados y vomitando o con ganas de hacerlo.

¿De qué tendrían miedo?, se preguntó Susannah. Toda la presión recaía sobre ella y sus amigos. Si uno miraba al exterior, había un par de barcos de la policía, dos barcos armados y uno de la Guardia Costera. Y eso no era todo. Tenían justo encima un helicóptero de color negro mate meciéndose como una libélula, con el punto de mira de sus armas de fuego apuntando justo a la proa. Susannah se preguntaba cuánto tiempo podría seguir así, flotando en el aire, antes de quedarse sin combustible y de caer al agua. No es que eso tuviese demasiada importancia, pues probablemente también tendrían hombres rana.

Se hallaba en el puente con Veroushka y Solange escuchando al francés. Éste se paseaba arriba y abajo con un teléfono móvil pegado a la mejilla mientras discutía con el tipo del FBI, con el negociador.

—Escúcheme —decía Gleason, que hablaba por teléfono—. Lo que tiene usted que entender es que ese barco de ninguna manera va a subir por el río Hudson. Lo hundiré antes de permitir que eso suceda. De hecho, seguro que se ha fijado usted en el helicóptero. Pues para eso precisamente está. Y ahora, una vez que entienda usted eso, todo lo demás es negociable. Así que hable conmigo. —El agente del FBI se paseaba mientras

escuchaba, con la mirada fija en Annie y Frank—. Me alegro de que haya usted sacado ese tema —continuó diciendo Gleason—. Y le diré lo que puedo hacer. No necesita usted tantos rehenes. Ni siquiera le conviene tener tantos. Son un problema logístico. —Se quedó escuchando durante un momento y luego volvió a intervenir—. Podemos hacer un trato. Deje marchar a las mujeres ya los niños y yo le proporcionaré comida... ¿qué le parece? *Pizzas*. ¡Lo que sea!

Gleason se quedó escuchando un momento y luego apagó el teléfono móvil.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Annie.

—Que va a pensárselo.

—Vamos, *cher*.

Susannah titubeó.

—¿Stephen también? —preguntó.

—Claro, Stephen también —dijo Solange—. ¿Te crees que voy a abandonar a Stephen? ¿Acaso parezco tan loco? —Luego cogió la bolsa de libros, la que contenía las ampollas del virus, y se la echó al hombro—. Étienne —dijo volviéndose hacia el francés—, cuando hables con él ponte en plan puñetero, ¿eh? No se lo pongas demasiado fácil o sospechará. ¡Y díselo! Sólo una ambulancia en el muelle. Insiste. Nada más.

El francés (hasta aquel momento Susannah no sabía cómo se llamaba) asintió.

—*Eh bien*, pero... ¿y si no nos dejan atrancar? —preguntó pronunciando mal la última palabra.

Solange se mofó.

—Él quiere que atraquéis. Para vosotros es más peligroso estar allí. Así que negocia con él. Dile que estás dispuesto a cambiar el aerosol por un avión a Cuba. Si le das eso, él te dará lo que le pidas.

—¿Y después?

Solange se encogió de hombros.

—Estás vacunado. Vete a Cuba.

El francés parecía dudar.

—¿No lo comprendes? —Solange se echó a reír, dando palmadas en las palabras que había impresas en la camiseta del francés—. ¡Has heredado la tierra, idiota! ¡Es tuya, tío!

—Sin rencores —dijo Gleason cuando Annie y Frank subieron a la lancha motora—. Hice lo que tenía que hacer.

—¿Cree que esto ha terminado? —le preguntó Frank.

Gleason indicó con un gesto el transbordador, que estaba amarrando en el muelle.

—Sí, salvo por el vocerío, creo que sí. Creo que se acabó. Si no ustedes no desembarcarían.

—En fin, bueno —aceptó Frank intentando no parecer demasiado escéptico.

—Vamos a cambiar *pizzas* por personas —insistió Gleason—. Aceptaré ese trato.

—¿Y quién no? —intervino Annie.

—Usted observe: dentro de diez minutos va a haber un montón de mujeres y niños saliendo de ese barco. ¿Y después? Vamos a hacer un trato para el aerosol. De modo que sí, puedo oír a la Dama Gorda alto y claro.

«Tú sí que eres la Dama Gorda», pensó Frank; y luego le dijo adiós con la mano mientras la lancha daba la vuelta y ponía rumbo hacia la costa.

Annie lo miró.

—Esto es demasiado fácil —dijo.

—Ya lo sé.

—Entonces... ¿qué crees que intentarán hacer? ¿Rociar desde el muelle?

Frank hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Gleason no le permitirá que se acerque al aerosol. Lo partirá por la mitad.

—Entonces... ¿qué?

—No lo sé. Algo.

En el distrito financiero parpadeaban las luces. Al este, el puente de Brooklyn se extendía sobre el río como un arco iris monocromo. Siguiendo

órdenes de Gleason, la lancha los dejó en un embarcadero cercano al Old Slip, más o menos a una manzana detrás de la línea policial que empezaba en la esquina de las calles de South y Broad.

—¿Adónde quieres ir? —le preguntó Annie.

—A ninguna parte. Sólo quiero quedarme aquí observando el transbordador.

Susannah se aseguró de que Stephen quedara bien sujeto en la sillita del coche, luego puso en marcha la camioneta y empezó a avanzar. La primera en subir, la primera en bajar, pensó comprendiendo por primera vez por qué era tan importante que la camioneta fuera el primer vehículo que entrara en el transbordador. Solange había pensado en todo.

Mientras la camioneta salía con estruendo del transbordador a la calle, vio que las demás mujeres y niños abandonaban el barco en masa. La zona de alrededor de la terminal estaba desierta excepto por un sanitario que se encontraba junto a una ambulancia y que enviaba a todo el mundo hacia una tienda de primeros auxilios situada en el cercano Battery Park.

Susannah torció por la calle de State, vio el bloqueo más adelante y giró a la derecha por la calle de Water. La calle se hallaba vacía, pero vio las luces de los coches de la policía del siguiente bloqueo, e instintivamente los evitó. Torció a la izquierda por Whitehall y se encontró con que no tenía por dónde ir. Más adelante, un trío de coches patrulla se habían parado en el cruce, con las luces azules encendidas. Detrás de ellos, en las aceras, una multitud se daba empujones con un equipo de televisión para captar un atisbo del transbordador.

Susannah aminoró la velocidad. Se detuvo. Bajó la ventanilla cuando un policía se acercó a ella.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó él.

—Aja.

El policía miró por la ventanilla al pequeño Stephen.

—¿Cómo está el pequeño?

—Oh, muy bien, perfectamente. Sólo queremos llegar a casa. Ha sido espantoso. —Le acarició el pelo a Stephen—. Y ha sido un día muy largo,

ya sabe... todo el día en movimiento.

—¿Puede enseñarme alguna identificación?

—Claro.

Se puso a revolver en el bolso hasta que encontró la cartera. Sacó el carnet de conducir y se lo entregó al policía. Éste le echó un vistazo rápido y se lo devolvió.

—¿Le importa que mire en la parte de atrás? —le preguntó a Susannah.

Ésta dijo que no con la cabeza.

—Haga lo que quiera.

Miró por el espejo retrovisor mientras el policía pasaba caminando por uno de los lados de la camioneta. Al llegar a la parte trasera desapareció de su vista y, poco después, oyó el chirrido de la puerta de aluminio cuando el policía la subió y la metió en el techo. Había una docena más de policías en aquel cruce, y todos ellos parecieron ponerse un poco tensos. No obstante, se relajaron cuando vieron que la puerta volvía a cerrarse con gran ruido.

El policía regresó.

—No teníamos noticias de que fuera a salir ningún vehículo del transbordador —dijo.

Susannah hizo un gesto de impotencia.

—Me dijeron que podía marcharme. Así que me subí a la camioneta. ¿Hice mal?

El policía soltó una risita.

—No. No hizo mal. Sólo que ha sido una sorpresa. —Luego se mostró preocupado—. ¿Su marido está en el transbordador?

Susannah negó con la cabeza.

—No. Tengo que reunirme con él en el aparcamiento de camionetas.

—Bueno, seguro que quieren tomarle declaración. Así que quiero que haga lo siguiente: tuerza a la izquierda por la calle de Bridge, suba por ella y siga hasta el parque. Hay una tienda de primeros auxilios detrás del monumento, no tiene pérdida. Dígale al oficial por qué ha ido usted allí... dígale que ha salido del transbordador. Si no, le pondrán una multa.

Susannah asintió con unos ligeros tirones rápidos de la cabeza. El corazón le latía contra el pecho como si fuera un pájaro carpintero en un árbol muerto.

Annie y Frank estaban de pie detrás de la hilera de policías en Whitehall y Pearl mirando hacia el transbordador, cuando se acercó la camioneta. Observaron al policía mientras hablaba con la conductora, y luego lo vieron dar la vuelta hasta la parte trasera y mirar en el interior.

La mano de Annie apretó el brazo de Frank.

—¿Qué? —le preguntó éste, un poco distraído.

—Es igual a aquella en la que yo estuve —le dijo ella.

Frank al principio no sabía a qué se refería Annie, pero inmediatamente lo comprendió. Hablaba de la camioneta que habían utilizado para secuestrarla.

—Bueno, por lo menos es del mismo tamaño.

Frank quiso echarle un vistazo a la conductora que hablaba otra vez con el policía.

—Es que no es eso lo que quiero decir —insistió Annie—. Lo que intento decirte es que es exactamente igual a aquella en la que yo estuve.

Frank captó la impaciencia de la voz de Annie y se volvió hacia ella.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene ese dibujo propio del suroeste, exactamente igual que la otra.

Frank le echó una ojeada a la camioneta, a la que el policía empezaba a hacer señas para que pasara por él cruce. Quería ver la cara del conductor, pero se encontraba en el lado contrario de la calle y no podía verlo.

Pero Annie estaba en lo cierto acerca del «motivo». Se trataba de una bailarina de flamenco, o algo así, pintada en el costado de la camioneta. Tenía un abanico que sostenía delante de la cara, y por la expresión de los ojos sé notaba que se estaba riendo.

Luego, la camioneta pasó junto a él y vio que tenía matrícula de Nueva York, lo que, pensándolo bien, no tenía sentido teniendo en cuenta el logotipo. Si la camioneta era de Nueva York tendría que haber tenido rascacielos. O una manzana gigante, o algo parecido. Pero no una señorita. Instintivamente echó a andar detrás de la camioneta para pasar a un trote, arrastrando a Annie tras él. La camioneta tenía puesto el intermitente para girar a la izquierda, pero no lo hizo. Cuando llegó a la calle de Bridge aceleró y siguió adelante.

—¡Eh! —le gritó el policía al tiempo que levantaba las manos en el aire.

Y entonces fue cuando Frank se dio cuenta. No sabía por qué, pero de pronto captó la broma y comprendió que tenía que alcanzar a la camioneta.

—Ésa es la señora española —le indicó a Annie—. Es una señorita, pero...

—Ya comprendo —dijo Annie bruscamente apresurándose a seguirle el paso.

Cuando llegaron a la esquina siguiente, Frank miró a derecha e izquierda para buscar un coche o un taxi, y lo primero que vio fue una limusina negra que esperaba junto a la puerta de un restaurante en la calle de Stone. El chófer estaba sentado en el parachoques delantero leyendo el periódico. Frank pasó junto al coche y, al ver que las llaves se hallaban puestas, le dijo a Annie que se sentase en el asiento de al lado del conductor y que cerrase la puerta con el seguro.

—Pero...

—Hazlo —le repitió Frank.

Y se quedó mirando mientras ella obedecía con una mala gana manifiesta. La puerta se cerró de golpe.

—¡Eh! —exclamó el chófer, sorprendido al oír el golpe de la puerta—. ¡Eh, señorita! ¿Qué hace? ¡Éste no es su coche!

Irritado, se bajó del parachoques y dio la vuelta hasta el lado del asiento del pasajero justo cuando Annie ponía el seguro de la puerta.

—¡Salga de ahí! —le ordenó, golpeando la ventanilla—. ¡No puede quedarse ahí dentro!

—Lo siento —se excusó Frank mientras daba la vuelta hasta el lado del conductor y abría la puerta—. Permítame que hable yo con ella.

Entonces subió al coche, cerró la puerta y giró la llave en el contacto. La limusina se puso en marcha con un rugido. El chófer le gritó:

—¡Cabrón!

Y el coche saltó, apartándose del bordillo.

Frank vio por el retrovisor que el chófer corría por la calle llamando a gritos a la policía. Luego giró en una esquina y lo perdió de vista.

Todo aquello había pasado en menos de un minuto, pero aun así, fue pura suerte que viera una camioneta y que fuera la que buscaban. Quizá el conductor se hubiera perdido en el laberinto de calles de alrededor del

World Trade Center, o pudiera ser que sólo hubiese ido despacio. Pero al cabo de un minuto o así la vieron más o menos a una manzana delante de ellos, bajando por Fulton hacia el Franklin Delano Roosevelt.

Los semáforos le venían todos a contrapelo, pues se ponían rojos justo en el momento en que Frank llegaba a los cruces, pero no le importó demasiado. Hubiera agradecido las luces de algún coche de la policía, pero naturalmente no había ningún policía a la vista.

No obstante, lo que sí había era un teléfono en el coche, y Frank le pidió a Annie que llamara a Gleason.

—¿Cómo? —le preguntó ella—. No sé el número.

—Tú llámalo —le dijo Frank—. Llama a la oficina del FBI en Washington. Diles que es una emergencia. Diles que se trata de Solange. Eso les llamará la atención. Haz lo mismo con la Agencia para la Dirección de Emergencias Federales y con la Guardia Costera. Alguno de ellos te pasará con él.

—¿Pero cómo averiguo los números? —quiso saber Annie.

Frank gruñó.

—Cinco, cinco, cinco, uno, dos...

—Pero... ¿cómo van a llamarnos ellos? Estamos en un coche robado.

Frank respiró hondo, exhaló y le dijo:

—Parece que no te gusta demasiado llamar por teléfono, ¿no es así?

—¡Hablo en serio! —le dijo Annie casi a gritos poniéndose a la defensiva—. ¿Cómo quieres que les diga que se comuniquen con nosotros?

—Se trata del FBI. Probablemente sabrán la identidad de quien los llama. De hecho, lo más probable es que averigüen hasta la secuencia de tu ADN por teléfono si te entretienes lo suficiente.

Con el entrecejo profundamente fruncido a causa de la desconfianza, Annie cogió el teléfono y empezó a marcar, mirando el instrumento como si fuera una serpiente.

Entretanto, Frank seguía conduciendo, o al menos lo intentaba. No perdía de vista a la camioneta bajo la carretera elevada, luego la siguió mientras subía por la rampa, con numerosos coches ahora entre los dos vehículos. El tráfico en Franklin Delano Roosevelt era tan denso que los parachoques de los coches quedaban pegados unos a otros, pasaban de

veinticinco a cuarenta kilómetros por hora y volvían a aminorar. Aun así, podía ver la camioneta unos cien metros más adelante.

—¿Adonde se dirige? —le preguntó Annie tapando el teléfono con la mano.

Frank hizo un movimiento con la cabeza.

—A la parte alta de la ciudad... —respondió inclinándose hacia adelante para poner la radio.

Encontró una emisora de noticias en seguida, pero no decían nada acerca del transbordador de Staten Island, ni del Templo, ni de nada más. Pasaron el puente de Williamsburg.

—Eso es por Gleason —comentó Frank señalando hacia la radio—. Gleason y la Agencia para la Dirección de Emergencias Federales. Si de ellos dependiera haría falta permiso hasta para dar el parte meteorológico.

Pasaron por el Lower East Side, y luego por el túnel de Midtown. Cuando llegaron a la altura de las Naciones Unidas, Frank creyó que tendría una oportunidad para acortar distancias, pero un motorista le cerró el paso, y se acabó. En un abrir y cerrar de ojos se encontraron en el Upper East Side, y el intermitente de la camioneta empezó a parpadear. En la calle Noventa y seis giró por una bocacalle, y lo mismo hicieron Annie y Frank.

Pero una vez más el semáforo los traicionó. La camioneta pasó el semáforo en ámbar en un cruce, y a Annie y a Fran no les dio tiempo de hacer lo mismo. Una pared de tráfico se interpuso en su camino y...

—¡Maldita sea! —gritó Frank al tiempo que daba una fuerte palmada sobre el volante y luego se dejaba caer hacia atrás sobre el respaldo.

Cuando por fin cambió el semáforo, cosa que a Frank le pareció que tardaba una hora en hacerlo, pisó a fondo el acelerador de la limusina sin pensar a dónde iba. Una manzana después torció a la derecha y empezó a conducir hacia Harlem.

—¿Por qué Harlem? —le preguntó Annie.

—¿Y por qué no? —respondió Frank mirando a derecha e izquierda con la esperanza de ver la camioneta.

Así transcurrieron tres o cuatro minutos, momento en que, con expresión triunfante, Annie le pasó el teléfono.

—Lo tengo al habla.

—¿Gleason? —preguntó Frank.

—Más vale que sea importante —contestó el agente del FBI—. ¡Tenemos mucho trabajo aquí!

—Me parece que ha bajado del transbordador alguien que no tenía que haber bajado.

Se hizo un silencio al otro extremo de la línea, y luego Gleason le preguntó:

—¿Qué quiere decir?

Frank le contó lo de la camioneta.

—¿Y usted la está siguiendo? —quiso saber Gleason—. ¿Dónde se encuentra ahora?

—La he perdido en Harlem —le explicó Frank—. Pero anda por aquí. O andaba. De todos modos, ya estoy en la calle Ciento veintidós y... ¿qué es eso? La Tercera Avenida.

—Haré que el departamento de policía de Nueva York vaya en su ayuda.

—Lo que me preocupa a mí ahora es si el virus va o no en la camioneta.

—Ya lo sé.

—¿Cómo que ya lo sabe?

—Hemos registrado la voz del tipo con el que estoy negociando por teléfono.

—¿Y qué?

—Que no es Solange.

Frank parpadeó.

—¿Cómo que no? Entonces, ¿quién es? —le preguntó.

—¿Qué más da quién sea? ¡Una rana! O Little Richard. O... ¿A quién puñeta le importa quién sea? Lo que importa es que no es Solange.

—Deme su número de teléfono —le pidió Frank—. Por si encontramos la camioneta.

Gleason se lo dio y colgaron.

—Solange anda suelto —le comunicó a Annie—. Han estado «negociando» con otra persona.

Annie puso los ojos en blanco llena de desesperación.

Cinco minutos después la vieron. La camioneta estaba estacionada cerca de la esquina de la avenida de Madison y la calle Ciento treinta y dos, justo al lado de Franklin Delano Roosevelt. Frank se detuvo detrás. Le pidió a Annie que llamase a Gleason y le dijera dónde habían encontrado la camioneta. Luego bajó del coche y, moviéndose con cautela, dio la vuelta hasta la parte delantera de la camioneta.

La mujer estaba sentada detrás del volante dándole de mamar al bebé. Era la misma perra madona que le había engañado dos semanas atrás untándole el volante del coche con aquella mierda que lo había enviado al otro lado del espejo.

—Qué escena más dulce —dijo Frank, que abrió la puerta de un tirón y metió la mano para coger las llaves.

—Llega demasiado tarde —respondió ella.

Lo dijo con la mirada puesta en el niño, sin el menor interés por Frank.

—¿Dónde está él?

—¡A la mierda!

Frank se sintió tentado de meter la mano y sacar a la muchacha de la camioneta de un tirón, pero el sentido de las prioridades le hizo actuar con mejor criterio, y en lugar de eso cerró la puerta dando un portazo. Seguidamente se dirigió a la parte de atrás, donde esperaba Annie.

—La policía viene de camino —le comunicó ella.

Frank hizo un gesto de asentimiento; a continuación agarró la manilla de la puerta trasera de la camioneta y, tirando de ella hacia arriba, la metió con estruendo dentro del techo. Al mirar en el interior, encontró lo que había esperado: una pared falsa de unos dos palmos de profundidad entre la cabina de la camioneta y la zona de carga. Una parte de la pared estaba abierta, tal como la había dejado Solange.

—Ahí es donde se ocultaba ese hombre cuando salieron del transbordador —dijo Frank.

—¿Quién es el conductor? —quiso saber Annie.

—¿Te acuerdas de la zorra que me dijo que me había dejado las luces encendidas?

—¡No me digas!

Frank asintió.

—Está dándole de mamar a un crío.

—Pero... ¿dónde está Solange? ¿Qué va a hacer?

—Lo mismo que intentaba hacer en el transbordador.

—¿Pero cómo? ¿Cómo va a hacerlo?

—No lo sé —dijo Frank moviendo la cabeza a ambos lados y mirando alrededor.

Se encontraban en medio de un maldito paisaje urbano. Había un edificio quemado. Se veían otros edificios altos y unas viviendas de ladrillo rojo llenas de *grafitti*. También algunas casas de varios pisos. Y un solar vacío. Cada treinta metros más o menos se elevaba de la calle una columna de vapor que salía de las tapaderas de las cloacas.

Vapor.

Frank se volvió otra vez hacia Annie.

—¿Dónde se pusieron enfermos los estudiantes?

—¿Qué estudiantes?

—Los que enfermaron cuando se llevaron a cabo las pruebas de dispersión.

Annie intentó recordar.

—En Madison. En la Universidad de Wisconsin. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque nunca lograremos averiguar qué métodos fueron los que utilizaron.

—Bueno, desde luego usaron un barco en alguna parte. Y un avión.

Frank negó con la cabeza.

—Pero en Madison... ¿cómo es que allí sólo enfermaron estudiantes?

—En realidad no fueron sólo estudiantes —le corrigió Annie—. También enfermaron algunos profesores.

—Pero en gran medida casi todo se redujo al recinto universitario, ¿verdad?

Annie asintió.

—¿Y por qué fue así?

—No lo sé.

—Pues yo creo que sí lo sé —le dijo Frank meditabundo—. Fue debido al método que emplearon.

—¿Y qué método es? —le preguntó Annie.

Frank indicó con la cabeza la niebla que salía de una cloaca cercana.

—¿Con vapor? —se extrañó Annie.

—Puedes darlo por seguro. Las universidades y los hospitales lo emplean. Lo usan para la calefacción, pero también para el aire acondicionado. Y las ciudades también. La mitad de los edificios de esta ciudad tienen calefacción de vapor. Puede que incluso más.

—Pero... es un sistema cerrado —apuntó Annie—. El vapor no entra en el sistema de ventilación de los edificios. Sólo calienta los radiadores...

—Se ventila por todas partes —insistió Frank—. No en los edificios, sino de camino a los edificios. Se ventila a través de trampillas que hay en cada esquina de las calles de la ciudad. Mira a tu alrededor.

Annie lo hizo así. Había pequeños penachos de vapor por todas partes. Finalmente preguntó:

—¿Dónde has aprendido eso?

—Es que mi padre trabajaba en una planta generadora —le explicó Frank—. En Kerwick. Y yo tuve que ayudarlo en su trabajo un par de veranos.

—Pero... —Annie parecía confundida—. ¿Cómo puede meter Solange el virus en las tuberías?

—Si entra en la planta, hay un lugar donde añaden productos químicos... pulidores y desmineralizadores. Y entra directamente en el sistema.

—¿Pero no están vigiladas las plantas?

Frank asintió.

—Sí, están vigiladas. —De pronto pareció dudar—. Sólo es una teoría. Y de todos modos, no veo ninguna planta generadora en el vecindario, ¿y tú?

Miraron a su alrededor. No había nada parecido. Sólo barrios bajos.

Annie le indicó con la cabeza la parte delantera de la camioneta.

—¿Qué dice ella? —preguntó.

—«¡A la mierda!» —respondió Frank; luego, al ver la cara perpleja de Annie, añadió—: Digo textualmente sus palabras. No te estaba haciendo una sugerencia.

Volvió a pasear la mirada por la calle buscando a Solange. Sabía que andaba cerca. Tenía que andar cerca.

Pero no había nada. Algunas bodegas. Un solar vacío, éste con una valla de cadenas, y una especie de barraca. Una iglesia. Las viviendas de ladrillo rojo, cuyas zonas públicas cubiertas de hierba se habían convertido en tierra apisonada. Niños que saltaban a la cuerda.

«La papelera de Solange.» La barraca era la misma cuya fotografía había rescatado de la papelera de Solange. La fotografía que había roto en pedazos.

—Está ahí dentro —le aseguró Frank señalando hacia aquella construcción.

Annie frunció el entrecejo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

Frank no le contestó.

—Tú procura no perder de vista a la madre Teresa —le recomendó a Annie.

Y echó a correr.

La barraca era un cubo de adoquines de color ceniza que descansaba sobre una alfombra de vidrio en el centro de un solar vacío, rodeado de una valla coronada de alambre cortante. Frank fue caminando junto a la valla en busca de la abertura que estaba seguro que habría. Y cuando la encontró se coló dentro.

Se acercó a la barraca como si estuviera atravesando un campo de minas, esperando que le disparasen en cualquier momento. Pero no sucedió nada. En el suelo había una cerradura rota, y la puerta estaba entreabierta. Frank entró y se encontró con que en la barraca no había nadie.

Sin embargo, sabía dónde estaba, y sabía lo que era aquella barraca. Era un pequeño edificio sin calefacción que encerraba un conducto vertical cuya escalera permitía la entrada a los, trabajadores de los servicios en los subterráneos de la ciudad. Aquello debía de ser un laberinto espectacular, aunque invisible, de catacumbas y túneles, bóvedas y chimeneas, alcantarillas y canales de agua, un laberinto que daba acceso a líneas de servicios públicos de todas clases: electricidad y gas, agua y vapor, cable y teléfono. Frank lo sabía porque todos los sistemas de vapor se instalaban

más o menos del mismo modo. Además, uno de los instaladores de Kerwick había trabajado previamente para Con Ed en Nueva York. Igual que la ciudad a la que abastecía, el sistema era fabulosamente grande, enorme y complejo, y el tipo aquel no cesaba de hablar de ello. Casi podía oír la voz de ese tipo: «En Nueva York...»

La entrada al pozo se encontraba debajo de una plancha de metal que había en el suelo. Frank la levantó y retrocedió al recibir la bocanada de olor a alcantarilla que salió por él; se sentó y metió los pies en el pozo. A continuación, con todo el cuidado del que pudo hacer acopio a causa del miedo, empezó el descenso, maldiciendo cada travesaño de aquella escalera.

Para él era el peor de los mundos posibles: una fusión de vértigo y claustrofobia. El pozo apenas tenía la misma anchura que sus hombros/estaba muy poco iluminado y olía a rayos. No tenía manera de saber hasta qué profundidad llegaba, si eran diez metros o treinta, pero en cualquier caso la caída podía ser espectacular. Y la escalera se notaba grasienta, resultaba viscosa al tacto y estaba muy resbaladiza para los pies. De hecho, se resbaló dos veces. Y las dos veces quedó colgado.

Y por fin se encontró en el suelo escuchando la gran velocidad a la que le latía el corazón mientras permanecía al final de un túnel bajo, húmedo y malsano que ridículamente le recordaba una película de terror: *La cosa*, en la que el malo resultaba ser una zanahoria.

«Presta toda la atención que puedas —se dijo Frank—. No quieres que te maten aquí dentro. Vaya, ni siquiera quieres perderte aquí dentro.»

Despacio, empezó a avanzar. Y luego, a medida que los ojos se le iban acostumbrando a la penumbra que lo rodeaba, fue acelerando el paso. La urgencia que le entró era más fuerte que el miedo que sentía. Tenía que alcanzar a Solange antes de que éste llegase a la planta.

Afortunadamente no tenía que decidir qué camino tomar. El túnel iba en línea recta. Había un puñado de galerías a cada lado, pero en seguida se percató de que no tenían salida, así que no había ninguna decisión que tomar.

Ahora iba trotando, chapoteando al pisar charcos de agua, pues temía llegar demasiado tarde. Pero al moverse hacía mucho ruido, y se le ocurrió

que si Solange lo oía, podía considerarse hombre muerto.

Y durante unos instantes pensó que así era. Un estallido de fuego de metralleta resonó en el túnel apagando el ruido de goteo de agua que lo rodeaba. Se quedó petrificado, esperando sentir el dolor en alguna parte, pero luego se dio cuenta de que no estaba herido. O Solange había errado los tiros, o le había disparado a otra cosa.

Frank se esforzó por ver algo en medio de aquella oscuridad. Podía oír a Solange, y unos pasos más adelante finalmente lo vio. Estaba de espaldas a Frank mientras tiraba hacia sí de la puerta de hierro de la planta generadora, cuya cerradura acababa de acribillar. La Ingram descansaba en el suelo a su lado, apoyada en la mochila, y Frank le oía decir tacos en francés mientras tiraba de la puerta.

No había tiempo para pensar. Lo único que tenía que hacer Solange era llegar a la bomba de alimentación de la caldera, y ahí acabaría todo. Por muchos vigilantes que hubiese en el exterior de la planta, no habría más de un par de trabajadores en el interior. Eso era todo lo que se necesitaba para mantener la planta funcionando en cada turno.

Lo que significaba que no había nada que decidir. Aquello era una línea recta para Solange y para él. Así que echó a correr de puntillas, pensando que ojalá tuviera la velocidad que tenía cuando iba al instituto, aunque era consciente de que ya no era así. Los separaban unos veinte metros cuando Solange oyó las pisadas y, al darse éste la vuelta, vio a Frank que cargaba contra él como alguien que hubiera llevado escrito Peterbilt en la frente.

«Estoy muy lejos —pensó Frank—. Voy a llegar demasiado tarde.»

Solange se lanzó a coger la Ingram y se levantó rápido, con los dedos desplegados sobre el cañón. Sólo tardó un segundo, menos de un segundo, en cambiarse de mano la metralleta, buscar a tientas el gatillo, levantar el cañón, disparar...

Sintió un relámpago de dolor y se oyeron dos estallidos sordos justo cuando Frank se arrojaba contra él. La metralleta saltó de las manos de Solange, al cual el aire le salió de súbito por la boca al chocar de espaldas contra la pared; la parte de atrás de la cabeza produjo un ruido sordo al darse un golpe contra el hormigón del muro. Frank dio un paso atrás y lanzó con todas sus fuerzas un rechazazo que hizo que a Solange le saltase de la

boca toda una hilera de dientes. Volvió a darle golpes hasta que, cansado de eso, descargó su frente en el puente de la nariz de Solange.

El gurú estaba de pie cuando Frank le lanzó el antebrazo contra el centro de la cara, haciendo que una rociada de sangre saltase por el aire. Luego le dio la vuelta y, cogiendo a Solange por el cabello, le golpeó la cara contra el borde de la puerta. Una vez, dos veces, otra vez. Solange se tambaleó, como si estuviera buscando dónde caer. Frank decidió ayudarlo y le golpeó con el canto de la mano en la nuca con todas sus fuerzas. Se oyó un ligero crujido, como el que hacía el palito de un polo, y Solange cayó desmadejado.

En ese momento Frank oyó a la policía. Algunos hombres bajaban corriendo por el túnel. Y un par de instaladores del sistema de vapor aparecieron por la puerta, boquiabiertos. Frank dio un paso atrás, buscando un poco de espacio para poder meterle a Solange un pie en el pecho... cuando comprendió que había algo que andaba mal. Estaba más débil de lo que hubiera debido estar y, por alguna extraña razón, parecía que le resultaba casi imposible respirar. Y tenía el pecho mojado, empapado. Miró hacia abajo.

«Dios mío —pensó—, me estoy muriendo...»

OceanofPDF.com

Epílogo

Y, de hecho, estuvo a punto de morir desangrado.

Había recibido dos tiros en el pecho, y una de las balas le había desgarrado una maraña de vasos sanguíneos y tejidos blandos para ir a alojarse finalmente a cinco milímetros de la columna vertebral. Después había permanecido durante casi una semana en la unidad de cuidados intensivos del hospital Presbiteriano de Columbia, con respiración asistida y alimentándose a través de un tubo. Tras dos operaciones, por fin un médico había dictaminado que se hallaba en el buen camino, que empezaba a curarse, y por ello había ordenado que trasladasen a Frank a una habitación privada en el pabellón de los VIP.

Lo cual era bueno por una parte y malo por otra. Bueno, porque la habitación era grande, luminosa y bien equipada, con un sofá y una zona de estar junto a amplios ventanales. Cosa que sería perfecta para Annie, si es que alguna vez Frank conseguía que le permitiesen recibir visitas. Y malo, porque la habitación no tenía teléfono. Y era raro, porque Frank sabía que su compañía de seguros nunca le pagaría una habitación como aquella ni en un millón de años, y estaba seguro de que el hospital también lo sabía. Además, y no por casualidad, él no era un VIP para nadie... excepto, quizá, para Annie.

Y sin embargo... allí estaba.

Le preguntó al médico que lo atendía qué pasaba, pero lo único que le quiso decir el médico fue:

—No se preocupe. Digamos que es un ascenso.

—Muy bien, ¿pero no entra un teléfono en el ascenso?

Aquello hizo titubear al cirujano.

—Bueno, todavía no.

—¿Y visitas?

—Sí, eso sí, desde luego. Dentro de poco. Cuando se encuentre usted más fuerte.

Al principio, Frank pensaba que aquello estaba bastante bien, porque lo tenían tan colocado a base de calmantes que la mitad del tiempo no sabía dónde se encontraba. Pero al cabo de cuatro o cinco días empezó a darse cuenta de que algo iba mal, o si no iba mal, al menos algo pasaba. Y probablemente habría tratado de escapar en una silla de ruedas si el médico no hubiera abierto la puerta una mañana y le hubiese dicho:

—Hay alguien aquí que viene a verlo.

Frank sonrió y, todavía dolorido por los puntos de sutura que tenía en el pecho, se incorporó un poco en las almohadas donde se recostaba. Pero la sonrisa se le desvaneció cuando vio que no era Annie quien había ido a verlo. Era un coronel de las Fuerzas Aéreas llamado Fitch.

—Taylor Fitch —se presentó tendiéndole la mano.

—Hola —lo saludó Frank, que de pronto se había vuelto precavido. Se dieron la mano y Frank le preguntó—: ¿Qué ocurre?

—Bueno —le dijo el coronel mientras sacaba un papel del portafolios —, antes de mantener una pequeña charla, yo esperaba que usted firmase esto. No es más que un tecnicismo.

Le entregó el papel a Frank y, con una expresión esperanzada, sacó un bolígrafo del bolsillo.

Frank le echó una ojeada al papel. Era un pacto de «no revelación».

—Esto no es para mí —le dijo al militar—. Gracias.

Y se lo devolvió.

El coronel volvió a meter el papel en el portafolios y suspiró, pero no demasiado profundamente.

—No importa.

Frank se encogió de hombros.

—Soy periodista. Me pagan por escribir. Y todo eso es un buen artículo. Fitch asintió.

—Desde luego... es un artículo de primera. No hay duda. —En aquel momento frunció el entrecejo—. Pero no puede publicarlo.

Frank lo miró de reojo.

—¿Lo conozco yo a usted? —le preguntó.

Fitch hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No.

—Pero a mí me suena su nombre.

Ahora el coronel empezaba a sentirse incómodo.

—Puede ser —aceptó, y le sugirió—: Soy un explorador muy activo.

Frank dijo que no con un movimiento de cabeza.

—No creo que sea por eso.

—Bueno —dijo Fitch, cambiando de tema—. Si no es por una cosa será por otra. Yo...

Frank volvió la cabeza hacia la ventana; tenía la frente fruncida.

—Lo vi en un manifiesto.

—¿Cómo dice?

—Su nombre. —Frank se esforzó por pensar en ello, y la idea le vino a la cabeza—. ¡Ahora me acuerdo! Usted volvió en avión de Hammerfest con Annie y Gleason.

—¿Con quién? —le preguntó Fitch.

—Con Neal Gleason.

—Me parece que no lo conozco.

—Sí, es cierto —respondió Frank, reprimiendo una risita que amenazaba con traspasarle el pecho como una hoja de afeitar—. No creo que ninguno de nosotros conozca realmente al señor Gleason. No creo que ninguno de nosotros quiera conocerlo realmente. Pero él era su compañero de asiento. —Hizo una pausa y le guiñó un ojo a su visitante—. Yo tenía intención de ir a verlo a usted... pero se me acumuló el trabajo. ¿Es ése su uniforme de verdad, o no es más que un disfraz?

Fitch sonrió.

—Estoy en la unidad de reserva.

Frank desvió otra vez la mirada.

—La CIA, ¿eh?

Fitch se encogió de hombros.

—Va usted a permitirme que le enseñe una cosa —le comentó mientras sacaba del portafolios una especie de folleto informativo impreso en papel sencillo. Se lo entregó a Frank y le dijo—: Yo rechacé la página.

Frank miró la cubierta: *The Federal Register*. Lo abrió por la página trece.

—¿Quiere que lea esto? —preguntó.

—Sólo para que le coja el aire —respondió Fitch.

Bajo el encabezamiento «Declaración de Emergencia Nacional» había una carta que el presidente de Estados Unidos dirigía al Congreso.

Debido a que las acciones y políticas de la República Democrática Popular de Corea (RDPC) continúa amenazando la seguridad nacional, la política exterior y la economía de Estados Unidos, se declara la emergencia nacional, conforme a la Ley de Emergencia Nacional (C. E. U. 50, 1622[d])...

Frank miró al visitante.

—¿Qué pasa?

—Pues verá, es que intento ahorrarle a usted un montón de problemas.

—¿Y cómo es eso?

—Bien, antes de entrar de lleno en el asunto, quiero que entienda que todos le estamos muy agradecidos por lo que hizo. Lo digo de corazón.

—Gracias.

—Pero otra cosa que necesita usted entender es que una declaración de esta clase le da al presidente, y a mí por extensión, ciertos poderes extraordinarios.

—¿Como qué?

—Pues básicamente nos permite en gran medida hacer lo que queramos hacer. En lo referente a Corea del Norte, la Constitución está en gran parte suspendida. Si hubiese necesidad, y nosotros seremos los que decidiremos si es así o no, podríamos apropiarnos de propiedades y mercancías, enviar tropas al extranjero, instituir la ley marcial. Toda la doctrina del habeas corpus se va por la ventana, lo que significa que podemos retener a cualquiera, a quien nos parezca, durante el tiempo que queramos sin acusarlos de nada. —Hizo una pausa y miró a su alrededor—. ¿Le gusta la habitación?

—Sí. Es muy bonita.

Fitch sonrió.

—Bien. Me alegro de que le guste. Pero eso no es todo. Si tenemos necesidad de hacerlo, también podemos restringir los viajes, y si es necesario podemos imponer la censura.

—¿A quién se refiere al decir «nosotros»?

—Al gobierno federal.

Frank pareció escéptico ante aquella respuesta.

—Sé lo que piensa, pero puede consultarlo si lo desea. La Constitución contempla emergencias nacionales... y las acata. Artículo nueve, sección número uno. ¿Quiere que se lo dé por escrito?

—No —dijo Frank—. No creo que sea necesario.

—Lo más gracioso de todo es que tuvimos media docena de ellas en marcha en algunos momentos concretos. Irán, Iraq, Angola, Libia... todas las que quiera, son emergencias. Demonios, Roosevelt declaró una emergencia nacional que duró cuarenta y tres años... ¡no es broma! Desde el treinta y tres hasta el setenta y seis. Así que nadie le presta demasiada atención a eso a no ser que algún pobre hijo de puta se meta donde no lo llaman, como usted. Y luego se encuentre metido en problemas. —Fitch hizo una pausa y suspiró—. ¿Cómo se encuentra?

—Estoy bien.

Fitch asintió.

—Bien. De todos modos, eso es igual en todas partes —concluyó—. Todos los países tienen algún tipo de disposición para este tipo de situaciones. En Francia lo llaman «estado de sitio». En Gran Bretaña...

—¿Qué es lo que quiere usted decirme?

—Sólo una cosa: si intenta usted vender esta historia, va a causarle muchos problemas. Nadie la va a creer, y aunque la crean, no la publicarán. Se lo garantizo.

Frank lo miró.

—¿Es usted como un editor del *Writer's Digest* o algo así? Me refiero...

Fitch soltó una risita.

—Eso es muy gracioso —le dijo a Frank. Y luego la sonrisa desapareció—. Mire, sé lo que está usted pensando. Cree que no podemos impedirle...

—Uh-uh —lo interrumpió Frank—. ¿Ahora va a decirme que van a matarme?

Fitch pareció impresionado.

—¡Claro que no! Es usted un ciudadano norteamericano.

—Entonces, ¿qué?

—Lo que quiero decirle es que no puede demostrarlo.

—Bobadas. Hay personas que han resultado muertas. Los mataron en el transbordador...

Fitch inclinó la cabeza.

—Pues sí, unos chalados trataron de secuestrar el transbordador. ¿Y qué?

—A mí me dispararon. Solange...

—Solange ya se hallaba bajo custodia policial cuando le dispararon a usted.

Frank se quedó mirándolo fijamente.

—Pasa continuamente —le explicó Fitch—. Usted estaba en Harlem, por amor de Dios. —Sonrió y sacó un recorte de periódico del portafolios—. Esto es de hace una semana —le dijo—, pero he pensado que le gustaría verlo...

Daly, periodista del «Post», herido en Nueva York

Nueva York, 3 de mayo. — Frank Daly, periodista del Washington Post, resultó herido por varios disparos de arma de fuego anoche en el este de Harlem, víctima al parecer de un atraco.

Daly, periodista del departamento de asuntos nacionales, se halla en estado crítico en el hospital Presbiteriano de Columbia. Un portavoz del departamento de policía ha dicho que de momento no hay sospechosos del atraco.

Frank levantó la vista del recorte.

—Asombroso —dijo.

Fitch esbozó una sonrisa beatífica.

—Es que somos muy buenos cuando nos ponemos a ello. —Y volvió a ponerse serio—. Desde nuestro punto de vista, Frank, el problema es que Corea del Norte es un Estado sicópata. Es como Hannibal Lecter. Y está allí sentado, desesperado, de espaldas al viento y sin nada que perder. Si alguna

vez decidieran cargarse Japón con ántrax o con viruela, podrían hacerlo en un segundo utilizando globos sonda, o sencillamente con la gente que tienen en Tokyo. Además disponemos de un par de batallones en medio de la línea de fuego, justo debajo de la zona desmilitarizada. Así que la cuestión es que no queremos provocarlos para que empiecen ellos. ¿Entendido?

—Lo oigo.

—Y desde el punto de vista particular de usted, la situación no es mucho mejor. No tiene una muestra del virus ni nada parecido. Ni tiene ningún testigo, tampoco. Así que si decide andar por ahí hablando de noruegos muertos y de la gripe española, no piense qué llegará a ninguna parte... a menos que nosotros decidamos enviarlo a alguna parte. Cosa que, desde luego, podemos hacer.

—Pero está Annie —apuntó Frank.

—¿Qué ocurre con ella?

—Que es un testigo.

Fitch se dio una palmada en un lado de la cabeza.

—Oh, es verdad. Ella lo vio todo, ¿no es cierto? Así que supongo que usted podría meter la historia en Internet o publicarla en el extranjero... y tendría un testigo. ¡No se me había ocurrido! Sólo que... oh, sí, ahora lo recuerdo. ¡Ella ha firmado un pacto de secreto! Así que supongo que eso tampoco podría funcionar. —Se sentó al lado de la cama—. Porque, verás, voy a decirle una cosa, Frank: si la mete usted a ella en la historia, yo sé con toda seguridad que Neal Gleason la enviará lejos. A través del espacio y del tiempo.

Hablando del rey de Roma. Annie entró unos treinta segundos después de que Fitch se marchase de la habitación. Y estaba enfadada.

—Llevo días esperando ahí fuera —se quejó—, y llega ese general y...

—No es general. Es coronel.

—No creo que sea ni siquiera coronel. Cuando yo lo conocí era agente de la CIA.

—Ya lo sé. Iba en el avión procedente de Hammerfest.

Annie besó a Frank suavemente en la mejilla y se sentó a su lado.

Aquella tarde a Frank le instalaron un teléfono en la habitación, y Annie le llevó un periódico que compró en la tienda de regalos.

Miembros de una secta encarcelados luchan por la extradición

La Habana, 7 de junio. — Dos semanas después de llegar a Cuba, ocho miembros norteamericanos de una secta luchan contra la extradición, pues se los acusa de secuestro y asesinato a raíz del extravagante secuestro del transbordador de Staten Island el mes pasado.

En una entrevista concedida a la agencia France Press, una portavoz de los miembros encarcelados del Templo de la Luz, Belinda Barron, dijo que ella y su grupo escaparon a Cuba huyendo de la «persecución religiosa».

«Lo que ocurrió a bordo del transbordador —les explicó Belinda Barron a los periodistas— fue culpa de la policía y del FBI. Reaccionaron exageradamente. Lo que hacíamos era "teatro de guerrilla" puro y simple. Era una manifestación no violenta contra la contaminación del agua... y la policía lo convirtió en un baño de sangre...»

Durante las semanas siguientes, Frank pasaba varias horas cada mañana en recuperación haciendo terapia por lo que los médicos decían que era una magulladura de la columna vertebral. El resto del tiempo lo ocupaba leyendo los periódicos, buscando rastros de la historia.

*Estados Unidos y Corea del Norte firman un pacto sobre armamento
Inspecciones junto con ayuda alimenticia*

Pyongyang, 2 de julio. — Tras más de un mes de reuniones con líderes norcoreanos, funcionarios de las Naciones Unidas han anunciado hoy que se ha llegado a un acuerdo para supeditar la ayuda humanitaria a ese país empobrecido a las inspecciones de armamento.

George Karalekis, jefe norteamericano del primer equipo de inspección de las Naciones Unidas, que llegará a la capital norcoreana, ha dicho que esta unidad empezará inmediatamente a buscar laboratorios de armas biológicas en las montañas Diamond.

«Hemos recibido informes sin confirmar de que los norcoreanos podrían estar poniendo sus miras en esa clase de armas —les dijo Karalekis a los periodistas—. Naturalmente, es algo que nos preocupa...»

Un segundo artículo apareció el día que Frank se fue a casa. Estaba en la página tres del *Times*, debajo de una fotografía de la joven que había sacado del transbordador la camioneta:

Tres miembros de una secta y un investigador privado, acusados de la muerte de un matrimonio

Albany, 20 de julio. — Esta tarde, tres miembros de una secta y un investigador privado de Poughkeepsie escucharon impasibles, mientras los fiscales relataban una abominable historia de asesinato y mutilación.

Muy exaltada, Susannah Demjanuk, de 23 años, le dijo al tribunal que tanto ella como los demás actuaban «cumpliendo órdenes» cuando descuartizaron a los Bergman, un matrimonio residente en Rhinebeck, a principios del presente año.

«Luc nos dijo lo que teníamos que hacer —testificó Demjanuk— y nosotros lo hicimos.»

Cuando le pidieron que identificara a «Luc», señaló llorosa hacia el gurú del Templo de la Luz, Luc Solange, y añadió: «Es el que está sentado a esa mesa como acusado. El que lleva un collarín y el cuerpo escayolado.»

Los abogados de la defensa calificaron el testimonio de Demjanuk de «desvaríos propios de una mujer mentalmente inestable que no tiene ningún derecho a arrojar la primera piedra».

Aparentemente se hacía referencia a la reciente declaración de Demjanuk en el proceso por el asesinato en el microondas de Benjamín Stem, posgraduado de la Universidad de Georgetown de 28 años de edad. Stern había criticado al Templo y había escrito sobre la organización en una revista informativa que él mismo publicaba, Armageddon Watch. Había desaparecido en abril de este año.

En aquella ocasión, Demjanuk testificó ante el tribunal que a los Bergman los habían sacado de su hogar de Rhinebeck, en Nueva York, y los habían asesinado en la parte trasera de una camioneta. En el momento de su muerte, la pareja trataba de obtener una orden judicial para la exhumación del cadáver de su hijo Leonard, que se había ahogado en el mar cuando era miembro del Templo de la Luz.

Además de Solange, estaban acusados Martin Kramer, de 44 años, natural de Poughkeepsie; Thomas Reckmeyer, de 26 años, y Vaughn Abelard, de 25. Se cree que un cuarto miembro de la secta acusado en el caso, Étienne Moussin, alias el Francés, de 29 años, se encuentra en Cuba. Todos excepto Kramer son de la zona de Lake Placid.

No había más artículos aquel mes, si no contamos el que apareció en el *Post*. «Próxima boda de Daly y Adair.»

Para entonces, Frank ya llevaba escritas doscientas páginas del libro.

—¿De qué trata? —le preguntó Annie mirando por encima del hombro de Frank mientras éste escribía.

—Ya te lo he dicho —le respondió él mirándola—. Es una novela. De intriga.

—Pero ¿de qué trata?

—Bueno —le explicó Frank—, trata de... un periodista... —Hizo una pausa durante unos breves instantes para escribir unas palabras más y luego se dio la vuelta hacia Annie—. De un periodista despiadado y apuesto...

—¿Sí?

Annie parecía escéptica.

—Y de una chica.

—¿Y cómo es ella?

—Es alta.

—¿Sólo «alta»?

—No. También es... inteligentísima... y encantadoramente arrebatadora. Muy arrebatadora.

—¿Y qué pasa?

—Bueno —le dijo él—. Hay algo de un rompehielos.

Annie le dirigió una mirada recelosa.

—¿Ah, sí?

—Y ella va en él, porque, bueno, porque es científica. Y él está plantado esperando en un hotel barato en algún lugar de Rusia...

OceanofPDF.com



Es el seudónimo usado por el periodista Jim Houghan y su esposa Carolyn, que escriben juntos.

OceanofPDF.com